



Evita replicada

CARLOS LA CASA

CERTAMEN **GANADOR**
INTERNACIONAL
DE LITERATURA **2018**
Sor Juana Inés de la Cruz

Evita replicada

Carlos La Casa obtuvo el premio único de novela en el X Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2018. El jurado estuvo integrado por Ana García Bergua, Verónica Murguía y J. M. Servín.

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

CARLOS LA CASA

Evita replicada



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas
Secretaria de Cultura

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Evelyn Osornio Jiménez, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura H. Pavón Jaramillo

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

Evita replicada

© Primera edición: Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, 2019

D. R. © Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México

Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Carlos Daniel La Casa

ISBN: 978-607-490-258-7

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública
Estatal

CE: 217/01/20/19

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Para Eugenia Filippetti y Valentina Gagliano

Nadie fue capaz de seguir la farsa
como yo, para saber toda la verdad.

EVA PERÓN
Mi mensaje (1952)

I

—Parece que viene —dijo la señora con el sombrero negro; el aire de sus palabras se hizo vapor en el frío de la noche y con la mano en la que tenía el pañuelo, que ya había usado para secarse unas lágrimas aunque la muerte de Evita no hubiese sido confirmada, señaló una silueta que emergía de la niebla. Las veinte o treinta personas reunidas en la plaza central de Lobos se dieron vuelta para mirar hacia la esquina pero sólo escucharon pasos; cuando los faroles de la plaza la iluminaron pudieron verla completa: era una jovencita flaca con abrigo y un gorro de piel, cargaba una radio Majestic y debía de pesarle, porque era bastante grande para una persona de su contextura. Eran las 8:30 del sábado 26 de julio de 1952.

—Qué lindo aparato, Sofía —dijo una señora con un rosario entre las manos cuando la chica llegó a la plaza.

Sofía sonrió apenas, a manera de saludo y agradecimiento por el cumplido; se concentró en mantener la radio firme y la apoyó en un banco.

—¿No vino el ucraniano? —preguntó y se cerró el cuello del abrigo. Metió las manos con guantes en los bolsillos, sintió en uno de ellos su petaca, la promesa del calor que significaba el licor. “Ahora no”, pensó, “voy a tener que convidar”.

—No, el electricista no llegó —dijo otra de las señoras.

—¿Y de Eva, se sabe algo?

—Ninguna novedad —contestó Mario, de unos ochenta años, parado con dificultad sobre su bastón. Usaba boina y una bufanda enorme que le escondía la mitad de la cara—. Le ruego a Dios que no sufra.

—Está sufriendo, y mucho —dijo la señora del sombrero negro—. Pobrecita.

—¡No sean tarados! —gritó Atilio enfrente mientras abría la puerta metálica de su ferretería—. ¿No se dan cuenta que ya se murió? Estos hijos de puta tienen en vilo a la gente en la calle y...

—¡Callate, tano gorila! —gritó Ernesto desde la plaza y le tiró un piedrazo a la persiana. Atilio se agachó. La mujer de Ernesto lo agarraba del brazo e intentaba frenarlo para que no cruzara la calle.

—¡Me voy a laburar para ser útil en serio al país! ¡Ya van a ver que estiró la pata, van a ver! —gritó Atilio y se metió en el local.

Los vecinos le pidieron a Ernesto que se calmara.

—Y este chico que va a venir, el electricista —preguntó Nélida a Sofía, como para distraer al grupo del mal momento—, ¿es tu novio?

—No, me ayuda con mi padre —contestó Sofía—. Lo sube en su *pick-up* y dan unas vueltas. A veces nos lleva al médico.

“En mi cuadra nos cambió los enchufes a todos, es un buen muchacho, sí, trabaja bien, a mí me arregló una conexión”, decían los vecinos y, aunque estaban hablando en voz baja, uno echó un suspiro exagerado, era una manera de pedirles que se callaran. Porque estaban al aire libre, en una plaza, pero lo que estaba sucediendo ya tenía carácter de velorio. Sofía vio que seguía llegando gente, toda cabizbaja. Escuchaba los murmullos de los que rezaban o especulaban con el estado actual de Evita: “Tiene razón el ferretero, ya debe haber fallecido, qué vamos a hacer, pobre del General, es la segunda que se le muere, cuánto dolor, padre nuestro que estás en el cielo”. Sofía reconoció a la mayoría de las personas, todos vecinos. Había dos policías en la esquina.

La reunión se había armado de manera espontánea, como cada movimiento de solidaridad popular desde que se había hecho público el estado de Evita. Los diarios, en los últimos días, sólo informaban en un escueto recuadro que su estado se mantenía estable. Pero en la radio usaban una expresión que, al parecer de Sofía, escondía la virulencia de la enfermedad: “El estado de salud de la señora Eva Perón es estacionario”. Aquella palabra le parecía horrible, le daba una sensación de quietud cercana a la muerte. De hecho, desde hacía dos días ya se rumoreaba con la llegada del final y, hacía unas horas, algunos vecinos se habían comunicado por teléfono porque parecía que era cierto: hoy terminaba. Alguien lo sabía porque otro le había contado que tenía un primo que conocía a un amigo del médico de Eva y así, una larga y borrosa cadena de sospechas y contactos que derivó en que uno de los hombres pensara que sería bueno estar juntos, para no recibir el golpe en la soledad de sus hogares. El Municipio de Lobos estaba cerrado porque el intendente, el doctor Ricardo

Herren, se había ido para Buenos Aires con los intención de apoyar a su partido en un momento tan duro, así que no podían usar los parlantes de la plaza por los que tantas veces habían salido, vigorosas y afiladas como una espada de libertad, la voz del General y la de ella, la más amada, Evita. Entonces un vecino le pidió a Sofía que llevara su radio, todos sabían que era el mejor aparato de Lobos a pesar de tener más de diez años de antigüedad. La había comprado con la indemnización que la policía le había dado al padre cuando recibió un disparo y tuvo que retirarse. Sofía dijo que no tenía problema, pero se preguntó cómo podrían darle electricidad. Llamó a Viktor a ver si tenía alguna idea y él le dijo que podía conectarla a la batería de un auto, para escucharla todos juntos.

Seguía llegando gente. Sofía vio un hombre junto al mástil en el centro de la plaza con el cuello del abrigo levantado y las manos en los bolsillos. No lo reconoció, y le llamó la atención que no parecía triste. Uno de los vecinos trajo termos con café y le ofreció a Sofía, ella le dijo que gracias, pero no. Otros, también solidarios, sabiendo que era la hora de la cena, repartían unas viandas caseras improvisadas. Había niños, hombres y mujeres de todas las edades. Un rato antes de las 21:00 escucharon la *pick-up* acercándose por la avenida. Frenó con un ruido seco junto a la plaza y Viktor bajó rápido, de un salto. Era alto, grandote, con una cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda, ahora cubierta por la barba. Usaba un jardinero gastado y una camisa leñadora abajo.

—¿No tenés frío, nene? —preguntó Nélica.

—Perdonen la demora —se disculpó Viktor con las señoras indignadas por su hora de llegada.

Sofía sonrió, le daba un poco de gracia el inevitable acento ucraniano de Viktor, más marcado cuando usaba palabras con erre. “*Perrdonen la demorra, porr favorr*”. Viktor alzó la radio del piso como si estuviera hecha de algodón y la dejó sobre la cabina de la *pick-up*, abrió el capó, fue a la parte de atrás y volvió con cables y un destornillador. Ya debía de haber setenta personas en la plaza y todas miraban la operación en silencio, expectantes. Sofía aprovechó la atención sobre Viktor, se escondió detrás de un gran árbol, sacó la petaca de su abrigo y tomó un trago de licor de menta. Era, para ella, la manera más efectiva de paliar el tremendo frío. Viktor desatornilló la parte de atrás del aparato, conectó unos cables y los llevó hasta la batería. Volvió a la radio y la encendió; salió un ruido de fritura y todos, en el fondo de la enorme pena que los embargaba y los unía, sintieron alegría ante la pequeña magia de confirmar que el aparato funcionaba. Viktor movió la perilla del dial, pasó por fragmentos de canciones y locutores y siguió hasta Radio Nacional, donde pasaban el tango *Yo te bendigo*, cantado por Gardel. Lo dejó ahí, a la espera del parte médico que se emitía todos los días a las 21:00 en punto. El ucraniano se refregó las manos y las puso en los bolsillos del jardinero. La gente se acercó a la *pick-up*, un poco para escuchar mejor y otro poco porque juntándose sentían menos frío. Viktor les ofreció a dos mujeres que se sentaran dentro de la *pick-up* para que no padecieran tanto, pero ellas eligieron quedarse afuera. Sofía se apoyó contra la camioneta, al lado de él.

—Tenía miedo que no vinieras —dijo ella.

—No encontraba los cables para hacer la conexión —explicó Viktor.

Una mujer que parecía tener cien años, sentada en una banqueta que se había traído desde su casa, miraba a Sofía y sonreía.

—¿Qué pasa, abuela? —le preguntó ella con dulzura. A la mujer le brillaban los ojos. Empezó a llorar. Conmovida e intrigada, Sofía le tomó la mano.

—Qué parecida sos a Evita, nena —dijo la anciana.

—¿Ves? ¡Yo siempre te lo digo! —gritó Mario, acomodándose la bufanda. Después miró a la anciana—. Pero ella no me cree, señora. Piensa que es una burla.

Viktor miró a Sofía. Sonrió.

—Tiene razón —le dijo—, tenés un aire.

Más de una vez se lo habían dicho, pero a ella no le gustaba la comparación, aunque el parecido era innegable. Incluso tenían la misma edad, Sofía había cumplido los treinta y tres ese mismo año, en abril, y Eva unos días más tarde, en mayo. Pero la distancia que sentía con respecto a Evita era la misma que tenía con una estrella del cielo: infinita, imposible de medir.

Sonaron las campanadas en el reloj del Municipio, eran las 21:00. El tango no se interrumpió. Las 21:01, y 21:02; cuando eran las 21:05 y el parte no había sido emitido, todos esperaron lo peor. Sin decirse una palabra, la angustia los ligaba. Sonaba el tango *A la gran muñeca*, por la orquesta de Di Sarli. La música se cortó y la radio enmudeció unos segundos. Todos interrumpieron su diálogo, el café que tomaban o el sándwich que comían y miraron el aparato sobre la *pick-up*, como si dirigirle el sentido de la vista los preparase mejor, como si estuvieran por enfrentarse cara a cara con el médico que iba a decirles lo que temían. Algunos se tomaron de las manos. Viktor se asomó a la conexión para confirmar que el silencio no fuera una falla, de la radio salió un ruido de aire anticipando la emisión y Sofía sintió que se abría un agujero en el tiempo,

que una garra invisible los apretaba a todos y cada uno de ellos casi hasta romperlos. En un acto reflejo, tomó a Viktor del brazo y él se congeló. La voz de Furnot, a quien todos conocían por ser el heraldo de los partes de Eva, con tono oscuro y delicado, dijo:

—Cumple la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación el penosísimo deber de informar al pueblo de la República que, a las 20:25 horas, ha fallecido la señora Eva Perón, Jefa Espiritual de la Nación...

Algunos, incluso sin conocerse, apoyaron sus cabezas sobre el hombro de quien tenían al lado; las gargantas se trabaron con ganas de llorar y de retener el sonido de la angustia para escuchar, porque el locutor siguió informando que al día siguiente el cuerpo sería trasladado al Ministerio de Trabajo y Previsión, donde sería velado. Una mujer se tiró contra la *pick-up*, otra se agarró del borde porque las rodillas le temblaron ante la fuerza del llanto. La radio empezó a pasar música fúnebre. Sofía sintió lágrimas en su cara, apoyó su cabeza sobre el pecho de Viktor, que la abrazó, y se apretó contra él como si su alma se le saliera del cuerpo y así pudiera retenerla. Después de consolarla unos momentos, Viktor la soltó para socorrer a mujeres caídas a las que otras mujeres más angustiadas trataban de levantar, algunas le pegaban a la *pick-up* o al suelo y gritaban “¿Por qué?”. El ruido de la angustia contenida estalló en la plaza de Lobos.

Sofía miró el dolor circulando, el llanto, los gritos que se levantaban al cielo, las súplicas y la bronca, “tan joven, tan bella, tan peronista”. Viktor se había ido a la vereda, le pegó una trompada a un árbol y gritó un insulto en ucraniano; las mujeres se abrazaban; los ancianos ya encorvados estaban más doblados todavía por el llanto. Sofía sacó de nuevo su petaca entre la multitud obnubilada

por la desgracia, tomó un trago y cuando se limpiaba la boca descubrió a unos metros al hombre que no estaba triste, todavía muy serio para la situación, y vio cómo la mano de ese hombre se metía en el saco de una vieja que lloraba y le sacaba la billetera. Renovada de energía por el trago de menta y el miedo, Sofía buscó a los policías con la mirada, volvió los ojos al ladrón y descubrió que éste la estaba mirando fijamente. Asustada, giró para ir hacia Viktor y chocó con un policía.

—Qué pérdida tan grande —dijo el policía, la trajo hacia él y la abrazó fuerte. Cambió y bajó la voz para agregar sin ningún atisbo de angustia—: hacé que no viste nada y seguí llorando, piba.

Sofía se quedó quieta entre los brazos del policía, el ladrón se acercó y el policía le dijo que no pasaba nada, que estaba todo bien. El ladrón se quedó unos segundos mirándola a la cara, como si quisiera recordarla, quieto en la marea de llanto alrededor, después giró y salió de la plaza. El policía soltó a Sofía y fue a ayudar a las mujeres y ancianos que caían. El ruido seguía creciendo. Una mujer abrazó a Sofía y ella la palmeó en la espalda. En la radio seguía la música sacra. Una señora se había desmayado y era socorrida por dos vecinos, otra que se había quedado sin aire era apantallada con una gran foto de Evita. “Qué vamos a hacer, Diosito, llevame con ella”. Sofía escuchó las frases que pronunciaban los deudos y también sintió miedo, no quería salir de esa jaula de lamentos para no cruzarse con el policía ni con el ladrón. Una mujer gritó “Evita, volvé, te necesito”, caminó tomándose la cabeza y tirándose de los pelos, quisieron agarrarle las manos para que no se lastimara pero parecía poseída, caminó unos pasos siempre amagando a caerse, llegó a la *pick-up* de Viktor, perdió el equilibrio y se agarró de la radio. La

música se cortó, la radio cayó al piso y se abrió. La mujer se golpeó la frente y sangraba, insultaba la radio como si fuera un ser vivo y se movía, frenética e incontrolable. Viktor agarró a la mujer, la levantó y la llevó a un banco de la plaza, donde la calmaron entre cinco o seis y le dieron agua fría. Sofía levantó un pedazo de la madera que cubría la parte de atrás de la radio, que había quedado expuesta.

—Yo te la arreglo —dijo Viktor.

—No te hagas problema.

—Mañana al mediodía te la llevo a tu casa.

Sofía agradeció, Viktor levantó la radio y la dejó en el asiento del acompañante de la *pick-up*. Desconectó los cables y cerró.

—¿Te llevo? —preguntó.

Sofía dijo que sí. Subieron a la *pick-up*, Viktor arrancó y se marcharon. Sofía vio que en la esquina de la plaza el ladrón hablaba con el policía. Los dos estaban serios, y cuando vieron pasar la *pick-up* la acompañaron con la mirada hasta que desapareció.

A la plaza seguía llegando gente que con sólo ver el llanto de los que estaban se informaba de lo que había sucedido. Comentaban lo escuchado, dónde iba a estar, quién tenía auto para viajar a Buenos Aires y despedirse, cómo ir hasta allá para darle el último adiós. Una de las mujeres, que había traído una foto de Evita, dejó la imagen parada contra el mástil de la plaza; otra encendió una vela y la puso junto a la foto. Las dos se arrodillaron y, llorando, se pusieron a rezar. Atilio abrió la puerta de su local y se asomó. Le dio lástima la tristeza de sus vecinos. Pensó que con esos llantos parecían una manada, y estaban en Lobos. Volvió a entrar, y aunque siguió haciendo el inventario de su ferretería hasta primeras horas de la madrugada, no pudo quitarse una leve angustia que le oprimió el pecho.

II

Sofía se despidió de Viktor y bajó de la *pick-up*. Abrió la reja y pasó por el camino de piedra que atravesaba el jardín. El césped brillaba por el rocío de la noche. Sacó la llave del bolsillo donde tenía la petaca y abrió la puerta con suavidad, porque estaba oscuro y eso significaba que Lorenzo, su padre, dormía. Dio un paso largo para evitar la parte del suelo que estaba hundiéndose, llegó al *living* y escuchó el llanto. Encendió una lámpara y vio a su padre en el sillón, tapado con una frazada. Tenía una bata roja con rayas negras y abajo se veía el pijama celeste que costaba pedirle que se sacara, porque le gustaba mucho y le recordaba a su mujer. El poco pelo blanco que le quedaba lo llevaba despeinado. Cada vez que Sofía lo miraba al empezar el día o, como hoy, al volver de un rato largo sin estar con él, pensaba en dos cosas: que tenía ganas de tomarse un trago

y que en ese enfermo de sesenta y seis años no quedaba nada del gran hombre que había sido, del subcomisario que no iba a parar “hasta tener el Ministerio de Seguridad”, del que contaba una y otra vez las heroicas capturas de los malhechores porteños. Ahora estaba ancho hasta la obesidad, malhumorado y desprolijo aunque ella se empeñara en que tomara un baño, siempre transpirado y con la pierna derecha rígida. Ahí había recibido un tiro hacía más de diez años, tiro que se llevó su carrera de policía y trajo la obligación de Sofía de convertirse en una mezcla de esclava y enfermera a los dieciocho años. Lorenzo levantó la mano para taparse los ojos llenos de lágrimas, golpeados por la luz.

—Qué mierda —dijo Lorenzo—, qué puta mierda, la puta madre que lo parió.

Sofía se acercó y levantó la frazada, que estaba por caerse. Lorenzo giró la cara para esconder su angustia, como un chico que llora y no quiere que su madre lo descubra.

—Sí, una pena —dijo Sofía y miró la copita donde le dejaba las pastillas para antes de dormir. Le quedaba una—. ¿Tomaste todo ya? —preguntó. Lorenzo asintió con la cabeza. “Miente, como siempre”, pensó Sofía. Miró la chata junto al sillón, estaba vacía. Lorenzo podía caminar, pero le costaba mucho, y a veces la usaba—. ¿Necesitás algo más? —preguntó ella—. ¿Te ayudo a ir al baño?

Lorenzo negó con la cabeza. Seguía llorando. Sofía agarró la pastilla que había quedado en la copita. No quería pelearse para obligarlo a tomarla, hoy no tenía fuerzas. Agarró el vaso de agua de la mesita, fue a la cocina, lo vació en la pileta, lo enjuagó un poco y lo llenó otra vez. Volvió al comedor y se lo dejó donde estaba.

—Acá te dejo agua fresquita, papá —puso una servilleta sobre el vaso, para protegerlo de la suciedad. Lorenzo no se sacaba la mano de la cara y asintió así, para dejar claro que había escuchado.

Sofía apagó la luz y fue a su cuarto. Al prender la luz allí vio la mesa de la radio, vacía, junto al tocadiscos Wincofón y arriba su afiche de Evita, despegado y caído en la esquina superior derecha. Pasó la mano por la pared, había humedad bajo el empapelado y la cinta Scotch había cedido. Sacó su petaca, tomó unos tragos y la dejó sobre la mesa de luz. Se duchó para sacarse el frío, que en los últimos días había recrudecido, como la angustia y la incertidumbre, aunque la segunda había terminado e intuía que lo que había ocurrido ese día sería el comienzo de una época triste para todos. Sin hacer ruido, salió de su cuarto al *living* y fue a la cocina. Lorenzo se había dormido con la mano en la cara. Debían de ser las 12:00 de la noche y no tenía hambre, pero no quería irse a dormir sin nada en el estómago. Se hizo un café con leche. Como ecos de animales en la selva, de vez en cuando escuchaba algún llanto, algún grito cuyo significado no entendía, pero por el tono debía de ser un pedido de explicación a Dios, o un ruego a Evita para que resucitara.

Volvió a su cuarto, apoyó el café en la máquina de coser Singer, sobre un pedazo de *jean*, para no marcar la madera. Abrió su mesita de luz lentamente, cuidando que no hicieran ruido las botellas de coñac, licor y *whisky* apretadas en el fondo. Le puso un poco de coñac al café. Abrió uno de los cajones, sacó un alfiler y pinchó con él la esquina del póster que se caía, la pared estaba tan húmeda que el metal se clavó sin problemas. Sacó de su armario una carpeta y la abrió. Eran fotos y recortes de diarios y revistas sobre Evita, cronológicamente organizados, desde su primera época de actriz de teatro y cine, con

promociones de sus programas radiales y reportajes. Sofía la había descubierto primero como artista, antes de que se convirtiera en la Jefa Espiritual de la Nación, título que le habían dado unos días atrás los senadores y diputados, intentos de volverla inmortal en vida, de negar lo que hoy, 20:25, finalmente había sucedido. Entre sus recortes tenía una de las primeras fotos con Perón, cuando dejó de ser Eva Duarte para ser Evita. La de ella, la de todos. Sofía revisó sus recortes con una extraña sensación de lejanía, todos esos papeles estaban y siempre estarían, pero Evita ya no. Cuando llegó a una imagen de Eva en la Plaza de Mayo, radiante y saludando a la multitud, sintió ganas de llorar y se las tragó. Cerró la caja, apuró el café con leche que ya estaba tibio, se puso el camisón y se metió en la cama. ¿Dónde se había ido Evita? Y todo lo que había pasado hoy, ¿era real? Tenía la esperanza de que mañana, al despertar, todo lo vivido sería un mal sueño y podría seguir planificando un viaje a Buenos Aires para visitar a Evita en su fundación, quizá para ver un discurso suyo y del General en la Plaza de Mayo o en la 9 de Julio.

Dio vueltas en la cama. No podía dormir. Se levantó, fue al ropero antiquísimo que ocupaba la mitad de la habitación y sacó un disco de pasta, *Discursos de Evita*. Había salido con la última edición de la revista *Mundo Peronista*. Abrió la caja y miró el disco, como esperando que hablara solo, como si fuera un custodio del paso de Evita sobre la tierra, la prueba irrefutable de que esa sensación de muerte que le ganaba no tenía lógica. Puso el disco en el Wincofón y bajó el volumen lo más que pudo para no molestar a su padre. Escuchó el sonido de fritura, al locutor que presentaba los audios en una edición especial, “es un orgullo traer a los compañeros este documento histórico”. La voz rugiente de la multitud en la plaza, Perón que la

presenta y ella que habla. ¿Cómo se atreven a decir que se murió, si ahí está? Sofía apagó la luz y dejó que el discurso la invadiera, que la farsa electrónica le aplacara unos minutos ese dolor que le comía los huesos y Evita, desde el disco, dentro del disco, más viva que nunca, pide que si deja en el camino jirones de su vida levanten su nombre y lo lleven como bandera a la victoria, y ya al comenzar esa frase Sofía dejó que el llanto por fin le ganara y la atravesara, apoyó la cabeza en la almohada, sintió las lágrimas en las mejillas. Minutos más tarde se durmió, con el disco todavía girando.

III

Cuando abrió los ojos, Sofía vio el color gris que se filtraba por la ventana y supo que afuera estaba nublado. Sintió frío, levantó la frazada hasta taparse la cara y se estiró dentro de la cama. Escuchó un sonido, un clic monótono y repetitivo: era el disco, que seguía girando con la púa levantada. “Evita”, pensó. La realidad volvió del olvido en el que había quedado inmersa por el sueño y pasó la frontera hacia la vigilia; Sofía recordó todo y volvió a sentir la angustia por la noticia de la noche anterior. Se había olvidado y había sido un alivio; ahora todo volvía a su conciencia como un estallido: el anuncio, la radio partida, el miedo ante los hombres que robaban, el policía amenazándola y, sobre todo, el dolor.

Se sentó en la cama y apagó el Wincofón. “Encima es domingo”, pensó. Porque en el aire vibraba esa serenidad angustiosa clásica del

día, esa plancha de depresión que parece apretar las cabezas, hoy multiplicada al infinito por la pérdida y la congoja. Levantó la persiana. Sí, estaba nublado. Apoyó la mano en la ventana, sintió que el vidrio estaba helado, que tenía una leve escarcha de rocío congelado en los bordes. Bostezó. Sacó el disco del aparato y sintió una pequeña alegría de tenerlo, de saber que a través de ese pedazo de plástico Evita podía ser evocada para negar su muerte unos segundos y jugar a su regreso a la vida. Igual que anoche, varias veces se había quedado dormida mientras se reproducían los discursos; más de una vez se le había metido la voz de Eva en los sueños. Lo guardó en su caja con el logo de *Mundo Peronista*. Se cambió y fue hasta la habitación de su padre. No estaba. Escuchó los ronquidos que venían del *living*, seguía dormido en la misma posición en la que lo había dejado la noche anterior, con la mano contra la cara.

Tratando de no hacer ruido, fue a la cocina y puso una pava al fuego, para tomar mate. Le gustaba ese rito matinal, ese momento con ella. Durante la semana, lo usaba para revisar las tareas que la esperaban durante la jornada. Sábados y domingos se dejaba divagar en lo que le gustaría hacer, pero ese ejercicio de soñar nunca duraba más de una o dos horas porque había que volver para lo que su padre necesitara. Ese día, sin embargo, sintió que el tiempo parecía otra cosa, que la muerte de Evita había quebrado todas las agendas y rutinas, que todo debía ser repensado. “Como con Cristo”, pensó, “antes y después de la muerte de Evita”. Cebándose un mate hizo un listado mental de las cosas que tenía que hacer: “llamar a Margarita y Claudia para que retiren sus trabajos de costura; también llamar a Marta y todos los que me deben; comprarle los remedios a papá y organizarlos; revisar que tenga la ropa limpia”. Iba a pensar: “ir al

funeral de Evita”, pero vetó la idea en el mismo momento en que se le ocurrió. Para empezar, no tenía auto, ni sabía manejar. Aunque eso no era lo más importante, no podía dejar al padre solo más de cuatro o cinco horas, y la posibilidad de volver a la capital la asustó sin saber por qué; le parecía ya un territorio ajeno y hostil. Le dieron ganas de llorar, le hubiera gustado que la sensación del nuevo día en que el recuerdo de la muerte parecía haberse borrado con el sueño, hubiera durado más; no sentir esa mezcla de cansancio y angustia que se multiplicaba y que, sabía con certeza, iría en aumento. “Evita. Nuestra Eva. ¿Y ahora qué?”. Ni siquiera se trataba de una pérdida de sentido, era como haber perdido la vida y seguir respirando o, peor, flotar en un limbo que demostraba que la existencia era un capricho ingobernable, porque si podía pasarle eso a una muchacha tan joven y tan fuerte, ¿qué quedaba para el resto de los mortales? Ella era la esperanza del cambio posible, basado en la propia fuerza y la generosidad. Pero Sofía se había pasado los últimos diez años dándole su vida al padre y al pueblo de Lobos, y no veía ningún atisbo de cambio. Más bien al contrario. Todo horizonte diferente se veía cada vez más lejos, más imposible. El ruido de una bocina la sacó de sus pensamientos. Se asomó por la ventana de la cocina y vio a Viktor que bajaba de su *pick-up*. Fue al asiento del acompañante, lo abrió y sacó la radio. Sofía corrió a su cuarto, se puso un saco y salió al jardín, pasó por el camino de piedras y le abrió la puerta:

—Buenos días, señorita —saludó Viktor. Tenía la misma ropa que la noche anterior, y más ojeras.

—Varias veces te pedí que me llames Sofía. ¿No dormiste?

—Un poco.

Sofía abrió la puerta de la casa, Viktor entró y apoyó los pies en el trapo de piso de la entrada. El suelo se hundió y crujió, haciéndolo tambalear.

—¡Perdón! —exclamó ella—. Me olvidé de avisarte. Tengo las tablas para cambiarlo, pero nunca pude hacerlo.

Viktor levantó la pierna y se internó en el pasillo, Sofía lo guio hasta su cuarto.

—¿Cómo está su padre?

—Bien, duerme. Tuteame, ¿quierés?

—Es que no me acostumbro al español de argentinos —dijo Viktor.

Al abrir la puerta del cuarto, Sofía señaló la mesa vacía contra la pared y Viktor depositó la radio en la mesa. Desenrolló el cable del enchufe y lo metió en el tomacorriente de la pared.

—Pude arreglar todo. Adentro no le pasó nada. Aproveché para limpiarla porque tenía los contactos llenos de polvo. Nada más tuve que pegar la madera que se rompió. ¿Pruebo?

Sofía asintió, Viktor encendió la radio y salió una música sacra. Hicieron silencio, se quedaron escuchando unos segundos y la apagó.

—¿Cuánto te debo?

—Nada.

—Cobrame el pegamento, aunque sea.

Viktor hizo un gesto que significaba “no hace falta”. Miró la máquina de coser, las telas desparramadas, el desorden que era orden para Sofía, porque ella lo entendía. Por su cara, Sofía intuyó que todo ese mundo textil a Viktor le parecía de otro planeta.

—¿Sabés algo de Buenos Aires? —preguntó.

—Ayer a la noche ya había una fila de diez cuabras para el velorio —respondió Viktor mientras sacaba un diario enrollado del abrigo—. Le traje esto —Sofía agradeció y desplegó el diario. Era un ejemplar de *La Verdad*. En la tapa estaba la cara de la difunta, radiante y vital, bajo el título “MURIÓ EVITA”—. Algunos se quedaron durmiendo ahí mismo en la calle, para ser los primeros en entrar. Con este frío, qué terrible.

—Yo lo hubiera hecho —dijo Sofía.

Desde el *living*, Lorenzo gritó:

—¡Viva Perón, carajo!

Sofía sonrió.

—Se hace el chistoso porque te debe haber escuchado entrar.

—Vino el ruso, ¿no? —gritó Lorenzo con lágrimas en los ojos.

Viktor y Sofía fueron al *living*.

—Ucraniano, mi amigo —dijo Viktor y se acercó a Lorenzo, que le estiró una mano.

—¡Mi ucraniano querido! —gritó Lorenzo, sonreía y lloraba—. Qué desgraciados somos, rusito, se nos fue la patrona —Viktor asintió—. ¿Me trajiste vodka, no?

—Papá... —susurró Sofía.

—¿Qué pasa? ¡Siempre me trajo vodka! —Lorenzo le golpeaba el brazo, jugando—. La última vez que me llevaste al médico tomamos una copita.

—No le traigo más porque no puede.

—Yo puedo todo, mi estómago está perfecto. Qué tristeza, ucraniano. Si nosotros lloramos así, imagínate el General. Vení, ayúdame a acomodarme.

Viktor le ofreció sus brazos, Lorenzo apoyó las manos en él y con esfuerzo se acomodó en el sillón. Sofía le extendió el diario.

—Esto podés, te lo trajo él —dijo—. ¿Tomás café?

—Sí, bien negrito —pidió Lorenzo, y levantó el diario hacia Viktor—. Gracias, pibe —se puso los anteojos y miró la tapa—. Dios santo, cuánta gente. Y eso que recién empieza.

—¿Vos tomás café? —preguntó Sofía a Viktor.

—Tendría que irme.

—Dale, ucraniano —dijo Lorenzo y le golpeó una pierna con el diario—, una vez que me venís a visitar, quedate un ratito.

—Lo preparo rápido, sentate —dijo Sofía y entró en la cocina.

—Qué linda hija tengo, cómo me cuida —dijo Lorenzo. Bajó la voz—. Pensar que de chica me robaba las armas.

—¡Papá, te escuché! —gritó ella desde adentro—. Basta.

—¿No es verdad? —Lorenzo golpeó la silla junto a su sillón, invitando a Viktor a sentarse—. Yo era cana, ¿sabés?

—Sí, usted me contó.

—¿Cuándo? Me falla el balero, rusito.

—Ucraniano.

—Eso. Lo que pasa es que me cuesta la palabra, no sé por qué. Ucraniano. Es difícil de pronunciar.

—¡Lo que pasa es que sos vago! —gritó Sofía desde la cocina.

—¡Callate! —exclamó Lorenzo en broma y rieron. Bajó la voz—. Cuando volvía a casa y me sacaba el uniforme, Sofía se ponía a jugar con el gorro, el cinturón, todos los chirimbolos. Lo que más le gustaba eran las esposas, se pasaba horas jugando, abriéndolas y cerrándolas. Chic-chac, chic-chac, todo el día ese ruidito. Era insoportable. El

sable y el arma de fuego no, porque yo los metía en otro lado. Pero ésta era una inquieta... ¿Sabés la de las tijeras?

—Te estoy escuchando —dijo ella—. Viktor, ¿azúcar?

—No. Café negro, por favor.

—Sofía debía tener nueve, diez años. En el barrio había un vecino jodido. López o Sánchez, algo así. Tenía un perro bruto, que había mordido a otras mascotas y hasta a unos vecinos. A uno le había sacado un pedazo de gemelo. Jodido el pichicho, muy carnicero. Una tarde, Sofía y mi mujer habían sacado una mesita a la vereda, cosían y tomaban mate, y Sánchez salió con el perro a la calle. El animal se volvió loco de golpe y se le fue encima a mi mujer...

—Y yo le clavé una tijera en el cuello —interrumpió Sofía, con la mecanicidad de quien ha contado un episodio un millar de veces y está harto de hacerlo. Traía una bandeja con tazas. Lorenzo tomó una con cuidado, le temblaba un poco la mano—. Ni lo pensé —siguió ella y se sentó en el sillón—. Fue puro instinto.

—Le dimos unos pesos y se quedó conforme. Yo era cana, el tipo iba a tener quilombos si me denunciaba —contó Lorenzo y cuando trató de tomar un sorbo estuvo a punto de derramar el café. Intentó tapar con humor la incomodidad que generaba la contemplación de su enfermedad—. ¡Y ahora Sofi es la mejor costurera de Lobos! Siempre tuvo habilidad para las tijeras, parece.

Lorenzo le guiñó el ojo a la hija y le estiró la mano. Ella lo tomó. Sonreían.

—Papá, ¿quierés escuchar la radio?

—No, está bien. Me duermo de nuevo en un rato.

Viktor apuró el café y se levantó.

—La próxima con vodka, rusito —dijo Lorenzo, le dio la mano y se puso a leer el diario.

—Tu padre te quiere —dijo Viktor cuando estuvieron afuera. Sofía soltó una carcajada y se tapó la boca con la mano—. ¿Qué pasa?

—Me da risa tu acento, cuando hablás con muchas erres se nota más. “Tu padre te quiere”. Sí, me quiere. Yo también lo quiero —Sofía miró la calle, las casas en la vereda de enfrente—. Parece todo detenido, ¿no?

—Sí —dijo Viktor—. Cuando venía para acá no vi a nadie y se escuchaba gente llorar.

—Gracias por arreglarme la radio —dijo Sofía—. Ese aparato y el tocadiscos son las únicas diversiones que tengo.

—De nada. Si querés, un día te arreglo el piso.

Escucharon un ruido y cortaron el diálogo, un auto frenó en la puerta, del asiento de atrás bajó un hombre con sombrero y abrigo negros. Sin esperar ni llamar al timbre, abrió la reja de la vereda y caminó hacia ellos.

—Está todo bien, lo conozco —susurró Viktor para tranquilizar a Sofía.

El hombre tenía unos sesenta años y era muy delgado, con la cara chupada y los pómulos marcados. Se sacó el sombrero, tenía pelo blanco y ojos verde agua, muy claros. Viktor movió apenas la cabeza a manera de saludo. El hombre se quedó mirando a Sofía, asintiendo, como si hubiera encontrado un tesoro muy buscado.

—Pucha, que era cierto —dijo el hombre.

—¿Qué cosa? —preguntó ella.

—Que usted es muy parecida a Evita —interrumpió su contemplación—. Le pido disculpas, no es respetuoso de mi parte. Me

presento, yo soy Tito —tomó la mano de Sofía y la besó—. Usted es Sofía, ya sé. Me gustaría conversar un minuto... Si no interrumpo —dijo y miró a Viktor.

—Ya me iba —dijo éste, le sonrió a Sofía y salió por el camino. Sofía lo miró irse. En la vereda, Viktor se saludó sin ganas con los dos hombres que habían quedado dentro del auto.

—¿Conoce a Viktor? —preguntó Sofía.

—Por supuesto —dijo Tito—. Trabaja para mí.

Sofía no entendía cómo Viktor, “un muchacho tan amable”, como decían las vecinas, podía trabajar con Tito, que era el dueño del Paraíso, una pensión al borde de la ruta, donde se escondían un bar clandestino y un prostíbulo con una gran clientela.

—Yo sé muy bien quién es usted —dijo Sofía y cruzó los brazos por el frío.

—¿Ah, sí? —sonrió Tito—. ¿Quién soy?

—¿Qué necesita? Me esperan adentro.

Tito dio unos pasos hacia atrás y miró a Sofía de arriba abajo.

—Más la contemplo, señorita, y más me impresiono.

Sofía iba a entrar cuando vio que el hombre dentro del auto bajó. Aunque estaban a unos metros lo reconoció: era el que la noche anterior había estado robando en la plaza.

—No se preocupe, no vine por él —dijo Tito—. Sé que usted no va a contar lo que hizo este tarado anoche. Fue una estupidez, yo no lo autoricé. Cosa de empleados, ven una oportunidad y quieren hacer más plata —hablaba con una serenidad parecida a la calidez—. Usted está a salvo, mi amiga. Lo único que le pido, por favor, es un minuto para hablar.

—Sea lo que sea, le voy a decir que no —dijo Sofía. Tito rio con una carcajada sonora.

—¡No vengo a reclutarla! Putas en Lobos sobran, y son todas mías, ¿para qué quiero más? —Tito hacía girar el sombrero en sus manos—. Un minuto, ¿sí?

Sofía miró a los hombres en la vereda, apoyados contra el auto. Pensó que le hubiera gustado que Viktor estuviera ahí. La hacía sentir segura.

—Un minuto —dijo Sofía.

Entraron y le hizo una seña a Tito para que no pisase en la parte que se hundía. Él se limpió los pies en la alfombra y miró el piso que empezaba a ceder.

—Ahí necesita un albañil —Sofía lo miraba—. ¿Su padre está?

—Sí, ¿pero usted no quería hablar conmigo? ¿Y de dónde conoce a mi padre?

—Las preguntas de a una. Vengo a verla a usted, sí. Pero su padre es famoso —Tito miró desde el pasillo al *living*: en el sillón, con el diario abierto sobre el pecho, Lorenzo dormía.

—Apúrese, antes que se despierte. ¿Qué quiere?

—Un café, si es tan amable.

—Le pregunto de qué quiere hablar. No le estoy ofreciendo nada —dijo Sofía.

—Debería, con este frío. Qué peleadora está conmigo... ¡Lorenzo querido!

El padre de Sofía se había despertado y se desperezaba, Tito fue hasta el *living*.

—¡Robertito! —gritó Lorenzo. Tito llegó al sillón. Se dieron la mano con alegría.

—Estás cada vez mejor, atorrante —dijo Tito.

—Y vos dormís en formol —dijo Lorenzo.

—En realidad me lo tomo, así pega más —dijo Tito, y agregó—: che, traje un regalito. Pero se lo voy a dar a la piba para que te lo administre, porque vos sos un desastre.

Tito buscó en el sobretodo y sacó una petaca de *whisky*. Lorenzo aplaudió.

—Por fin uno que se apiada de este pobre viejo convaleciente.

—No puede tomar, se lo prohibió el médico —dijo Sofía.

—Un sorbito, nena —suplicó Lorenzo.

—Si lo dice ella, voy a tener que llevármelo —Tito sostuvo la botella. Miró a Sofía—. ¿Ni un poco?

—Nada —dijo ella.

Tito volvió a guardarse la petaca en el bolsillo de su sobretodo, se lo sacó y cuando estaba por ponerlo sobre una silla Sofía lo frenó:

—Pasemos a mi habitación, así lo dejamos descansar.

Tito miró a Lorenzo con cara de “qué dura es la piba” y le estrechó la mano.

—Dormí, viejo lobo. Nos vemos otro día.

—¿Y vos qué hacés acá? —preguntó Lorenzo.

—Necesito que Sofía me cosa unas ropas, los hombres somos malísimos para eso.

—Papá, tratá de dormir —dijo Sofía y se adelantó por el pasillo, hacia su cuarto. Antes de seguirla, Tito sacó la petaca de su bolsillo y se la tiró a Lorenzo, que la atrapó en el aire y se la escondió detrás de la espalda—. Apúrese —dijo Sofía, ya en el cuarto.

Tito entró. Ella cerró la puerta.

IV

—Hermosa foto —dijo Tito mirando el póster de Evita que había vuelto a caerse del lado superior derecho y colgaba con el alfiler atravesado. Sofía cruzó los brazos, Tito dejó de mover el sombrero entre las manos. La miró. Ya no sonreía.

—No te mando a la puta madre que te parió porque sos mujer, y la hija de un amigo —dijo. Sofía quiso hablar, pero no pudo—. Hací silencio un rato y escuchá calladita. Desde que llegué me tratás como si viniera a robarte. Tranquilizate.

Ella sintió miedo y se quedó quieta. Tito se acercó a la máquina de coser, tocó el vestido sobre ella, fue hasta el armario y miró a Sofía con la misma cara con que la había visto al llegar, inspeccionándola, pero más serio.

—Ponete ahí, al lado de la imagen —ordenó.

Sofía dio un paso al costado y se puso junto al póster de Eva. Tito se acercó a ella, estiró la mano y clavó el póster en la pared. Volvió a dar unos pasos hacia atrás.

—Va a ser un éxito... —susurró y se acercó a Sofía—. ¿Sabés lo que hago yo?

—Sí, administrar putas, juego, drogas...

—¡Diversión, querida! Todos necesitan su sana dosis y yo doy ese servicio. Vienen a mí para aliviarse... Sos peleadora, eh. Brava como ésta —dijo señalando el cuadro de Evita.

—¿Qué quiere?

—Que trabajes para mí.

—Ya le dije que no.

Tito levantó el dedo.

—Lo que te voy a decir no se lo podés contar ni a tu padre, ¿está claro? —su voz tenía ese matiz mafioso, de pregunta que en verdad es una afirmación—. Hoy vienen a Paraíso unas cincuenta personas, a celebrar la muerte de Evita. Gorilas, que les dicen. Gorilas con plata. Y a mí se me ocurrió una idea...

Sofía había girado y abrió la puerta.

—No quiero seguir escuchando...

—Te voy a dar diez mil pesos —dijo Tito.

Ella se quedó con el picaporte en la mano, mirando el suelo. Tito se asomó para confirmar que el padre no escuchase. Apartó a Sofía y volvió a cerrar la puerta.

—Dejá de hacerte la actriz de radioteatro sufriente y escuchame bien, porque no lo voy a repetir. Tenés que venir hoy a las 23:00. La idea es que la imites un poco, con música de fondo. Te ponemos una peluca rubia y una ropa —se acercó a Sofía y le habló casi al oído—.

Y si te hacés la peronista dolida y lo contás para que me caiga la policía, te mato en serio y te exhibo muerta en un cajón —se alejó de ella, se puso el sombrero y sonrió—. ¡Gracias! —gritó, cambiando el tono de su voz y salió al pasillo.

—¿Ya te vas? —preguntó Lorenzo en el *living*.

—Sí, tu hija es una luz, ya me cosió el botón que necesitaba.

Tito se agachó y le dio un abrazo a Lorenzo, que lo palmeó en la espalda.

—La próxima vez que vengas, avisame, así me depilo —dijo éste y ambos rieron. Sofía ya esperaba con la puerta abierta. Tito salió al jardín y ella salió detrás de él.

—No cuente conmigo para lo de hoy.

—Qué rápido rechazás diez lucas. ¿No te vendrían bien para comprarte un poco de pilcha? ¿O arreglar este agujerito? —dijo Tito y señaló el suelo que se hundía. Se cerró el abrigo.

—No tiene que ver con la plata —dijo ella—, es una falta de respeto a la memoria de una mujer honrada. Tampoco puedo dejar solo a mi padre.

—Te pongo un enfermero a la noche. ¿Querés? O traelo, que conoce bien el lugar.

—La reja está abierta —dijo Sofía, indignada.

—Si cambiás de opinión, sabés dónde encontrarme —dijo Tito y cruzó el jardín. El hombre que había robado la noche anterior abrió la puerta del auto a Tito para que subiera. Antes de meterse en el asiento del conductor, el ladrón saludó a Sofía con la mano. Tiró el cigarrillo y se metió en el auto.

Sofía entró a su casa y cerró la puerta, enojada. ¿Tito conocía a su padre? ¿Y esta locura de hacer de Evita? ¿De dónde la había sacado?

¿Cómo se podían juntar a festejar esta muerte? ¿Y Viktor, trabajaba para él? Lorenzo le preguntó qué pasaba. “Nada”, gritó Sofía y se metió en su cuarto.

Cosió su bolsillo mientras escuchaba la radio. Apuró los pedidos atrasados, para entregarlos y cobrar. Había hecho una lista de los que no le habían pagado e iba a llamarlos al mediodía. La radio interrumpió la transmisión de música sacra para informar que “el excelentísimo presidente de la nación, general Juan Domingo Perón, en vista de la cantidad de personas que se han presentado al Ministerio de Trabajo y Previsión para dar su último adiós a la Jefa Espiritual de la Nación, ha decidido que el duelo nacional se extenderá por el lapso de tres días consecutivos”. Sofía pensó que recién el miércoles estarían abiertos los bancos. Fue al teléfono y discó un número.

—¿Hola, Estela? ¿Cómo está? Sofía le habla. Sí, una tristeza... Disculpe que la moleste hoy, quería saber si mañana... Ah... No, por supuesto, si no viaja hoy a Buenos Aires no la ve nunca más, claro. ¿Me paga cuando vuelva y yo le doy la pollera? Quedó perfecta, ni se nota el zurcido... Un beso para usted, hasta luego.

Fue a la cocina y puso una pava al fuego. Lorenzo, en el sillón, con el diario abierto sobre el pecho, roncaba otra vez. Sofía ya había hecho dos llamados. Uno no la atendió y sospechó que también se había ido a la capital. Estaban a cien kilómetros, no era tanto, y como había dicho recién Estela, era la última vez que iban a poder verla. Pero Sofía no quería pensar en eso. El otro cliente le

dijo que todavía no tenía el dinero, que lo disculpara. En el silencio del domingo, más silencioso por el duelo, Sofía recordó la propuesta de Tito. Así como había expulsado de su imaginación la idea de que nunca más vería ni escucharía a Evita, no se permitió recordar la propuesta de Tito. “Pero diez mil pesos...”, se dijo. Rápidamente, enojada consigo misma, se llevó el mate y la pava al cuarto. Cosió unos minutos, pero no pudo seguir, estaba distraída. Se puso de pie y se miró en el espejo, en la puerta del gran ropero. No había caso, ella no se veía parecida. O sí, quizá un poco. Sintió vergüenza. Se puso seria. Cerró los ojos. Los abrió, levantó apenas el mentón, sonrió de esa manera que le había visto a Evita a lo largo de esos años en las fotos y en los noticieros del cine antes de las películas, la sonrisa que era un agradecimiento al cielo y a su gente por el cariño que recibía, levantó los brazos, saludó a la multitud imaginaria y agitó las manos. Para no despertar al padre, en vez de hablar, hizo la mímica con los labios. “Yo sé que ustedes levantarán mi nombre y lo llevarán como bandera a la victoria”. En la última palabra cerró el puño, escuchó en su imaginación el ruido de la multitud enardecida. Se acordaba de esa frase en su último discurso. La voz de Evita ya estaba apagada y lejana, no exhalaba esa energía que era como un trueno lleno de rebeldía, vitalidad y confianza. Fue esa vez cuando ella, Sofía, lo supo, o mejor dicho, lo entendió: se estaba muriendo. Había escuchado que tenía una anemia difícil de curar, pero a lo largo del último año, con el ojo clínico de quien sigue a una persona durante largo tiempo, había advertido su cara afilándose por la delgadez. También se notaba por su voz, más y más pálida en cada discurso, en cada transmisión de cadena nacional. En mayo, cuando dijo que dejaría “jirones de su vida”, Sofía sintió que se trataba

precisamente de eso: Eva estaba dejando pedazos de su alma en esas palabras, por el tremendo esfuerzo que le costaba estar de pie y hablar. La sacó de su ensueño el ruido de algo que se rompía. Sofía corrió al *living* y vio a Lorenzo, en el piso, que se agarraba el pecho y gesticulaba. Había tirado el velador.

—¿Papá, qué pasa?

Lorenzo, con la cara roja, apenas pudo decir que no podía respirar. Sofía corrió al teléfono y marcó, cuando la atendieron gritó:

—Doctor, le está agarrando otra vez... Por favor, ¡rápido!

Volvió junto a Lorenzo y le puso una almohada bajo la cabeza.

—Despacito, papi —susurró, acariciándole la cabeza.

Lorenzo respiraba rápido y cortado, pero le guiñó el ojo para tranquilizarla, como diciendo “no pasa nada”. Sofía sintió cómo su padre le agarraba la mano con fuerza.

Lorenzo dormía en su cama y roncaba profundamente. El doctor Alejandro Tagliaferri, de pelo corto y rulos, hombros pequeños y traje ajustado, lo tenía tomado del brazo y chequeaba su reloj para calcularle la presión. Sacó la vista de Lorenzo, acomodó sus anteojos y se paró. Sofía estaba apoyada contra el marco de la puerta, Tagliaferri salió del cuarto y ella cerró.

—Está normalizado —dijo el doctor—, el calmante hizo efecto rápido y el pulso está bien. ¿Cuánto hace que no le pasaba?

—Tres semanas —dijo Sofía. Aunque eran apenas las 18:00, la noche había caído, porque estaban en pleno invierno—. Discúlpe-me, fue todo tan rápido que no le ofrecí nada. ¿Quiere tomar algo?

—La verdad es que me vendría bien —dijo el doctor, se sacó los anteojos y se apretó el puente de la nariz—, lo de Evita enfermó a muchos y tuve bastante trabajo. Nunca vi algo así, ni cuando se murió Gardel.

Tagliaferri volvió a ponerse los anteojos y se quedó mirando a Sofía.

—¿Qué tengo?

—¿No le dijeron que se parece?

—Entre ayer y hoy, usted ya es el tercero.

—Será que la imagen de Eva está más presente...

—¿Café?

—Tiene algo más... ¿fuerte?

Sofía sonrió. “Tengo”, dijo. Fue a la alacena y sacó la botella de *whisky* que Tito le había traído a Lorenzo. Volvió con ella y dos vasos cargados con hielo.

—Mire usted, no sabía que podía darse ese lujo —dijo Tagliaferri, sonriendo.

—Se la trajo Tito a papá, parece que son amigos.

El doctor se sentó en una de las sillas del *living*. Suspiró, estaba agotado. Sofía llenó los dos vasos con *whisky*. Se sentó con él, chocaron las copas y tomaron.

—Me acuerdo cuando mi mujer quedó embarazada por primera vez —dijo Tagliaferri, girando el hielo dentro del vaso—. Me sorprendió la cantidad de embarazadas que empecé a ver. No era que antes no había, pasa que yo tenía una en mi casa y me llamaban más la atención. Con usted va a ser lo mismo, hay tanta imagen de Evita por ahí, que van a verla en usted.

—Espero que no. Además, no me parezco en nada.

—Sofía —dijo Tagliaferri—, tu papá está estable y yo puedo venir todas las veces que haga falta, pero si no lo operás pronto...

—Ya hice trámites en la policía, para ver si lo cubrían —dijo ella. Terminó su *whisky* con un trago largo—. No hay caso. Iba a ir a la fundación de Evita, pero con todo esto... No puedo hacer más... —Sofía se sirvió otro *whisky* y le ofreció al doctor, que lo rechazó porque todavía tenía su vaso casi lleno—. Le agradezco su preocupación. Cuando lo de Eva termine, veré si puedo sacar un crédito para operarlo afuera. ¿Usted vendría con nosotros?

—No es necesario. Pero iría por el gusto de viajar, nunca salí de Lobos.

—¿Nunca? —dijo Sofía y tomó casi de un trago su segundo *whisky*. Apoyó el vaso y lo movió al centro de la mesa, como si así pudiera correr las ganas de tomarse un tercero.

—Salvo mis años de estudio en La Plata, he vivido toda mi vida aquí.

—¿Y no sueña con salir?

—La verdad es que no. Me gusta mi oficio. ¿Sabe lo que quisiera? Un lugar propio y más grande, además de mi consultorio. Una clínica, a lo mejor.

—¿Con su nombre en la puerta?

—¡Claro! ¡Por mi clínica! —dijo Tagliaferri, levantó su vaso y terminó el *whisky*—. Es muy bueno, gracias por convidarme.

Agarró su maletín y dijo que cualquier cosa no dudara en llamarlo. Se despidieron, Sofía le abrió la puerta y le agradeció la generosidad de su visita. Lo vio irse por el camino de piedra y abrir la reja. Pensó que este hombre, como Viktor, como otros vecinos del lugar, habían sido muy generosos con ella y su padre desde que

habían llegado a Lobos, hacía ya diez años. No hubiera podido hacer todo sola.

Entró y miró el reloj. Eran las 8:00 de la noche, la hora de comer, pero no tenía hambre. Puso una pava al fuego para hacerse un mate cocido. Fue al cuarto del padre y abrió suavemente la puerta. Lorenzo roncaba. Se llevó el mate cocido a su cuarto y revisó la hoja con los diez clientes que había llamado en el día. Cuatro no podían pagarle; dos se habían ido a Buenos Aires; uno no atendía; otro no tenía teléfono y había que ir a verlo personalmente, pero no quería dejar solo a Lorenzo. Prendió la radio, había música sacra. Cambió el dial, todas pasaban lo mismo. La apagó y volvió al *living*. El bastón del padre había quedado en el suelo, de cuando le había dado el ataque. Lo levantó y lo dejó en el sillón. Abrió un mueble. Había una serie de copas que tenían grabado el escudo justicialista y una placa de la Policía Federal, “A Lorenzo Olarte, en su décimo aniversario dentro de la fuerza policial”. Cerró. Volvió a su cuarto. Se llevó la taza a la boca, el mate cocido ya estaba frío. En la misma hoja donde estaban los nombres de los clientes, anotó: “Cosas para vender. Placa, treinta pesos. Copas, quinientos pesos”. “No valen nada”, pensó, “tendría que pagar yo para que se lo lleven, es basura”. Arrancó la hoja. Se tiró en la cama. Se levantó. Agarró su disco. Lo llevó a la mesa. Volvió a abrir el cuaderno. Anotó: “Disco Evita, ¿seiscientos pesos?”. Tachó lo último. “Esto no se vende”, dijo. Puso el disco en el Wincofón. Salió la voz del locutor, anunciando la histórica edición de ese audio, después Evita, viva desde el fonógrafo. Se paró, se miró en el espejo y se quedó unos segundos. Tenía agujeros en la ropa. La campana de la iglesia de Lobos sonó y Sofía miró el reloj, eran las 20:25, estaban conmemorando la hora del fallecimiento. “Diez mil pesos”,

pensó. Era una suma tan grande, tan lejana a cualquier otra que hubiera concebido o visto, que la sintió abstracta. Fue a la hoja y anotó: “Cosas que podría comprar con diez mil pesos: ropa, máquina de coser, viajar unos días...”. Frenó la escritura. Evita seguía hablando. Volvió al *living*, se sirvió un *whisky* y se sentó en el sillón. Agarró la guía bajo la mesita del teléfono y buscó el número de Paraíso. Corrió al cuarto del padre y se asomó, él seguía durmiendo. Cerró la puerta. Volvió al *living*, se tomó el vaso lleno de *whisky* de un trago, se limpió la boca con el dorso de la mano y marcó el número.

V

Eran las 11:00 de la noche, Sofía miraba por la ventana de su casa y tenía una valija a su lado. Vio las luces y escuchó el ruido de un motor, apareció en su puerta el mismo auto que había llevado a Tito por la mañana. Bajó el hombre que había robado en la plaza y otro que no conocía. Entraron, Sofía había dejado sin traba la reja y ella les abrió la puerta de su casa. El ladrón se tocó el sombrero a manera de saludo. Parecía gentil, cosa curiosa tratándose del mismo que le metía la mano en los bolsillos a los que lloraban por Evita.

—Mi nombre es Silvio —dijo él, y finalmente el ladrón tuvo nombre. Señaló al que lo acompañaba—. Éste es Esteban, él va a quedarse con su padre.

—Mucho gusto, señorita —dijo Esteban. Traía ropa blanca de enfermero bajo el abrigo, tenía un flequillo y la voz aflautada. A Sofía

le pareció simpático—. Tiene razón el patrón, usted podría ser la hermana.

—Acá tiene un listado de lo que hay que hacer —dijo ella, como si no hubiera escuchado el comentario, y le entregó un papel doblado—. Está durmiendo, pero despiértelo a las 12:00 para que tome la medicación. En el horno hay comida. Dele la mitad, y sólo la mitad. Él va a pedirle más. También va a pedirle alcohol. No hay en ningún lugar de esta casa. Si usted llega a tener encima, por favor, no le dé, ni salga a comprarle. Yo debería estar volviendo entre las 2:00 y las 3:00 de la madrugada.

—No se haga problema —dijo él—. Vaya tranquila y disfrute.

Sofía pensó que la estaba cargando, o no tenía idea a dónde iba. ¿Disfrutar? ¿De qué? ¿De festejar la muerte de Evita?

—Escuchame, piba —dijo Silvio, con un tono que a ella le pareció grosero, pensó que era el mismo que debía de usar con las chicas que trabajaban en el prostíbulo—, Tito dice que te vio por ahí un disco de la Evita, quiere que lo usemos.

—¿Para qué?

—No sé, chiquita. Traelo, así te enterás. Dale.

Sofía pensó en mentir y decir que se le había roto o algo así, pero no tenía ánimos ni ganas. Volvió al cuarto, sacó el disco del aparato, lo guardó en su caja y salieron.

Ya en el auto, Silvio arrancó el motor y encendió un cigarrillo. Sofía miró su casa, las luces encendidas en el *living*, la silueta de Esteban moviéndose en el interior. Se dio cuenta de que Silvio le miraba las piernas.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Estoy esperando que se caliente el motor, nena —susurró él—. ¿Estás apurada?

—No —dijo Sofía y se cerró el tapado.

Silvio tenía el pie en el acelerador, el auto hacía un sonido de bestia rugiendo. Arrancó. Desde la casa de Sofía hasta el hotel de Tito había veinte cuadras. El pueblo parecía abandonado, no había nadie en la calle y en las puertas de las casas había velas, fotos de Evita o ambas cosas.

—¿Hay gente para...? —preguntó Sofía, no supo qué palabra decir.

—¿Para la fiestita? —dijo Silvio. Tenía el cigarrillo en la boca, que se movía con la marcha del auto—. Muchísima. No sólo gorilas, no sabés cuántos peronistas están felices de que la rubia haya palmado.

A medida que salían de la avenida principal había menos casas. Sofía vio dos mujeres en la plaza, los faroles estaban encendidos y con crespones de luto que volvían la luz pálida. El mástil estaba rodeado de velas e imágenes. En la última calle del pueblo, antes de salir a la ruta, el terreno se elevaba. Cuando pasaron esa subida, Sofía pudo ver adelante el hotel de Tito, cortándose contra el cielo negro. Era enorme, una casa de tres pisos construida a comienzos de siglo. Tito la había comprado en el 45 y se había ocupado de convertirla en un hotel, pero se sabía que sus usos eran otros: prostíbulo, casa de juegos y centro de reuniones de políticos y mafiosos de toda calaña. Silvio estacionó el auto. Pasó el brazo por delante de Sofía y ella se asustó.

—Tranquila, pebeta —dijo él, y le abrió la puerta—. Quería tener un gesto amable. Corré, que te están esperando.

Sofía bajó, subió los escalones hasta la puerta principal y tocó el timbre. Adentro no se escuchaba nada. Abrió la puerta un hombre de unos treinta años, con barba de un par de días, despeinado, tenía la camisa abierta y debajo una camiseta. Estaba en calzoncillos y con un habano en la boca. Su cara irradió felicidad cuando vio a Sofía.

—¡Epa! —exclamó y Sofía sintió su aliento a alcohol—. Si sabía que venía usted, guapa, pedía mi turno ahora.

—Carlino, volvé a tu cuarto —dijo una voz detrás del hombre. Sofía lo reconoció. Era Tito.

—Che, Titi, ¿ésta va para tu equipo? —dijo Carlino y chupó el habano. Tambaleaba y se agarraba de la manija, para no caerse—. ¿Cómo no me avisaste? Sos un amarrete, seguro te la guardás para vos.

—Volvé, dale —dijo Tito y lo agarró de la camiseta.

—Pará, che. Que la gatita se quedó dormida, y no quería fumarle en el cuarto porque anda con tos —dijo Carlino. Miraba a Sofía de arriba abajo, se pasó la lengua por los labios.

—Volvé a la cama —le dijo Tito—. Descansá para que tu mujer no te vea así, ¿no te parece?

—Cuando tenés razón, tenés razón. Un hombre sabio este Tito, ¿eh? —dijo Carlino y abrazó a Tito, que lo llevó hasta la puerta de un cuarto. Antes de entrar, señaló a Sofía y dijo—: Pero la próxima vez que venga esta perla, quiero que se me trepe encima.

—Claro —dijo Tito, le abrió la habitación y palmeó a Carlino en la espalda —. Andá a dormir.

Carlino le tiró un beso a Sofía y entró al cuarto. Tito cerró la puerta y caminó hasta ella.

—Disculpá la recepción, en planta baja está lo más barato —dijo Tito—. Me alegro que hayas venido. Sentate y te explico. No tenemos tiempo, abajo ya empezaron.

Tito hizo pasar a Sofía y cerró la puerta. El *hall* tenía poca luz y dos sillones grandes de pana de un color que había sido rojo pero ya era rosa —y hasta blanco— en algunos sectores. Al fondo había un pasillo en el que se veían puertas; en una de éstas había entrado Carlino. Una enorme araña colgaba del techo y estaba apagada. Vio el cartel de “Recepción” y un mostrador, a un costado. No había nadie más. Sofía se sentó en uno de los sillones. Escuchó gemidos y gritos de sexo. Tito fue al mostrador, marcó el teléfono y dio la orden de que Viktor viniera enseguida. Fue a sentarse con Sofía.

—Te la hago cortita —dijo Tito y se refregó las manos—. Abajo está toda la gente. Con el temita del duelo no se puede hacer ninguna reunión y menos una fiesta, así que vinieron todos. Vas al camarín y te cambiás con una ropa que conseguimos. Pintate de blanco, pedile maquillaje a las chicas. ¿Trajiste el disco? —Sofía lo sacó de la cartera y se lo dio—. Perfecto. Yo te anuncio, vos salís y lo pongo, te parás delante de todos y la imitás. ¿Sabés de memoria lo que dice?

—No —mintió Sofía.

—Mejor, va a ser más gracioso —dijo Tito—. Mové los labios y levantá los brazos como una muñeca, con eso alcanza. Vas a estar diez minutos, más o menos. Si no te dan bola o te putean, no te hagas cargo, seguí. Esto es un regalo que les hago a mis clientes. Él te va a acompañar abajo y se va a quedar con vos por cualquier cosa que necesites —dijo Tito, mirando detrás de Sofía. Ella giró y vio que entraba Viktor.

—¡Mi tanque ruso! —sonrió Tito—. Una vez me quisieron acuchillar y éste le rompió la mano, ¿sabías eso? —Sofía negó con la cabeza. Tito se dirigió a Viktor—: Acompañá a la señorita al camarín de lujo del subsuelo. Nos vemos, piba.

Tito se paró y salió por una puerta al costado.

—No sabía que trabajabas acá —dijo Sofía, cuando se quedaron solos.

—No trabajo acá —dijo Viktor, con un tono con el que intentaba dejar en claro que no estaba de acuerdo con lo que ahí sucedía—. Cuido a Tito, nada más.

—Ah —dijo ella, cínica. Si Tito le había dicho que el padre conocía el lugar, Sofía ahora se imaginaba dónde era que Viktor lo llevaba cuando salían a tomar aire. “Basta, hay que apuntar a los diez mil pesos”, pensó—. ¿Por dónde voy? —preguntó, seca.

—Por acá —Viktor caminó unos pasos y llegaron a la cocina. Él abrió una puerta y dejó al descubierto una escalera que daba hacia el sótano. Bajaron y Sofía escuchó ruido de fiesta, gente gritando, choques de copas, risas.

—¿Y esto qué es?

—Era de una familia alemana —explicó Viktor—, llegaron después de la guerra y armaron un lugar abajo, para tener reuniones secretas.

Viktor señaló una puerta con ventana, Sofía se asomó y vio el sótano. Era un pequeño teatro, debía de haber unas treinta o cuarenta personas tomando, hablando a los gritos y fumando, todos alegres y excitados. Al fondo, una barra precaria hecha con tablas, llena de bebidas. Una tarima de unos cinco metros oficiando de pequeño escenario, con un micrófono de pie y un piano de pared donde un

pianista, doblado sobre el teclado, tocaba un tango. En las mesas, Sofía vio botellas de *whisky* de la misma marca que Tito le había dejado al padre, y una densa nube bajo el techo, formada por humo de habanos y cigarrillos. Reconoció a más de un vecino, a políticos de su pueblo, gente del Concejo Deliberante a quienes les había arreglado un saco o un pantalón, siempre por intermedio de sus secretarias. Muchos habían jurado lealtad y amor al partido y al General. Sofía sacó la mirada de esa reunión, se sintió angustiada. “Diez mil pesos”, volvió a pensar.

—Mostrame el camarín —dijo.

Siguieron unos pasos hasta una puerta de madera gastada con el marco torcido. En el centro tenía una estrella pintada con tiza. Sofía escuchó adentro unas voces chillonas y risitas, Viktor golpeó y abrió la puerta sin esperar respuesta. Sofía vio una mujer de unos cincuenta años, pintarrajeada y vestida de bailarina de cancan.

—¡Hola, mi chiquitín! —dijo la mujer y le tiró un beso a Viktor.

—Hola, Renata.

Renata vio a Sofía y gritó:

—¡Ay, carancho! ¡Qué susto, nena! ¡Es como ver un fantasma!
¡Miren, chicas!

Renata hizo un gesto para que Sofía y Viktor entraran. Adentro del camarín había dos mujeres más, hermanas mellizas, mucho más jóvenes que Renata. Usaban vestidos ajustados con brillantinas y estaban pintándose, una tenía peluca negra y otra, roja. Se acercaron a Sofía y la miraron de cerca.

—¡Es muy igual! —gritó Peluca Roja, con un chillido agudo. Peluca Negra le tocó la cara a Sofía, que se alejó con rechazo.

—Ay, perdoname, es que me impresiona... A ver, ponete de perfil.

Sofía se quedó quieta. Viktor sonreía.

—Por fi... —dijo Peluca Negra.

Sofía, despacio, movió la cara hacia el costado.

—No puede ser, ¡qué envidia! Yo si soy vos, me le aparezco a Perón en la casa.

—Igualita a Eva, pero más igualita al padre —dijo Renata, le agarró la cara y la puso bajo la luz.

—Basta, ayúdenla a prepararse —Viktor miró a Sofía—. Ahí tenés la ropa que Tito quiere que te pongas. Espero afuera.

—Sí, vos no deberías estar mirando esto —dijo una y se agarró los pechos.

Viktor sonrió y salió. Renata se acercó a Sofía.

—Disculpapas, nena, es que nunca pasa nada y hoy es una fiesta. Aunque no hay nada que festejar. Yo soy Renata —se acomodó la ropa—. Ahora salimos nosotras y hacemos un número. Un cancán. ¡Me vuelve loca! Con lo que me gusta el Moulin Rouge. Yo tendría que haber nacido en París —Sofía no se había movido de su lugar. Renata le sonrió—. No tenés ni idea de lo que hablo, ¿no? Bueno, no importa. Lo que importa es tener un espíritu preparado para la diversión. ¡A lo nuestro! —tocó la silla a su lado, para que Sofía se sentase—. Antes vino un contador de chistes que jodía con resucitar a Evita. Un asco. Yo trabajo acá desde que lo abrió Tito, y lo de hoy me parece un horror. Pero estos que están emborrachándose tienen plata, nena, y nos hace falta.

—¿Y Viktor? —preguntó Sofía.

—¿Chiquito? —dijo Renata.

—Ése es un santo —interrumpió Peluca Roja, que había vuelto a maquillarse—. Nos cuida como si fuéramos las hijas. Nunca nos toca, ni aunque nos tiremos desnudas encima de él.

—Una vez me acompañó a lo de un concejal —dijo Peluca Negra—, y a la vuelta le puse la mano en la entrepierna.

—¿Y la tiene grande? —preguntó Peluca Roja.

—Gigante, como él —rieron—, pero ni me miró, el muy malo. Me agarró la mano y se la sacó de encima como si fuera un bichito que le molestaba.

—¡Es puto! —gritó Peluca Roja.

—No quiere líos donde trabaja —dijo Renata.

—Donde se come... —dijo Peluca Roja.

—Ay, nena, disculpanos. Somos máquinas de cotorrear. ¿Qué estás esperando? Dale, cambiate que no falta tanto.

Golpearon la puerta y abrieron sin esperar respuesta. Era Tito.

—¡Vamos, reinas, tienen que salir! —gritó Tito desde afuera.

Renata se había pasado *rouge* en los labios y los movía para emparejarlo—. ¿Alguna vez hiciste algo así?

—Nunca.

—Ay, bueno, mirá —Renata acercó su silla a Sofía, bajó la voz como quien está por brindar instrucciones para una misión secreta—. Ellos tendrán la plata pero la reina, cuando estás arriba, sos vos, ¿estamos? —Sofía asintió—. Además tomaron mucho, es más fácil, y están contentos porque se murió una de las mujeres más bellas y poderosas de la tierra. Qué machistas de mierda. Te van a decir cosas tan guarangas que ni te las podés imaginar. Pero oíme bien —Renata levantó su dedo—. Ahí arriba, pendeja, vos brillá. Tenés

ángel, yo me doy cuenta. No es sólo porque te parecés a ella, es porque tenés ese... no sé. Lo que el escenario pide.

—Callate, chanta —dijo Peluca Roja. Renata le pegó en la oreja y logró que se le torciera la peluca.

—¡Ay! ¡Bestia! —dijo Peluca Roja, acomodándose el aplique.

—¡Le estoy hablando en serio a la criatura, que está por subir al escenario por primera vez! Si no le vas a decir algo bueno, quedate calladita. ¿O no te acordás tus nervios la primera vez que subiste, taradita?

PelUCA Roja hizo puchero y se contuvo para no llorar.

—Estás divina —dijo Peluca Negra a Sofía.

Golpearon la puerta.

—¡Vamos! —gritó Viktor desde afuera.

—¡Ya va, mierda! —gritó Renata—. Apuremos, chicas, los gorilas están aburridos de tocarse solos.

Renata besó a Sofía en la mejilla. Salieron las tres. Sofía escuchó la voz de Tito en el escenario, que las presentaba:

—¡Mis queridos amigos, con ustedes... las Tres Marías!

El piano empezó a tocar un cancán, Sofía escuchó a las chicas que saludaron a la gente. Trató de concentrarse. Se acercó al perchero, había un saco envuelto en plástico, con una etiqueta que decía "Evita". Lo abrió y lo desplegó, pensó que estaba mal cortado, porque tenía unas líneas rojas en el centro. Se dio cuenta de que sobre la tela habían dibujado los círculos de un tiro al blanco. Se puso una camisa blanca, una pollera, zapatos y el saco con el dibujo. También un sombrero con una pluma, parecido a uno que usaba Eva. Se miró en el espejo del camarín. Quería llorar. Allá, en el teatro, gritaban y aplaudían. Agarró el maquillaje blanco y se lo pasó por la

cara. Sobre la mesa vio una foto de Evita con los ojos recortados. La levantó: era una máscara, le habían hecho dos agujeros en las puntas y cruzado un hilo para que se sostuviera en la cabeza. Se abrió la puerta y Sofía se sobresaltó.

—Disculpame el susto, nena —era Tito. Había dejado la puerta abierta, afuera se veía a Viktor—. ¿Viste qué linda careta? La armé para una de las chicas, por si vos no venías —Tito la agarró del mentón y la miró como quien observa un objeto y medita si lo compra—. Estás perfecta. Qué suerte tuvimos con vos, la puta madre —le soltó la cara y se limpió el maquillaje blanco en el pantalón—. Bueno, las chicas cantan una canción más y salen. Hay dos minutos de descanso, para que la gente pida morfi y chupi, y venís vos. Yo te presento diciendo “Evita”, como si viniera ella de verdad, ¿me entendés? Ahí vos subís al escenario. El pianista va a tocar la *Marcha peronista*, yo pongo el disco, agarrás el micrófono y hacés la mímica. Sonreí, sé que estás triste pero no seas muerta que esto es una fiesta, nadie pagó para sufrir —Tito señaló el dibujo del saco—. Esto es porque seguro te tiran algo. No te hagas drama, que si exageran está Viktor. A la salida aguantame que te pago —Tito golpeó las palmas arengando y salió, le habló a Viktor—. ¡Vamos, eh! Grandote, quedate con ella por si un loco se le va encima. No le rompas nada a nadie, por favor te pido.

Tito volvió al teatro, Sofía salió y Viktor cerró el camarín. Detrás de la puerta que daba al escenario, Sofía temblaba. Un poco por el frío que hacía y más por el miedo, que la iba tomando. Intentó calmar su respiración, estaba agitada. Escuchó aplausos adentro, la canción de las chicas había terminado.

—¿Cómo estás? —preguntó Viktor.

—Mejor que nunca —dijo ella. Lo miró y soltó—: ¿vos venís acá con mi papá?

—A veces.

—Sos una basura.

Adentro crecían los aplausos. Viktor abrió la puerta del pasillo que daba al escenario. “Por acá”, dijo a Sofía y señaló una cortina negra hecha con remiendos. La corrió, ella vio que había otro pasillo oscuro, y al final la parte de atrás de la tarima-escenario, donde vio al pianista y las chicas saludando. Los hombres en el público aplaudían y a coro pedían que las chicas se quedaran. Caían papeliitos doblados a los pies de ellas, eran billetes. Las chicas salieron por el pasillo donde estaba Sofía y se la cruzaron.

—¡Ni cuando era puta me tiraron tanta guita! —gritó Renata, mostrando el puño con billetes—. Aprovechalos, nena, te los dejamos calentitos.

—Nosotras nos vamos al fondo porque te queremos ver —dijo Peluca Roja, sacándose el corpiño con lentejuelas—. Cómo me apretaba esto —Sofía la miraba—. No te preocupes, no voy a salir así. Aunque podría, y se las muestro al ruso a ver si alguna vez me las toca ¿Rusito, me las tocás?

Las mujeres estallaron en carcajadas. Se corrió la cortina del pasillo y apareció Tito.

—Estuvieron muy bien, culonas. Ahora salgan, que viene la perla de la noche.

Tito encaró para el escenario.

—Chau, nena —dijo Renata—. ¡Mucha mierda! Dales duro.

Las otras dos le desearon éxito y salieron. Viktor giró para irse y Sofía lo tomó del brazo, él puso su mano sobre la de ella.

—Tranquila, voy a estar al lado del escenario todo el tiempo —dijo él, le soltó el brazo y salió por la puerta por la que habían entrado. Sofía se quedó sola en el pasillo. No podía ver el escenario, pero sí escuchaba.

—¡Qué número acabamos de ver, señores, la Santísima Trinidad en persona! —gritó Tito. El público le gritaba “genio”, “ídolo”—. Calma, amigos, que la noche recién empieza y el velorio es largo —aplaudieron con rabia, algunos golpeando las mesas con los puños. Sofía escuchó el titilar de los vasos y los platos. “¡Que muera el dictador!”, gritó uno, notoriamente borracho por la voz con que lo dijo—. Sí, por supuesto —dijo Tito—, pero esperemos un poco, dejémoslo sufrir y pasémosla bien nosotros. Hoy no vamos a matar a nadie, mis amigos. Más bien... tengo una mala noticia. Vamos a tener que resucitar a la cerda.

El movimiento en la sala se calmó, Tito hizo silencio. Lo silbaron.

—Hoy es una jornada histórica, amigos —dijo—. No sólo les he dado un lugar para divertirse cuando arriba, en el mundo, toda alegría ha sido prohibida por ley —la gente aplaudió. Sofía trataba de respirar despacio, sentía el corazón latiéndole con fuerza—. También yo, el mismísimo Tito Bonaglia, yo, que sólo quiero su felicidad, he ejecutado un milagro para su gusto y placer. Porque sé que les hubiera gustado gritarle en vivo y en directo, cara a cara, no en la cobardía y la soledad de sus casas, no a la foto que sale en el diario, ni al cajón donde ahora está. No, amigos: a ella. Porque yo sé que cada vez que ustedes la escuchaban criticando a la oligarquía, al capitalismo foráneo, a los gorilas, cuando la escuchaban tratando de imbéciles y mediocres a todos lo que no fueran peronistas, ustedes querían subir al balcón de la Rosada y arrancarle los pelos. Por eso,

hermanos, hoy la traje para ustedes. Señoras y señores, con nosotros... ¡La Yegua Espiritual de la Nación, la mismísima Eva Perón!

El silencio en la sala se hizo sepulcral, se escucharon los pasos de Sofía acercándose al escenario. Como si se colocara una máscara, se obligó a sonreír, sintió en las mejillas la tirantez dolorosa de la risa forzada. Apenas salió, la luz de un seguidor al fondo del teatro cayó sobre su cara y ese resplandor la cegó, se tapó los ojos, no vio bien el escenario y tropezó contra la tarima. La gente estalló a carcajadas.

—Discúlpenla —dijo Tito—, volver de la muerte es despertar de un largo sueño, y vieron que uno está medio tarado en la mañana. Venga, Evita, póngase de pie.

Tito se acercó a Sofía y la ayudó a subir al escenario. Ella levantó los brazos al público. La abuchearon, de la primera fila le tiraron una bebida que Sofía, al recibirla en la boca, reconoció que era ginebra. El público rio a carcajadas.

—¡Amigos, calma! —dijo Tito—. Si me la maltratan tendré que devolverla al infierno—. ¿Van a cuidarla? —gritó Tito, el público gritó que sí, aplaudió, uno al fondo le agradeció por haberla traído. “Pero dejamelá, que le pego un poquito”, gritó otro delante y todos lo aplaudieron. “Si sabía traía dardos”, gritó otro—. Yo los conozco bien, mis chiquitos. Para que vean qué fantástico anfitrión soy, mis amigas les darán cosas para descargar su rabia de chimpancés contra este blanco... Chicas, por favor —Renata y las otras dos que habían bailado pasaron entre la gente y dejaron una canasta en cada mesa, Sofía no pudo distinguir qué había adentro, porque la luz le pegaba en la cara—. Evita, ¿está lista para recibir el amor de su pueblo? —dijo Tito.

Sofía asintió, mostrando sus dientes en la sonrisa forzada. Le dolían mucho los pies, los zapatos que le habían dado eran un número más chico.

—Señores, con ustedes, ¡Eva Perón! ¡Un fuerte abucheo! —gritó Tito, bajó del escenario y se fue a un costado, donde estaba el tocadiscos.

La gente empezó a gritar, uno tarareó “hi-ja-de-pu-ta”, silabeando y haciendo ritmo con las palmas contra las mesas, enseguida todos los parroquianos se sumaron. Sofía se acercó al micrófono. Reconoció entre el público, en las mesas de la primera fila, al policía que la noche anterior la había amenazado para que no dijera nada del robo. Estaba sentado junto al segundo ladrón. En otra mesa, un hombre pelado y gordito dentro de un traje que le quedaba un poco apretado, le dirigía una mirada de compasión. Parecía ser el único que no estaba contento con el espectáculo, lo distinguió porque su actitud contrastaba con la alegría del resto, que parecían esperar una orden para abalanzarse sobre ella y desmembrarla. Tito ya había puesto el disco, se escuchó la fritura, la voz del presentador, la gente se reía de ese texto hablando sobre “lo inmortal” de la voz de Eva, sobre la grabación histórica. El silencio que Sofía ya conocía y la multitud, en un volumen tan alto, como nunca la había escuchado, porque acá había parlantes más potentes que su Wincofón. Sofía escuchó la voz de Evita y empezó a mover los labios de cualquier manera pero de inmediato los sincronizó con el audio, había mentido que no lo sabía de memoria pero se dio cuenta de que era más fácil imitarlo que simular que lo ignoraba, porque lo había escuchado tantas veces que le salía automático. El público hizo silencio. Sofía se concentró en su boca y miró adelante, levantó los brazos como

frente al espejo de su casa, acompañó las palabras del discurso con el énfasis que le había conocido a Evita, en especial en los noticieros del cine que había visto cientos de veces porque era amiga del acomodador; ella le había cosido los botones de su traje más de una vez, o arreglado un detalle en una camisa, todo sin cobrarle, y a cambio él la dejaba pasar gratis. Sofía no miraba las películas completas porque no podía estar tanto tiempo sin atender a Lorenzo, el trato era que el acomodador le avisara los días que Eva salía en el noticiero antes de las películas. Que eran casi todos. Ella iba esos minutos y la miraba, varias veces en el mismo día, toda la semana si su padre y su trabajo se lo permitían.

Separó las piernas, para tener un mejor equilibrio porque la tarima era inestable. Hizo con el puño derecho el gesto de combate que Evita repetía en los discursos y hubo murmullos en la sala. Por un segundo sintió esa alegría de jugar, el gusto de imitarla, poner la cara dura y rígida igual a Evita cuando estaba viva y enojada, advirtiendo a la masa popular que la escuchaba sobre los peligros y desafíos que debían enfrentar juntos como hermanos peronistas. Otra vez, también, era la alegría de sentir que no se había muerto, que ayer no había estado en la plaza escuchando la radio, que iba a escucharla de nuevo, a verla en el cine, que en Navidad anotaría las frases que le gustaban de su mensaje para las fiestas, ocasión en la que Eva estaba más dulce. Vendría a casa la sidra con la foto de Perón y Evita, y el pan dulce. La gente en la salita aplaudió. Uno gritó “Qué linda sos, putita”, y todos rieron. “Bueno, che, empiezo yo”, gritó otro y Sofía sintió algo que le estalló en el hombro. Entendió qué era lo que las chicas habían repartido: huevos. “Veinte puntos”, gritó uno. “Nah, qué veinte”, gritó otro, “si estás a medio metro”. “Sos

un chicato”, dijo uno y otra vez le tiraron algo, y esta vez estalló en el centro de su pecho y hubo aplausos. “¡Eso es un tiro!”, gritó uno. Sofía seguía imitando los movimientos de Evita. Sobre sus pies, en la punta del escenario, estalló otro huevo y miró a Tito, que en la oscuridad le hacía señas de que siguiera. Ella levantó la cara pero no movió los labios, resbaló y se agarró del micrófono. Un huevo le estalló en la pierna y sintió la humedad, el frío, la viscosidad que chorreaba. De la primera fila le tiraron un cigarrillo medio fumado contra la mano y ella gritó de dolor porque se quemó, otro le tiró la bebida de su vaso gritando que así le apagaba el incendio, otro le tiró el saco y le pegó en la cara. Un hombre se levantó y gritó “¡Hay que matarla!”, tambaleando fue al escenario, Viktor lo agarró de la nuca y lo volvió a sentar. Sofía levantó una mano para parar otro huevo que iba a su cara. “Seguí”, le gritó Tito, y cuando Sofía bajó el brazo le pareció advertir que el hombre que manejaba el seguidor al fondo era Silvio y que reía a carcajadas. Ya su boca no siguió el discurso, susurró “ay, basta” y levantó las manos. “¡Viva Perón, carajo!”, gritó uno y todos rieron y le tiraron huevos a él. Hicieron “uh” cuando finalmente un huevo explotó justo contra la cara de Sofía y ella cayó sentada en el escenario. Se cubría porque empezaron a volar más y más huevos y cosas, como si aprovecharan que ahora estaba en el piso y eso la convirtiera en un blanco más sencillo. La gente gritaba “diez puntos para mí”, “gané yo”, “callate, peronista de mierda”. Sofía se quedó quieta, sintiendo los huevos que caían sobre su cuerpo, escuchando otros que se quebraban alrededor de ella, la risa de la gente, Evita hablando en el disco.

VI

Sofía estaba sentada, vestida sólo con el corpiño y la bombacha. Tenía una frazada en los hombros; Renata le pasaba un pañuelo mojado por la cara, una de las mellizas le limpiaba el pelo y la otra la tenía tomada de la mano. Le habían preparado un té, que se enfriaba entre los maquillajes sobre la mesa. En el piso estaba la ropa de la actuación y exudaba un olor nauseabundo, mezcla de huevo y alcohol.

—Esto sale en un segundo —dijo Renata, amorosa, sacándole el maquillaje con el pañuelo.

—Son unos bestias —dijo Peluca Roja, ahora con su pelo corto y castaño al descubierto.

—Ya está —dijo Renata—. Igual te doy un consejo, cuando llegues a tu casa no te bañes enseguida, que el huevo es muy bueno para el pelo —una de las mellizas le alcanzó a Sofía unos billetes.

—Pero a mí no me dieron propina —dijo Sofía.

—Cuando hay, la repartimos entre todas —dijo Renata y le cerró la mano a Sofía para que apretara el dinero—. Tomate el tecito, que se enfría, y dale que nos vamos, así salimos a tomar una cervecita.

—Tengo que cuidar a mi papá —dijo Sofía. Se sacó la frazada, se paró y fue al perchero donde estaba su ropa—. Gracias —dijo mostrando los billetes y los guardó en el bolsillo de su abrigo.

Golpearon la puerta, “Tito te espera arriba”, dijo Viktor desde afuera. Renata y las chicas saludaron a Sofía con un beso y salieron. Una de las mellizas le dijo que le mandara saludos al padre y Sofía prometió hacerlo. Se cambió despacio, le dolía un poco el hombro y le costó ponerse su ropa. Salió y se asomó a la sala, el pianista tocaba como si estuviera solo, con un vaso de cerveza al costado del piano. Habían encendido todas las luces, las mesas estaban juntas y los hombres jugaban a las cartas y a los dados. Por el pasillo que daba al escenario salió Viktor, con el disco en la mano.

—Tomá —dijo y se lo alcanzó—. Tenía huevo encima, lo limpié bien.

Sofía agradeció. Subieron la escalera. En la cocina Paraíso, Tito fumaba un largo habano y conversaba con otro hombre: el gordito pelado de la primera fila, ahora sin saco y con las mangas de la camisa levantadas. También él fumaba un habano y reía, pero se puso serio como si hubiera sido descubierto en medio de algo obscuro cuando vio a Sofía.

—¡La mujer de la noche! —dijo Tito—. Acá comentábamos con el señor lo maravilloso de tu actuación.

—Permítame felicitarla —dijo el gordito y estiró su mano hacia Sofía. Ella pensó por un segundo que él la estaba cargando, pero advirtió una amabilidad sincera en sus palabras.

Tito se puso el habano en la boca, sacó de su bolsillo un fajo de billetes y empezó a contar.

—Ya que el duelo popular pinta para largo —dijo—, pensamos que mañana o pasado podríamos hacer otra...

—No puedo venir más —lo interrumpió Sofía.

—Bueno —dijo Tito, terminó de contar diez mil pesos, guardó el fajo restante en su bolsillo y le alcanzó a Sofía lo que había separado—. Acá tenés todo. Al enfermero le pago yo después... ¿Segura no querés otra función?

—Sí.

—Tendremos que ponerle la careta a Viktor —dijo y rio—. Che, vago, llevá a Evita a su casa —gritó Tito a Silvio, que leía el diario echado en el sillón gastado del *living*.

—Me voy sola —dijo Sofía.

—¿A esta hora? No se ve nada, hace un frío de cagarse y vas a tener que caminar bastante.

—Buenas noches —dijo Sofía. Caminó al *living*, abrió la puerta de la casa y salió. El frío le pegó en la cara. Se metió los billetes en el bolsillo y empezó a caminar rápido. Tenía que pasar por la ruta y entrar en el pueblo. Se arrepintió de no haber aceptado el auto, pero no quería estar cerca de Silvio, le generaba un fuerte rechazo. Tampoco quería pasar un segundo más en ese lugar, ni siquiera con Viktor. Apretó el disco contra el pecho. Escuchó que la puerta de la casa se abría y se cerraba. Un hombre venía hacia ella, cuando estuvo cerca reconoció a Silvio.

—¿Qué quiere? —dijo Sofía y apuró el paso.

—No tengo ninguna gana, pero el patrón insistió en que te lleve.

—No —dijo Sofía, y siguió caminando.

—Nena, hace frío, son las 3:00 de la mañana y tenés una cara de cansada que das lástima. Te alcanzo, no seas arisca. Igual tengo que ir sí o sí a tu casa, para ir a buscar al enfermero.

Silvio se desvió y caminó al garaje de Paraíso. Sofía frenó, él tenía razón en todo, especialmente en que estaba cansada. Pensó que al llegar seguro que debería hacer más cosas: el enfermero, por más buena voluntad que pusiera, no habría sabido cómo tratar a Lorenzo, porque cada vez que ella lo dejaba con alguien él se portaba como un chico. Era su manera infantil de decir que la extrañaba. Sofía escuchó la música que salía de abajo de la casa, no podía creer que todavía estuviesen festejando. Fue al garaje, Silvio ya estaba adentro pero no había encendido las luces. Pensó en irse. En la noche, con la luz de la luna, podía ver su respiración convertida en vapor por el frío. Silvio prendió una lamparita, la luz era tenue, amarillenta. Sofía vio herramientas y tres hermosos autos en hilera. Silvio sacó del bolsillo sus cigarrillos y encendió uno. Le ofreció a Sofía, que se negó.

—¿Viste qué lindas máquinas? —dijo Silvio, como si le pertenecieran.

—Sí.

—¿En cuál querés ir?

—En cualquiera, es lo mismo. ¿Vamos?

—Tranquila, muñeca —dijo Silvio—, estoy esperando que me traigan las llaves, los autos son del patrón.

—No me digas muñeca.

—Uy, qué brava —dijo Silvio—. Tenés que relajarte un poquito, ¿sabés? —se quedaron en silencio, Silvio exageraba el sonido al exhalar el humo de su cigarrillo y la miraba. Golpeó el auto con la palma de la mano—. ¡Una belleza este chiche! —exclamó—. Me gustan los chiches. El patrón se lo compró hace un año, porque le va bien. Tiene buenos empleados. Como yo. Y como vos, también.

—Yo no soy empleada de nadie —dijo Sofía, y empezó a caminar hacia la salida del garaje—. Me voy sola, chau.

Escuchó los pasos y sintió el brazo de Silvio apretándola, tan fuerte que se le cayó el disco.

—¡Ay, bruto! Soltame.

Sofía se agachó para agarrar el disco pero Silvio lo empujó con el pie.

—¿A dónde vas? —dijo él. Sofía iba a hablar pero Silvio le pegó una cachetada. Ella se congeló, más por la sorpresa que por el dolor—. Callate, tarada, que adentro hay gente celebrando. Un poco de respeto, mierdita.

Sofía gritó, Silvio volvió a golpearla con más fuerza, la trajo hacia él y le puso la mano en la boca.

—Un grito más y te fajo, ¿está clarito? —Sofía asintió, le rodaba una lágrima por la mejilla que llegó a la mano de Silvio, tapándole la boca—. Me estás mojando, idiota.

Silvio la agarró del cuello y la tiró al suelo.

—Basta... —dijo ella pero no pudo seguir, Silvio le había pegado una patada en el estómago. Sofía sintió que el aire abandonaba su cuerpo y lo reemplazaba un dolor en el pecho.

—Callate significa callate, ¿o sos tarada?

Sofía tosió, Silvio la agarró de las piernas y la arrastró cerca de un auto. Abrió la puerta de atrás y levantó a Sofía. Ella le tiró una cachetada, Silvio corrió la cara y le dio una trompada en el mentón. Sofía cayó en el asiento de atrás del auto, Silvio la metió adentro y él se quedó parado afuera, agarró a Sofía de las piernas, la movió hasta él y le metió la mano dentro de la camisa.

—Hija de puta, me lastimaste, ¿eso querías? —gritó Silvio y le dio otra cachetada que Sofía esquivó porque se movía sin parar, intentando que no la inmovilizara. Él la agarró de la cara, Sofía sintió dolor en la mandíbula porque apretaba los dientes. ¡Cómo te me hacías la retobada cuando veníamos para acá! —dijo Silvio. Atrapó una pierna de Sofía entre su cuerpo y la puerta del auto y con la otra mano la agarró del tobillo—. ¿Te pensás que sos importante porque te parecés a la maldita? ¡Callate!

Sofía había pegado un grito y de pronto hizo silencio. Lloraba. Silvio se sacó el cinturón y se bajó el pantalón, Sofía cerró los ojos y tras los párpados vio una sombra cortando la luz amarilla de la lámpara. Cuando los abrió vio la cara de Silvio, que reía como una hiena y no tuvo tiempo de sorprenderse cuando una mano enorme lo agarró de la cabeza y se la reventó contra la ventanilla. El vidrio estalló, Silvio cayó y Sofía vio a Viktor, que le gritaba a Silvio cosas que ella no entendía. Debía de ser ucraniano, como la noche anterior, cuando le pegó al árbol, sintiendo impotencia por la muerte de Evita. Viktor le tiró una patada a Silvio en el suelo, Sofía escuchó algo que se rompió.

—Movete —le dijo Viktor a Sofía. Ella metió las piernas adentro del auto.

—Hijo de puta, te voy a matar —susurró Silvio desde abajo, torcido en el piso. Viktor lo sentó, le puso la cabeza en el marco de la puerta y se la cerró contra el cráneo, el cuerpo de Silvio tembló como si le hubieran dado un choque eléctrico de alto voltaje. Viktor lo levantó del saco como si fuera una bolsa llena de cosas rotas, salió y lo tiró a un costado del garaje. Volvió al auto, le dio la mano a Sofía para ayudarla a salir. Ella ya se había bajado la pollera y seguía llorando. Se tambaleó y se agarró de Viktor. Caminaron afuera, Viktor levantó el disco, lo sacudió para sacarle el polvo y lo metió junto a la valija de ella en la *pick-up*. Subieron. Cuando Viktor arrancó, Sofía sacó la petaca de su bolsillo y tomó hasta vaciarla. Agarró el disco y lo abrazó, como si temiera que se le escapase. Viktor la miró, Sofía todavía temblaba.

VII

La despertó un pájaro. Había muchos en Lobos, y al decirlo Sofía pensaba que parecía una oración de un cuento infantil, “Lobos lleno de pájaros”. Imaginaba un enorme lobo gris, con su barriga llena de pajaritos amarillos y verdes, porque había de los dos colores en el pueblo. Esta vez no lo pensó, porque cuando abrió los ojos sintió su cara un poco pegajosa y un dolor en el tobillo. Se encontró tapada con una frazada. “Viktor”, pensó. Después pensó: “papá”. Se levantó y casi tropieza, estaba descalza y le costaba apoyar la pierna derecha, durante el forcejeo se la había doblado, o quizá había sido cuando Silvio la arrastró, no sabía. La noche anterior era como una película fuera de foco. Desde antes del ataque, ya el disco girando y la imitación, la lluvia de huevos... “¡El disco!”, recordó. Pero ahí estaba, en la mesa, apoyado contra una botella de agua, como para

que Sofía lo viera. Caminó al cuarto del padre, en el trayecto vio por el vidrio de la puerta, parado como un guarda contra la reja de la vereda, a Viktor, que fumaba un cigarrillo. Sofía abrió con suavidad la puerta de Lorenzo, él dormía. Después salió al jardín y caminó hacia Viktor.

—¿Cómo le fue, señorita? —le había dicho Esteban la noche anterior, cuando ella entraba con Viktor a la casa. Se dio cuenta de que Sofía rengueaba y de que estaba lastimada—. ¿Qué les pasó?

—¿La podés ayudar? —dijo Viktor.

—Sí, claro. Sentala en el sillón —dijo Esteban y abrió su botiquín.

—¿Cómo está mi papá? —preguntó Sofía. Tosió, Viktor la ayudó a sentarse.

—Bien, comió con ganas y se la pasó descansando —Esteban trajo agua oxigenada, alcohol y gasas—. ¿Qué le pasó?

—Se cayó —dijo Viktor.

Sofía cerró los ojos, Esteban le limpiaba las heridas de la cara.

—Estoy bien —dijo ella—. Lo puedo hacer yo. Usted tiene que irse, ¿no?

—No tengo apuro —dijo Esteban. Le pasó agua oxigenada en una raspadura de la pierna, le aplicó una gasa y le dejó varias para que se la cambiara. Esteban preguntó por Silvio, que debía ir a buscarlo para llevárselo. Viktor le dijo que no iba a venir y le habían dado la tarea a él, pero viendo cómo estaba Sofía le parecía mejor quedarse y no iba a poder acompañarlo. Esteban dijo que no había problema, guardó sus cosas en el botiquín, se despidió y se fue. Viktor fue al cuarto de Sofía, trajo una frazada y la tapó con ella.

—¿Querés que te prepare algo? —preguntó. Sofía negó y se acomodó en el sillón. Viktor salió, fue a la *pick-up* a buscar la valija y el disco. Cuando volvió, Sofía se había dormido.

—Buen día —dijo ella ahora, en el jardín.

—Buen día.

Sofía miró al cielo. No había salido el sol por completo y hacía frío, pero estaba despejado y eso prometía un día luminoso, más amable que las últimas jornadas heladas, grises y un poco lluviosas.

—¿Hace mucho que viniste?

—Nunca me fui —dijo Viktor. Tiró su cigarrillo al suelo y lo apagó con un pisotón.

—¿Estuviste parado acá toda la noche?

—Sí, tenía miedo que viniera Silvio. Te dejé el disco adentro.

—Lo vi. Gracias.

Sofía miró la camisa leñadora de Viktor, tenía gotas de rocío. Entraron, Viktor se sentó en una silla del *living* y Sofía puso una pava al fuego.

—Te hubieras quedado adentro.

—Es mejor vigilar afuera.

—¿No dormiste nada?

—No.

—¿Y vos creés que vendrá?

—No sé. Es un tipo muy loco. Una vez le pegó a una de las chicas y casi la mata.

Sofía preparó el café, el sonido del agua entrando al filtro y cayendo a la taza se escuchaba con claridad, todo el resto estaba en silencio. Ya era lunes, pero seguía el clima de domingo multiplicado. Sofía sirvió un café para ella y le acercó otro a Viktor. Se sentó en la silla opuesta de la mesa cubierta con un mantel de goma rojo y blanco.

—¿Tu padre? —preguntó él y sopló el café para enfriarlo.

—Duerme —dijo Sofía y estalló en una carcajada.

—¿Qué pasa? —preguntó Viktor.

Sofía dejó la taza, porque no podía parar de reír.

—Tu acento es hermoso, para grabarlo. “Tu padre duerrme” —rieron—. Anoche me acuerdo que dijiste “ramos que te chevo a tu katza”.

—“No es craziozo” —dijo Viktor.

—¿Silvio no se habrá...? —preguntó Sofía, de repente, y se interrumpió, porque no se animaba a pronunciar la última palabra.

—¿Muerto? —dijo Viktor—. No. Yo sé cuándo mato a una persona —Viktor tomó el café como si ya estuviera frío, con rapidez, y a Sofía le impresionó que no se quemara. El ucraniano se paró—. Si me quedo quieto me duermo. Te podría arreglar eso —dijo y señaló la parte de la entrada que estaba hundida.

Sofía buscó las tablas, Viktor fue a la *pick-up* y trajo su caja de herramientas. Sacó un martillo y un destornillador. Preguntó si había problema en despertar al padre, porque el trabajo iba a ser ruidoso, Sofía dijo que el sueño de Lorenzo era tan profundo que afuera podía venir una revolución y él seguiría roncando. Viktor se agachó y levantó una de las tablas flojas. Estaba podrida por detrás. Cuando dijo “potridas”, Sofía volvió a reírse. Le preguntó cómo era que sabía tanto, se excusó y le dijo que no iba a molestarlo. Viktor le dijo que estaba bien, que mejor hablaran, porque cuanto más ocupado estaba más despierto se sentía. Mientras rompía el piso y lo despegaba, Viktor le contó que en Ucrania hacía lucha libre, pero que para ganarse la vida había aprendido electrónica.

—Fui parte del Ejército de Liberación —contó—. Me ocupaba de sus aparatos de radio. Ellos me enseñaron a llevar la ametralladora.

Después los nazis tomaron Kiev en 1941, cuando la guerra estaba empezando. Los ucranianos peleamos fuerte, pero no alcanzó. Me dan risa los que dicen que sin Eva todo va a estar difícil. Acá tienen todo muy sencillo, difícil es pasar una semana en un pozo con el agua sucia hasta los labios y el cuerpo de tu compañero muerto flotando adentro.

Sofía no dejaba de escucharlo y lo miraba. De vez en cuando le ofrecía café. El dictador nazi que gobernaba Ucrania le mandaba aviones con toros al generalísimo Franco en España, y Viktor se había escondido en uno para escapar. Cuando llegó se pasó dos años de pueblo en pueblo, haciendo lo que podía. Se quedó en Compostela, una ciudad que en el 47 visitó Evita. “Parecía más reina que la reina”, dijo Viktor, mientras clavaba las nuevas maderas.

—Evita y Perón ayudaban a España, abandonada por haber colaborado con los alemanes. Me escondí en un vapor que venía para Buenos Aires, pero esta vez el capitán me encontró. Para que no me denunciaran me ofrecí a trabajar gratis en la sala de máquinas. Al llegar estuve en la capital un año, di clases de boxeo y lucha en un gimnasio cerca del Luna Park. El patrón me dijo que un amigo suyo necesitaba alguien que lo cuidara mientras estuviera en la ciudad. Era Tito. Tenía que hacer negocios, me dijo. No pregunté nada y lo acompañé. Fue a cobrarle a uno y nos quisieron acuchillar, ése es al que le rompí la mano. Después me ofreció venir con él, cuando se abrió Paraíso —Viktor puso la última tabla, Sofía lo miraba—. Me dio casa, comida y trabajo. No es el mejor hombre del mundo, pero le estoy agradecido.

Se limpió las manos en la pileta de la cocina. Volvió al *living*, secándose con el repasador. Miró el disco en la mesa.

—¿Lo probaste? —preguntó—. Con los golpes, capaz se rayó.

Sofía fue hasta su cuarto y lo puso en el tocadiscos, con el volumen al mínimo. Funcionaba bien. Volvió a la cocina.

—¿Y vos por qué viniste? —preguntó Viktor.

—Cuando a papá le pegaron el tiro en la pierna y quedó afuera de la policía, se nos complicó todo —dijo Sofía—. Allá vivíamos en una casa grande, no tenía sentido mantenerla, él se iba a pasar el resto de la vida sentado. Se la vendimos a una señora simpática, todavía me acuerdo de ella. De esto hace diez años, yo estaba en cuarto del secundario y abandoné. Esta casa era de una hermana de él y nos vinimos a vivir con ella, que murió hace dos años. Nos pareció un lugar tranquilo. También estaba el doctor Tagliaferri, que nos lo habían recomendado mucho.

—¿Qué hacías allá?

—Cosas menos entretenidas que las tuyas —dijo Sofía—. Cuando tenía seis años murió mi madre y empecé a trabajar de costurera en una fábrica de medias. Nunca paré. Lo que más me gustaba era ir al cine y escuchar la radio. A veces extraño la capital, el ruido que hay ahí, como si hubiera más vida, no sé.

Viktor la miraba. Sofía le sirvió otro café. Él tomó en silencio.

—Voy a salir, tengo que comprar cosas. ¿No querés dormir un rato? Si te quedás estoy tranquila de que papá está acompañado.

—No tenés que estar sola hasta que sepamos de Silvio.

Sofía le escribió una nota al padre diciendo que ya volvían y salieron. Lobos seguía detenido por el duelo, Sofía preguntó a unos vecinos si sabían de algún lugar abierto. Caminaron varias cuadras, llenas de hojas caídas de los árboles que nadie barría. Las fotos de Evita contra las ventanas ya mostraban desgaste, pero también había nuevas, junto a velas consumidas en los bordes de las paredes y los

marcos de las ventanas. Encontraron un almacén abierto y compraron algunas cosas, el dueño les dijo que aprovecharan porque ese mismo día se iba a la capital y no sabía hasta cuándo volvería.

Al regresar, vieron un auto en la puerta de la casa de Sofía. Era el de Silvio y no había nadie adentro. Viktor le dijo que lo esperase pero Sofía corrió adentro de la casa, temiendo por Lorenzo. Abrió y encontró a Tito en el sillón del padre, fumando.

—Hola, nena —dijo Tito. Usaba como cenicero la taza en que Sofía había desayunado esa mañana—. Disculpá que abrí, pero hacía mucho frío para esperar en el auto. Lorencito duerme como un bebé, no quise despertarlo.

—¿Qué hace acá adentro? —dijo ella—. Váyase o llamo a la policía.

—Calmate, chispita. Tenemos que hablar, es importante.

—Fui yo —dijo Viktor—. Lo encontré encima de ella y lo agarré...

—Silvio es un imbécil y se lo merecía hace rato —interrumpió Tito—. Está en el hospital con el cráneo roto y no sé si sale. Igual no me interesa. No vine por eso.

—Yo no tengo nada que hablar con usted —dijo Sofía, sacó de la bolsa las cosas que había comprado y las puso en la mesa—. Váyase.

—Ruso... —dijo Tito a Viktor—. Vos sabés que si yo digo que algo es importante, es importante —Viktor lo miraba. Tito rio—. ¿Te me vas a plantar a mí también?

—Si ella no quiere, no quiere —dijo Viktor—. Ayer la pasó mal.

—Bueno —dijo Tito, apagó el cigarrillo dentro de los restos de café en la taza—. ¿Segura? —Sofía no respondió, seguía guardando cosas. Tito sacó un arma de su bolsillo y disparó al techo. Viktor se

agachó, Sofía tiró el paquete de harina que tenía en la mano y éste se abrió en el suelo—. ¿Así le pagás a la mano que te da de comer, rusito? Te perdono porque vas a ver que tenía razón, que era importante, y porque hay laburo para vos también —Viktor y Sofía levantaron las manos, Tito les apuntaba—. Nena, andá para el auto. Manejá vos, ruso.

Salieron, Viktor se sentó al volante y Sofía en el asiento del acompañante. Tito se quedó detrás, apuntándoles.

—Vamos a la estación de tren —dijo.

Hicieron el mismo camino que Sofía había hecho la noche anterior, pero al llegar a Paraíso siguieron de largo y salieron a la ruta. Anduvieron unos cinco minutos más, Tito le dijo a Viktor que frenara junto al galpón y esperase en el auto. Hizo bajar a Sofía, bajó él y fueron hasta la entrada en cuyo frente había varios autos estacionados, ella reconoció el *sticker* del escudo peronista en los parabrisas de éstos. Tito golpeó la enorme puerta de chapa, que hizo un ruido metálico. Se escucharon unos pasos y la puerta se abrió hacia el costado, el roce contra el piso de cemento hizo un ruido molesto, chirriante. De adentro salió un leve olor a humedad y metal, Sofía vio pedazos de trenes, asientos sueltos y rotos y una mesa en el centro, iluminada por la claraboya del techo de zinc. Alrededor de la mesa había cinco hombres sentados, todos con traje blanco, corbata negra y una cinta de luto en el brazo izquierdo. Uno de ellos se paró y se acercó a ella, era el gordito que la miraba con compasión la noche anterior, el que fumaba junto a Tito en la cocina. Él le estiró la mano para saludarla, entusiasmado.

—Soy Héctor Pantanali, inspector general de la Policía Peronista —dijo y le mostró a Sofía un carnet con el mismo escudo que ella había visto en el auto. Tenía la firma de Perón.

VIII

—Es un gusto estrechar su mano, señorita Sofía —dijo Pantanali—. Por favor, discúpenos la manera poco ortodoxa de contactarla, pero los traidores son numerosos, usted misma vio ayer la cantidad de gorilas encubiertos que infestan la zona. Queríamos mantener todo en el más estricto secreto, no teníamos alternativa. Pase, si es tan amable, serán sólo unos minutos.

Pantanali la condujo hacia la mesa, Sofía descubrió un grupo de hombres contra una de las paredes del galpón; llevaban mame-lucos y la miraban felices.

—Los muchachos son del gremio del ferrocarril, que gentilmente nos cedió el lugar —explicó Pantanali. Los cuatro hombres de blanco en la mesa se pusieron de pie y la saludaron con amabilidad, Sofía pensó que debían tener un promedio de cincuenta años.

Había ceniceros porque todos fumaban, un cilindro de plástico y debajo un sobre de papel madera. Pantanali le acercó una silla a Sofía y ella se sentó.

—Nuestra tarea es investigar actividades que pongan en riesgo la estabilidad del gobierno, y por lo tanto la magna obra de nuestro querido General —dijo Pantanali. Hablaba serio y compenetrado—. Hemos detectado en Lobos un importante foco de actividad anti-peronista. Por ese motivo, hace dos meses que vigilo su pueblo. Mi tarea me impidió estar cerca de Perón y Evita en este momento tan duro, pero seguir trabajando por la causa es mi mayor homenaje.

—¿Qué tiene que ver conmigo?

—Usted me vio ayer en el evento, que fue preparado gracias a la generosidad del compañero Alberto, aquí presente —dijo Pantanali y señaló a Tito—. Esa actividad fue una pantalla para revelar a quienes apoyan la caída del General. Habrá reconocido a vecinos y políticos que juran dar la vida por Perón y ayer le tiraron huevos a usted disfrazada de Eva.

Sofía lo sintió indignado hasta la conmoción. Él miró a sus compañeros.

—¿No es preciosa como Evita misma? —les dijo.

Los otros cuatro asintieron, bajo la pequeña nube de humo que formaban sus cigarrillos encendidos. Pantanali se apoyó en la mesa, al lado de Sofía.

—Señorita, para serle franco, anoche pensaba detenerla también a usted. Pero sé que lo hizo por necesidad, para apoyar a su padre. Y sé también, sobre todo, que usted es peronista de ley. Entre nosotros nos reconocemos, como perros de la misma raza. Ayer, cuando vi su belleza, su resonante parecido con nuestra Jefa y su

tristeza cuando estaba ahí parada, tuve una idea. La consulté con el Consejo de Acción Peronista aquí presente, y con el amigo Tito, que habló bien de su disposición. Creemos que usted puede ser la mejor ayuda para nuestra causa —Pantanali tomó un trago de agua. Carraspeó y siguió—. La partida de Eva nos ha devastado, pero es la oportunidad de instalar su memoria para siempre. El partido está planeando un monumento que tendrá la altura de un edificio de veinte pisos, y para eso necesita fondos.

—¿Quieren que devuelva el dinero de anoche?

—No, compañera. Le agradezco su espíritu de generosidad. Ojalá pueda demostrárselo al General en persona, él se lo agradecería. Si cada peronista a lo largo y ancho del país tuviera su sentido de sacrificio y entrega, hoy no padeceríamos este miedo que nos acomete por la partida de nuestra Jefa. Lo que necesitamos, querida Sofía, es grabar a Evita con fuego en el corazón de nuestro pueblo, usarla como motor para seguir el camino a la revolución del General y asegurarnos el fin de los gorilas inmundos que pretenden imponernos doctrinas ajenas al sentir nacional.

Los ferroviarios, detrás, aplaudieron. Los cuatro hombres de blanco que fumaban, asintieron a las palabras de su compañero. Pantanali agarró el sobre en el centro de la mesa, sacó de allí unas diez fotos y las puso frente a Sofía. Una había sido tomada en un lugar amplio, el interior de una estación o un patio grande, se veía una mesa con un cajoncito encima y, de pie, un hombre muy anciano con una banda presidencial, saludado por dos mujeres y, al costado, una larga fila de gente. El resto de las fotos eran en otros escenarios, pero en todas se repetía la escena: un hombre siendo saludado, un cajón sobre una mesa y gente llorando.

—Como ve, el argentino humilde y peronista que no puede viajar a la capital, siente tanto dolor que está simulando velorios de Evita con muñecas —dijo Pantanali—. Nosotros queremos dar un paso más: queremos caracterizarla a usted como Evita y velarla —Sofía se congeló y se quedó mirándolo. Pantanali sonrió con amabilidad y alegría—. Esto podría ser un nuevo hito del país y del partido, compañera. Como el 17 de octubre, quizá mayor. Usted podría tributar homenaje a nuestra abanderada sin tener que esconderse, ni padecer ataques de los mediocres. Usaríamos el evento para recolectar fondos para el monumento. No porque el partido no pueda afrontar el gasto, sino porque será una manera de hacer partícipe al pueblo. Por supuesto que usted tendrá un sueldo, que será el doble de ayer —Sofía iba a hablar, Pantanali se le adelantó—. El partido pagaría el enfermero que cuidaría de su padre el tiempo necesario. Sabemos que busca operarlo desde hace un tiempo, por lo que pondremos a su disposición todos los recursos de Salud Pública de la Nación para una mejora definitiva, cuando esto termine.

Sofía dejó las fotos en la mesa y cruzó los brazos. Los cinco hombres se miraron. Uno de los ferroviarios salió de la penumbra y caminó unos pasos hacia ellos.

—Señorita —dijo a Sofía—, yo tengo una hija y no puedo llevarla a Buenos Aires a ver a la Señora. Si usted lo hiciera ella podría venir.

—Yo no tengo dinero para viajar —dijo otro, desde las sombras—, pero quiero hacer algo por Eva, y sería un orgullo estar con ustedes en esto.

—Perón nos devolvió los trenes y el trabajo —dijo otro.

Sofía volvió a mirar las fotos. Había varias de las muñecas, estaban hechas de cualquier cosa, en el apuro de poner algo dentro de

un cajón para simular el velorio. Sofía suspiró, se echó hacia atrás en la silla.

—¿Cómo sería? —preguntó.

Pantanali abrió el cilindro de plástico que estaba sobre la mesa, sacó un plano enrollado y lo desplegó.

—Hicimos este boceto, porque si usted no desea hacerlo vamos a poner un maniquí caracterizado —dijo Pantanali, abrió el plano, lo puso frente a Sofía y señaló el centro —. Acá pondríamos el ataúd, que es donde estamos en este momento. Los muchachos van a limpiar y organizar todo para que el lugar quede impecable.

—Dentro de un par de horas lo podríamos tener —dijo uno.

—Yo le aviso al gremio y conseguimos a todos. En Lobos somos cincuenta ferroviarios y si sumamos un pueblo capaz llegamos a cien —agregó otro.

—Está bien, pibe, con nosotros alcanza —dijo Pantanali.

Sofía pensó que no había dicho nada, pero entre ellos hablaban como si ella ya hubiese aceptado. Pantanali siguió:

—A su lado ponemos un gran crucifijo y velas idénticas a las que custodian a la Señora en el Ministerio de Trabajo. Avisaremos a la gente para que se acerque a una hora determinada. Una vez aquí, abrimos y los hacemos formar una fila desde ese lado hacia allá —Señaló una esquina del galpón y después otra—. Algunos muchachos dirigirán al público para que el trayecto esté claro. La idea es que lleguen a usted, que estará vestida como Evita dentro del ataúd, que la miren unos segundos y sigan. Por supuesto, no pensamos ponerle una tapa, usted necesita respirar. No les permitiremos tocarla, para asegurarnos de eso habrá siempre uno de nosotros a su lado. En la esquina del ataúd, pondremos a alguien con la banda presidencial,

para evocar al General. A él sí lo podrán saludar. Si les parece —dijo Pantanali y miró a sus compañeros—, me gustaría ser yo.

—Yo también quería —dijo otro. Los otros tres se miraron, parecía que todos tenían la misma idea.

—¿Nosotros no podemos? —dijo uno de los ferroviarios.

—Si esto va a durar horas, podríamos turnarnos un rato cada uno —dijo Pantanali.

—¿Horas? —preguntó Sofía.

—Claro —siguió Pantanali, cada vez más entusiasmado—. Empezando a las 6:00, avisando en todo Lobos y pueblos cercanos, calculamos que podríamos estar hasta las 10:00 de la noche. Eso hoy mismo, y a partir de mañana, todo el día. Haríamos pausas para que usted descanse, por supuesto. Un detalle importante. Al irse, la gente podrá dejar su donación. También necesitamos a uno de nosotros, para cuidar el dinero.

Los ferroviarios murmuraron algo, los hombres de blanco se comentaban.

—Quiero que Viktor sea Perón —dijo Sofía y en el galpón se hizo silencio. Ella ya no miraba al plano, sino a Pantanali—. Ésa es una de mis condiciones.

—¿Quién es Viktor? —preguntó Pantanali.

—El ucraniano gordo y barbudo que trabaja para mí —dijo Tito, desde su asiento—. Lo menos parecido a Perón que hay en el mundo. Si pusiéramos un ropero con una banda presidencial colgada, sería lo mismo.

—No me importa —dijo Sofía—, quiero que sea él y que se quede al lado del cajón todo el tiempo.

Pantanali y sus compañeros expresaban pena por no poder jugar el papel del General, pero sabiendo que la causa era más importante que el rol con el que se habían encaprichado, todos asintieron. Pantanali miró a Tito, que fumaba en el asiento.

—Andá a buscarlo —dijo. Tito se paró, apagó el cigarrillo en el suelo y salió del galpón.

—También quiero que el enfermero para mi padre sea el mismo de anoche —dijo Sofía—. Yo haré mi propia ropa y una banda presidencial. Me gustaría que el disco con la voz de Evita suene mientras estoy ahí, no quiero estar horas tirada escuchando los llantos.

Los hombres de blanco murmuraban, felices por las ideas de Sofía.

—Excelente —dijo Pantanali—. Repasemos, así empezamos a preparar.

Tito volvió con Viktor y lo llevó hasta la mesa, uno de los ferroviarios le alcanzó una silla y le dijo “Siéntese, mi General”, todos rieron por el chiste, que Viktor no entendió. Pantanali hablaba sobre lo que había que hacer. Uno de los ferroviarios le alcanzó un mate cocido a Sofía, ella agradeció y sintió el calor de la taza en sus manos.

Viktor llevó a Sofía hasta su casa. Entraron y vieron a Lorenzo en el sillón, despierto.

—Ruso, dejame con mi hija.

Sofía le dijo a Viktor que la esperase en su cuarto y se sentó junto al padre.

—¿Estás bien? —dijo ella—. ¿Te levantaste solo y viniste para acá?

—Sí —dijo Lorenzo—. ¿Qué locura hiciste, Sofi?

—¿Qué decís, papá?

—¿Qué mierda hiciste? —Lorenzo golpeó el apoyabrazos del sillón con el puño—. Me contaron que te vestiste de putita y fuiste a imitar a Eva.

—¿Quién te dijo?

—Vine acá porque quería salir un poco del cuarto. Sonó el teléfono y me paré para atender, así me movía un poco. Me preguntaron si estabas y dije que no.

—¿Quién era?

—No importa. Me dijeron que lo de anoche había estado lindo. Yo dije de qué mierda hablás y me contó. ¿Es verdad que hicieron fila para acostarse con vos, disfrazada de Evita? —Sofía lo miraba—. ¡Contestame!

—No fue así, y no quiero hablar de eso. Tengo cosas que hacer.

—¡Vamos a hablar ahora! ¿Me querés decir en qué pensabas, tarada?

—En la plata que necesitamos para cuidarte.

Lorenzo le pegó una cachetada, quiso pegarle una segunda y ella lo esquivó, no alcanzó a darle el golpe y cayó del sillón.

—¡Vení acá! —Lorenzo parecía un insecto; arrastrándose sobre la alfombra, trató de pararse y resbaló.

—¿Querés hablar? —dijo Sofía—. Hablemos de cuando salís a “tomar aire” con Viktor y él te lleva a Paraíso. Te manda saludos Renata —Lorenzo se quedó quieto, la miraba con rabia, tenía el ceño fruncido y respiraba con dificultad. Ella se tocó el labio y se miró la mano. No había sangre, pero le dolía y sentía que empezaba a hincharse—. Quedate tranquilo, que no me cogió nadie, si es lo que te

preocupa —Lorenzo intentaba subir en el sillón, ella se acercó para ayudarlo y él gruñó como un perro enojado—. Mañana vuelve el enfermero y se va a quedar. Lo vas a tener que aguantar, porque voy a estar afuera varios días.

Lorenzo se había acomodado de cualquier manera, tenía la bata doblada y arrugada. Agarró el vaso de agua de la mesita y tomó.

—No fui mucho a lo de Tito —dijo, sin mirarla—. A las chicas las traté bien.

—No tenés nada que explicarme. Si necesitás ir al baño, andá solo. Tengo que trabajar.

Sofía fue a su cuarto. Viktor estaba sentado en la cama, mirando las fotos de Evita. Sofía abrió un cajón, sacó un metro y lo desplegó. Viktor le preguntó si estaba todo bien y Sofía dijo que sí. Mientras ella le tomaba las medidas, Viktor desvió la mirada al techo, como si debiera disimular la cercanía física inevitable necesaria para el acto. A ella no le importó, estaba acostumbrada.

—Alguien llamó y le contó —dijo Sofía—. ¿Sabés quién pudo ser?

—Tito —replicó Viktor—, para que te den menos ganas de estar acá.

Sofía anotaba las medidas en un papel sobre la máquina de coser.

—Listo, armo una banda presidencial y te la llevo. Andá solo, por favor —dijo Sofía.

Viktor salió del cuarto y Sofía lo escuchó saludar a Lorenzo, que no le respondió. Sofía cortó tela blanca y celeste y cosió una banda presidencial. Abrió el *placard* y buscó unas ropas que había diseñado hacía un tiempo, pensando en Evita. Las tiró todas en la cama y se las fue probando de a una, mirándose en el espejo. Pensó que si era difícil, en general, elegir qué ropa ponerse, ahora lo era más

sabiendo que iba a hacer de Evita. Pero muerta. No podía ser colorido. Aunque era un homenaje, no había nada que celebrar. Igual, ella era elegante y distinguida, y Sofía quería conservar ese aire. Se probó cuatro o cinco vestidos, pero ninguno la convenció. Pensó que el mejor homenaje para Eva y para los que vinieran a ver a Sofía en su lugar, era darles lo más parecido a la realidad, como lo intentaban las personas que había visto en las fotos, poniendo una muñeca tejida con lana o lo que tuvieran a mano. Después de todo, la invitaron a hacerlo porque era parecida. Agarró los ejemplares del diario *La Verdad* de los últimos dos días y buscó fotos, sospechó que en el cajón ella debía tener puesto algo liviano y sencillo. Sofía recordó que tenía tres sayales que había cosido a un grupo de la parroquia para hacer una representación en Domingo de Ramos. Buscó en el fondo del *placard* y los encontró. Había uno hermoso, blanco y largo. Tenía manchas, pero si lo limpiaba y lo dejaba al sol las sacaría rápido. Cerró la persiana de su cuarto. Se lo probó y se miró en el espejo. Fue a la pared, sacó el retrato más chico de Eva que tenía y lo metió en el marco del espejo del *placard*, para compararse. Se hizo un rodete en el pelo. Sacó una bandera argentina de un cajón, y se la puso sobre los hombros. Se acercó a la foto y la miró de cerca. Dio unos pasos hacia atrás, para verse de cuerpo entero. Levantó los brazos, como Evita lo hacía en Plaza de Mayo. Se miró el pelo oscuro en el espejo. Miró la foto de Evita. Sonrió como ella. “Falta algo”, pensó, y se deshizo el rodete.

Era las 5:00 de la tarde, pero en el cielo se adivinaba que en breve caería la noche, como siempre sucede en el corazón del invierno. La puerta del galpón estaba abierta y las luces de adentro encendidas. Habían traído más lámparas, estufas a garrafa para mitigar el frío y velas. Viktor, vestido con saco y corbata, levantó un ataúd que había donado el dueño de la única funeraria de Lobos. Lo puso sobre una mesa, en el centro del galpón. A un costado, contra la puerta de chapa y sobre una mesa más pequeña, habían preparado un tocadiscos. Viktor notó que los otros veinte o treinta hombres en mameluco, todos trabajando, frenaron y se pusieron a murmurar, quietos o junto a la puerta, mirando afuera. Se abrieron y le dejaron paso a Sofía, que se había teñido de rubio y su pelo brillaba. Entró al galpón con una valija y el disco bajo el brazo.

—Pruébelo, por favor —dijo ella y se lo alcanzó a uno de los ferroviarios. Sofía fue junto a Viktor.

—Te puse una base abajo, para que no sea tan duro —dijo él. Ella miró adentro del ataúd, había una frazada con el logo del gremio ferroviario—. Los muchachos consiguieron una bandera, te podemos tapar con ella.

—Sí, gracias —dijo. Viktor le miraba el pelo. Ella sonrió.

—Te queda bien el rubio.

—¡Vamos, que está llegando la gente! —gritó Tito, aplaudió para llamar la atención de todos y le señaló a Sofía una oficina al costado del galpón—. Allá tienen todo, hasta café les hice.

Sofía y Viktor entraron a la oficina, los muebles habían sido apilados contra una pared, para hacer espacio. Había un espejo alto, un escritorio y dos sillas viejas. Sofía dejó la valija en el piso, la abrió y

sacó una banda presidencial. Llamó a Viktor, que se acercó. Ella le limpió una de las solapas del saco con la mano.

—Se manchó moviendo el cajón —explicó Viktor.

—Vos no tenés que hacer más esas cosas —dijo Sofía, con el tono de una madre que reprende a su hijo al jugar—. Sos Perón, que se ocupen otros.

Rieron, Sofía le acomodó la banda presidencial. Lo sentó y le pasó un poco de gomina por el pelo, para simular que era más corto, como el del General.

—Estás lindo.

—¿Y vos qué te vas a poner? —preguntó él.

—Ya vas a ver. Esperame afuera, me tengo que cambiar.

Viktor salió y Sofía cerró la puerta. Escuchaba que los hombres iban y venían, acomodaban los restos de vagones inútiles para que no molestaran. Probaron el disco con el discurso. Afuera empezó a escuchar murmullos, estaba llegando la gente. Primero se puso el sayal, despacio, cuidando cada detalle. Se sentó en la silla y se hizo un rodete en el pelo, igual al que usaba Evita. A Sofía le gustaba pensar que iba a escucharla estando recostada. Aunque fuera en un ataúd y la gente la mirase, sería igual a cuando lo hacía en su cama. Le golpearon la puerta y abrieron. Era Tito, estaba con Pantanali. Este último la miró unos segundos en silencio.

—Señora —dijo—, podrá sonar exagerado, pero no tengo dudas de que si el General la viese, estaría feliz.

Sofía agradeció y preguntó si había gente. Tito dijo que calculaba ya unas cincuenta personas. Fueron hasta el centro del galpón. Los ferroviarios se detuvieron al verla pasar. El lugar estaba más cálido, se sentía el cambio de temperatura producido por las

estufas. En la esquina de la mesa con el ataúd había dos enormes cirios y, justo detrás, un gran crucifijo que habían traído de la capilla de los maquinistas. La idea era que se pareciera lo más posible al velorio que se desarrollaba en la capital. Toda la chatarra había sido empujada hacia las paredes, para dejar espacio liberado. “Era lo más rápido”, le explicó uno de los ferroviarios a Sofía, que miraba intrigada los esqueletos de viejos vagones y locomotoras, “para mañana le sacamos todo y se lo dejamos como usted se lo merece”. Los asientos de trenes apilados se habían acomodado para que la gente se sentara si quería descansar. Diez empleados del gremio tenían saco y corbata, su trabajo sería dirigir la fila. Afuera empezaron a aplaudir, querían entrar. Sofía se quedó mirando la mesa, el sayal no le permitía estirar las piernas.

—No voy a poder subir sola —dijo, y miró a Viktor—, ¿me ayudás?

El ucraniano la tomó de la cintura, la levantó en sus brazos y la metió en el ataúd. Sofía se sentó, acomodó un poco las frazadas y se recostó. Veía el techo del galpón, las chapas oscuras y una que se notaba más clara, seguramente era una que había sido reemplazada. Aparecieron sobre ella Pantanali, Tito y Viktor.

—Está perfecta —dijo Pantanali.

—Cerraré los ojos, que abro —dijo Tito—. Vos, ruso, no hables que vas a botonear que sos extranjero, ya bastante poco te parecés al General. Hacé que sí con la cabeza y chau, a otra, así la gente no se instala y sale rápido.

Tito le hizo una seña al ferroviario junto al tocadiscos, aquél lo encendió y echó a andar el audio. Enseguida se escuchó el sonido del disco comenzando, el ruido de fritura, el locutor presentando el discurso. Viktor cubrió a Sofía hasta la cintura con una bandera y sacó

de su bolsillo un rosario. “La Eva de Buenos Aires tiene uno”, dijo y se lo dio a Sofía. Ella lo agarró, se lo enrolló en la mano derecha y apoyó las manos sobre su abdomen. Las puertas del galpón se abrieron, la gente ya entraba. “Yo estoy acá”, susurró Viktor, le acarició las manos y giró para recibir a las primeras personas. Sofía suspiró y cerró los ojos. Intentó aflojarse. Escuchó el llanto de una mujer que se aproximaba. Después otro. Sintió sobre su cara otra cara que decía:

—Ay, Evita, Dios mío... Mi General, lo sentimos mucho.

Era la primera espectadora. Tenía cerca de ochenta años, se acercó a Sofía y se hizo la señal de la cruz sobre ella. Nunca advirtió que Sofía respiraba.

Ya había mucha gente adentro, haciendo fila detrás de dos ferroviarios que los frenaban y hacían avanzar, según correspondía, para llegar hasta Viktor. Sofía no veía cuando le estiraban la mano a Viktor y el agradecía con la cabeza, en silencio; sí escuchaba cuando le decían que había que ser fuerte, que estaban con él para lo que necesitara, que ella no iba a morir nunca porque viviría para siempre en sus obras y el recuerdo de su pueblo.

IX

Desde el comienzo intentó no pestañear para parecer muerta; sintió tensión en los hombros y en la cara, especialmente en el entrecejo y la comisura de la boca. Pensó que hacer nada era difícil. Como el disco sonaba una y otra vez, recordó las veces que intentó dormirse con la voz de Evita de fondo y lo había logrado, el discurso a veces se metía en el sueño y participaba en la trama. Al otro día, amanecía con el disco girando sobre el aparato. “Tengo que hacer lo mismo que hago en casa, pero sin dormirme”, pensó. Escuchó los saludos de las personas a Viktor, siempre tratándolo de “Perón” o “Mi General”, llantos que empezaban unos pasos más allá y se iban haciendo más audibles a medida que se acercaban al cajón; murmullos de los ferroviarios que organizaban a la gente, para que la fila se moviera sin problemas; y siempre el disco, que giraba hasta

el final del último discurso, uno de los muchachos lo acomodaba en la bandeja y volvía a comenzar. 20:25 en punto sonaron campanadas por el recordatorio de la muerte, se hizo silencio en el galpón y la gente lloró más fuerte unos segundos. Los vecinos de Lobos, al pasar junto al féretro, no habían hecho ningún comentario sobre Sofía, sobre si era parecida o no, nadie dijo su nombre y todos se lamentaban por la tragedia. Como si fueran un grupo de actores que desarrollara una obra, aceptaban al otro en el personaje que representaba y no le recordaban su identidad real. Más de una vez Sofía sintió una cara cercana examinándola por unos segundos. Aunque tenía los ojos cerrados, advertía pequeños movimientos en la luz a través de los párpados. Con el correr de los minutos, intentando que el afuera no la desconcentrara, sintió que se iba profundo en su interior, a una zona donde también había sonidos pero eran todos personales: su pensamiento opinando, la música del cuerpo haciendo funcionar la vida, un plano diferente al que caía obligada por el deber de quedarse quieta mientras afuera se sucedían los saludos a Viktor, el disco, los murmullos, los llantos, todo llegando como desde otra galaxia.

Tras dos horas de desfile incesante, Sofía escuchó que cerraban el portón.

Abrió los ojos.

—Estuviste fantástica —dijo Pantanali.

Viktor la ayudó a salir del cajón. Tito se iba con otro peronista al cuarto donde ella se había cambiado, con la caja que habían usado para recaudar. Sofía bajó de la mesa, le costó un poco caminar por haber estado quieta tanto tiempo. No había dormido ni mucho menos descansado, tenía una extraña sensación en todo el cuerpo.

Viktor le estiró el brazo para que se apoyara en él. Los ferroviarios, con lágrimas en los ojos, se acercaron a ella y le aplaudieron.

—¡Fue un milagro, señorita! —gritó uno—. Vino mi hijo de cinco años y creyó que usted era la mismísima Evita. Le dije que sí, para que pudiera sentir el honor de conocerla.

Sofía agradeció y caminó a la oficina. De ahí salió Tito y fue hacia ella.

—¡Sólo Perón y Evita podrían haberlo hecho mejor! —dijo y aplaudió a Sofía y a Viktor—. Traiganles café y agua a los chicos.

Sofía entró al camarín y se sentó. En la mesa había un fajo de billetes alto, atado con una goma elástica. No vio por ningún lado el baúl en el que habían recaudado.

—Compañera —dijo Pantanali, señalando el fajo—, eso es suyo. Brindemos y conversemos de lo que sigue.

El delegado de los ferroviarios entró con una botella de sidra, que tenía la imagen de Perón y Evita y la leyenda “Feliz Año Nuevo 1952”.

—Quedaron del año pasado —dijo, mientras descorchaba—, con el invierno que hace se mantuvieron frías.

El corcho salió de la botella con una explosión, pegó en el techo de la oficina e hizo saltar un pedazo de mampostería. Rieron todos. Sofía suspiró, se sentía cansada. El delegado sirvió copas y le dio una a cada uno.

—Señores —dijo Pantanali, con su copa en el aire—. Por esta noche histórica y por el alma de nuestra Jefa Espiritual, que hoy fue homenajeadada con justicia.

—¡Y por el General! —dijo el delegado.

“Salud”, dijeron todos y tomaron. Pantanali le hizo una seña a Tito y los dos se acercaron a Sofía.

—Esperen afuera, nomás —dijo Pantanali. El delegado abrió la puerta y salió, Viktor caminó hacia allí, también para irse.

—Que él se quede —dijo Sofía.

Viktor miró a Tito y él a Pantanali, que asintió y cerró la puerta.

—Sofía, hoy ha sido una noche mágica —dijo Pantanali. Se sentó, se cruzó de piernas. Terminó su copa y la dejó junto a los maquillajes—. Todo lo que has entregado al partido, tu presencia, tu vestuario, tu disco, ha sido muy útil, y hemos juntado una cantidad de dinero importantísimo para la causa.

—Me alegro —dijo Sofía.

—Pero eso no es nada —continuó—. Vos no podías ver a la gente, pero llegaban tristes y se iban felices por haberse despedido de su ángel.

—Tendría que cambiarme —dijo Sofía, mirándose el sayal.

—Claro, ya la dejamos —dijo Pantanali—. Lo que le quería decir, es que si usted está dispuesta, ahora que el General ha decretado que el funeral dure dos meses...

—¿Qué? —exclamó Sofía. La copa le tembló en la mano.

—¿No escuchó la radio hoy? —preguntó Pantanali, Sofía negó—. Debido a la cantidad de gente que se acercó al velorio, el General dijo que el duelo durará dos o tres meses. O lo que haga falta, para que no quede un solo peronista sin despedirse de Eva. Ya la vieron novecientas mil personas, calculan cinco millones para el fin de semana.

—Chiquitina —dijo Tito acercándose—, lo de hoy fue un éxito en todo sentido. Vos te llevaste dinero, el partido también, y la gente la alegría de lo que quiere.

—Queremos repetir mañana —dijo Pantanali.

—Y pasado —dijo Tito.

—Tengo que cuidar a mi padre —dijo Sofía— y yo no soy Evita, la verdad es que echada ahí me siento tan boba.

—No se preocupe —dijo Pantanali—, el partido le dará toda la atención que su padre merece, y un auto a su completa disposición cuando necesite ir a verlo. Por lo segundo, claro que usted no es Evita. No es la idea que lo sea. Nadie lo será nunca. El objetivo es que nuestros queridos compañeros que no tienen, ni ya nunca tendrán, la chance de verla, tengan al menos esta oportunidad que su parecido les brinda.

—No sé. No puedo pensar ahora.

Sofía se tomó la copa de sidra de un trago. Se sirvió otra vez. Pantanali y Tito se miraban.

—Usted siempre se llevará esto —dijo Pantanali y señaló el fajo de billetes en la mesa—, es lo mínimo que podemos darle por un trabajo que en verdad es impagable.

—Sí, pero no es eso...

—Está bien, no se haga problema. Piénselo —dijo Pantanali. Se paró y cerró su saco—. Descanse. Mañana vamos a hacerlo igual, y si usted no está, pondremos otra persona o una muñeca, como en otros pueblos, aprovechando lo que ya instalamos aquí —Pantanali se paró y le dio la mano—. Gracias por todo, compañera.

Tito, Pantanali y Viktor salieron de la oficina. Sofía se sacó el sayal y se puso su ropa. Guardó el fajo de billetes en su bolso y notó, al levantarlo para irse, lo pesado que era. Nunca había visto, ni menos poseído, tanta plata junta. Calculó, rápido, que eran para ella dos años de trabajo completo. Se sirvió lo que quedaba de sidra en una copa y se la tomó rápidamente con un trago largo.

Viktor llevó a Sofía en la *pick-up*. Cruzaron dos o tres palabras en todo el viaje. Ella estaba pensativa. “¿Otra vez? ¿Tanta gente vendría? ¿Y el resto de la plata? Yo no me parezco a Evita”, pensó, “pero la gente hoy lloró de verdad”. Al llegar a su casa, Sofía se despidió de Viktor y bajó. Antes de irse, le preguntó si, en caso de que ella aceptara seguir siendo Evita, él quería seguir siendo su Perón. Él dijo “Sí, quiero” y Sofía rio. Entró a su casa y encontró al padre en el sillón, conversando con Esteban, el enfermero. Reían a carcajadas.

—Hola, nena —dijo Lorenzo. De pronto se puso a llorar.

—¿Qué pasa, papito? —Sofía dejó la valija y se agachó a su altura.

—Acá Esteban me contó lo que hiciste hoy —lloraba como un chico, abrazó a Sofía como si no la viera hace años—. ¡Estoy orgulloso de vos, hijita!

Esteban se fue a la cocina, le preguntó a Sofía si quería tomar algo, ella hizo que no con la mano. Lorenzo abrazó a la hija y se quedó así. Ella lo acariciaba, Lorenzo la besó en la mejilla.

—¡Así que sos Evita! ¡Ésa es mi hija, carajo! —dijo él, sonriéndole—. ¿Te salió bien?

—Bárbara —dijo ella—. Si me quedo quieta, parezco muerta y todo.

Esteban volvió con un té y se sentó con ellos. Sofía les contó cómo había sido todo, la cantidad de gente, la emoción que flotaba en el aire junto a la voz de Eva. Se sentía orgullosa de su idea de que el disco girase durante la ceremonia. Lorenzo se dobló de risa cuando les dijo que Viktor hacía de Perón. Unos minutos después, Esteban agarró sus cosas y se despidió de Lorenzo. Sofía lo acompañó a la puerta.

—¿A qué hora tengo que venir mañana?

—¿Quién te dijo que tenés que venir mañana?

Esteban abrió los ojos grandes, burlándola.

—¡Nadie! Me imaginé que si lo de hoy fue un éxito, iban a hacerlo de nuevo.

—No sé —dijo Sofía.

—¿Te lo vas a perder? Se nota que te gustó, y que te da miedo, porque hiciste algo grande. Bueno, me voy. Avisame o que me digan ellos a qué hora vengo. Podría llevar a tu papi a verte, que se pasó todo el día hablando maravillas de vos.

Se despidieron y Sofía volvió a su casa con el padre.

—Contame más —pidió Lorenzo.

—Es raro —dijo ella y se sentó, le dio la mano y se quedaron así. Lorenzo sonreía, mirándola—. Estoy con los ojos cerrados y no veo nada. Pero siento todo. Aunque había tristeza, también tenía la sensación de que la gente estaba contenta.

—Claro, porque vos les diste una oportunidad. Mañana voy.

—No sé si hay mañana. Hoy no te dije porque...

—Porque soy un boludo, ya sé... Perdoname, anoche te hablé muy mal. ¿Y por qué no tienen mañana?

—No sé si quiero hacerlo.

Lorenzo tiró de la mano de su hija y la llevó hacia él. Sofía siguió el movimiento, se sentó en el suelo y apoyó la cabeza en la falda del padre.

—¿Te da miedo? —Lorenzo empezó a acariciarle el pelo. Sofía le abrazó las rodillas. Asintió—. Siempre quisiste hacer algo por el General y por el partido. Pero desde hace diez años, lo único que hacés es coser y cuidarme a mí. Sin contar con que a vos te gustaba el teatro y es un poco eso, ¿no? ¡Tenés que hacer de otra!

—Ya tengo la plata que necesitábamos —dijo ella, feliz y tranquila. Lorenzo dejó de acariciarla y le levantó la cara. Sofía vio que su padre se había transformado.

—¿Qué plata? —su cara había pasado de la calma a una mueca de rabia.

—Me pagaron. Yo acepté por eso. Con esa plata podemos mejorar tu tratamiento, arreglar cosas acá...

Lorenzo la empujó y Sofía cayó contra la alfombra.

—¿Le cobraste al partido? —gritó Lorenzo—. ¿Al que me dio la pensión? ¿Al del hombre que levantó el país? ¡Le sacaste plata a la gente! —le tiró el bastón a Sofía, que se cubrió con el brazo—. ¡Contestame, mierda!

—Pero era para vos, papá... ¿Cuánto hace que querés caminar bien?

—¡Yo no importo! —Lorenzo intentó pararse. Sofía, llorando, se acercó a ayudarlo y él la empujó, sacándosela de encima como un insecto. Tenía la cara roja de furia y golpeaba el sillón con el puño—. ¡Y vos tampoco importás, pendeja! ¿Cobrar? Sos una ladrona, una gorila. Sos una puta, eso sos.

—Papá...

Lorenzo se paró con esfuerzo, levantó el bastón y caminó a su cuarto.

—No entres —dijo—, no necesito nada.

Lorenzo pegó un portazo y Sofía sintió un leve temblor en las paredes. Se tiró en el sillón, llorando, agarró la manta que el padre usaba y se tapó. No quería moverse, no quería pensar. Le dolía la espalda, debía ser la dureza del ataúd, aunque estuviera apoyada sobre

frazadas. Antes de dormirse, escuchó en su imaginación a Evita, se dio cuenta que se había olvidado el disco en el galpón.

X

Escuchó voces que decían su nombre y otro: “Sofía”, “Evita”. Después ya no distinguió palabras, sólo un murmullo. Estaba en una cama de hospital. Había una radio prendida en algún lado y sonaba un tango. “Yo soy la enfermera”, le dijo otra, que era ella misma. Un cuadro de Perón en la pared, ella no lo veía pero sentía su presencia. “Yo soy”, repitió la mujer rubia, pero esta vez no agregó el “enfermera”. Se levantó de la cama. Quería correr pero no podía, como si estuviera bajo el agua. Escuchó su nombre, se acercó a la ventana, que al llegar era un balcón. “Sofía”, decían. Se miró y se dio cuenta de que estaba con el sayal. Levantó los brazos y la aplaudieron. En la multitud, estaba el padre. Empezó el discurso. Tenía una rama en la mano, que era el bastón presidencial, lo mostró a la multitud, lo

rompió y lo tiró por el balcón. “Yo soy”, escuchó de nuevo su nombre, una y otra vez.

Sofía despertó por los golpes en la puerta, la estaban llamando y ese sonido se había metido en el sueño. Ya era de día, veía la luz suave de la primera mañana. Miró el reloj, eran las 8:10 pasadas. Todavía le dolía la espalda. “Sofía”, seguían diciendo desde la calle. Se levantó del sillón y se asomó a la ventana de la puerta. Había unas cincuenta personas en la vereda, casi todas mujeres y ancianos. Reconoció a Tito, a Viktor y a Pantanali entre ellos. Salió y la gente la aplaudió. “¡Por favor, hágalo de nuevo!”, gritaron. Un hombre mayor abrió la reja y entró a su jardín, se acercó a Sofía y la abrazó. Lloraba. “¡Nunca pensé que iba a poder verla, señorita!”, le dijo. Sofía trató de calmarlo. Como la noche en que esperando la noticia por radio vio llegar gente a la plaza, así llegaban hoy a su puerta: sin cesar. Venían en grupos, en auto o caminando. Sofía se acercó a Tito y Pantanali, que fumaban. Viktor parecía un guardaespaldas, le decía a la gente que dejaran a Sofía, que ya iban a poder hablarle, y la ayudaba a pasar.

—Fueron al galpón temprano, pensando que ibas a estar —dijo Tito—, les avisaron que no repetías y se mandaron para acá.

—El partido está dispuesto a contratarte —dijo Pantanali—. Pedí lo que quieras.

—Que Esteban se instale en mi casa hasta que esto termine —dijo Sofía—. Si vamos a estar todo el día, necesito descansar en el medio.

—Claro —dijo Pantanali—. En cuanto al dinero...

—Nada —interrumpió Sofía—. Pagarán el tratamiento de mi padre cuando terminemos. El resto es todo para el monumento.

Sofía sintió que la empujaban, una nena la había abrazado por un costado, la apretaba con la poca fuerza que le permitían sus manitas y le decía que la quería mucho. La madre de la nena se acercó, le dijo a Sofía que le agradecía lo que estaba haciendo, agarró a la hija del brazo y le gritó que no molestara a la señorita Eva, porque tenía trabajo que hacer.

Esteban volvió y repasó con Sofía las instrucciones para el cuidado de Lorenzo. Ella no quiso hablar con su padre, que no había salido del cuarto. Buscó el sayal y la banda presidencial, agregó un poco de abrigo en la valija y se fue al galpón. Junto a Tito y Pantanali convinieron en que haría turnos de dos horas, cerrarían veinte minutos para que pudiera estirarse, comer o tomar algo, y así hasta que cayera el sol. El segundo simulacro empezó el miércoles 30 de julio, un rato antes del mediodía. Cuando Sofía cerró los ojos en el ataúd y abrieron la puerta de chapa, Viktor le dijo, un poco asustado:

—Preparate que son muchos.

Y empezó la procesión por el féretro. Sofía pensó que debía ser, porque la primera vez, con los nervios, no había prestado mucha atención, pero le pareció que la gente estaba más angustiada. Tenía ganas de abrir los ojos. El disco giraba siempre, la voz de Eva, ya tantas veces escuchada y conocida, salía una y otra vez desde el aparato. Para tener la mente ocupada y distraerse del frío y de la incomodidad, Sofía repetía las palabras al mismo tiempo que el disco. Con este ejercicio, a veces se olvidaba de su cuerpo. “Así debería ser”, pensaba, como

estando sin estar, pareciendo dormida pero no, porque la idea es simular un cuerpo con el espíritu ausente.

A medida que el disco se repetía, Sofía le agregaba detalles a sus películas mentales: se imaginaba en la Plaza de Mayo, mirando a Evita que decía el discurso desde el balcón de la Casa Rosada, otras veces se imaginaba a su lado, bien cerca, desde el punto de vista de una funcionaria que subió al balcón para compartir el momento, imaginaba la panorámica de la Plaza de Mayo repleta de gente coreando el nombre de Eva, las banderas con leyendas de agradecimiento, las imágenes de Perón, hombres trepados a los árboles como un racimo de descamisados. Éstas eran sus imágenes cuando escuchaba el disco desde la cama, nunca había jugado a perfeccionarlas porque se dormía, pero ahora el disco seguía repitiéndose como un rezo interminable y podía enfocar, se vio incluso diciéndolo con Evita, repetían las palabras a dúo, hacían los mismos gestos y eso le daba una alegría tan grande que necesitaba controlar su cara para que no se le escapara una sonrisa, mientras los dedos pasaban incansables a mirarla y llorar, a purificar su angustia y saludar a Viktor, que era el depositario de sus buenos deseos, y en un momento de la tarde que el disco giraba, el disco insistiendo en que todos recordaran la voz de Eva, Sofía llegó a verse a ella sola en el balcón, no apoyando o imitando a Evita, sino siendo Evita. En ese juego mental pasaba el tiempo y hasta llegaba a desentenderse de los comentarios que hacían en su cara: “Hasta luego, Señora”, “La vamos a extrañar”, “¿Por qué?”, “¿Qué hicimos para merecer esta desgracia?”.

Cerca de las 2:00 de la tarde Viktor le susurró que harían la pausa. Sofía escuchó que cerraban la puerta y abrió los ojos. Aunque

habían conseguido más estufas, sentía frío por la inmovilidad prolongada. Un ferroviario se le acercó con una manta y la cubrió. Ella fue al camarín a tomar café y comer unas galletitas. Pantanali le dijo que la fila llegaba a la ruta, o sea que serían unos doscientos metros. “La recaudación va bien”, agregó Tito. Después de la pausa, Sofía volvió para el segundo turno de dos horas. Algunos visitantes, desgarrados por el llanto, se tiraban contra el ataúd, los ferroviarios se encargaban de contenerlos y sacarlos. Una anciana con la cara arrugada por el exceso de tiempo, trabajo y angustia, pegó un alarido tan fuerte que Sofía se movió. La anciana cayó al suelo, inconsciente; uno de los hombres del partido la levantó y la llevó a una silla, la mujer volvió en sí pero Pantanali supo que había que hacer algo. Fue al hospital de Lobos y pidió ayuda, necesitaban estar listos y equipados ante emergencias. Volvió con tres enfermeras que se instalaron en una mesa al costado del galpón, les tomaban la presión o les daban agua a los que parecían más nerviosos y conmovidos, para serenarlos antes de que tuvieran un colapso que estropeará la ocasión, porque aunque se trataba de un velorio simulado, el clima no dejaba de tener un solapado aire festivo: lo que se celebraba era la oportunidad de hacerlo, de contar con una Evita real y parecida ahí en un cajón, para mirarla y llorar sobre ella. En el segundo corte que hicieron para descansar, decidieron que iban a seguir hasta las 10:00 de la noche, porque había cada vez más gente afuera y parecía que no iba a alcanzar el tiempo para todos.

Durante el recreo de las 5:00 de la tarde, que fue un poco más largo, Sofía y Viktor estaban en el camarín, sentados con los ojos cerrados, dormitando, Tito y Pantanali contaban la plata.

—Patrón, disculpe —dijo uno de los ferroviarios, tenía unos veinte años, había entrado sin golpear y parecía asustado. Miró a Pantanali, que contaba la plata y dijo—: lo busca el comisario.

Tito y Pantanali se miraron.

—Lo conozco —dijo Tito.

—Decíle que pase, pibe —dijo Pantanali.

El ferroviario desapareció. Pantanali metió la urna con la plata en el *placard*, donde ya había bolsas llenas con billetes. Sofía y Viktor se pararon.

—¡Mis felicitaciones a todos! —dijo el comisario al cruzar la puerta y se sacó su gorro de policía. Miguel Rey tenía unos sesenta años, la cara angulosa y las líneas de la frente marcadas, como hechas con un objeto cortante y no producto del tiempo. Su andar era lento y ruidoso porque arrastraba un poco los pies, pegados al suelo. Otro agente, altísimo y de hombros anchos, entró con él. Se tocó la gorra a manera de saludo, cerró la puerta y se puso al costado, como si no quisiera molestar. Sofía le dio la mano a Miguel y él se la besó—. Sólo estaré un minuto, señores —dijo Miguel y se desprendió los botones de su uniforme—. Orgullo de argentino inflama mi corazón al ver a mi pueblo alegre. Pero como partidario y conocedor de la seguridad, sé que eventos de esta magnitud son llamadores de la desgracia... Ustedes están necesitando ayuda, supongo.

Tito y Pantanali se miraron. Miguel miraba a Sofía.

—Sí, es una buena idea —dijo Pantanali—. ¿Usted es peronista?

—¡Por supuesto! —dijo Miguel, refregándose las manos—. Pucha, qué frío está haciendo. Díganme una cosa, ¿cuánto van a estar con esto? —agarró una cerveza, que Tito tenía en la oficina-camarín, y se sirvió un vaso.

—Cuatro o cinco días —dijo Tito.

—Ajá, bien —Miguel habló como si hiciera un cálculo complejo. Tomó la cerveza—. ¿Y tiene todos los permisos de la autoridad competente?

—Claro —dijo Pantanali.

—Ajá, bien —dijo Miguel. Asentía, con un gesto de “me parece fantástico todo” —. Por ese tiempo, entonces, serían unos cien mil pesos. Si hay más días se los bonificamos, o arreglamos otro precio, no hay problema. Todo se conversa —Sofía, indignada, miró a Tito y a Pantanali. Esperaba que se horrorizaran, que defendieran el evento como parte de apoyo a la causa. ¿O el comisario no había dicho que era peronista?

—Me parece razonable —dijo Tito—. ¿Nos deja tres agentes con nosotros?

—¡Claro! —dijo Miguel, rio con estruendo y le golpeó el hombro a Pantanali—. ¡Viva Perón, carajo! —agarró el vaso y terminó la cerveza. Lo dejó en la mesa e hizo un sonido de satisfacción. De afuera llegaba el ruido de la gente, impaciente, acumulándose en la puerta. Pantanali abrió el *placard* y separó una cantidad. Miguel se acercó a Sofía, quiso tocarle la cara y ella se corrió.

—No te asustes, piba —se la quedó mirando, asentía—. Ni que te hubieran dibujado, che. ¿No serás hija de la Yegua?

—Tomá —dijo Pantanali y le alcanzó una bolsa a Miguel.

—Señores, un gusto hacer negocio con ustedes —dijo Miguel—. Acá el compañero —señaló al agente grandote que había entrado con él— se queda para lo que necesiten, ya les mando a dos más para que estén cubiertos. Yo vendré cada tanto a ver cómo anda todo. Tienen mi teléfono para lo que necesiten. Y vos, muñeca brava —dijo y señaló a Sofía—, vas a hacer historia, acordate lo que te digo.

Cuando Miguel salió de la oficina, el agente grandote le hizo la venia.

Sofía volvió a su casa cerca de la medianoche. No vio a Lorenzo, que ya dormía. Esteban le dijo que estaba bien, pero no había querido hablar ni salir de su cuarto. Al otro día, Sofía se levantó a las 7:00 de la mañana para la tercera jornada consecutiva. Cuando llegó con Viktor a las 7:30, ya había gente en la puerta del galpón. “Algunos vinieron ayer a la noche, para entrar primeros”, le dijo uno de los ferroviarios. Abrieron a las 8:00 de la mañana, estuvieron hasta las 11:00 de la noche, y no llegó a pasar toda la gente. De nuevo, cuando llegó a su casa, Sofía no pudo ver a su padre. Esteban le dijo que la rutina se repetía, comía e iba al baño y no salía del cuarto. No quería escuchar la radio, ni leer el diario.

La cuarta jornada de homenaje, el jueves 31 de julio, alguien —Sofía ya no sabía quién, porque cada vez eran más los participantes en el asunto— le había pegado un escudo peronista en el costado del ataúd. Eran las 5:00 de la tarde, ella estaba dentro del cajón escuchando el discurso, que ya sabía de memoria. “Hay una

sorpresa para vos, Sofi”, dijo Viktor a su lado. Ella se tentó de preguntar y abrir los ojos, pero se contuvo. En tanto tiempo de practicar la inmovilidad voluntaria y absoluta, sintió que había adquirido un control de sí misma inédito, producto de la paradójica actividad de quedarse quieta evocando una persona muerta pero intentando mantener un semblante sereno y amable, todo eso generaba una batalla contra todo lo que dentro de ella sucedía y debía evitar: las ganas de acomodarse, de estirarse, de moverse, de rascarse, de bostezar, incluso de dormirse. Había podido escuchar, más bien sentir, la multitud de voces contradictorias en su interior, las que decían “pedí un recreo ahora, esto para qué lo hacés”, la que trataba a la primera de gorila y una tercera o cuarta que obligaba a todas a callarse y seguir haciendo lo que estaban haciendo: nada. Estar. Ser Eva. Cuando ya las voces eran atronadoras, inaguantables, cuando algo en ella clamaba moverse o hablar o comer o todo eso junto, incluso sin sentir ganas, sólo para salir de la incomodidad de una postura y una actitud antinaturales —incomodidad que tampoco lo era, se decía, “porque estoy tirada y quieta sobre estas frazadas”—, entonces pensaba en Evita, en su sacrificio y en su cuerpo, y la voz que se lo recordaba no era ya una de esas caprichosas sino un comandante interior firme y decidido, que serenaba todo impulso molesto y Sofía “volvía”, como ella le llamaba a esa sensación de hacerse caso, y escuchaba a la gente, que era para quien estaba haciendo esto, y se ponía feliz por lo que les estaba brindando. Otra cosa que le daba fuerza era recordar sus épocas de búsqueda incesante de fotos de Eva en revistas, su religioso estar frente a la radio a la hora justa para poner el dial y escucharla con su voz de ángel perfumado, trayendo desde el misterio de la radio el teatro y la poesía. Fragmentos

de capítulos venían a su mente, palabras dichas por Evita una vez y por Sofía miles, porque ella anotaba en un cuaderno las frases que le gustaban, textos de personajes que no fueron guardados por ningún disco, hoy perdidos para el mundo, pero por siempre grabados en su corazón. Por eso, porque la custodia y la recuerda, “este disco es un milagro”, pensó Sofía el día que lo había comprado. “Puedo escucharla cuando quiera, hacerla presente conmigo cuando lo necesite”. Nunca imaginó que esa pequeña inversión sería tan útil a sí misma, al partido y a la causa.

“Hay una sorpresa para vos, Sofi”, dijo Viktor a su lado. Sofía escuchó un sonido familiar: una rueda girando. Viktor no habló, nadie lo estaba saludando.

—Dame una mano, ruso —escuchó decir a Lorenzo. Por los sonidos que siguieron, Sofía intuyó que Viktor y Esteban lo estaban ayudando a bajar de la silla de ruedas y ponerse de pie. La poca luz que los párpados de Sofía recibían se eclipsó cuando su padre la miró de cerca, desde arriba. Ella sintió el llanto de Lorenzo, su conmoción.

—Estoy orgulloso de vos, Sofi —susurró él—. No abras los ojos, eh. Así te miro como si fueras ella. Estás muy linda.

Sofía sintió sus propias lágrimas inundándole los ojos, apretó el llanto y se contuvo, para darle al padre el espectáculo que él quería tener. Lorenzo la besó en la frente. Viktor lo ayudó a volver a la silla.

—Está muy linda, señorita —dijo Esteban y le tocó la mano con el rosario. Vio que bajo los párpados cerrados de Sofía brotaban dos hilos de lágrimas y caían por el costado de su cara. Esteban sacó un pañuelo y se las secó. Después saludó a Viktor diciéndole “Perón” y se llevó a Lorenzo en la silla de ruedas. Cuando salieron del galpón para volver a su casa, Tito le regaló a Lorenzo una botella de tequila.

XI

El viernes 1 de agosto Sofía salió de la oficina vestida con sayal para empezar el simulacro, eran las 8:50 de la mañana y afuera la gente exigía que el acto empezara. Caminó hacia el ataúd junto con Viktor; comentaban sobre el día anterior y se daban sugerencias para mejorar el acto cuando escucharon un ruido y se abrió la puerta del galpón.

—¡Todavía no! —gritó uno de los ferroviarios y corrió a cerrarla.

Sofía vio a la gente agolpándose. Los sonidos que había escuchado durante los últimos dos días, de pronto tuvieron cara; reconoció a vecinos de Lobos, otros que no sabía quiénes eran, pero todos tenían un mismo gesto desconsolado y hacían fuerza para abrir la puerta. Las caras se les iluminaron cuando vieron a Sofía de blanco, de pie en el centro del galpón. El agente de policía que había dejado el

comisario les gritó que esperasen, sacó su arma y uno del público lo agarró y le levantó el brazo, el arma se disparó hacia arriba e hizo un agujero en el techo de chapa. Fue como una señal para el inicio de una estampida. La gente gritó, asustada, abrió la puerta del galpón de par en par y empujó a los ferroviarios que trataban de frenarla; Pantanali y Tito pedían calma a gritos. El policía cayó al suelo y los ferroviarios también, el público entró en manada; Viktor se quiso poner delante de Sofía, pero ella no lo dejó. Un hombre de unos cincuenta años, con boina, que había entrado corriendo, frenó cuando estuvo cerca de Sofía. Los primeros dos o tres que lo siguieron, también. La rodearon. Pero ella no sentía miedo: sonreía. El galpón se había iluminado porque las puertas estaban abiertas de par en par, la luz del sol se reflejaba en los pedazos de trenes. El policía, doblado y con raspaduras en la cara, se levantó y fue con el arma hacia la multitud que encerraba a Sofía.

—¡Quieto! —le gritó ella. No sólo el policía, sino que toda la gente se detuvo. Los que todavía no habían podido ver a Sofía y los que más atrás no habían escuchado, se asomaban para ver y preguntaban. Ella le pidió al policía que guardara el arma y a una de las enfermeras que lo atendiera a él y a un hombre al que le sangraba la nariz. Luego estiró las manos hacia Viktor y le pidió que la ayudara a subir. Viktor la levantó y Sofía quedó parada en la mesa, junto al cajón.

—Amigos —dijo, tranquila, como si estuviera acostumbrada a momentos así—. Queremos que todos pasen a disfrutar lo que el partido creó para ustedes. Pero tenemos que ser cuidadosos y ordenados, para no lastimarnos. Vuelvan afuera, por favor, y hagan lo que los compañeros les pidan. Así como yo elegí venir a realizar esto

y tengo una función, ustedes tienen la suya, y es cuidar que estemos bien y tranquilos. Es lo que le hubiera gustado a Evita, ¿no? Todos van a entrar, se los prometo.

La gente, murmurando, empezó a salir. El hombre justo frente a ella se había sacado la boina y la tenía apretada contra el pecho. “Usted es un ángel, señorita”, susurró. Lloraba.

El mismo día, cerca de la 1:00, Sofía, dentro del ataúd, escuchó que un hombre hablaba con Viktor. Reconoció la voz del comisario, Miguel Rey, que se acercó a mirarla. Sofía sintió olor a alcohol sobre su cara.

—¡Ya te decía yo que ibas a hacer historia! —escuchó—. Están todos hablando de que te paraste y fue como si hubiera resucitado la Yegua. Capaz que te casás con Perón y todo, ¿eh?

Miguel se alejó del ataúd y le preguntó a Viktor por Tito y Pantanali. Cuando se fue, Viktor se acercó al cajón.

—No te asustes, que éste vino a molestar —dijo y le tocó la mano. Ella le hizo una leve caricia, era su manera de confirmarle que lo había escuchado sin tener que abrir los ojos ni moverse de más.

—Hacemos el descanso ahora —dijo Tito—. Vengan para la oficina, urgente.

Ella escuchó los sonidos de siempre: los lamentos de la gente cuando le avisaban que debía irse, los ferroviarios consolándolos, explicando que más tarde volverían a abrir, la puerta del galpón cerrándose. Sofía abrió los ojos. Se sentó en el cajón, Viktor la ayudó a

salir. En la oficina los esperaban Tito y Pantanali, que cerró la puerta. Se lo veía preocupado.

—Tenemos un problema —dijo Pantanali—, y una posible solución.

Viktor le alcanzó un abrigo a Sofía y se lo puso sobre los hombros. Se sentaron.

—Miguel quiere la mitad de la recaudación —dijo Pantanali.

—Qué hijo de puta —dijo Viktor.

—Ve que la plata entra sin parar, porque hay cada vez más gente —dijo Tito—. Ayer vinieron desde La Pampa a verte, por ejemplo.

—¿Y cómo saben allá que hacemos esto? —preguntó Sofía.

—No sé, pero al ritmo que venimos —dijo Pantanali—, en diez días tendríamos la plata para el monumento.

—¿Diez días? —dijo Sofía—. Es mucho, estoy cansada.

—¿Y el funeral de Eva? —preguntó Viktor—. Si termina, no tiene sentido seguir.

—Allá es igual que acá, pero multiplicado por mil —dijo Pantanali y le alcanzó el ejemplar de *La Verdad* de ese día. En la tapa estaba la foto de una inmensa hilera de personas sobre la avenida Rivadavia—. Cinco kilómetros de fila, algunos esperan hasta diez horas.

—¿Y cuál es la solución posible? —preguntó Sofía.

—Hacer la función en pueblos cercanos —dijo Pantanali. Sofía no entendía.

—Es sencillo, piba —dijo Tito—. Tenemos al gremio ferroviario en toda la provincia y el apoyo del partido. Necesitamos pocas cosas. Vos, el ataúd, el ruso y los elementos. Entra todo en la *pick-up*. Hasta podríamos hacer dos o tres ciudades por día.

—Pero me alejaría mucho de mi papá.

—Para adelantarme a tus preocupaciones, hablé con Esteban —dijo Pantanali—. No tiene problema en quedarse el tiempo que sea necesario.

—¿Vos venís? —le preguntó Sofía a Viktor. Él asintió. Sofía miró la foto con la gente, en Buenos Aires—. Una semana —dijo ella—, incluso si el funeral de Evita sigue, yo quiero terminar.

—Está bien —dijo Tito. Se paró—. Que esto quede entre nosotros.

—Le voy a decir a Miguel que sí —dijo Pantanali—, le doy la mitad de la plata de hoy y ustedes se van hoy a la noche, cuando terminemos.

—¿Usted no viene? —preguntó Sofía.

—No, voy a coordinar todo con el partido, el cual está más que orgulloso de su servicio, señorita.

Tito dijo que debían volver, la gente se agolpaba afuera.

Sofía preparaba una valija grande en su cuarto y Esteban le ayudaba. Lorenzo se había quedado dormido escuchando la radio, que hasta hacía un rato seguía transmitiendo las novedades del velorio en Buenos Aires. Ahora sonaba la eterna, angustiada y deprimente música sacra.

—Contame —pidió Esteban—, ¿a qué lugares van?

—No sé —dijo Sofía, doblando un pulóver. Lo metió en la valija y lo empujó, porque no entraba.

—Ese comisario es un cerdo —dijo Esteban y ayudó a Sofía a cerrar la valija.

—Sí, pero no se nos había ocurrido hacerlo en otro lado, quizá es para mejor —dijo Sofía, giró y se sentó en la cama. Esteban se sentó con ella—. Me sigue pareciendo que a la gente le hace bien.

—¿Qué cosa?

—Mirarme. Es como si yo no estuviera, pero ellos ven eso. Ven lo que quieren ver. ¿Entendés?

—Sí. Igual tan loquitos no son, si vos sos igualita —Esteban levantó la valija, la sacó de la cama y la apoyó en el suelo—. Está pesada, nena, ni que te fueras un año.

Sofía le pidió a Esteban que la esperase afuera, porque quería cambiarse. Cuando él salió, ella abrió el cajón, buscó su petaca, la llenó con licor de menta y la metió en la valija. Salió del cuarto al *living*, vio que Esteban la esperaba en la vereda.

—¿Nena? —se escuchó desde el sillón. Era Lorenzo, que se despertaba. Sofía fue a su lado, le levantó la frazada que lo cubría y lo besó en la frente.

—Me voy unos días, papi.

—¿Y me dejás con el maricón?

—Se llama Esteban.

—Ya sé —dijo Lorenzo, seguía entre dormido y despierto, casi sonámbulo—. Es un buen chico, aunque sea maricón.

Sofía rio, apoyó los labios en la frente del padre y le dio un beso largo, acariciándole el pelo. Lorenzo le sonrió y cerró los ojos. Sofía salió a la puerta.

—Nunca lo vi tan bien a tu papi —dijo Esteban—. Desde que empezaste a hacer esto de Evita le cambió la cara. Creo que es el orgullo.

La noche era oscura y no había luna. Escucharon el ruido de unos autos y vieron las luces que se acercaban, Tito en su auto y

Viktor en su *pick-up* frenaron en la puerta de la casa de Sofía y dejaron el motor andando. Viktor llevó la valija de Sofía a la parte de atrás de la *pick-up*, levantó la lona que cubría el ataúd y los elementos para la ceremonia de homenaje y guardó la valija abajo. Sofía saludó a Esteban y subió a la *pick-up*. Tito, desde su auto, les hizo señas con las luces. Viktor arrancó; la *pick-up* y el auto dieron la vuelta y salieron por donde habían venido.

—¿Dónde vamos? —preguntó Sofía.

—A José Mármol —dijo Viktor—, pero para salir de Lobos tenemos que dar toda una vuelta, así no pasamos por la comisaría.

Sofía miró las casas apagadas. La gente seguía de luto, en una atmósfera de angustia. El frío ayudaba a eso, a las ganas de replegarse, de no mirar, de cruzar los brazos y dejarse ganar por el llanto. La *pick-up* seguía dando vueltas, Sofía sintió que era un *tour* secreto en su propio pueblo. La última parte la hicieron dentro del bosque, por un camino que ella no conocía. Ni ella ni Viktor hablaron, todo fue en silencio, cortado por el ruido de la *pick-up* y el auto de Tito moviéndose. Salieron a la ruta, faltaba poco para la autopista. Más adelante, Sofía vio el arco de hierro que cruzaba la entrada al pueblo y el reverso del cartel, que del otro lado decía “BIENVENIDOS A LOBOS” a los que entraban. Del lado de adentro, desde el que ella miraba, no había nada. Más de una vez, los vecinos habían pedido a la intendencia que se pusiera un cartel que dijera “GRACIAS POR SU VISITA”, pero nunca había pasado de ser una idea. Como una pequeña explosión blanca, en una esquina del arco se prendieron los faroles de un auto. Era un patrullero, Sofía lo reconoció por la luz del techo. Viktor frenó y Tito, detrás, también. El patrullero se movió unos metros y tapó la entrada al pueblo. Bajaron dos policías

y caminaron hacia la *pick-up* de Viktor. Sofía escuchó que atrás Tito había abierto la puerta. “Miguel”, dijo Viktor a Sofía, sin sacarle la vista a los policías adelante. Los dos oficiales que se acercaban quedaron iluminados por la luz de la *pick-up*, Sofía distinguió al comisario y al agente grandote que custodiaba el simulacro del velorio en el galpón. Cuando respiraban, el aire se hacía vapor contra el frío de la intemperie. El agente se quedó parado frente a la *pick-up*, Viktor bajó la ventanilla, Miguel se acercó.

—Buenas noches, paisano —dijo Miguel—. ¿Dónde van en caravana, a estas horas?

—Buenas noches, comisario —saludó Viktor.

—¿Qué hacés, piba? —dijo Miguel a Sofía—. ¿No te da vergüenza escaparte de tu pueblo, que tanto te necesita? Y con este frío, che.

—Vení, Miguel. Hablemos —dijo Tito, que se había acercado. Le estiró el brazo y trató de tomar a Miguel por el hombro, pero él se corrió con un movimiento brusco.

—Yo soy la ley, Albertito —dijo Miguel—. Tené cuidado. Y decime señor comisario, ¿está claro? Decime qué mierda hacían o los mando a la jaula ya mismo.

El agente, iluminado por las luces de la *pick-up*, miraba a Viktor, que tenía las manos en el volante.

—No hacíamos nada, señor comisario —dijo Tito. Metió la mano en el bolsillo de su saco. Asustados por el movimiento, Miguel sacó su arma y el agente también. Sofía gritó—. ¡Tranquilo! —dijo Tito y levantó las manos—. Tengo algo en el bolsillo, te lo iba a mandar después. Agarralo vos.

Miguel metió la mano en el bolsillo de Tito y sacó un sobre. Se alejó unos pasos para ver con la luz de la *pick-up*.

—Decile al grandote que baje el arma —pidió Tito.

—¡Silencio, mierda! —gritó Miguel. Abrió el sobre y sacó el dinero. Empezó a reír, agitó los billetes en el aire y dijo—: ¿Vos me querés arreglar con esta mierdita? ¿Soy tarado, que no me iba a dar cuenta que se llevan el boliche? Esta piba es una mina de oro, y es de Lobos. Y Lobos es mío. Todos a la comisaría, ya mismo.

Miguel salió de la luz, se acercó a Tito y sacó sus esposas, Viktor abrió la puerta y se la pegó en la cara, los billetes que Miguel tenía en la mano volaron. Sofía gritó, el agente le disparó a Tito, él se agachó tras la puerta abierta y sacó su arma. Viktor bajó la cabeza y con su mano derecha agarró a Sofía y la tiró hacia abajo. Miguel, en el piso, le gritó a su compañero “no dispares, tarado”, porque casi recibe un par de disparos. El agente dejó de disparar, Tito le pegó un tiro en el hombro y Viktor soltó el freno, arrancó la *pick-up* con la puerta abierta, chocó al agente y lo hizo volar por el aire, cayó y quedó doblado, empezó a arrastrarse al patrullero y Viktor aceleró otra vez y cuando le pasó por arriba la *pick-up* se levantó por el costado izquierdo.

Bajaron, Sofía vio al agente debajo de una rueda. Gritaba. En la otra esquina, Miguel estaba en el piso, rodeado de billetes, se agarraba la cara y apretaba su nariz, que chorreaba sangre a borbotones, por el golpe contra la puerta. Viktor y Tito cruzaron unas palabras. El ucraniano volvió a la *pick-up*, sacó un arma de la guantera y fue hacia el agente. Sofía vio que Tito le apuntaba a Miguel, en el piso.

—Los van a ir a buscar —dijo Miguel.

Tito apretó el gatillo una vez, el tiro se metió por la frente de Miguel, que se desplomó en el asfalto en el mismo momento en el

que Viktor disparó al agente, torcido bajo la *pick-up*. Sofía gritó y se tapó los oídos. Empezó a llorar. Viktor y Tito volvieron a juntarse.

—No podemos dejarlos —escuchó Sofía decir a Tito—, nos van a echar toda la policía encima. Voy a correr el patrullero, vos ponéme los en el baúl del auto. ¡Ayudanos, nena! —gritó Tito, Sofía temblaba y miraba al agente—. ¡Nena! —Sofía miró a Tito—. Limpiá la sangre con la bandera y juntá lo que hay en el piso. ¡Apurate!

Sofía levantó del asfalto las esposas del comisario, los billetes y el sobre. Fue a la parte de atrás de la *pick-up* y sacó la bandera con que cubrían el féretro. Tito fue al patrullero, que había quedado con el motor encendido, lo movió a un costado del camino y lo apagó. Viktor levantó del suelo el cuerpo del comisario, se lo cargó al hombro y caminó al auto de Tito. Sofía se quedó parada en la oscuridad, en el medio de la ruta, con la bandera doblada en la mano. Vio en el asfalto, donde Tito había disparado al comisario, una mancha de sangre. Le pareció negra.

—¡Dame la guita! —gritó Tito—. ¡Y limpiá! ¡Apurate, que se seca!

Sofía le dio los billetes arrugados y el sobre, que Miguel había roto. Tito se metió todo en el bolsillo. Ella se agachó y con la bandera limpió la sangre que había quedado en el asfalto, después hizo lo mismo donde Viktor había rematado al agente. Viktor abrió el baúl del auto de Tito y metió al comisario; cuando trató de meter al agente, se dio cuenta de que los dos no entraban. Lo levantó y le dio vuelta, para que su cabeza quedara del lado de los pies del comisario, le torció el brazo y lo empujó, quedaron uno encima del otro, doblados como contorsionistas. Sofía le dio la bandera a Viktor, que la tiró junto con las armas adentro del baúl y lo cerró. Tito subió al auto, Viktor y Sofía a la camioneta, y juntos salieron de Lobos a toda velocidad.

XII

El auto y la *pick-up* avanzaban por la ruta vacía, Sofía estaba con los brazos cruzados y la cabeza apoyada en el asiento, queriendo hacer desaparecer el miedo que se movía en su interior. Respiró profundo. Al costado, en la llanura, el cielo estaba negro y se veían nubes moviéndose rápidamente por el viento. Los vidrios se habían empañado. En la puerta del conductor había agujeros hechos por los disparos del agente y se colaba un poco de frío adentro, Viktor tenía manchas de sangre en las manos y en el hombro.

—¿Qué va a pasar? —preguntó Sofía.

—No sé —dijo él.

Sofía giró en su asiento y miró hacia atrás. Vio la utilería que usaban en el simulacro, estaba todo desordenado. Se acomodó en su asiento. Encendió el estéreo y puso la radio. La mayoría de las

estaciones habían terminado su programación y sólo se escuchaba ruido, salvo en una, que todavía emitía música sacra. Apagó la radio. Volvió a acomodarse en su asiento. “Vamos a ir todos presos”, pensó. En su imaginación se repetía el sonido de las armas, el temblor en su pecho cuando oyó los disparos, el comisario arrastrándose y la ejecución de Tito, el agente roto por el golpe de la *pick-up*. Se obligó a repasar los discursos de Eva, la distraían de los últimos eventos y le devolvían la alegría. Otro miedo la asaltó al pensar en un detalle mucho menor que el asesinato que acababan de cometer: nunca se había ido tan lejos de Lobos, excepto una vez, cuando fueron a consultar con un médico de Buenos Aires por los problemas de Lorenzo. Estuvieron tres días en un hotel de la Policía Federal, se enteraron de que la única opción para que la recuperación de su padre fuese completa era un tratamiento en Estados Unidos, muy lejos de lo que la obra social y sus ingresos podían costear. Pero ahora se iba para hacer de Evita muerta.

Viajaron por la ruta casi media hora, hasta que apareció un galpón de los ferroviarios, como el que tenían en Lobos, sólo que éste decía en la puerta “Estación Máximo Paz”. Tito le hizo luces a Viktor, el auto y la *pick-up* salieron de la ruta hacia el galpón, desacelerando a medida que se acercaban. Frenaron, apagaron las luces y bajaron. Sofía sintió el contraste entre el interior de la *pick-up* y el frío de la intemperie. Tito y Viktor, que se habían adelantado a Sofía, miraban la puerta corrediza, cerrada con una gruesa cadena y un candado. Murmuraban algo entre ellos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Sofía.

—Volvé a la *pick-up*, nena —dijo Tito.

—No, tenemos que hablar, ¿qué va a pasar?

—No tenemos nada que hablar, y no sé qué va a pasar, pero matamos a un comisario —dijo Tito—, y hay que resolver eso. Serenate un poquito, ¿quierés?

Viktor trató de romper el candado con la mano, doblándolo. La cadena golpeaba contra la puerta de chapa y hacía ruido.

—Tranquilo, ruso, que nos van a escuchar —le dijo Tito.

—Yo no maté a nadie —dijo Sofía.

—Si nos agarran fuimos todos, ¿entendés, Evita? —dijo Tito, mordiendo rabia.

—¿Cuándo vamos a volver a Lobos? —preguntó Sofía.

—Nunca —dijo Tito y sacó su arma—. Dame tu abrigo.

Sofía se sacó el abrigo y se lo dio a Tito. Él lo revisó un poco y se lo dio a Viktor.

—Doblalo todas las veces que puedas y ponelo encima del candado —dijo.

Una vez que Viktor hizo lo que le había pedido, Tito hundió el arma en el saco y corrieron la cara. Sofía se alejó. Tito gatilló una vez, el disparo se escuchó seco y apagado. Viktor extendió el abrigo, que tenía un poco de humo, y se lo dio a Sofía. Tiró del candado y lo terminó de romper, sacó la cadena de la puerta y la abrió con suavidad, porque era del mismo modelo que la de Lobos y hacía mucho ruido. No se veía nada adentro. Viktor entró.

—¿A dónde va? —dijo Sofía. Revisó los agujeros del abrigo y se lo puso.

—A buscar cosas —dijo Tito—. Volvé que ya nos vamos.

Sofía se metió en la *pick-up*. Tito volvió a su auto, lo estacionó frente al galpón y encendió las luces para iluminar a Viktor en el interior. Después de un tiempo, que debió de ser menos de un minuto

pero que a ella se le hizo eterno, Viktor salió con un pico y una pala, cerró la puerta, dejó las cosas en la parte de atrás de la *pick-up* y subió. Volvieron a la ruta y anduvieron cerca de media hora, cuando Tito hizo luces nuevamente y salió hacia tres grandes árboles que había a un costado del camino. Viktor lo siguió y frenó detrás de él. Bajó de la *pick-up*, agarró el pico y la pala y fue al auto de Tito. Juntos sacaron los cuerpos del baúl y los llevaron al costado de uno de los árboles. Viktor empezó a picar la tierra. A Sofía le impresionaba su serenidad, hacía todo como si fuera su trabajo cotidiano, como si lo hubiera hecho muchas otras veces. Tito caminó a la *pick-up* y le golpeó la ventanilla, ella la bajó.

—Si cambiamos de agenda van a sospechar —dijo Tito—, así que terminamos y seguimos con todo, tal cual estaba planeado.

Tito encendió un fósforo, quería fumar. Viktor tiró una piedra a la *pick-up*, para llamar su atención.

—¡No enciendas nada que nos pueden ver! —gritó Viktor desde el árbol.

—Este ruso es un soldado —dijo Tito, tiró el cigarrillo al césped y lo pisó.

Sofía escuchaba el ruido del pico entrando y saliendo de la tierra.

—¿Qué va a pasar con ellos? —preguntó a Tito, mirando los cuerpos.

—Les van a crecer flores —dijo Tito y la miró fijo, serio—. Nunca viste nada de esto, lo tenés claro, ¿no? —Sofía asintió—. Qué ganas de fumar, la puta madre.

—Nos va a faltar una bandera.

—Cualquier unidad básica nos presta. Capaz haya alguna con Evita estampada. O con tu cara, directamente. Descansá un poco.

—No puedo —dijo Sofía.

Tito caminó a su auto. Sofía bajó de la *pick-up* y fue a la parte de atrás. Buscó y abrió su valija. Sacó la petaca, tomó un trago largo y sintió el licor de menta calentándola por adentro. Se acercó a Viktor y le ofreció un trago. Él frenó, se secó la frente con la mano y agarró la petaca.

—Gracias —dijo y tomó un sorbo. Sofía se quedó mirando los cuerpos doblados, uno encima del otro.

—Nunca había visto un muerto.

—El suelo está helado, voy a tardar —explicó Viktor y le devolvió la petaca—. Volvó a la *pick-up*, te va a hacer mal el frío.

Sofía se alejó unos pasos y se quedó mirando a Viktor. Unos minutos después volvió a la *pick-up*, le dolían las piernas de estar parada, del cansancio, de la angustia y del miedo. Se sentó y dormitó un poco. Cuando la fosa estuvo terminada, Viktor echó un cuerpo y el ruido la despertó. Tiró el segundo cuerpo sobre el primero y el sonido fue distinto. Después tiró adentro la bandera con sangre y tapó la fosa con tierra. Viktor volvió a la *pick-up*, Sofía pensó que tapar el pozo había sido mucho más rápido que hacerlo.

Anduvieron por la ruta 205 hasta José Mármol, donde llegaron cerca de las 6:00 de la mañana. Todavía la noche era plena, Sofía pensó que ya era sábado y que hoy, si fuese un día común, el médico vendría pasadas las 10:00 de la mañana a hacerle un chequeo a Lorenzo y ella estaría allí para recibirlo. Cuando entraron al pueblo, igual que en Lobos, a Sofía le pareció desierto, y en muchas puertas se veían

altares caseros dedicados a la memoria de Evita. Tito frenó ante una casa de dos pisos con garaje, bajó y tocó la puerta. Salió a recibirlo un hombre canoso de unos setenta años, con una bata roja. Se dieron un fuerte abrazo. Sofía los vio hablar. Tito volvió a su auto, lo apagó, lo cerró y entró a la casa con el hombre de la bata.

—Es un diputado, amigo de Tito de hace años —explicó Viktor.

Se abrió el portón del garaje; desde adentro Tito le hizo señas para que metiera la *pick-up*.

Ya en la casa, Sofía se encontró en un *living* enorme. En el centro había una gran mesa de madera donde Tito y el hombre de bata, sentados, conversaban y reían, haciendo un ruido que contrarrestaba con el silencio de la madrugada. A su lado, una mujer con una bata azul y rulos les servía café.

—Dios santo —dijo la mujer al ver a Sofía—, Jesús y la virgen.

—No, Magda —dijo el hombre y se paró—. Es Evita.

El hombre se acercó a Sofía, tenía la mirada suave y tranquila, le recordó la de su padre antes de que le disparasen.

—Mi amigo —le dijo el hombre a Tito—, sos un hombre afortunado. Señorita...

—Sofía —dijo ella.

—Yo soy Ernesto Mancuso, un gusto —no le sacaba la vista de encima—. Con Perón no te fue tan bien... pero es un gusto igual —dijo Ernesto y le dio la mano a Viktor.

—Compensan —dijo Tito y tomó un sorbo del café que le había servido la mujer.

—Ella es Magdalena, mi esposa —dijo Ernesto. La mujer hizo una inclinación de cabeza, con la cafetera humeante en la mano—. Por favor, desayunen.

Viktor y Sofía se sentaron y tomaron café. Magdalena fue a la cocina.

—Bueno, hice unos llamados —dijo Ernesto con una seriedad nueva, como si hubiera estado esperando a que se fuera su mujer para hablar de cosas importantes—. Encontraron el patrullero, pero no tienen idea de qué pudo haber pasado. Para no llamar la atención, te diría que sigas.

Tito asintió. Ernesto contó que tenía todo arreglado para hacer el evento en un club. Miró a Sofía y habló de la importancia de su tarea, del momento histórico, del privilegio que significaba parecerse a Eva. Sofía lo escuchaba, pero el cansancio le había ganado el cuerpo: la tensión acumulada de esos días, lo incómodo del cajón, el nervio de esa noche, todo se había aflojado con ese café. Sólo quería dormir.

—Chiquita, qué cara —dijo Magdalena, había vuelto y traía una bandeja con masitas—. Ernesto, que esta criatura se vaya a dormir ya mismo.

Sofía rio, Tito dijo que le parecía bien, después de todo, Sofía era la estrella. Los hombres empezaron a comer y siguieron hablando cuando se fue. Magdalena la llevó a una habitación y le dijo que se sintiera como en su casa. Sofía agradeció. Una vez sola, abrió la valija y sacó su ropa. Se duchó y se acostó. Antes de quedarse dormida, escuchó pájaros. Amanecía.

XIII

La despertaron golpeando la puerta, cerca del mediodía. Sofía se puso encima su abrigo agujereado y abrió. Era Viktor, con un desayuno que le mandaban los dueños de la casa; jugo de naranja, café, dos panes enormes, manteca y mermelada, y un sándwich de jamón y queso tan grande que podía alimentar a tres personas. Viktor dijo que había ido al lugar que les habían cedido y había preparado todo. También dijo que ya había gente esperando, porque el gremio lo había informado llamando a todos los afiliados y hasta lo habían anunciado en la radio local. Viktor dejó la bandeja en la cama y se dio la vuelta para irse. Sofía le preguntó si él había comido, Viktor dijo que no.

—¿Y cómo dormiste? —preguntó ella.

—No dormí —dijo Viktor—. Te espero abajo.

Salió y cerró la puerta. Sofía pensó que el ucraniano era un soldado de su causa, como los descamisados de Evita. Apuró el desayuno porque se hacía tarde, pero también porque tenía mucha hambre.

Acomodó la ropa de su valija sobre una silla, se cambió y bajó. Magdalena estaba levantando las cosas en la mesa del *living*, los hombres habían desayunado abajo. Con una ondulación perfecta, su pelo hacía gala de los ruleros usados la noche anterior.

—¡Pero qué linda está la reina Eva! —dijo Magdalena cuando vio bajar a Sofía—. ¿Cómo dormiste, pimpollo?

—Bien, gracias.

—El muchacho te espera en la puerta. Mi marido y Tito están en el salón de actos. Es un lugar hermoso, vas a ver. Capaz que más tarde te visito, quiero verte haciendo de ella.

—Gracias —dijo Sofía, y salió para la puerta.

—¡Esperá! —gritó Magdalena, dejó el repasador en la mesa y caminó hacia Sofía. Tocó la parte de atrás de su abrigo, le puso la mano en la solapa y lo limpió—. Nena, no podés ir con esto. Está sucio, viejo, ¡y tiene dos agujeros! Esperame un minuto.

Magdalena subió las escaleras. Sofía esperó junto a la mesa. Miró las fotos en los portarretratos sobre los muebles, el matrimonio se veía feliz en todas. Afuera, Viktor le tocó la bocina. Unos minutos después, Magdalena bajó con un tapado de piel y unas joyas en las manos.

—Sacate eso —le dijo a Sofía y señaló su abrigo. Sofía hizo lo que le decían y lo dejó sobre la mesa. Miró de costado, casi espiando y maravillada, las joyas que Magdalena había traído. Se dejó poner el tapado, un collar y aros de perlas.

—Ahora sí —dijo Magdalena, acomodándole el cuello—. Sos toda una Evita.

—No puedo, mire si les pasa algo.

—Son para vos, así entrás como corresponde —afuera, Viktor hizo sonar la bocina otra vez—. ¡Ay, este chico! Andá, nena. Viva Evita... carajo —dijo Magdalena y acto seguido le pidió a Sofía que no le contara a Ernesto que había dicho un insulto, a él no le gustaba que dijera malas palabras. Sofía sonrió y prometió que no lo haría. Magdalena la besó en la mejilla.

Cuando Sofía subió a la *pick-up*, Viktor la miró.

—¿Y ese zorro?

—Me lo regaló la señora —explicó ella.

Viktor manejó hasta el salón de actos que el Partido Justicialista tenía en José Mármol. A Sofía, el pueblo le pareció igual que Lobos. Quizá un poco más grande, pero en esencia era lo mismo, casas bajas y una plaza central rodeada por el Municipio, la iglesia, algún otro edificio administrativo y el tren; no sólo su estación, sino la certeza de que se trataba de un lugar en el que ese medio era importante porque su fundación y su momento actual estaban ligados a la actividad ferroviaria, las calles tenían nombres de maquinistas y en las plazas había esculturas que homenajearon a gente relacionada con ese transporte. Doblaron una esquina y Sofía vio una multitud frente a lo que parecía un depósito. Al acercarse, Sofía reconoció a Tito entre la gente. Viktor frenó la *pick-up*, Tito se acercó, le abrió la puerta y estiró su mano para ayudar a bajar a Sofía. Unas personas gritaron “¡Es Eva!” y corrieron hacia ella. Tito intentó hacerla pasar, enseguida se les unió Viktor y los ayudó con su fuerza de empuje a entrar en el local. Dos hombres de saco y corbata negra habían abierto la puerta y se quedaron afuera

conteniendo a la gente; otros cuatro hombres, adentro y con idéntico uniforme, los acompañaron por un pasillo con piso de alfombra. Entraron por una puerta vaivén al salón de actos que, justamente, se llamaba “Eva Perón”. Sofía vio más hombres adentro. Uno que hablaba con Tito se acercó a Sofía y le tendió la mano.

—Señora —dijo el hombre y a Sofía le sonó extraño que la llamaran así, por un momento sintió que hablaba con otra persona. No iba a explicar que no estaba casada, que era una señorita, que no era Eva Perón—. Un lujo y un gusto tenerla con nosotros.

—El señor es el presidente del Partido Peronista en la ciudad —explicó Tito.

—Ricardo Dameri —dijo el hombre, estrechando la mano de Sofía.

—Yo soy Sofía.

Era un teatro grande, pero no tenía butacas sino sillas, que habían sido corridas, y el telón estaba cerrado. Sofía sintió olor a humedad y frío. Habían dispuesto las cosas de la misma manera que en el galpón de Lobos. En el centro, una mesa con el ataúd abierto, y perpendicular a ellos un gran crucifijo con el retrato de Evita. Al costado, otra mesa más pequeña con el tocadiscos. Junto a esa mesa, un hombre con camisa blanca, corbata negra y cinta de luto en el brazo probaba el disco. Había bancos largos y sillas distribuidas contra las paredes. Más al fondo, también igual que en Lobos, una mesa con dos enfermeras.

—Deberíamos empezar en diez minutos —dijo Ricardo a Tito.

—No hay problema —dijo Tito, rodeó con el brazo a Sofía, que miraba todo, y caminó con ella—. Mirá, hicimos mejoras. Hay sillas para que la gente se quede, si quiere, y les vamos a dar café, para que no tengan frío. En la puerta están las urnas donde van a dejar la

plata, de eso se ocupa el señor con el que hablamos recién. Y yo, por supuesto. Vos ocupate de morirte, que te sale bien.

Caminaron a una oficina, que habían acomodado para que funcionara de camarín. Ahí había más humedad y más frío. En la mesa estaba la valija con su sayal, el peine, todo lo que usaba de vestuario. También el saco de Viktor, su camisa y la banda presidencial.

—¿Cuándo hacemos la pausa? —dijo ella.

—Yo diría que en dos horas —dijo Tito, Sofía suspiró—. Ya sé que te cansa, pero vos viste la gente que hay. Vamos, cámbiense que abrimos.

Tito cerró la puerta. Viktor agarró su camisa y su saco y salió para dejar a Sofía sola. Ella se puso el sayal y se peinó con el rodete. Salió, y los hombres de corbata negra la miraron. Viktor la ayudó a subir a la mesa. Sofía se paró en el ataúd y se recostó. Sentía mucho cansancio, había dormido poco y mal. Pero simular la muerte le resultó sencillo, su cuerpo se relajó completo cuando se lo ordenó, e incluso llegó a dominar un poco el movimiento involuntario de los párpados cuando cerró los ojos. “Empezamos”, le dijo Tito, sobre el ataúd. Sofía escuchó ruidos, movían unas sillas, se daban las últimas instrucciones. El hombre de corbata negra y cinta de luto puso el disco. A Sofía la tranquilizó escuchar esa voz, esa grabación, tenía la calidez del reencuentro con algo que le era amado y conocido. Abrieron la puerta y le indicaron a la gente el camino que debía seguir.

Como en Lobos, Sofía escuchó llantos y lamentos, súplicas por la vida de Evita, consuelos a Viktor. Cuando el disco terminaba, sobrevolaba ese silencio que resalta en el aire cuando se apaga un sonido que ha durado largo tiempo. Sofía, con la maestría que va dando la práctica, había logrado una quietud que le parecía perfecta,

no podía verse pero sí sentirse. Quedarse inmóvil y no demostrar ninguna actividad le requería, paradójicamente, una gran actividad interior de corrección, chequeo, direccionamiento, darse y acatar sus propias órdenes: “No muevas tanto los párpados... no aprietes las manos... no te duermas... ¡no te duermas!” , se decía, y cuando sentía la comodidad perfecta, sin una exagerada relajación que la hiciera parecer un títere con los hilos cortados, sino con el tono muscular justo, entonces Sofía volvía a repetir mentalmente el discurso al mismo tiempo que Evita, porque eso la abstraía, le permitía no darle atención a las palabras de los deudos. Se imaginó tirada en su cama escuchando el disco, en un tiempo que era dos días hacia atrás pero que le parecía mucho más lejano y casi ajeno, como el recuerdo de un sueño que le hubieran contado.

“Estamos”, dijo Viktor. Habían pasado dos horas, habían hecho salir a la gente y paraban para descansar. Sofía se impresionó de lo rápido que se le había pasado el tiempo. Tomaron un café. A los quince minutos volvieron al salón y abrieron la puerta. Otra vez la gente, los comentarios, la quietud perfecta, Evita hablando. Cuando pasó un rato, que Sofía no distinguió cuánto fue, escuchó a Tito que le decía:

—Nena, no tenés idea la cantidad de gente que hay afuera —dijo—. ¿Te animás a seguir y hacer la pausa más tarde?

Quieta, para no perder el estado que había ganado, Sofía murmuró:

—Sí.

—Uy, qué fuerte —dijo Tito y miró a Viktor—, parece un muerto hablando. ¡Seguimos, muchachos, vamos!

El desfile no se detuvo hasta cerca de las 8:00 de la noche. Unas tres mil personas pasaron por el galpón, cientos de ellas trajeron flores y coronas.

Cuando cerraron la puerta, Sofía, Viktor, Tito y Ricardo conversaron en la oficina. Se podía seguir al otro día, el dinero crecía y la cantidad de gente también. Corría el rumor por todo el pueblo. Sofía estaba agotada, pero ella misma propuso continuar hasta las 22:00 horas. Tito le dijo que ya tenía ofertas de otros pueblos, que una docena de miembros del partido habían llamado a Mancuso preguntando por “eso que había pasado en Lobos”, como lo llamaban.

—Nena —dijo Tito—. ¿Qué querés hacer?

Sofía tomaba café. Dejó la taza y se paró.

—Como dijo el General —dijo—, que esto dure lo que tenga que durar. Hagámoslo todas las veces que podamos, en todos los lugares que podamos.

Ricardo se puso de pie. Se levantó, besó a Sofía y explotó en llanto.

—Disculpen, por un momento me pareció ver a la Señora hablando —dijo, secándose las lágrimas.

Volvieron al salón, se acomodaron en sus lugares e hicieron entrar a la gente. Finalmente ese día, el sábado 2 de agosto de 1952, cerraron las puertas a medianoche. Sofía salió del local cubierta por los hombres peronistas, porque la gente seguía esperándola afuera. Le tiraron flores que no habían llegado a dejarle adentro. Cuando ella se metía en la *pick-up* uno le gritó que era la reencarnación; todos agradecían y aplaudían, tres corrieron el vehículo llorando y tratando de treparse allá.

Esa noche, agotada pero contenta, Sofía durmió bien. A la mañana del otro día, Magdalena le mostró el diario, había una mención

a lo que estaban haciendo, en una columna de las noticias sociales. Sofía también miró las fotos del velorio en la capital, la cantidad de gente haciendo fila para ver a Evita parecía infinita, se perdía en el horizonte.

XIV

El evento se repitió el domingo 3, esta vez desde las 10:00 de la mañana, para darle más tiempo a la gente, que no había ido ni a misa porque quería ver a Sofía. Ya habían rodeado la manzana del local cuando ella llegó con Viktor, cerca de las 9:30. La policía había hecho un cerco para contener a la multitud, que calculaban en nueve mil personas, todo José Mármol y vecinos de otras localidades. “Jamás vi algo así acá”, le dijo Ricardo cuando ella entraba y Viktor la cubría para que la gente no la tocara.

Empezaron a las 10:00, Sofía entró rápido en ese estado de relajación que su actividad le requería. En un momento sintió luces, era el *flash* de un fotógrafo. Ese día siguieron hasta la 1:00 de la madrugada. Veinte personas se desmayaron durante la jornada. Cuando volvieron a lo de Ernesto, había gente en la puerta de la casa. Tenían

una bandera de Argentina que decía “Gracias, Sofi”. Ernesto y Tito convinieron en que ya era hora de irse, Ernesto no quería tener esa gente apostada en la puerta de su casa, y el público del pueblo se repetía y las ofertas y pedidos de las otras localidades no paraban de crecer, había que aprovecharlas.

Durante la noche, con la ayuda de Ricardo, Ernesto y Pantanali, Tito se contactó con delegados del partido, con otros gremios y con la mayor cantidad de personas que podrían darle auxilio logístico para llevar el simulacro de manera rápida a otras partes. Diagramó un posible itinerario para los próximos cinco días, viendo que el funeral de Eva en Buenos Aires tenía gente para rato. Durmieron unas horas y partieron para San José, a unos veinte kilómetros de Mármol. Se hospedaron en un hotel del gremio de los trabajadores de la industria textil. Viktor se encargaría de tener los elementos siempre a punto y de organizar la ambientación; intentaban que Sofía hiciera lo menos posible, apenas unas puntadas a la banda presidencial, un poco gastada. En San José, su contacto principal fue un amigo de Ricardo, que le debía favores, y junto con él y un encargado del partido, Viktor y Tito fueron al nuevo lugar designado —un galpón de bebidas que fue vaciado y limpiado para ellos— y armaron todo para hacer el homenaje esa misma tarde. En el hotel, a Sofía la visitaron representantes del gremio y ella aprovechó para conversar sobre telas y tecnologías de la industria, que tanto le gustaba coser. Le regalaron la réplica de un vestido de Evita y le pidieron sacarse una foto con ella, que se publicó en el diario del gremio. Un grupo de artistas plásticos le donó un ataúd con colchón a medida, para que ella estuviera más cómoda, y el dibujo de un fileteado porteño en la parte de afuera. Cerca del mediodía, Viktor llevó a Sofía al

galpón y empezaron la representación. Siempre llanto, locura, gritos, gente que quería tirarse contra el ataúd, la mesa de Sofía llenándose de flores.

Ese primer día, en el descanso, a Sofía la entrevistó un periodista del diario *El Pilar de San José*, y la nota salió a la mañana siguiente, con una foto de ella en el ataúd y Viktor de pie, recibiendo condolencias de parte de dos mujeres de la alta sociedad del pueblo. A la noche, Sofía pudo hablar con el padre por teléfono, y también con el doctor Tagliaferri, que le dijo que notaba mejor a Lorenzo y que ya había estado haciendo averiguaciones para el viaje de tratamiento, sabiendo que iban a tener los fondos. Sofía también habló con Esteban, que volvió a reiterarle su orgullo y a darle la tranquilidad necesaria para que ella hiciera lo que estaba haciendo sin preocuparse por su padre. Ella le pidió a Tito un adelanto de su parte y se lo envió a Lobos con un delegado oficial del partido, con orden expresa de entregársela en mano a Esteban.

El lunes 4 de agosto, a primera hora de la mañana, fueron a Temperley, donde el gremio de los gastronómicos les propuso hacer la representación en la cancha de básquet de su club. Antes de entrar, Sofía fue entrevistada para la radio, en el vestuario que le habían dado a ella y a Viktor para descansar y cambiarse.

—¿Cómo vive esto, señorita? —preguntó el periodista.

—La verdad que triste —dijo Sofía—, porque la Señora se nos fue. Ojalá que esto que el partido hace pueda contribuir a aliviar la pena de nuestro pueblo y enaltecer su memoria.

La voz se le cortó por el llanto. Afuera se escucharon aplausos, porque en la calle escuchaban la radio en vivo.

—Ustedes no saben, mis queridos oyentes —dijo el periodista—, lo que es estar cara a cara con una mujer que se parece tanto a Evita. Por suerte, para nuestro orgullo de peronistas, no se trata únicamente de una similitud superficial y externa, sino que con su sensibilidad y entrega nos muestra que también es una digna emuladora de la grandeza espiritual de nuestra querida difunta. No se pierdan hoy, amigos, desde las 12:00 del mediodía y hasta las 12:00 de la noche, la oportunidad de verla en persona interpretando la copia del evento que hoy conmueve a todo el país y el mundo, el funeral de Eva Perón —Tito le hizo una seña al periodista para llamar su atención y susurró con los labios “la plata”—. Les recuerdo —dijo el locutor— que el ingreso es sin cargo, pero pueden dejar una donación a voluntad, que será destinada a la construcción del monumento dedicado a nuestra Jefa Espiritual.

El evento fue colosal. Redefinieron la escenografía y la mecánica porque el estadio tenía una dimensión superior a todos los lugares anteriores. Pusieron el ataúd en el centro de la cancha y, con los empleados del lugar y los conocimientos electrónicos de Viktor, conectaron el tocadiscos al sistema de sonido del estadio, por lo que la grabación sonaba con un impacto que jamás podría tener saliendo por el parlante mínimo de una vitrola. Ya que ahora había demasiada gente, cada dos horas Tito anunciaba por micrófono: “Nuestra Eva y nuestro Perón van a descansar un rato”. El disco se interrumpía; Sofía, cubierta con una bandera que le habían donado los textiles, se levantaba del ataúd y se iba al vestuario con Viktor, a descansar. La gente la miraba irse y la aplaudía, después algunos se iban y muchos se quedaban en las tribunas para verla otra vez. En ese momento el discurso era reemplazado por música clásica, para

amenizar la espera antes de que los actores ingresaran nuevamente. Terminado el descanso, se cortaba la música y Sofía salía envuelta en la bandera, de la mano de Viktor. Cuando entraba en la cancha, la ovación era total. Él la ayudaba a subir a la mesa, ella se acostaba en el ataúd y cerraba los ojos, el disco con los discursos volvía a escucharse, la gente volvía a mirarla y a llorar por el alma de Eva.

XV

El lunes 4 de agosto, en Temperley, Sofía pidió terminar temprano porque quería descansar. Hicieron la representación hasta las 9:00 de la noche, volvieron al hotel y cenaron en el comedor. Como algunas personas se acercaban a saludar a Sofía, se cambiaron a la mesa más alejada y pidieron no ser molestados. Tenían dos vinos en la mesa, uno blanco y uno tinto, y Sofía tomaba alternando entre uno y otro.

—Quiero salir —dijo, cuando ya habían comido. Era cerca de la medianoche.

—¿A dónde? —preguntó Tito.

—A cualquier lado —dijo ella—, hace una semana que estoy metida en un cajón.

—Hace frío y mañana empezamos temprano —dijo Viktor, que terminaba su tercera milanesa—. Está todo cerrado.

—Sos un aburrido, ruso —dijo Tito—. Yo sé de un lugar que está abierto, piba. Vamos.

Sofía fue a la habitación, se puso el abrigo viejo y agujereado que había traído de Lobos, era un poco más discreto que el tapado que le había regalado Magdalena. Subieron al auto de Tito, que manejó unos minutos y frenó ante un bar en una esquina. Adentro había gente tomando, fumando y riendo, y se escuchaba música.

—¿El luto no es obligatorio? —preguntó Sofía, sorprendida, cuando bajaron del auto. Le costaba caminar en línea recta, pero el ejercicio de hacer de Evita le había dado una nueva percepción y control de su cuerpo, así que disimulaba bien.

—Si se le paga a quien corresponda, no —dijo Tito y encendió un cigarrillo—. Es un bar de gorilas pudientes, como los de Lobos. No tienen ganas de quedarse en casa tomando agua mineral y escuchando música funeraria.

Tito les abrió la puerta y Sofía y Viktor pasaron. Adentro, sonaba el tango *Por una cabeza*. Había unas veinte mesas, distribuidas en un largo salón. Detrás de la barra había botellas en hileras, con un espejo de fondo. Sofía pensó en su canuto, bajo la mesa de luz en el cuarto de su casa. ¿Lo habría encontrado Esteban? Lo imaginó tomando las bebidas que allí tenía, mientras Lorenzo dormía. Tito se acercó al hombre en la caja y se saludaron con afecto.

—Éste conoce a todos —le dijo a Viktor, que buscaba una mesa. Estaba lleno, no encontraba ninguna. Tito volvió con el hombre de la caja y éste saludó a Sofía.

—Acá mi amigo nos da una mesa —dijo Tito, palmeándole el hombro.

—Lo que guste, señorita Eva —dijo el hombre—. La casa invita.

Sofía sonrió apenas, estaba empezando a hartarse de que no la llamaran por su nombre. Un mozo le pidió a un grupo de personas en una mesa que se corriera un poco, puso una mesa circular y les trajo tres sillas. El de la barra trajo una copita de Tía María a cada uno y dijo que era de cortesía. Sofía pidió un Cinzano, Tito una botella de vino y Viktor un vodka.

—¿Viste que eras ruso? —le dijo Tito. Viktor no lo escuchó, tenía hipo y se ocupaba de ver cómo podía cortárselo manipulando la respiración.

—Me parece que comí rápido —dijo el ucraniano.

Brindaron y tomaron. Sofía hizo un gesto de disgusto cuando probó.

—A licor regalado no se le mira la etiqueta, Eva —dijo Tito. Viktor se lo estaba terminando, con un fondo blanco. Apoyó la copa y eructó. “Perrdon”, dijo. Le costaba disimular la erre. Seguía con hipo.

—Esto es feo —dijo Sofía, señalando la copita con Tía María—. Y no soy Evita. Basta con eso.

Empezó otro tango. Les trajeron los tragos y platitos con maní, queso y papas fritas, Viktor empezó a comer como si no probara un bocado desde hacía una semana. Sofía preguntó de dónde salía la música y Viktor se quedó quieto, mirando hacia una de las paredes del bar. Dijo una palabra que no entendieron. Sofía abrió grandes los ojos.

—¿Qué? —preguntó, riendo a carcajadas. Viktor terminó su vodka y se paró—. ¿Qué dijo? —le preguntó Sofía a Tito.

—Creo que es “Dios mío”, en ucraniano —dijo Tito—. Cuando está borracho o enojado parece como poseído y habla en su idioma.

Viktor caminó hacia lo que había visto y lo había maravillado: una enorme fonola naranja. Un hombre había puesto allí una moneda y elegía un disco. Viktor se acercó al aparato, le puso la mano encima y lo acarició. El hombre, incómodo, miró a Viktor, que le sonrió feliz.

—“Qué marravicha”.

—Sí —dijo el hombre, el ucraniano le metía miedo, con su tamaño y su borrachera—. Córrase un poco, quiero elegir una canción.

Viktor pasó la mano por el vidrio, adentro se veían los discos apilados. El hombre activó de mala gana cualquier botón para alejarse del ruso, que parecía hipnotizado, y se fue. Empezó a sonar *Cambalache*. Mientras tanto, en la mesa de Sofía y Tito, un mozo traía un vino blanco y lo descorchaba.

—Una invitación... —dijo el mozo.

—¡Qué generoso es este lugar! —dijo Sofía.

—Pero no de la casa, se los envía aquel caballero —dijo el mozo y señaló una mesa en la que había un hombre solo, tomando un Martini. Tenía traje azul oscuro, elegante, una corbata roja ancha, el pelo echado hacia atrás con gomina y un bigote fino. El hombre los miró y levantó su copa, Sofía levantó la mano agradeciendo y le hizo una seña de que se acercara.

—¿Lo conocés? —le preguntó Tito y Sofía negó con la cabeza. Viktor se acercó a Tito y le pidió monedas—. No tengo, ruso. Salí que estás en pedo.

Viktor murmuró una puteada, volvió a la fonola y la golpeó, para que el tango terminase. El hombre que les había regalado la botella se acercó a la mesa de Sofía y Tito.

—Permítame felicitarla, señorita —dijo.

—Gracias.

—Es impresionante lo suyo. No me refiero al parecido, de eso no voy a hablar, porque sospecho que usted está harta. Pero estuve dos veces en el estadio mirando lo que hace, y puedo decirle que lo verdaderamente impresionante es usted, y la manera en que maneja el evento, señorita Sofía.

—Acompáñenos, si gusta. ¿Cómo es su nombre?

—Soy Enrique —dijo él y miró a Tito—. A usted también lo felicito, por ser el descubridor de esta belleza.

Viktor levantó un poco la fonola y logró frenar el tango. Se palpó los bolsillos, se acercó a una pareja a su lado y les pidió una moneda. En otra mesa, cinco hombres lo miraban enojados, entre ellos estaba el que había puesto el tango. También miraban a Sofía y hablaban sobre ella, lo mismo que otros que la habían reconocido. El bar quedó un poco más silencioso sin música, Viktor silbaba una melodía extraña y golpeaba la fonola, porque le había tragado la moneda.

—¿Qué piensa de lo que está generando, señorita? —preguntó Enrique.

Sofía tomó del vino que Enrique les había regalado. Le pareció delicioso. El encargado, desde la barra, le pedía a Viktor que no golpeará el aparato.

—Creo que a la gente le hace bien —dijo Sofía.

—Yo creo lo mismo —dijo Enrique—. ¿Sabe que el monumento que planean para Evita será cuatro veces más grande que la Estatua de la Libertad? —Sofía abrió los ojos, sorprendida—. Calculo que serán bastantes funciones hasta juntar el dinero necesario, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Tito, seco. No parecía tener ánimos de conversar. Los cinco hombres que miraban a Viktor se levantaron de su mesa.

—No lo tome a mal, amigo —dijo Enrique, mirando a Tito—, es un comentario halagador. No tengo dudas de que harán todo lo necesario.

Después del último puñetazo que Viktor le había pegado a la fonola, empezó a sonar *When the saints go marching in*, en versión de Louis Armstrong.

—Basta de tango y lamentos —gritó Viktor, alegre. Se puso a mover la mano, siguiendo el ritmo de la trompeta. Se acercó a la mesa, miró a Enrique—. ¿Y éste quién es?

Enrique estalló en una carcajada.

—Qué Perón más simpático —dijo—. Ebrio y amante de la música imperialista.

—¡Ni borracho ni *yankee*! —gritó Viktor.

—El señor le mandó un vino a Sofía —dijo Tito.

—¿Un regalito a Eva? —dijo Viktor y se agarró de la silla para no caer. Se sirvió del vino y probó, abrió los ojos de lo rico que le había parecido. Terminó la copa y se sirvió otra.

—Parece que le gustó, señor Juan Domingo —dijo Enrique.

—Sí, pero igual, cuidado con mi novia, señor. Evita es sólo de Perón.

Viktor se movió hacia atrás y empezó una danza que debía ser la que correspondía a la canción ucraniana que silbaba antes, pero ahora con la marcha de Louis Armstrong de fondo. Sonreía y daba pequeños saltitos con las manos levantadas, movimientos que hechos por su gran cuerpo le daban el aire de un oso mareado. Se le acercaron dos de los hombres de la mesa que lo estaban mirando,

entre ellos el que había molestado en la fonola. Los otros tres fueron hasta la mesa de Sofía.

—Usted es Evita, ¿no? —dijo uno. Ella bufó, harta.

—Sí —dijo Tito—, resucitada y chupando vino. Un milagro, eh.

—Quiero decir... —dijo el hombre. Tenía la corbata floja y dos botones de la camisa desabrochados. Los otros seguían mirando a Sofía.

—Ya entendimos lo que quisiste decir —lo interrumpió Enrique—, ahora volvé a tu mesa y dejanos disfrutar.

—Yo quiero un autógrafo —dijo uno de los hombres.

—Yo también —dijo el que había hablado primero. Se palpó el bolsillo—, me parece que no tengo lapicera. Qué macana.

—Muchachos —dijo Enrique, muy tranquilo. Uno de los otros hombres le había puesto una mano en el hombro a Viktor y él frenó su danza—, la señorita es analfabeta y no sabe escribir.

—No te creo —dijo el de corbata floja.

—Por última vez —continuó Enrique, simulando no escuchar—, yo les recomendaría que nos dejen tranquilos.

—Al grandote, más que a nadie —dijo Tito.

Los tres hombres se fueron sobre Enrique, que sacó un arma de un lugar que Sofía no llegó a distinguir porque, apenas se movieron, Tito se le había echado encima para protegerla. Enrique disparó hacia abajo y le reventó el pie al de la corbata floja y los otros dos se congelaron. Viktor le rompió la nariz con una trompada a uno de los que se le habían acercado y éste cayó noqueado, agarró del cinturón y el cuello al que le había interrumpido el baile, lo puso horizontal y lo sacó por una ventana del bar, el hombre atravesó el vidrio y cayó en la vereda. El zapato del que había recibido el tiro chorreaba

sangre y él se movía a los saltos, parecía bailar al ritmo de la trompeta de Louis Armstrong anunciando el final de la santa marcha, los dos que estaban junto a él lo miraban, pálidos, como estaban de espaldas a Viktor no vieron cuando el ucraniano los agarró de la nuca, ni entendieron qué cosa los arrastró y les abrió la frente contra la fonola. La música se cortó pero el disparado igual quedó saltando en un pie, Enrique lo empujó y cuando estuvo en el suelo le puso el caño a unos centímetros de la cara, le dijo que tuvieran la amabilidad de no aparecer en la ceremonia y mejor todavía si se iban del pueblo ahora mismo. El hombre se arrastró un poco y se paró, gritó de dolor cuando apoyó el pie estallado y salió junto con el del tabique partido y los dos que tenían la frente abierta por el golpe contra la fonola. Afuera, los cuatro levantaron como pudieron al que estaba en la vereda entre esquirlas y se fueron.

Enrique volvió a la mesa y terminó su copa de vino. Sofía, detrás de una silla, se puso de pie. Tito guardó su arma, que no había usado. Enrique saludó y dijo que los veía al otro día, que descansaran.

—¿Y quién me paga por esto? —gritó el hombre tras la barra, angustiado.

—Cobrámelo a mí —dijo Enrique. Se cerró el saco y le guiñó un ojo a Sofía. Se dio la vuelta, sacó su billetera y le dio todos sus billetes al hombre tras la barra—. Con esto creo que alcanza, cualquier cosa vengo mañana —dijo. Agarró su sombrero del perchero junto a la puerta, le sacudió unos vidrios que habían caído cuando el hombre atravesó la ventana y se fue.

Sola, automática, la música volvió a salir de la fonola. Sofía le preguntó a Tito si sabía quién era, él dijo que nunca lo había visto, pero que no le caía bien. Sofía pensó que él conocía su nombre,

aunque ella nunca se lo había dicho. Viktor, borracho y feliz, como si no hubiera pasado nada, hacía saltitos de baile ucraniano disfrutando de la nueva canción.

El martes 5 de agosto a las 8:00 de la mañana, en el vestuario de la cancha de básquet, ya preparada y antes de salir para la primera función, Sofía miró en el diario las fotos del funeral en Buenos Aires. Iban más de diez días y no había una fecha estipulada para el final porque la cantidad de gente seguía creciendo sin parar. Viktor se puso la banda presidencial, mirándose en el espejo. Por el ruido afuera, Sofía dedujo que el estadio estaba repleto. Tito entró al vestuario con un fotógrafo, una mujer y un niño de unos cinco años con una hoja en las manos.

—Él es Emilio —dijo Tito—, quiere regalarte algo.

Emilio estiró la hoja y la madre se quedó detrás, sonriendo. Sofía había visto a Eva saludando chicos en los noticieros del cine, supo a la perfección cómo tenía que hacer y lo hizo sin pensar. Se agachó, besó al chico en la mejilla y agarró lo que le ofrecía. Era el dibujo de dos garabatos que intentaban ser personas, una de las cuales tenía una larga cabellera rubia y el otro algo como una bandera cruzándole el pecho. “Son ustedes, Perón y Evita”, dijo Emilio, emocionado. El fotógrafo les pidió a todos que se juntaran, Viktor levantó al chico y se lo sentó en su hombro, Emilio rio como un cascabel. Sacaron más fotos y se despidieron.

Después, Viktor y Sofía caminaron por el pasillo desde el vestuario hasta la salida de la cancha, donde los escoltaron los

“hombres de luto”, como ella los llamaba. Porque Perón había decretado un vestuario específico para los peronistas: camisa blanca, corbata negra y cinta en el brazo; la cinta debería ser usada por un año, y la corbata negra por el resto de su vida. Si usaban saco, debía ser negro. Eran tantos y cada vez más los colaboradores, que Sofía no hacía tiempo a saber el nombre de todos, así que los había bautizado con ese nombre genérico. Cuando salió, confirmó que había percibido bien, el estadio estaba repleto. Levantó las manos y saludó, había gente en las tribunas y en la cancha, donde se armaba una larga fila, organizada por los hombres de luto, para quienes quisieran ver el cajón de cerca. Viktor la ayudó a subir a la mesa, Sofía se metió en el ataúd y se tapó con la bandera, acomodándola para que quedara prolija.

Se puso el tocadiscos y empezó la grabación. Los hombres de luto movieron las vallas para que pasara la gente a verla, manteniendo un perímetro delimitado, donde más hombres controlaban que no fuera hacia el ataúd nadie que no saliera de la fila. El primer deudo saludó a Viktor. Sofía no escuchaba tan claramente como antes la voz de la gente, porque el espacio era mucho más grande y eso hacía que los llantos y comentarios se le perdieran. Sí escuchaba sus pasos, porque el piso de la cancha era de una madera que al pisarla hacía mucho ruido. Lo que escuchaba más y mejor que nunca era la voz de Eva, porque el sistema de sonido la proyectaba a todos los rincones de la cancha de básquet y retumbaba. Pero ese día, el disco con el discurso de Evita se trabó y quedó repitiendo una palabra, el estadio se llenó con esa sensación de extrañeza parecida al miedo que genera la repetición mecánica de una palabra, como si el aparato, en un arranque de autonomía y psicosis, se hubiese vuelto

loco. A Sofía y a todos les entraron unas ganas terribles de que eso terminara inmediatamente; si Evita en el discurso, cuando fluía, era una bendición, entonces el disco saltando era el infierno, era la expresión diabólica de una máquina que parecía haber cobrado vida y que se había empeñado en quedarse estancada en una frase y un golpe (“en nombre del General” —chiq— “en nombre del General” —chiq— “en nombre del General” —chiq—) y esa insistencia traía también la desilusión ante la realidad, porque confirmaba que se trataba de un disco, de un aparato, de una mentira.

El hombre de luto frenó el disco y volvió a ponerlo, los deudos volvieron a andar, pero a los cinco minutos otra vez el disco se detuvo en un surco que no paró de repetir, ametrallando con las mismas palabras una y otra vez. El hombre de luto movió la púa apenas hacia atrás, el audio continuó unos segundos y volvió a saltar en la misma parte. En un impulso inconsciente, sin pensarlo, Sofía abrió los ojos, se sentó en el ataúd y miró al hombre del disco, que lo había sacado, ella quería darle un consejo sobre cómo colocarlo, pero el público se asustó, entonces Sofía miró a la gente y comprendió, por primera vez en todo el viaje, en todas las representaciones, que estaba haciendo algo donde era observada. Porque los que estaban en la cancha se habían olvidado del disco y la miraban con una mezcla de admiración y espanto: el simulacro de cadáver se había sentado y tenía los ojos abiertos. Y respiraba. Y tenía las emociones de un ser vivo, una mezcla de miedo porque se le hubiera roto el disco, y rabia contra lo que intuía que era un error del hombre, que seguramente lo había puesto mal. El acto de la representación se había roto, como un truco de magia al que de pronto se le ven los hilos, pero Sofía sintió que era el comienzo de otro. Viktor se acercó al cajón. “¿Querés

revisar tu disco?” le preguntó en voz baja, porque el estadio estaba en un silencio absoluto. Sofía asintió con un gesto mínimo, le estiró la mano y él la ayudó a pararse, cuando estuvo erguida hubo exclamaciones de admiración y sorpresa. Sofía tenía la bandera argentina enrollada en el cuerpo y se la acomodó para no pisarla, dio un paso para sacar los pies del ataúd y los puso en la mesa.

En una tribuna alta, un hombre empezó a aplaudir. Después otro y otro, hasta que todos estallaron en un aplauso general, como si Sofía hubiese terminado una acrobacia riesgosa. Levantó la mano para saludar, le iba a pedir ayuda a Viktor para bajar pero cuando saludó el aplauso creció de una manera descomunal y fue una revelación: comprendió que echada y simulando la muerte, la gente no podía hacer un ruido semejante, no podían entregarle el afecto que le tenían a Eva en un juego que evocaba un funeral. Levantó la mano porque iba a pedir que la dejaran hablar, quería agradecer y bajar para ver si su disco se había rayado, ojalá que no, ojalá fuera que la púa se había gastado o algo que les permitiera seguir pronto, pero la gente aplaudía desbordada, con rabia y locura, como si hubieran recibido una noticia excelente, una noticia que habían esperado toda la vida.

Sofía le pidió el micrófono a Tito, iba a decir que pronto resolverían todo. Un hombre con traje blanco, al costado de la fila de la gente que iba a entrar, la miraba estudiándola, como si viera otra cosa además de lo que veía. Era Enrique. Destacaba por el traje de color entre tanto luto, ropa gastada y abrigo de invierno oscuro. Sofía le sonrió. Tito apoyó en la mesa, junto a ella, el pie del micrófono con el micrófono ya incorporado, para no subir él ni hacerla agachar a ella. Sofía acercó su boca al micrófono y advirtió que mucha gente del público lloraba. Recordó cuando se había parado en la silla en el

galpón, en Lobos, unos días atrás; recordó la postura que practicaba frente al espejo; las caras de los hombres y mujeres de Buenos Aires en las fotos de los diarios; la mueca de dolor por lo irreversible que convivía con la conciencia de la muerte, y la certeza de que habían perdido algo mayor que una líder: habían perdido la esperanza. Recordó la voz de su padre, diciéndole que estaba orgulloso de su Eva. Entendió aquello que decían los que habían estado al borde de la muerte, cuando contaban que habían visto toda su vida en un segundo. Pero lo que pasó por la mente de Sofía fueron los últimos días, desde la humillación con huevos en el sótano, Renata y las mellizas con peluca, hasta el dibujo de Emilio que también, unos pasos más allá y a upa de la madre, lloraba. Sofía levantó el puño y la gente se calló. Cerró los ojos y sintió un vértigo, el salto al vacío y la adrenalina de ser observada por miles de personas, confiando en las veces en las que había repetido los discursos de Evita, abrió los ojos y gritó con fuerza y modulación perfecta:

—¡Compañeros del Partido Peronista!

El tono, el tiempo y la pronunciación hicieron sentir que el disco había vuelto a empezar. Pero esta vez el sonido era claro. Sin fritura, sin electricidad, sin ruido ambiente, sin la multitud que formaba parte de la grabación. Limpia y cristalina. Vital. Sofía, o algo en Sofía, porque así parecía lo que se contemplaba y ella así lo sentía, Sofía como recipiente de lo que en ella se expresaba, repitió palabra por palabra el primer discurso del disco con una evocación tan perfecta que incomodaba a quienes miraban, porque esta mujer, de pie en el diminuto escenario, con un ataúd vacío detrás, metida en un sayal blanco y envuelta en una bandera argentina, contradecía a fuerza de vida la supuesta realidad que contaban los diarios que publicaban

la foto de una mujer igual, pero quieta y muda dentro del cajón. El recuerdo de otros discursos y de otras fotos la asistieron para que el cuerpo cobrara las formas precisas que acompañaban su voz; hizo sin esfuerzo el gesto contraído cuando recordaba a los vendepatria, el puño en alto martillando el aire y desafiando al destino al hablar de los enemigos del General, el dedo índice derecho surcando el aire, marcando las directivas a seguir, queridos compañeros y hacia el final, cuando Sofía declamó (cuando Evita dijo) “Y sólo de esta manera lograremos el objetivo de la revolución socialista, ese que Perón y sus trabajadores anhelan para nuestro suelo”, no llegó a agregar el “muchas gracias” que remataba el discurso porque ya la multitud de la realidad en la cancha de básquet gritaba y aplaudía “E-vi-ta”, “E-vi-ta”, y Sofía, por primera vez desde aquella noche de soledad y miedo en la que supo de la muerte de Eva, lloraba a mares pero de una manera nueva, alegre. Hasta Viktor lloraba, grandote y payaso bajo la banda presidencial. Tito aplaudía como loco y Enrique sonreía y los hombres de luto se abrazaban, mientras la gente le tiraba a Sofía, y no a la mesa del ataúd, las flores que habían llevado para saludar a la muerta y que resultaron ser ofrendas para una jubilosa expresión de vida.

XVI

La gente todavía aplaudía cuando Sofía empezó a decir el segundo discurso del disco. Le salió igual de enérgico y copiado a la perfección. Durante la última frase, que la gente también conocía por haberlo escuchado en los últimos días, el público se abalanzó sobre ella, eufórico y a los gritos, Viktor y los hombres de luto lograron contenerlos y Sofía corrió al camarín, rodeada de policías. Entró y se sentó en un banco, agotada. Vio su bandera argentina con algunos jirones, en el arrebato, el público se la había roto. Tito entró en el camarín.

—Disculpame, no sé qué hice —dijo Sofía.

—Yo tampoco —dijo él—, pero es lo que vas a hacer de ahora en más. ¡Sos increíble!

Tito aplaudió. Afuera, la policía seguía frenando a la gente y el ruido crecía. Tocaron la puerta del vestuario y Tito abrió. Era

Enrique, con una enfermera de la Fundación Evita y algunos hombres de luto. La enfermera saludó a Tito con respeto, él tenía importancia entre los que colaboraban, porque era el descubridor, dueño y custodio de la joya actual. También porque había sido generoso con ellos: si bien lo hacían por la causa, Sofía había visto más de una vez a Tito entregándoles billetes de la colecta, que la mayoría de los hombres y mujeres rechazaban.

—Me mandaron para que vea a la señora —dijo la enfermera.

—Estoy bien —dijo Sofía.

—¿No te lastimaron? —preguntó Enrique.

Sofía negó. Tenía la bandera entre las manos y trataba de serenarse. Afuera, la multitud gritaba: “E-vi-ta”. La enfermera miró a Sofía y dijo:

—Señorita —empezó a llorar y trató de contenerse— ... Gracias.

—Denle algo de tomar a la gente para que no se vaya —dijo Enrique a la enfermera, ella inclinó la cabeza y salió. Tito miraba a Enrique.

—Soy del partido —explicó Enrique—. Tenemos que hablar.

Enrique les dijo a los hombres de luto que se quedaran afuera y no dieran paso a nadie. Cerró la puerta.

—Estuviste fantástica —le dijo a Sofía. Ella sonrió y bajó la mirada.

—¿Usted quién es, amigo? —dijo Tito.

Enrique se quedó mirándolo.

—Necesito su palabra de honor —dijo, mirando a los dos—, de que nada de lo que hablemos saldrá de estas paredes.

Sofía asintió, asustada. Tito preguntó qué pasaba y le pidió que hablara rápido. Enrique sacó algo del bolsillo interior de su saco y se lo mostró a Tito. Era un portadocumento con el escudo del Partido

Justicialista y adentro un carnet que decía “Policía Peronista”. Estaba firmado por Perón.

—¿Policía Peronista? —dijo Tito—. ¿Trabajás con Pantanali?

—Ellos están encargados de rastrear actividades en contra del General —dijo Enrique—. Nosotros somos una jerarquía superior.

—¿Nosotros quiénes? —preguntó Sofía.

—Yo y muchos de los que están trabajando en tu evento.

—¿Y por qué nos cuenta esto ahora? —preguntó Sofía.

Enrique guardó su carnet. Se sentó junto a ella.

—Están pensando asesinararte —dijo Enrique—. Mis agentes encubiertos tienen la tarea de protegerte.

Sofía se puso pálida. Tiró la bandera rota, se paró y fue a buscar un abrigo, porque el vestuario estaba helado.

—Explicame más —dijo Tito, con calma—. Si mentís le cuento al ruso, ya viste que no tiene problema en tirar gente por la ventana.

—Calmate un poco —dijo Enrique—, porque a vos también te estamos cuidando.

—¿De qué? Yo me sé proteger solo.

—No creas, si te encuentra la policía, te borran. A los dos. Al ruso también. Porque ustedes mataron a un comisario y a un agente.

Tito se quedó duro. Sofía miraba un *locker* vacío y les daba la espalda. De afuera venía un ruido cada vez mayor, la gente seguía gritando “E-vi-ta”, pedía que Sofía volviera.

—¿Dónde está el ucraniano? —preguntó Enrique.

—En el estadio —dijo Tito.

—Mejor, así no se entera más gente. Escuchen bien, porque no tendría que estar acá —dijo Enrique. Sofía se sentó, miraba al piso y respiraba con dificultad, abrazándose a sí misma a través

del abrigo—. Sabíamos lo que estaba pasando en Lobos, pero no le dimos mayor importancia, hasta que supimos que el comisario había desaparecido y que ustedes ya no estaban. La policía de allá está enojada, no van a tardar en encontrarlos. A vos también te buscan, nena.

Sofía empezó a llorar. Él se agachó en el piso, junto a ella, y le puso una mano en la pierna, la acarició, para tranquilizarla.

—¿Y yo qué hice?

—Legalmente sos cómplice de asesinato. Pero no sólo te buscan ellos. Hay facciones del peronismo que miran lo que hacés como una blasfemia y quieren que termine. No parecían serias sus amenazas, pero los tipos que el otro día se nos acercaron en el bar eran de un grupo que venimos siguiendo. Ya están cerca de ustedes y con ganas de liquidarte.

—¿Y por qué venís ahora a avisarnos? —preguntó Tito.

—Porque los pudimos cuidar. Pero si ya querían matarla cuando hacía de Evita muerta, haciendo de Evita resucitada van a tener más ganas —dijo Enrique—. Para los peronistas que no quieren verla, sería el final de la herejía, y para los gorilas, el gusto que el cáncer no les dejó tener. Piba —Enrique miró a Sofía—, estás haciendo historia y te vamos a apoyar, pero tenés que cuidarte.

Enrique se paró y se cerró el botón del saco.

—Una última cosa —dijo—... Ni una palabra al ruso. Creemos que está pasando información a uno de los grupos que los buscan.

—¿Qué? —dijo Sofía— ¿Viktor?

—Sí —dijo Enrique—. ¿Cómo creen que se enteraron de que iban a estar en el bar?

—¿Les avisó el ruso? Imposible —dijo Tito.

—Imposible que Evita reviva y esta piba lo hace —dijo Enrique. Golpearon la puerta, Tito miró a Enrique, que asintió. “Pase”, dijo Tito. Se abrió la puerta y entró Viktor, que frenó cuando vio a Enrique.

—Mucho gusto, Perón —dijo Enrique a Viktor, que lo miró con mala cara.

—Ah. Vos sos el del bar.

—Sí, vine a felicitarlos —dijo Enrique—. Me estaba yendo. Gracias de nuevo —dijo, miró a Sofía y a Tito y salió del vestuario.

—¿Qué hacía acá? —preguntó Viktor. Se acomodó la banda presidencial que se le había doblado en la lucha con la gente—. Ese tipo no me cae bien.

—A mí tampoco. Nos quería ofrecer un lugar para seguir —dijo Tito—. ¿Qué pasa afuera?

—La gente está loca —dijo Viktor—. ¿Qué hacemos?

Sofía miró a Tito, quería saber si le iba a decir a Viktor sobre lo que Enrique les había comentado. Pero Tito empezó a hablar sobre cómo seguir con las presentaciones. ¿Viktor? ¿Venderlos? No era ilógica la idea, al final, se trataba de un mercenario. Tito dijo que no podían suspender, había demasiado público. Después de unos minutos de charla, definieron que el tiempo del velorio había pasado, que Evita ya estaba muerta en la realidad del funeral de Buenos Aires y que a partir de ahora, Sofía actuaría con el vestido que le habían donado los del gremio textil y haría la imitación de tres discursos. Enrique y Tito salieron a organizar y dejaron a Sofía en el vestuario, para que se preparase.

En la soledad, sintió que había cometido un error al levantarse e imitarla. Pero su cuerpo se lo había pedido: los años de seguir a Evita en todos los medios posibles y de repetir el disco, muchas veces en su

casa primero, y más que nunca en los últimos días, habían resultado ser ensayos involuntarios que terminaron por imprimir en ella sus modos, esas maneras que Sofía tanto amaba y un rato antes, cuando el disco se había rayado, se agruparon en su pecho y le exigieron salir. Todo lo que tenía en sí de ella, de Evita, se había expresado hacia afuera. “No había mejor momento que éste”, pensó, “porque es cuando la gente lo necesita”. Se puso el vestido que le habían donado. Le quedaba perfecto. Llamó al hombre de luto que custodiaba en la puerta, avisando que ya estaba lista. Un grupo de policías vino a buscarla y la acompañaron hasta el estadio. Apenas se asomó, fue ovacionada un rato largo. Estaba la misma gente y más, porque en esos veinte minutos había corrido la noticia y todos querían ver la resurrección de Eva, como la estaban llamando. La mesa y el ataúd ya no estaban, le habían puesto una tarima y habían colgado otra bandera detrás. “Ya habrá tiempo de mejorarlo”, pensó.

Subió e imitó tres discursos en el mismo orden del disco. No importaba que repitiera lo que la gente ya había escuchado, lo importante era el acto, estar, moverse como ella y evocarla con su voz y su energía. Cuando quiso bajar, la gente pidió otra, como en un recital. Costaba contenerlos tras las vallas. Sofía sabía de memoria y con detalle los siete discursos del disco, así que hizo dos más. Cuando se despidió, le gritaban “E-vi-ta” y Sofía pensó que su público también hacía un acto de imitación, porque sonaba igual a la multitud del disco.

XVII

A la mañana siguiente, y con la ayuda de cinco peronistas que se convirtieron en su mano derecha, Tito organizó una agenda para visitar Adrogué, San José, San Francisco Solano y Glew en cuarenta y ocho horas, con la idea de hacer entre cuatro y cinco funciones en cada lugar. Sus muchachos, como les decía Tito, eran células de un cuerpo que funcionaba a la perfección: iban a ver posibles lugares para hacer la representación y, junto con otros peronistas locales, conseguían sillas, los equipos, y hacían la difusión, formando un circuito de organización impecable unido por el amor a una causa. Ya no podrían usar unidades básicas, porque eran pequeñas para el volumen de público que el evento empezó a manejar; iban a ir a estadios o grandes salones de actos.

La nueva dinámica también les trajo ventajas. Permitía que la representación durase menos, ya no se trataba de tener diez o doce horas a Sofía quieta y a la gente pasando a su lado, ahora era un evento único, un momento compacto que duraba veinte minutos, o un poco más si Sofía quería repetir otro discurso. Por seguridad, a Tito y a Enrique les pareció más práctico hacer entrar y salir al público entre una y otra función, para no exponer a Sofía mucho tiempo. Contaban con decenas de agentes y hombres de luto para ese trabajo. Si la gente quería repetir, debía pagar otra entrada, ya no podía dejar su dinero en cualquier momento. Además, Tito había advertido que ese sistema no era efectivo, porque algunos se iban sin dejar nada y la recaudación bajaba drásticamente.

La logística, con la buena colaboración de todos, se resolvió de una manera sencilla. Donde fueran debía haber algo más alto que una mesa, un escenario en el mejor de los casos, y un micrófono probado y con potencia si el lugar era amplio, para que todos pudieran escuchar esa voz que parecía bajar del cielo. También los lugares que oficiaran de camarín debían ser más cuidados, sin humedad, con té y agua dispuesta para proteger la garganta de Sofía, que se esforzaba con la imitación y más todavía con el clima, porque el frío no cesaba. Ya no había que trasladar el ataúd, el cuadro, la cruz; abandonaron toda la escenografía que acompañaba la ceremonia funeraria en el depósito del Club Temperley. Un grupo de carpinteros hizo una réplica del balcón de la Casa Rosada, articulado y desarmable, para llevar en la *pick-up*. El gremio de trabajadores gráficos imprimió una gigantografía de cinco metros de una multitud y otra del fondo del balcón, con Perón y sus principales dirigentes mirando al centro de la imagen, como si disfrutaran de las palabras de Sofía. Ambas

piezas se colgaban con tanzas y se enrollaban, y eran sencillas para trasladar. Viktor abandonó su rol porque no había nadie a quien consolar, se quitó la banda presidencial y se ocupó de estar abajo del escenario mientras Sofía hacía su número, custodiándola en secreto. Sofía dormía en el auto cuando Viktor la llevaba, o unas pocas horas de las noches en los hoteles, porque el nuevo formato le permitía actuar menos pero demandaba socializar más, conocer diputados o concejales que habían brindado el espacio y que a cambio querían fotos con ella, periodistas que hacían notas que servían para difundir la próxima fecha, todos recordando que lo hacían para impulsar la construcción del monumento más grande que vería la humanidad.

La tarde del miércoles 6 de agosto, en San Francisco Solano, durante una pausa antes de una segunda función, Tito buscó a Sofía en el camarín y la llevó a una oficina dentro del club en el que estaban actuando. Tenía que saludar a un concejal peronista que había gestionado el uso del lugar. La gente de la segunda tanda ya estaba en sus asientos, Sofía escuchaba los murmullos adentro, en la cancha. La idea era saludar al concejal y salir a actuar, pero mientras subía una escalera camino a la oficina, Sofía vio a través de unas ventanas que afuera, en la puerta del club, había una multitud agolpada. Frenó y se quedó mirándolos.

—¿No estaba adentro la gente? —preguntó.

—Son los que no tienen para pagar —explicó Tito.

—¿Cómo? —gritó ella, enojada.

—Que no pueden... —dijo Tito, y se sorprendió de estar asustado.

—Hacelos pasar a todos, Tito —dijo ella y siguió caminando.

—Si hacemos eso las funciones van a terminar tardísimo, hay que acomodarlos, y no vamos a poder recaudar...

—¡Dejame de joder con la recaudación! —gritó Sofía—. ¿O no juntaron plata para cinco monumentos? Todos adentro, Tito, ¿entendés? —él suspiró—. Poné más gente que ayude, no sé. Pero no quiero que uno solo quede afuera sin cumplir su deseo de ver a Evita.

—De verte a vos —dijo Tito.

—Sí, vos me entendés. Quizá hicieron un gran sacrificio para venir, así que hacete el favor...

—Está bien, calmate —dijo Tito, y miró hacia el primer piso, por encima de ellos—. Vamos, que nos espera el concejal.

Sofía, desde la escalera, seguía mirando a la gente que estaba afuera. Giró y volvió por donde habían caminado, Tito le gritó que qué pasaba, qué estaba haciendo. Sofía se acercó a la puerta principal del club, la gente la vio y gritó y lloró y le pidió entrar, la policía que custodiaba la entrada hizo una barricada para que nadie pasara. El público tenía carteles con la foto de Evita y abajo decía: "Sofía". Ella iba a saludar y sintió que le agarraban el brazo: era Tito.

—¿Qué hacés? —le susurró en el oído—. Te van a matar.

—No, me adoran —dijo Sofía y miró a uno de los agentes—. Córrase.

Un policía que frenaba a la gente le dio paso, Sofía levantó las manos y saludó a la gente, que gritó de felicidad, le tiraron flores, le rogaron que hiciera la función un día más para poder verla. Los otros policías que acordonaban el lugar hacían fuerza para que no se produjera una avalancha.

—¡Amigos! —dijo Sofía. La gente hizo silencio, “va a hablar, cállense”, gritaron varios—. Es un honor inmerecido el amor y el cariño que me tributan. Esperamos poder complacer a cada uno de los argentinos que tienen el deseo de participar de esta despedida que, siendo tan amarga, intentamos hacer más llevadera —los policías, que tenían los brazos levantados para no dejar pasar a la gente, habían girado la cabeza para ver a Sofía hablando. Ella continuó—. Les prometo que el dinero no será un impedimento y el ingreso será gratuito. A pesar de ello, quizá no lleguemos a poder encontrarnos, porque el lugar es limitado y mi energía también. Cuando termine la próxima representación, haremos una más para ustedes, así que tengan paciencia —la gente aclamó, Sofía no sabía cómo terminar, recordó los discursos de Evita y repitió—. ¡Adiós, mis queridos descamisados!

La gente seguía aclamándola. Algunos lloraban. Los policías tuvieron que ponerse más firmes, Tito agarró a Sofía del brazo, la metió adentro del club y cerró la puerta.

—¿Gratis? —dijo Tito.

—Sí, para todos ellos —dijo Sofía—. Volvé a poner la urna para recaudar, seguro que ponen lo que tienen. Y que no me entere que andás cobrando.

—¿Si no, qué? —gruñó Tito.

Sofía frenó. Apretó los puños. Le sonrió.

—Si no, te ponés una peluca y actuás vos.

Fueron hasta la oficina y Sofía saludó al concejal. Volvió e hizo la segunda representación, que fue un éxito. Salió para descansar. Terminada la siguiente, se irían del pueblo. Cuando ingresaba la gente que había sido invitada por Sofía, Tito entró al camarín y le

dijo que otra vez tenían que saludar a alguien importante. La llevó a la misma oficina, abrió la puerta y Sofía vio adentro a Enrique. Fumaba y estaba sentado encima de un escritorio.

—Después de esto te vas a dedicar a la política, ¿no? —dijo Enrique.

—No sé qué voy a hacer —dijo ella—. Volver a Lobos, supongo.

Enrique exhaló mirando a un costado, para no llenar a Sofía de humo. La miró.

—Vos no volvés más.

—Decinos qué pasa, tenemos que empezar —dijo Tito.

—Acá tu *manager* está apurado —dijo Enrique a Sofía—. Los estoy siguiendo en la gira. Estás cada vez mejor.

—Sí, te veo en primera fila —dijo ella.

—¿Cómo hacés? Ahora que hablás, estás más ocupada que cuando jugabas al velorio —dijo Enrique.

—Tenemos que volver, nos quedan cuatro funciones —insistió Tito.

Enrique se desabrochó el saco. Miró a Tito.

—Tengo una propuesta que puede interesarles. De paso, sacamos a la chica un rato del circo que armaste para cuidarla, porque las amenazas siguen.

—No hablen de mí como si no estuviera —dijo Sofía. Miró a Tito—. Esperame en el salón.

Tito la miró con furia. Enrique disfrutaba de la escena.

—Tenemos que empezar en cinco minutos —dijo Tito.

—Si no llego, tendrán que esperar —dijo ella—. Es una función gratis, seguro que pueden aguantar.

—No lo digo por eso, lo digo porque nos tenemos que ir —dijo Tito. Sofía no habló, ni le bajó la mirada. Tito miró a Enrique, resignado—. Cualquier cambio lo hablás conmigo, porque yo soy el que tiene clara la agenda.

Tito salió y cerró la puerta. Enrique le sonrió a Sofía y la invitó a sentarse.

—No tengo mucho tiempo —dijo ella—, quiero repasar los discursos.

—Qué profesional —dijo Enrique—. Tenemos un trabajo para vos, que también sería una ayuda para nosotros. Mañana va a haber un congreso del partido, en Exaltación de la Cruz, cerca de Capilla del Señor. Es para pensar la línea de acción que seguiremos los peronistas.

—¿Y por qué no esperan que termine el funeral?

—Porque los gorilas no descansan —dijo Enrique—. Están aprovechando esto que nos tiene ocupados. Saben que con Evita se murió la mitad del peronismo, quizá la parte más importante, el corazón, porque el General es el cerebro, pero ella era el sentimiento, el alma del movimiento. Están reclutando adeptos, comprando políticos que quieren cambiarse de bando porque piensan que el peronismo se muere, y parece que están planeando otro golpe, como el que quisieron hacernos el año pasado. Tenemos que movernos rápido.

—¿Y yo qué puedo hacer?

—Venir conmigo a la reunión, por dos motivos. El primero es que nos gustaría usar tu cara para sacar un molde y hacer bustos e imágenes de Eva. No podemos usar el cuerpo de ella, habría que interrumpir el funeral y además la fisionomía le cambió mucho, por la enfermedad.

—Sí, estaba muy flaquita al final.

—Podríamos encargárselo a un artista para que lo haga desde una foto, pero llevaría más tiempo, y con tu hermosa cara, tan parecida a la de ella, podemos tenerlo rápido...

—¿Y eso para qué? —preguntó Sofía. Enrique sonrió.

—¿Te acabo de decir que tenés una hermosa cara y no me decís nada?

Sofía sonrió.

—Gracias —dijo y lo miró fijo, simulando que el sentirse halagada no le había hecho mella—. Me hacés perder el tiempo. ¿Para qué quieren las imágenes?

—Para distribuir en el país y dar soporte a todos los homenajes, junto con afiches y discos como el que estás usando. Es para apoyar su memoria, un contraataque a los gorilas que buscan la desaparición de su recuerdo. El otro motivo es porque al mediodía queremos que hagas la imitación en un evento cerrado, para la gente del partido. Sería ahí mismo, en la iglesia. Todo nos llevaría veinticuatro horas. Te vamos a pagar bien.

—Me conocés, sabés que eso no importa.

—No, no te conozco —dijo Enrique—. Y sí que importa el pago. Pero como vos quieras. Eso sí, no le podés contar a Tito, porque él va a querer una parte. Ni tampoco al ruso. A ése lo estamos vigilando todavía. ¿No viste nada sospechoso estos días?

—Lo veo menos, ya no es más Perón —dijo Sofía—. Está bien. Vamos y volvemos al otro día. Ese dinero que quieren darme, ¿podrías mandárselo a mi padre?

—Por supuesto —dijo Enrique y se paró, le dio la mano y se acercó a ella—. Lo de mañana será una inyección de energía para

todo el partido, que necesita mitigar la angustia. Te doy las gracias adelantadas, en nombre de todos.

Cuando salieron de la oficina, Tito esperaba fumando a un costado. Enrique le comentó que al otro día iba a pasar a buscarla a las 6:00 de la mañana y se la iba a llevar por un día, que avisara a los gremios o a quien correspondiera, para los cambios de agenda. Tito preguntó a dónde iban y para qué, Sofía le dijo que no se metiera. Después preguntó si había dejado entrar a la gente que no podía comprar la entrada y Tito le dijo que sí, pero que se apurase porque la muchedumbre estaba ansiosa.

Ahora que la hacía viva, los del gremio textil le regalaron más vestidos idénticos a los que usaba Evita. Sofía terminaba de guardarlos en la valija, porque quería llevarlos todos para que Enrique eligiera con ella cuál usar en la ceremonia del día siguiente, cuando le golpearon la puerta de la habitación. Era la chica que hacía la limpieza a la mañana, la había ido a ver y quería saludarla. “Soy Celia”, dijo y pidió perdón casi llorando por molestarla, Sofía pensó que se notaba que tenía un origen muy humilde. Conmovida, la hizo pasar. Conversaron sobre el tremendo frío que hacía y Sofía le regaló un pulóver que ya no usaba. Cuando Celia se fue, Sofía levantó el teléfono y pidió, vía operadora, hablar con el padre. La atendió Esteban, le dijo que Lorenzo ya dormía y estaba bien, había armado una carpeta con recortes de diarios y revistas que mencionaban a Sofía, y se quejaba de no tener manera de grabar la radio cuando hablaban de ella. Había tenido unos mareos leves, pero nada grave. El doctor

lo había encontrado bien en su chequeo semanal. Sofía le contó su periplo y, aunque Esteban era ajeno a la familia y estaba lejos, ella lo sentía un amigo. Le describió la batalla del bar, a Viktor bailando con *jazz* de fondo, a Enrique defendiéndola y lo que se venía al día siguiente, que la tenía nerviosa.

—¡Seguro va a estar Perón! —dijo Esteban.

—No, está en la capital —dijo Sofía—. ¿Viste su cara en las fotos de los diarios?

—Sí, pobrecito. Pero ¿quién te dice? Capaz te va a ver. Si yo fuera él, me darían ganas de ver la reencarnación de mi mujer.

—Qué exagerado.

Rieron los dos. Tocaron la puerta de la habitación otra vez. Cuando Sofía preguntó quién era, se escuchó un “Viktor” del otro lado de la puerta. Sofía se despidió de Esteban, colgó el teléfono y abrió la puerta. Viktor parecía cansado.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. Estaba por irme a dormir.

—Tito me contó que mañana te vas con Enrique.

—Sí. Voy a compartir la plata con ustedes, obvio.

—Eso no me importa —dijo Viktor y dio un paso para entrar, pero Sofía no abrió la puerta. Viktor frenó y la miró—. No es buen hombre.

—Lo importante es apoyar al General y honrar la memoria de Eva.

—Éste no honra nada, te está usando.

—¿Y vos no? —Viktor iba a hablar, Sofía siguió, acelerada y enojándose a medida que hablaba—. ¿Y Tito? ¿Tampoco me usa? ¿Todos lo hacen por el bien? Dejame de joder, Viktor. Empecé metida en un cajón, ahora me paré y hablo con todo el mundo. Si fuera por Tito, desde la primera vez me pone en un cuarto y ofrece

“Una noche con Evita”. ¿Así que ahora Enrique es malo? ¿Y vos sos bueno? ¿Que llevás a mi papá de putas? —Viktor bajó la mirada—. Andá a dormir, que mañana tenés el día libre, porque yo no estoy y a nadie le interesa verte de Perón.

—Dejame acompañarte, ¿o no te dejan?

—¡Yo hago lo que se me canta! —gritó Sofía—. Y no quiero ir con vos. Ni con nadie. Hasta el viernes.

Viktor no dejó de mirarla cuando Sofía le cerró la puerta.

XVIII

A las 5:30 de la mañana sonó el teléfono de la habitación de Sofía, era el encargado del hotel para avisarle que un auto la esperaba abajo. Se preparó y bajó a las 6:00 en punto. Enrique fumaba, apoyado contra un hermoso Mercedes Benz azul, largo, tenía el motor en marcha y las luces encendidas. “Digno de una reina como vos”, dijo él, tiró el cigarrillo al piso y lo apagó con un pisotón. Agarró la valija de Sofía y la guardó en el baúl. Le abrió la puerta del acompañante y ella, dándole la mano, subió. Hacía frío y todavía era de noche, pero Sofía ya se sentía muy despierta, enérgica y entusiasmada. Tocó los detalles de nácar en la guantera, con el logo de la marca, que siempre le había gustado. Enrique subió y arrancó.

—Es un viaje de dos horas, calculo que llegamos con la luz del día —dijo él.

—Me gusta viajar de noche.

Enrique le preguntó si quería encender la radio, aunque lo más probable era que hubiese música sacra o comentarios sobre el funeral. Sofía dijo que no, que mejor conversaran. La ruta estaba desierta, oscura y silenciosa, sólo se escuchaba el ruido del auto sobre el asfalto y el motor, suave y a toda marcha. Enrique le preguntó a Sofía por su vida en Lobos, ella le contó desde más atrás: la estaba en la capital, sus ganas de volver a ver las luces de la calle Corrientes, las horas interminables de coser y escuchar el disco que terminó sirviendo para lo que hoy hacía, la atención permanente, amorosa y agotadora hacia su padre y el detalle milagroso de la bala que casi lo mata, hoy convertido en un problema que requería una solución y que este periplo agotador haciendo de Evita podría solucionar definitivamente.

—Pero la plata para eso ya la tenés, ¿no?

—Sí, pero me gustaría no trabajar más de modista, y seguro que mi papá va a necesitar cuidados una vez operado, aunque empiece a caminar mejor.

—Lo que querés es una jubilación temprana —dijo Enrique—. Está muy bien. Cuando termine todo, voy a estar igual de ocupado, porque los gorilas de adentro y los buitres de afuera no dan tregua. Pero contá conmigo para lo que necesites. A tu padre le podemos dar el mejor tratamiento que haya en Argentina, y contactar embajadas en el exterior si hay que llevarlo afuera, lo que sea necesario para que esa carga se te alivie.

Sofía le agradeció. Enrique le preguntó qué haría si pudiese vivir en Buenos Aires, con su padre, curado y atendido. Ella dijo que no sabía bien. Algo relacionado con el arte. Actriz, quizá. O escribir notas para el diario. A lo mejor no viviría con su padre, si existiera

un lugar donde pudiera dejarlo una vez que estuviera tranquila de que él tendría todo lo necesario para estar bien. Él dijo que todo eso podría arreglarse y Sofía sintió una paz inédita. Siempre la habían ayudado, “pero nunca como Enrique”, pensó. Ella miró con atención su perfil, el bigote cortado prolijo, los ojos verdes, el aire sereno de quien ha estado en grandes batallas y sobrevivió para contarlas. En eso se parecía a Viktor. “Pero el ucraniano no tiene modales”, pensó Sofía. Era capaz de emborracharse, comer como un condenado a muerte en su última cena, bailar y eructar y pegar y tirar a la gente por la ventana, todo en el lapso de cinco minutos. En cambio, Enrique era un *caballero*. Dijo que no iba a hablar más, y le preguntó a él por su vida.

—Te imaginarás —dijo Enrique—, que no puedo contar mucho.

—Cierto, es todo secreto.

—Bueno, no todo —Enrique dejó una mano en el volante y con la otra sacó los cigarrillos del saco—. ¿Te molesta si fumo?

—Qué considerado. No, no me molesta.

Enrique sacó del bolsillo del traje un paquete de Particulares, tomó un cigarrillo y se lo puso en la boca. Después sacó un pequeño rectángulo metálico, algo que Sofía no reconoció. Era un encendedor. Él lo sostuvo en la mano, con el dedo pulgar abrió la tapa y lo encendió. Ella lo miraba intrigada.

—Se llama Zippo —dijo Enrique, pitó su cigarrillo para que tomara el fuego y le bajó la tapa al encendedor con un movimiento preciso. Se lo alcanzó a Sofía—. Si me lo ven me rajan, porque es de Estados Unidos. Pero el grabado se lo mandé a hacer yo —Sofía vio que de un lado el encendedor tenía grabada la firma de Perón y del otro lado la leyenda “Justos. Libres. Soberanos”—. Es lo único que

tengo del capitalismo foráneo. La verdad es que están bien hechos y aguantan. Mirá... —Enrique bajó la ventanilla y entró un viento fuerte y frío, agarró el encendedor, lo prendió y lo sacó, estirando el brazo sobre la ruta, la mecha vibraba y hacía un leve ruido al chocar contra el aire que la golpeaba, pero no se apagó—. Así de fuerte es el peronismo, Sofía. Lo pueden atacar duro, se puede morir una de sus líderes principales, pero no tienen cómo apagarlo —cerró el encendedor, se lo guardó y subió la ventanilla—. Vos también sos así, una gran luchadora.

Sofía sonrió.

—¿Entonces? —preguntó ella—. ¿Qué me podés contar, además de que tenés un encendedor vendepatrias?

—Yo era policía, como tu papá —dijo él—. Hice una buena carrera, estaba por llegar a ser comisario. Pero más subía y más porquería veía. Así que me cansé y renuncié. Fue en el 46, cuando ganó Perón y me vino a buscar uno de los Veinte, que yo conocía de antes.

—¿Los qué?

—El Grupo de los Veinte. Son las personas más cercanas a Perón. Después del intento de bajarlo el año pasado, quedaron diecisiete, porque tres estaban complotando.

—¿Y con éstos qué pasó?

—Los querían fusilar, pero el General los mandó a la cárcel. Yo los hubiera colgado sin problema —dijo él—. Uno de éstos me conocía y me llevó hasta Perón, que quería armar una policía especial... Y acá estamos —Enrique pitó y exhaló, el interior del auto se llenaba de humo. A Sofía le gustaba cuando Enrique pitaba, porque cerraba los párpados y fruncía el ceño, como si el acto de inhalar

necesitara de toda la cara—. Siempre digo que soy un cazador en la selva, busco gorilas y los capturo.

—¿Y tenés familia?

—Sí, todos los peronistas —dijo Enrique—. Hoy vas a conocer a muchos —Sofía lo miraba—. Una vez estuve casado, fue hace tanto que ni me acuerdo.

Enrique prendió la radio. Movi6 el dial y lleg6 a una se1al donde dos hombres hablaban, saludaban a “los peronistas que empezaban el d1a temprano”. Era una emisi6n especial con comentarios sobre el funeral, narraban qu6 hab1a pasado el d1a anterior, qu6 gremios lo hab1an visitado, cu1anta gente —que era cada vez m1s— rodeaba las manzanas cercanas a la Plaza de Mayo, en una fila que llegaba a los cinco kil6metros. Cuando empezaron a pasar m1sica sacra, Enrique apag6. Anduvieron un rato en silencio, Sof1a se acomod6 y apoy6 la cabeza en su asiento.

—Si quer6s, dorm1, no me molesta.

—No —dijo Sof1a—. Me gusta hablar con vos —bostez6.

Rieron.

—S1, claro —dijo Enrique. Fren6 el auto en el medio de la ruta. Baj6 la ventanilla y tir6 el cigarrillo. Se quit6 el saco y se lo puso encima a Sof1a—. Dorm1, que hoy ten6s la funci6n de tu vida.

Sof1a se acomod6 en el asiento, estaba c6moda, tibia en el interior del Mercedes Benz, cuyo largo le permit1a estirar las piernas. Volvi6 a examinar el perfil de Enrique. Pens6 que este hombre le gustaba. Se durmi6.

Abrió los ojos y vio el horizonte clareando. Sintió frío, aunque tenía su tapado y el saco de Enrique encima. Él llevaba la camisa arremangada. Sofía lo miró.

—Buen día —dijo Enrique.

—Hola —Sofía se sentó derecha, miró hacia afuera, pasó la mano por el vidrio empañado—. ¿Cuánto dormí?

—Hora y media, más o menos. Ya llegamos.

Enrique sacó el auto de la autopista y se metió por otro camino. Anduvo unos diez minutos más, entre las calles de un pueblo que a Sofía, igual que los otros, le hizo recordar Lobos. Todos tenían la misma estructura, como si los hubiera diseñado la misma persona. Enrique frenó ante un gran edificio.

—Ésta es la Municipalidad, acá vamos a parar —dijo—. Descansá y comé, que más tarde vienen a tomar el molde de tu cara. Allá enfrente va a ser el número —señaló una iglesia cruzando la plaza—, cerca de las 12:30. Después venimos con todos los del partido para almorzar juntos.

Se abrieron las puertas del Municipio, enormes, y dos hombres de luto con anteojos negros se acercaron al auto. Tenían un porte distinto a los que habían ayudado en la representación, más concentrados, más marciales.

—Éstos son mis soldados —dijo Enrique—. Te van a cuidar.

Enrique bajó y habló con ellos. Uno de los hombres volvió a la Municipalidad y el otro al auto con Enrique, éste le abrió la puerta a Sofía para que saliese. El hombre saludó a Sofía con un gesto, se metió en el auto y se lo llevó.

—Vení, ya te prepararon todo —dijo Enrique.

Sofía entró al Palacio Municipal. Había otro hombre en un pequeño *hall* de recepción, que también la saludó. Detrás de él, dos largas puertas de madera con vidrio. Enrique las abrió y Sofía vio, adelante, el inmenso *hall* principal en cuyo centro estaba el comienzo de una escalera y en sus esquinas había dos bustos dorados, uno de Perón y otro de Evita. El de ella tenía una corona al pie. Había placas de bronce por toda la pared, que recordaban fechas o celebraban homenajes. Adentro, largas mesas armadas con tablas, hombres sentados o parados, todos con camisa blanca, corbata negra y cinta de luto sobre la camisa, iban y venían, hablaban por teléfono o entre ellos, llevaban y traían carpetas, se gritaban recordatorios y pedidos. También había mujeres. Más silenciosas y quietas, organizaban papeles, escuchaban órdenes, tipeaban en máquinas de escribir o servían café. Fue una de ellas la primera que reparó en la entrada de Sofía. Dejó la carpeta que sostenía en una mesa y se acercó a ella.

—Señora... —dijo. Empezó a llorar. Sofía le apoyó una mano en el hombro.

—Tranquila —dijo Sofía—, no pasa nada. Un gusto, yo soy...

No pudo terminar de hablar, porque la mujer explotó en llanto y el ruido hizo eco en el *hall*, agarró la mano de Sofía y la besó. Se acercaron otras mujeres. Los hombres aplaudían. Enrique le pidió a la mujer que lloraba que les dejara el paso, la mujer se recompuso y pidió perdón, más hombres y mujeres salieron de los despachos y ahora ya todos aplaudían. Subieron al primer piso, Sofía iba saludando a medida que caminaba. Todos le gritaban que cualquier cosa que ella necesitara les avisara, que estaban a sus órdenes, para servirle. En el primer piso, Enrique abrió una puerta de madera larga y antigua y Sofía se encontró ante un despacho de lujo, con muebles

antiguos, sillones que le parecieron muy cómodos, una biblioteca inmensa y un espejo que cubría toda la pared.

—Es el despacho del intendente —dijo Enrique—, te lo cedió para que lo uses.

Enrique cerró y apoyó la valija en un sillón. Miró a Sofía unos segundos, la tomó de la mano, la atrajo hacia él y la besó. Sofía cerró los ojos y se dejó besar, relajada. Enrique la abrazó.

—Estoy contenta de estar haciendo esto —dijo Sofía, despacio, al oído de Enrique, que la abrazó más fuerte—. Y de haberte conocido.

Se quedaron unos segundos quietos. Golpearon la puerta y no rompieron la posición, rieron, él la besó y fue a abrir. Eran dos hombres, usaban delantales azules y tenían valijas.

—Señor, disculpe —dijo uno que tenía anteojos redondos y el pelo tirado hacia atrás, con mucha gomina—. Somos los artesanos.

Enrique los hizo pasar. Los hombres desplegaron sobre la mesa unas tiras de venda enyesada, frascos, tijeras y un bol con agua. Distribuyeron papel de diario en el piso y pusieron encima una silla, donde sentaron a Sofía.

—Vamos a sacar el molde —dijo uno, amable y con tono de disculpas por lo que iba a implicar el proceso—. Taparemos su cara durante una hora, aproximadamente. No verá nada, ni podrá hablar.

“Está bien”, dijo Sofía. Enrique le dijo que volvía en un rato. Uno de los hombres le puso a Sofía una cofia para protegerle el pelo y le aplicó vaselina en la cara, el otro, sobre el escritorio, cortó las tiras de venda enyesada. Cuando terminó le dijo a Sofía que cerrase los ojos, para empezar.

Le llenaron la cara de tiras hasta cubrirla toda; Sofía sentía el calor de la vaselina y la venda, y veía un color blanco a través de los párpados. Los hombres no se dirigieron una palabra en todo el proceso. Cuando terminaron, uno dijo “andá a avisar”, se abrió y se cerró la puerta. Volvió Enrique y le dijo a Sofía que, mientras esperaban que el molde se secara, una mujer iba a hacerle las manos, para que estuviera todavía más hermosa en la función del mediodía. Los hombres dijeron que volvían en una hora, otra vez la puerta se cerró y se abrió, una mujer saludó a Sofía, le dijo que la iba a arreglar. Se sentó en un banquito junto a ella, desplegó en una mesita esmaltes y cosas y empezó a hacerle las manos en silencio. Enrique le dijo a Sofía que salía un rato, la puerta se abrió y se cerró otra vez, Sofía sentía todos los sonidos muy nítidos y pensó que la quietud y la ceguera obligadas, como en el ataúd, le despertaban el oído. Cuando se quedaron solas, la mujer habló:

—La verdad, señora —dijo, mientras le limaba las uñas de la mano izquierda—. Es hermoso lo que usted está haciendo por el partido. Desde que Eva, Dios la tenga en la gloria, nos dio el voto, ninguna mujer fue tan importante para el peronismo.

Sofía quiso sonreír y agradecer, pero la máscara se lo impedía. La mujer siguió hablando de lo que el pueblo estaba sufriendo, de cómo ella misma había querido ir a Buenos Aires pero le pareció mejor quedarse y ayudar a Enrique y la causa, de todo lo que Evita le había dado a ella y a la Argentina. Sofía volvió a relajar el cuerpo como se había enseñado a hacerlo en el cajón. No podía hablar ni pestañear, y no quería moverse. “Es una sensación parecida a flotar”, pensó. Dejó de escuchar a la mujer, como si se elevara diez metros en el aire y sólo quedara un murmullo debajo de ella, a pesar de que

la mujer estaba a su lado y seguía hablando sin parar como un loro, hilvanando una idea tras otra, mezclando frases del peronismo con personajes históricos, eventos de su familia y del país. La puerta se abrió: eran los artesanos.

—Quédese quieta que vamos a retirar la máscara.

Sofía sintió dedos tocando el borde del yeso, levantaron el molde y a cada centímetro la luz se hacía más intensa para ella. Cuando le sacaron toda la máscara, Sofía todavía sentía como si la tuviera puesta, tenía la cara pesada, dura y un poco pegajosa. “Listo”, dijo uno de ellos. Sofía se sacó los apósitos sobre los ojos y se tapó con la mano, porque la hería la luz. El hombre de anteojos sostenía la máscara y la miraba admirado, era una copia brillante y exacta de las facciones de Sofía.

—Parezco muerta —dijo ella.

—No importa —dijo el hombre—, es un molde base, con esto podremos hacer otras con gestos y darle vida.

—¿Ya está? —preguntó Enrique, que había entrado. El hombre levantó el molde y se lo mostró—. Perfecto. Si no necesita más nada, déjenos que hay que preparar a la señora.

Sofía se lavó la cara, los hombres levantaron sus cosas y salieron. Unos minutos después entraron seis mujeres con cajas de zapatos, vestidos, maquillaje y una pequeña valija de elementos de peluquería. Una de ellas, que parecía muy seria, había entrado con una carpeta. También entró un hombre alto con una cámara de fotos. Todos hablaban con Enrique, que les daba órdenes y los organizaba. En el medio del ruido él le explicó a Sofía que quería tener recuerdos de este evento, por eso las fotos mientras ella iba y venía del baño con un vestido nuevo y entre todos aprobaban o proponían sugerencias.

La ropa era de mejor calidad que la que ella venía usando, habían llamado a los mismos diseñadores de Eva, que con gusto habían colaborado. Cuando se decidieron por uno para el acto lo dejaron a un costado y volvieron a sentar a Sofía y la maquillaron y peinaron, ella repasó la letra de sus discursos con la mujer que tenía la carpeta. Enrique le daba órdenes a todos, incluida Sofía. Pero cuando podían cruzar sus miradas en el vértigo de actividad sin que nadie los viera, porque todos estaban absortos en sus tareas, Sofía y Enrique se mostraban con los ojos la nueva chispa que habían encendido, el recordatorio de su pequeña escena de amor y las ganas de volver a abrazarse, la promesa de que apenas pudieran volverían a repetir ese beso y más.

Una de las maquilladoras dijo “creo que ya está”. Sofía se paró y caminó al enorme espejo. Se miró de un costado y del otro. El fotógrafo disparó una docena de flashes. Las mujeres aplaudieron, Sofía saludó como Evita y aplaudieron más fuerte. Una se le fue encima y la abrazó, después otra, algunas reían y lloraban. “No me toquen, que me despeinan”, dijo Sofía. Golpearon la puerta y Enrique abrió. Era un hombre de luto, que le habló al oído. Enrique dijo que ya tenían que cruzar, despidió a las mujeres y les ordenó que fueran a la iglesia. Ellas y el fotógrafo salieron conversando, felices y ruidosos, todos sentían el orgullo de haber contribuido a la construcción de una réplica bellísima y exacta. Sofía se quedó sola con Enrique, en la habitación. Cuando él cerró la puerta, el silencio contrastó con el ruido que había unos segundos antes.

—Estás hermosa —dijo Enrique. Se acercó. Le acarició la cara. La besó despacio—. Quiero darte algo —dijo y metió la mano en el bolsillo interno de su saco. Sacó un portalápices con el logo de la

marca grabado: Parker—. Espero que la disfrutes. El grabado lo hizo un artesano del partido.

Sofía lo miraba con felicidad. Abrió su regalo, la lapicera era de nácar color negro y brillaba; tenía la firma de Eva grabada en el costado y un diminuto escudo justicialista incrustado en el capuchón. Sofía la destapó y la pluma brilló entre ellos. “Es muy linda”, le dijo. Volvió a tapar la lapicera, dejó todo en la mesa y se tiró a los brazos de Enrique, riéndose. Se besaron. “Cuidado que me corrés el maquillaje”, dijo ella. “Vamos, que tenemos que mostrarte a todos”, dijo él.

Salieron y bajaron por la escalera. En el *hall*, unos veinte hombres de luto, con anteojos de sol, custodiaban la puerta. Uno habló, Sofía creyó que se dirigía a ella, pero no, hablaba con un aparato parecido a un teléfono, grande, y decía “la señora ya está en camino”. Sofía vio, bajo los trajes, que estos hombres de luto portaban armas. Se pegó a Enrique.

Dos hombres abrieron las puertas, miraron a los costados y les hicieron una seña para salir; Sofía era casi empujada por Enrique, que la tenía agarrada del brazo. Salió rodeada por cinco hombres de luto hasta el auto, que ya estaba en marcha y con el conductor dentro. En la plaza, enfrente, ahora había mucha gente que gritaba y cantaba, se mezclaban su nombre y el de Evita en un canto ininteligible: “Sofita”. Sofía y Enrique subieron al asiento de atrás, uno de los hombres cerró la puerta y el resto de los casi veinte hombres de luto rodeó al auto. Arrancaron despacio.

—¿No vamos allá enfrente? —preguntó ella, Enrique asintió—.
¿Y por qué en auto?

—Para que no te vean —dijo Enrique—, y porque es más seguro.

El coche andaba lento y los hombres que lo rodeaban lo acompañaban con una caminata rápida. Doblaron en una esquina y en otra, haciendo las dos cuadras que separaban el Municipio de la iglesia.

—Podríamos haber caminado —dijo ella, Enrique sonrió—, es un lindo día.

—Las estrellas no caminan —le dijo.

Frenaron en la puerta de la iglesia, en cuyo frente Sofía vio una gran cantidad de banderas pintadas a mano, “Fracción Peronismo Bonaerense V”, “Peronismo Autóctono”, “Central Evita Gladiadora”, entre muchas otras, varias con dibujos de Perón y Evita, de un descamisado arquetípico portando la bandera argentina, de San Martín, de Belgrano, de otros que Sofía no tenía idea quiénes eran, del Plan Quinquenal, de decenas de gremios.

—Todos son parte del movimiento, por eso los invitamos —dijo Enrique—. Voy a ver si está todo bien y vuelvo.

Enrique bajó, habló con uno de los hombres de luto y ése, junto con otros, entraron a la iglesia. El resto se acercó al auto y lo rodeó, dándole la espalda a Sofía y tapándole la vista hacia afuera.

En la plaza crecían los gritos. Sofía repasó el primer discurso. A veces se le escapaba un susurro, un movimiento de labios cuando repetía una parte.

—Señora, disculpe —dijo el chofer, con un respeto que a Sofía la conmovió. El hombre se sacó los anteojos de sol, giró y miró a Sofía. Parecía de unos sesenta años y tenía los ojos azules, muy claros. Miró hacia el lado por el que Enrique se había ido, bajó la voz para

que no lo escucharan los hombres pegados al auto—. Quisiera pedirle un favor, si es tan amable.

—No dé más vueltas, vamos —dijo ella, alegre.

El chofer abrió la guantera, revolvió papeles, sacó uno doblado y se lo alcanzó a Sofía. Era una foto de él con Evita. Ella estaba luminosa y con buen semblante, debía de ser del 47 o 48, cuando la enfermedad era inimaginable. El chofer metió la mano en el costado del saco y Sofía recordó las armas, se echó hacia atrás, pensó que él estaba furioso por la imitación que ella hacía, que le estaba mostrando la foto para confirmarle lo que ella siempre supo: que no se parecía en nada.

—Espere, por favor —dijo Sofía, temerosa, sospechó que él era parte del complot del que la había advertido Enrique—. Lo que hago es un homenaje, no es una burla...

El chofer, que nunca registró el miedo de Sofía, sacó una lapicera del bolsillo.

—No hay nada que disculpar —dijo él—. El día que nos sacamos la foto, la Señora me dijo que se la alcanzara si quería su firma, pero se me murió antes. ¿No me la firmaría usted? Me llamo Darío.

Sofía miró la foto. Se recordó a ella misma, las primeras veces que vio y escuchó a Evita, esa sensación de estar frente a una persona divina, con una misión destinada a cambiar la historia del mundo, porque llevaría a la Argentina y a la mujer a un lugar nunca antes ocupado, al verdadero sitio que les correspondía.

—Era linda, ¿no? —dijo Darío.

—Muy —dijo ella. Sofía tomó la lapicera que el chofer le había extendido, y escribió sobre la foto: “Para Darío, con todo mi cariño peronista”. Él miraba contento la foto, llenándose de palabras.

—Apúrese, que van a venir a buscarla y si me ven me retan —dijo Darío.

Sofía dudó un segundo. Después firmó abajo, bien claro: “Evita”. No le costó hacerla porque la conocía bien. Así como había escuchado mil veces el discurso y reproducía cada inflexión de su voz, había visto la firma de Eva en medios gráficos, en artículos que había recortado, y no le costó simular el trazo, la “E” inicial larga y redonda, las líneas doblándose a la derecha. Sintió el gusto de un trabajo artístico impecable, y del bien que le hacía a este hombre emocionado. Darío guardó todo en la guantera y justo golpearon el vidrio de la ventanilla de Sofía. Era Enrique. Abrió la puerta y dijo:

—Vamos, te están esperando.

Le dio la mano y ella bajó. Hubo una ovación en la plaza. Un grupo de los hombres de luto le daban la espalda y controlaban a la gente, otros armaron un camino en la escalinata hasta la puerta de la iglesia, otros rodeaban a Sofía. A ella le pareció que los hombres de luto se multiplicaban, como si fueran fabricados por una máquina. La gente seguía gritando. Sofía frenó. “Vamos”, dijo él. “Quiero saludar”, dijo ella.

—Señor —dijo un hombre de luto—, tenemos que entrar, es peligroso.

—Callate vos —dijo Sofía al hombre—. Ábranse un poco.

Enrique miró a los hombres que los rodeaban, les dijo que se detuvieran y le hicieran espacio a Sofía. Ellos dieron unos pasos hacia atrás, Sofía quedó expuesta en la escalinata de la iglesia. Miró a la gente, levantó el brazo y agitó la mano y la multitud explotó en una masa de ruidos furiosos, súplicas para entrar y verla, tocarla. Sofía vio fotos que no supo si eran de ella o de Evita. Enrique le

dijo al oído “entremos”, ella tiró un beso a la gente y el pecho del hombre de luto a su lado recibió un disparo, otro estalló contra la puerta de la iglesia e hizo saltar astillas de la madera. La gente gritó y empezó a correr, uno de los hombres de luto fue sobre Sofía para protegerla, otros dos sacaron a Enrique, el tercer disparo cayó en el mármol de la escalinata cuando ya Sofía estaba cubierta por cinco hombres que la habían tirado al suelo. Enrique gritó a los que acordaban la entrada a la iglesia que no se movieran, ordenó a los que Sofía tenía encima que la llevaran adentro y al resto que saliera a buscar a los gorilas hijos de mil putas. La multitud se dispersó, los hombres de luto metieron a Sofía en la iglesia y la llevaron hasta la oficina parroquial. Escuchó gritos, de la iglesia salía gente para ver qué pasaba y los hombres de luto les pedían a todos que volvieran adentro. Cuatro hombres de luto, dos agarrando cada hoja, cerraron la gran puerta de la parroquia.

XIX

En la oficina parroquial le dieron un vaso de agua a Sofía. Enrique buscó un doctor en el público y encontró a uno que la revisó apenas, ella estaba bien, salvo un leve raspón en la pierna, que se había hecho cuando los hombres de luto la tiraron al piso. También tenía algunas arrugas en el vestido. Sofía tomó el agua y se paró.

—Señor —dijo uno de los hombres de luto—, es más seguro que vuelva a la Municipalidad.

—No voy a permitir que un grupo de monitos armados nos arruine el homenaje —dijo ella y miró a Enrique.

Él les pidió a todos que salieran. Le preguntó si estaba segura de continuar. Sofía dijo que sí. Enrique señaló una puerta en la oficina y le dijo que daba directo a la iglesia, le pidió que le diera unos minutos para ordenar a la gente y que saliera por ahí. Besó a Sofía

en la mejilla, le dijo que iba a estar en primera fila mirándola y disfrutándola, y salió.

Sofía esperó un momento y abrió un poco la puerta para ver adentro de la iglesia. Vio a Enrique parado delante de la gente, pedía disculpas, les contaba lo sucedido y lo que Sofía había dicho: que esto había que hacerlo para no darle el gusto a los gorilas. Cuando terminó su introducción hubo aplausos, y después se hizo un silencio sepulcral. Sofía sintió que el corazón le latía con fuerza. Respiró profundo y entró a la iglesia. Caminó por el pasillo, entre los bancos, repletos de gente. Sus pasos retumbaron. En el altar habían puesto un pequeño escenario, donde la esperaba el cura, que tenía unos cuarenta años. Vestía una túnica verde y una estola púrpura, con dos cruces de color dorado en las puntas. Sonreía. Le dio la mano a Sofía para ayudarla a subir. Ella miró de frente al público y vio que arriba había otro piso, también lleno de gente. Habían colgado una bandera con la cara de Eva y una de la CGT.

—Compañeros —dijo el cura, muy tranquilo. Su voz era finita, pero se escuchó en toda la iglesia. Sofía se dio cuenta de que no habían puesto micrófono—. Como Cristo antes de la crucifixión, estamos en la prueba más dura que al General y a la nación les fue dado atravesar. También, como Él, hoy vamos a resucitar. Dicen, hermanos, que el peronismo no se lleva bien con la Iglesia, pero yo, que estoy al frente de esta casa parroquial desde hace diez años, doy fe de que el peronismo es la bendición más grande que ha caído sobre la patria. Por eso hoy hemos elegido un lugar sagrado para juntarnos a pensar. Celebremos, para que este acto nos recuerde que somos una fraternidad en busca de la patria justa, libre y soberana, y no individuos desperdigados sin unión ni causa, ovejas sueltas de un rebaño

diezmado. Y aunque hoy, amados míos, todos somos más peronistas que nunca, es un honor presentarles a una persona que, en este momento, es el exponente más firme del movimiento. Su arribo es nuestro milagro, ella es una enviada divina que nos ganamos por el amor a la causa que defendemos.

Se acercó a Sofía y en voz baja le preguntó al oído:

—¿Cómo se llama, hermana? —Sofía contestó: “presénteme como Eva, para que no se rompa la magia”. El hombre asintió, sonriéndole cómplice. Volvió a mirar al público—. Con ustedes, amigos, un regalo de nuestro Señor. Un mensaje de nuestra Gran Compañera, Evita.

Quizá por el nervio del atentado reciente, o por el sentido de lo sagrado que imponía el lugar, no hubo aplausos ni hurras. Sofía saludó al cura, él la besó en la mejilla, bajó de la tarima y se sentó en un banco. Cuando se hizo el silencio, Sofía cerró los ojos, se tapó la cara con las manos y respiró profundo. Escuchó comentarios. Uno pensó que se sentía mal. Cuando sacó las manos reveló un ceño duro, un gesto de enojo profundo. Era como si se hubiese puesto una máscara.

—¡Compañeros! —exclamó.

En la extraña acústica del recinto, la voz sonó idéntica a la de Evita y retumbó. Se escucharon “oh”, “increíble”, “es ella”. Sofía frenó, con el puño en alto. Respiraba profundo. Repitió:

—¡Compañeros!

Y otra vez frenó, con la cara apretada en un gesto de rabia, quieta, el pecho resoplando como si corriese una maratón. Con el traje y los nervios, se había olvidado el comienzo del discurso. El cura la miraba dándole aliento y nunca había dejado de sonreírle. En uno

de los primeros bancos vio a Enrique, que la miraba con ternura. Sin romper la postura, se serenó.

—Hoy quisieron atentar contra mi vida —dijo Sofía, y sintió que se aflojaba, se había liberado de la obligatoriedad de seguir el discurso del disco, algo en ella que quería hablar sin trabas salió y ella lo dejó salir, desplegarse—. Pero hemos demostrado una vez más que el peronismo es más fuerte que los estúpidos buitres carroñeros que intentan resquebrajarnos a nosotros, los pilares de la causa de nuestro Conductor y la patria, hemos demostrado —dijo, y miró a Enrique— que somos una llama poderosa, imposible de apagar por ninguna tormenta.

Algunos entre la audiencia, que la habían escuchado en representaciones anteriores, supieron que no estaba repitiendo ningún discurso. Estaba hablando ella. Otros que no la habían visto nunca, pero que sí conocían al detalle la manera de hablar de Eva, quedaron impactados con la cercanía lograda por esa mujer.

Sofía sentía enojo, miedo y angustia por el reciente episodio, le pareció que compartía esas emociones con todos, recordaba el disparo silbando cerca, el tumulto. Y habló. Usó todas las palabras que tenía disponibles y que había acumulado de tanto escuchar y repetir el discurso, los patrones de armado y sintaxis, los mecanismos de la apología del amor y el apoyo a la causa y sin un solo error de modulación, libre, hilvanando conceptos y propuestas de acciones, pedidos de apoyar todavía más al General, loas a Perón que siempre le parecían escasas, detallando lo sucedido en las escalinatas e invitando a que fuera el final del miedo entre las filas peronistas, terminó con un grito:

—Dicen que estoy muerta, pero verán que estoy más viva que nunca, porque sigo latiendo en Perón, en el partido y en el pecho de cada uno de los descamisados que me dan la inmortalidad; y si antes, compañeros, me tenían miedo, a partir de hoy deberán doblar sus rodillas ante la fuerza de mi inmortalidad, porque ya he dejado jirones de mi vida, pero ustedes demostraron que han levantado mi nombre y lo llevan como bandera a la victoria.

Terminó acompañando la última palabra con el puño bien alto, y la iglesia estalló en aplausos, en un griterío que derivó en el clásico “Evita, Evita”. Ella hizo que no con la mano y empezó a gritar “Perón, Perón”, y la gente cambió su canto a ése, para seguirla. Dos hombres de luto la escoltaron para que bajara de la tarima, el cura subió a avisar que harían una breve misa en honor de Evita, y después se irían al salón principal de la casa parroquial, para hacer un plenario urgente, de cara a decidir futuras acciones del peronismo.

En la oficina la esperaba Enrique. Se abrazaron, y así se quedaron unos segundos. Él le dijo que tenían que volver a la Municipalidad, para que descansara un poco, y después tenía otra sorpresa para ella. Afuera, entre el auto, en la calle y la puerta de entrada, esta vez la esperaban más hombres de luto, ya debían custodiarla unos cincuenta, y otra cantidad igual o mayor controlaba a la gente para que no se le acercara. “¿Dónde los fabricarían?”, pensó y rio de su propio chiste. Se notó feliz. A pesar del atentado, sabía que había tenido una buena función. Se metió con Enrique en el auto que manejaba Darío e hicieron las dos cuadras hacia la Municipalidad.

Sofía se bañó y, aunque hacía frío, salió apenas con una toalla. En el cuarto que le habían armado había estufas y eso calentaba el ambiente. Cansada pero aliviada por haber terminado la única representación del día, se tiró en el sillón y cerró los ojos. Pensó en el atentado. En la foto y la firma. Pensó que le había salido bien, que su trazo era bueno. Se sentó en el escritorio, con la toalla alrededor del cuerpo, agarró una hoja y con la lapicera que le había regalado Enrique practicó la firma de Eva muchas veces; aprovechando que la tenía grabada en el costado de la lapicera, la usaba como referencia para mejorarla en cada intento. Era un juego, la relajaba y la distraía. Golpearon la puerta y entró Enrique, sin esperar respuesta.

—Bella —dijo él, se quedó quieto cuando vio que Sofía usaba sólo una toalla y bajó la mirada y cerró la puerta—. Disculpame... Cambiate, por favor, que alguien te quiere conocer.

—Estoy muy cansada. ¿No puede ser más tarde?

—La verdad que no. Ponete la mejor ropa de Evita que tengas, dale.

—Ufa. ¿Y quién es? —Sofía se paró y fue a la pila de vestuarios que le habían dejado las mujeres. El vestido que había usado antes se lo habían llevado para arreglar.

—Un hombre que va a servir a tu causa —dijo Enrique. Sofía tenía en la mano un vestido igual al que usaba Evita en eventos diplomáticos—. Ése no —dijo Enrique y señaló la réplica de uno que Evita usaba para actos oficiales, el más elegante de la colección que tenía—. Ése.

—Bueno —dijo Sofía—, me lo pongo y vamos. Enrique giró para salir y escuchó: “no hace falta que te vayas”. Se quedó mirando a Sofía. Ella se puso seria. Caminó unos pasos hacia atrás y dejó caer la toalla que tenía puesta, despacio. Enrique disfrutaba de la visión

del cuerpo desnudo de Sofía, que brillaba contra la luz, húmedo por la ducha reciente. Ella le sonreía.

Él se sentó en un sillón y encendió un cigarrillo, disfrutando de mirar cómo ella se ponía primero la ropa interior y después el vestido, jugando a que él no estaba. Sofía terminó de cambiarse, se acercó a Enrique, él se puso de pie y la besó unos momentos.

—Si no fuera por quien te espera —dijo él—, te juro que nos quedaríamos.

—Debe ser importante —dijo Sofía.

Él la tomó de la mano y salieron. Enrique la llevó al segundo piso del Municipio.

—Si es el intendente —dijo ella cuando subían—, le hubieras dado mi agradecimiento por haberme dado su oficina en habitación, y me dejabas durmiendo.

—O yo dormía con vos —dijo él, y la miró—. No es el intendente. Pongámonos serios, que sos Evita, nunca podría hablarle así a la mujer del presidente.

Las ventanas del *hall* del segundo piso estaban abiertas y el sol entraba por ellas, iluminándolo con un blanco brillante. Enrique abrió una puerta y le hizo un gesto a Sofía, para que entrara.

—Esperame acá —dijo él—, ya vengo.

Sofía entró y escuchó los pasos de Enrique que se alejaban por el *hall*. En una de las paredes de la sala vio un gran cuadro de Perón y Eva. Sofía buscó la firma del artista, pero no la encontró. Quien lo hubiese pintado había logrado transmitir la luz de Eva, esa chispa que la animaba y que había visto en las primeras imágenes que había conocido de ella, en la foto que le había firmado a Darío, en todo acto donde Eva se había mostrado en sus inicios. “La luz que

se fue apagando con el cáncer”, volvió a pensar. Perón tenía su traje militar. Escuchó pasos en el *hall*, debía ser Enrique, que volvía. Entonces Sofía reparó en que Evita, en el cuadro, usaba el mismo vestido que ella tenía puesto.

—Me acuerdo el día que posamos para eso —escuchó a sus espaldas. La voz era suave pero profunda, honda y un poco raspada. Sofía la reconoció. Giró para mirarlo—. La chinita estaba que trinaba porque quería otra ropa, pero yo le dije que ese traje le quedaba hermoso. La pintura quedó bien, ¿no le parece, compañera?

Sofía no pudo moverse, ni hablar. El hombre caminó unos pasos y se acercó a ella, la miró a la cara con admiración, como si también observase una bella pintura.

—Cómo me hacés acordar a Eva —dijo Perón, y sonrió.

XX

Perón le dio la mano a Sofía. Ella lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Mucho gusto —dijo él—, yo soy Juan Perón.

Enrique estaba en el marco de la puerta y los miraba. Sofía rio con una carcajada y empezó a llorar, no sabía si por miedo o alegría, o por una gran angustia que le explotó en el centro del pecho, porque ver al General en persona le recordó a Eva con más fuerza que en los últimos días. Su percepción no terminaba de aterrizar en lo real, en confirmar que era un hombre de carne y hueso. Perón la invitó a sentarse en uno de los sillones verdes que había en la sala.

—Vaya nomás, compañero —dijo Perón a Enrique.

—Cualquier cosa estoy afuera, mi General —dijo él y cerró la puerta.

Perón miraba a Sofía. Ella le sonreía y rezaba para que las lágrimas no le hubieran corrido el maquillaje. Se le había doblado el sombrero con pluma y se lo acomodó, aunque tenía la sensación de que a Perón no parecía importarle nada de eso.

—¿Cómo está, mi General?

—Qué te puedo decir, chiquita. A vos que te veo buena y peronista de ley, no te voy a andar con macanas. La verdad que estoy triste.

—Claro. Yo también. Todos nosotros lo estamos, mi General.

—¡Basta de decirme así que no estamos en la guerra! —dijo Perón—. Decime Juan. Te vi en la iglesia, ¿sabés? —Perón sacó una cigarrera de su saco, la abrió y le ofreció a Sofía, que negó con la cabeza. Encendió su cigarrillo con un encendedor que tomó de la mesa, pitó y exhaló el humo—. Qué emotivo lo que hiciste, y qué corajudo balas. Eva estaría muy orgullosa, chinita.

—Gracias.

—¿Así que sos de mi pueblo? Yo nací en Lobos, ¿sabías?

Sofía le dijo que sí, que había ido a visitar su casa natal, ahora convertida en un museo. Le contó apenas de su trabajo, de cómo escuchaba sin cesar los discos de Evita, su descubrimiento temprano, su colección de fotos. Sonreía y se trababa por los nervios. Perón la trataba como si fuera una charla entre amigos en un café, y eso a Sofía le fue dando tranquilidad y calma. Pasados unos cinco minutos, él apagó el cigarrillo en un cenicero sobre la mesa y se acomodó en el sillón.

—Sofía —dijo Perón—, en vistas del parecido que manejas con Eva, y de la completa entrega que haces a su causa, quisiera pedirte un favor.

—Lo que necesite, mi General.

—Con los muchachos estuvimos pensando, y nos pareció buena la idea de que hagas unas funciones, o como se llame esto que hacés...

—Homenaje.

—Así es, señorita. Que hagas homenajes en la capital, ya que hay tanta gente. ¿No te parece? El partido seguiría brindándote lo que necesites y quieras. Yo voy a estar siempre con Eva, pero cualquier cosa la hablan conmigo.

—Claro que sí, mi General. Va a ser un orgullo.

A Perón se le borró la sonrisa. Sofía vio en sus ojos un destello de angustia.

—Sos linda como ella, también —dijo Perón y le acarició la cara. Golpearon la puerta y la expresión de Perón volvió a ser formal, como un gran actor que en un segundo se recompone de una angustia simulada—. Pase.

Abrieron, era un hombre de luto grandote, con bigotes anchos y anteojos negros.

—General, tendríamos que volver —dijo el hombre y se quedó mirando a Sofía, esperando la respuesta.

—¿Viste qué parecida que es? —dijo Perón—. Tenés razón, che. Vamos. Llamámelo a Enrique, por favor —el hombre salió y dejó la puerta abierta. Perón se puso de pie y ella lo imitó—. Tengo que rajar, ¿sabés? La gente me anda buscando y van a armar barullo.

Sofía asintió. Perón sacó de su bolsillo una bolsita de felpa roja, atada con un cordón del mismo color.

—Me hubiera gustado hacerte un agradecimiento formal y público, pero ya sabés que tengo enemigos también adentro del partido, y sería un riesgo que no te merecés, con todo lo que ya pasaste.

Perón abrió la bolsa y sacó un broche con la forma del escudo justicialista, dorado y con brillantes incrustados. Abrió el alfiler que lo cruzaba y se lo puso en la solapa a Sofía.

—Hicimos dos, uno para dejarle a Eva en el cajón y el otro para un museo que va a llevar su nombre. Pero quiero que lo tengas vos, que seguís viva, por suerte para mí y para todos los compañeros.

Perón le acomodó el broche en la solapa, la tomó de los hombros y la atrajo hacia él, Sofía pensó por un segundo que iba a besarla, pero la abrazó. Ella recordó la foto de él y Eva, abrazándose en el balcón de la Rosada, el último 17 de octubre. Evita ya estaba enferma, parecía una flor secándose y cerca de romperse, y él una torre segura donde ella se apoyaba. Sofía sintió el calor de Perón, lo sintió vulnerable y supo que él, el hombre más poderoso del país, el temido, respetado y amado con igual furor y locura, se aflojaba en los brazos de ella como quizá Evita se había aflojado en los suyos más de una vez. Desde la puerta abierta, Enrique carraspeó. Perón salió del abrazo sin vergüenza y sin soltar a Sofía de los hombros.

—Pase, compañero —dijo Perón a Enrique—. Gracias por mandarme traer para ver esto. Tenía razón, es una verdadera joya, mi amigo. Dígame una cosa, con respecto a los que dispararon...

—Ya los estamos buscando, mi General.

—Muy bien —dijo Perón—. Acá Sofía me comentó que no tiene problema en seguir dando una mano en Buenos Aires, así que ocúpese usted. Y a usted, chinita, espero verla pronto.

Perón le dio la mano a Enrique y salió. Sofía escuchó sus pasos, alejándose. Cuando todo quedó en silencio, Sofía se dejó caer en el sillón, porque le temblaban las piernas. Enrique se le acercó.

—Qué nervios, ¿no? —dijo Enrique, y la tomó de la mano.

—Gracias por esto —dijo ella.

—Dijo que sos una verdadera joya —murmuró Enrique—. Esto también, me parece —agregó señalando el prendedor de Sofía—. Tuviste un día lleno de regalos, ¿no?

Enrique le sonreía. Sofía se paró de un salto y lo besó.

XXI

Sofía volvió a su habitación y durmió un poco en el sillón. Al medio día almorzó con la cúpula central del partido. Habían puesto mesas en el *hall* de la Municipalidad, y una docena de dirigentes gremiales, políticos y otros con cargo que Sofía no entendió, le dedicaron palabras de homenaje, agradecimiento y alabanza.

A las 3:00 de la tarde, cuando el frío era un poco más tolerable porque el sol había calentado un poco el aire, Sofía y Enrique salieron de Exaltación de la Cruz para volver a Temperley. Cansada por el viaje del amanecer, el miedo por los disparos, la actuación y, sobre todo, el impacto de haber estado con el General, Sofía se durmió apenas arrancaron y así estuvo todo el viaje. Llegaron a las 7:00 de la tarde, ya había anochecido hacía rato. A unas cuadras del hotel, Enrique frenó el auto y apagó el motor. Sofía se desperezó y

se acomodó en el asiento. Enrique giró para mirarla de frente. Estaba muy serio. Apoyó el antebrazo en el volante y habló:

—El General te dio su aprobación y su apoyo —dijo—. Los preparativos para la función en Buenos Aires están en marcha. Pero tenés que dejar a Tito y a Viktor hoy mismo. No les podés contar nada, porque... —Enrique calló. Ella lo miró, alerta.

—¿Qué pasa?

—Agarramos al que disparó. Nos dijo que Tito y Viktor colaboraron con él.

—Imposible.

—Le avisaron dónde ibas a estar, Sofía. Despertate —dijo Enrique, levantando un poco la voz—. El que agarramos había estado siguiéndote desde acá, siempre en contacto con ellos. ¿O no es cierto que a Tito y Viktor no los veías nunca, salvo cuando hacías la función? No quiero que te pase nada. Me voy a quedar en el hotel en una habitación junto a la tuya, con dos hombres. Vamos a vigilar a Tito y al ruso y no los voy a agarrar hasta que te vayas, para que no haya quilombo. Vos y yo mañana, a primera hora, salimos para la capital. Deciles que tenés que volver a Lobos porque tu padre está grave. Actuá normal, para que no se den cuenta —Enrique la tomó del mentón, le levantó la vista. Sofía estaba asustada—. Chiquita, yo te voy a cuidar. Pero tenemos que irnos sin armar escándalo, no como se fueron de Lobos ustedes. Ayudame. Confiá en mí. Te llevé ante el General, ¿no?

Sofía asintió. Apoyó su cabeza en el hombro de Enrique. Él le acarició el pelo.

—Estoy cansada.

—Ya sé, linda —dijo Enrique con suavidad—. Falta poco y termina todo. Mañana a primera hora nos vamos. Bajemos acá. Andá

caminando y yo te sigo a unos metros, para que no me vean. Yo voy a entrar por la puerta de servicio, atrás —dijo Enrique y besó a Sofía.

Ella bajó y caminó la calle que la separaba del hotel. Enrique la siguió hasta que ella entró y desapareció. Adentro, Sofía preguntó en recepción por Tito y Viktor, le dijeron que los dos habían salido. Una vez en su habitación, ella se sentó en la cama. Como la primera vez en el cajón, experimentó una cantidad tal de emociones y pensamientos que le parecieron infinitos, imposibles de organizar, muchos contradictorios. Había una mezcla de miedo y alegría, de tristeza y euforia por haber conocido a Perón y la promesa de actuar en la capital, porque una vez que esto terminara ella sería libre de todo. También sentía un poco de preocupación, porque no había podido hablar con Lorenzo. Y Viktor y Tito entregándola, eso le daba rabia, aunque en el fondo seguía dudando de que fuera cierto, pero supo que era por el dolor que le causaba la traición, las ganas que tenía de que todo eso fuera mentira. Otra cosa sí era cierta: Perón era real. Este pensamiento la alegró. El General había estado con ella y la había besado, le había hecho entrega de una joya que habían fabricado sólo para dos personas, ella y Evita. Sofía era leal, siempre se había sentido así, pero más bien como una enfermera o un telegrafista, un soldado de rango menor dentro de un ejército, siempre al costado de la guerra, asistiendo a los que ponían el cuerpo en las batallas. Ahora sentía que estaba en el frente, en la vanguardia de un episodio histórico, porque su caudilla principal se había ido y era un momento decisivo para que los gorilas se acomodaran y atacasen. “Vamos a la capital, sí, porque lo pidió Perón. Ya viste que él confía en Enrique”.

Llamaron a la puerta. Por la manera bruta en que habían golpeado, Sofía intuyó que era Viktor.

—Pasá —dijo Sofía, tirada en la cama.

Viktor abrió y se asomó, con el picaporte en la mano. “Pasá”, repitió ella.

—No, está bien —dijo él—. Supimos del atentado.

—¿Y Tito?

—No sé. ¿Cómo estás? —Viktor miró las valijas en la cama.

—Me voy a la capital —dijo ella—, el General me necesita.

—¿Qué? —dijo Viktor.

—Lo conocí. Hablé con él y me dio esto —se acercó y le mostró el prendedor en la solapa—. Es igual al que tiene Eva en el cajón. Hicieron dos, y uno me lo dio a mí.

—¿Te vas con Enrique? —preguntó Viktor. Claramente el prendedor no le importaba, miraba a Sofía a los ojos con preocupación y enojo. Ella se sacó el prendedor y se lo guardó en el bolsillo del abrigo. Viktor entró y cerró la puerta.

—Sí, me voy con él.

—Enrique no es un príncipe, es un cocodrilo.

—Me salvó la vida en el atentado —dijo Sofía y empezó a levantar la voz a medida que hablaba, como en un discurso—, me llevó delante del General y me cuidó más que ustedes todo este tiempo —Viktor la miraba como si no escuchara sus palabras, su cara había pasado de la rabia y la preocupación al asombro, porque Sofía hacía los mismos gestos que durante sus imitaciones de Eva—. ¡Así que no me digas cómo es Enrique y andá, que van a pensar que uno de los gorilas que atentan contra mí sos vos!

Abrieron la puerta sin llamar, era un hombre de luto.

—Señorita —le dijo a Sofía, miró a Viktor—, ¿está todo bien?

—Sí, no hay problema.

—¿Vos quién sos? Rajá de acá —dijo Viktor.

El hombre de luto miró a Sofía, como preguntándole qué debía hacer.

—Está bien, vaya —dijo ella—. No se quede en la puerta escuchando.

—Sí, señora —dijo el hombre, cruzó una mirada con Viktor y salió.

—¿Tenés cuidadores? —preguntó él.

—Andate. Me voy mañana, sola. El partido me necesita.

—El partido, puede ser. Enrique no. Enrique te usa.

—Sos un ruso quejoso que no logró nada —dijo Sofía—. Viniste entre las ratas al fin del mundo y terminaste de títere de un mafioso barato. Ahora te disfrazás de Perón sin parecerte en nada a él. En nada, te lo juro, porque yo lo vi de cerca.

Se quedaron en silencio. Sofía estaba agitada, había hablado rápido. Se sentó en la cama. “No soy ruso”, dijo Viktor. “Y vos no sos Evita”, agregó. Dio la vuelta, abrió la puerta y cerró despacio.

Sofía sacó del *placard* lo que le quedaba de ropa y accesorios, y empezó a meterlos en la valija. Pensó que en Buenos Aires debería cambiar el guardarropa completo. Con modistas y diseñadores trabajando en exclusiva para ella podría mejorar su ropa. “Perón podría ayudarme a elegir”, pensó. Dejó de guardar, dio vuelta la valija y tiró todo en el piso, seleccionó cuatro o cinco prendas que le parecieron dignas. “El resto las voy a mandar a hacer, todas nuevas”. Sonó el teléfono, atendió.

—Me imaginaba que ibas a volver con esta noticia —dijo Tito, del otro lado—. El ruso me contó que te vas. Perdonalo, está más triste que otra cosa.

—Yo sé que ustedes hicieron mucho por mí, pero...

—Vos hiciste por nosotros también —la interrumpió Tito—, y todos por el partido. Ya está. Vení a mi habitación que te doy tu parte y cerramos. ¿O ya se van?

—En unas horas.

—Te espero —dijo Tito—. Te preparo la plata y la contás. Si querés, tengo los registros de lo que fuimos haciendo. Te doy lo tuyo y lo del partido, también, ya que vas para allá, así lo llevás a la Comisión del Monumento en Buenos Aires.

Sofía suspiró, cansada. Pensó en decirles que se quedaran con todo, que se ocuparan ellos. No quería moverse, no quería verlos, sólo quería estar con Enrique, ya en Buenos Aires, ya siendo Evita delante de un público nuevo y más grande. Pensó, con lógica partidaria, que no podía dejar librado al azar o a los cálculos de este hombre las cuentas de todo lo hecho, quería confirmar el número y la entrega de los fondos para la realización del monumento. Pero quizá se ponía en peligro. ¿No habían colaborado en el atentado? “No importa”, pensó Sofía.

—Dame cinco minutos y voy.

Terminó de armar las valijas, dejó toda la ropa que ya no quería en una silla. Incluso el abrigo negro que había traído desde Lobos, agujereado por el disparo. Bajó a la recepción del hotel y se acercó al mostrador, que estaba oscuro. Se escuchaba una radio.

—Buenas noches —dijo Sofía.

El hombre que atendió pegó un respingo, se paró con un movimiento brusco.

—Uf, discúlpeme, señora, es que su voz, y la cara estando así, todo oscuro, es igualita.

—Discúlpeme usted, no quería asustarlo.

—No, me dio una alegría, aunque no parezca. Me habían dicho que estaba en el hotel, pero nunca me la cruzaba. ¿En qué la puedo ayudar?

—Yo me voy mañana temprano, pero arriba en la habitación dejo bastante ropa, me gustaría que se la hiciera llegar a Celia.

—¿La chica que limpia la habitación? —preguntó el hombre.

—No le diga así, que las personas tienen nombre. Usted, ¿cómo se llama?

—César —dijo el que atendía y empezó a temblarle el mentón. Estaba por llorar, Sofía le preguntó qué le pasaba—. Usted es tan buena —dijo él—. Celia es mi hija y su ropa le va a venir bien, le doy las gracias. Si me permite, le quiero pedir una cosa más...

Sofía asintió. Pensó que Tito la esperaba. César abrió el diario y le mostró una foto de ella haciendo de Eva.

—Hoy salió una nota de usted —dijo él—, ya que se va a ir me gustaría...

Esta vez no dudó un segundo:

—Sí, claro —dijo Sofía, sonriendo.

César le alcanzó una lapicera y Sofía escribió sobre la hoja. Escuchó afuera un motor que arrancaba.

—¡Se nos va Perón también! —dijo César, lamentándose.

—¿Cómo?

—Es la *pick-up* del muchacho que hacía de Perón. Bajó hace un rato a entregar las llaves.

Sofía escuchó la *pick-up* alejándose y confirmó finalmente que Enrique tenía razón: si Viktor huía así, entonces estaba involucrado. Mientras caminaba hacia la habitación de Tito, pensó que si

en verdad él estaba vendiendo información sobre su paradero a quienes querían dañarla, debería avisarle a Enrique que iba a encontrarse con él, para que la protegiera. Cambió de planes y fue a la habitación que estaba junto a la suya. Golpeó y le abrió el hombre de luto que había interrumpido su discusión con Viktor. Detrás, en una mesa, estaba Enrique con otro hombre. Sofía les dijo que iba a ver a Tito para recolectar su dinero. Enrique dijo que iban a estar atentos y sacó su arma. Le pidió que subiera y ellos la seguirían detrás. Sofía fue al séptimo piso y golpeó la puerta de la habitación de Tito.

XXII

—Pasá —gritó Tito, adentro. Sofía entró.

Tito estaba contando plata, susurrando para sí mismo los números, sobre una mesa llena de billetes desparramados y de dinero organizado en pilones, cada uno sujetado por una gomita elástica. También había una hoja plagada de cuentas, tachaduras, fechas y palabras. Tenía un cigarrillo en la boca, la camisa arremangada y fuera del pantalón, arrugada como si llevara días sin dormir ni cambiarse. Sobre la habitación flotaba el humo acumulado del cigarrillo, debía de estar así desde hacía horas.

—Dame un segundo que ya termino —dijo—. Servite lo que quieras —le hizo un gesto con la cabeza, indicando una mesita con ruedas, llena de bebidas.

—No, está bien —dijo Sofía. Vio una valija grande abierta con ropa y otra de color rojo—. ¿Te vas, también? —preguntó. Tito no respondió, siguió contando y murmurando números. Sofía, pensándolo mejor, se sirvió un buen vaso de *whisky*. Tito contaba en voz más alta, los últimos billetes que tenía en la mano, como dando por terminado el acto. Hizo un fajo con ellos, los ató con una bandita elástica y anotó en el papel.

—¡Listo! ¿Qué decías?

—Que ya te vas...

—Ah, sí —dijo Tito—. Sin vos no se puede hacer nada —Tito le entregó a Sofía la hoja, iba poniendo las manos en cada columna de billetes a medida que hablaba. Se sacó el cigarrillo de la boca y habló—. Acá está lo que se recaudó completo, lo que usamos para producción, lo que va al partido y lo que saqué para vos, para mí y para Viktor. Vení, contalo.

—No, está bien —dijo ella, hastiada. El humo y el olor le molestaban—. Necesito descansar antes de irme.

—Entonces brindemos por el final de nuestra sociedad. Tengo un tinto que nos mandaron los compañeros de Mendoza.

—Me voy a dormir —dijo Sofía. Tito abrió su *placard* y volvió con el vino.

—Guardá la plata ahí —dijo él y señaló la valija roja—. Es para vos. Sofía metió allí los billetes, cuando terminó tuvo que hacer fuerza para cerrar la valija, de tan llena que estaba. Se sentó en la cama, mientras Tito servía el vino. Abrió la ventana para que corriera un poco el aire. Salió al balcón, respiró profundo. El cansancio le iba tomando el cuerpo, hacía un esfuerzo mental para no sucumbir, quería un poco de distracción antes de lo que, intuía, sería una

gira más pequeña pero más demandante y exigida que la anterior. Por ahora Tito no daba signos de estar complotando contra ella, ni contra nadie. Sofía tenía la sensación de que él también quería que todo esto terminara.

—Parece que estás en el balcón de la Rosada, ¿eh? —dijo Tito, tras ella. Sofía giró asustada. Él tenía dos copas llenas con vino, una en cada mano—. Hey, ¿qué pasó? ¿Te asustaste, chiquitina?

—No te escuché.

—Salud, Evita. Por tu nuevo puesto en el partido.

Tito chocó su copa con la de Sofía y tomó el vino de un trago. Sofía probó y le pareció exquisito. Le dijo a Tito que entraran, porque hacía frío. Sofía se sentó en el borde de la cama y Tito en una silla, junto a la mesa.

—¡Estaba enojado el ruso! —exclamó Tito—. ¿Qué pasó?

—Nada. Se cree que soy una nena.

Tito sonreía. Tomó un trago de vino.

—Qué rico esto, che —dijo, mirando la copa. La dejó en la mesa. Prendió otro cigarrillo—. Qué cara de cansada, Sofi.

—Sí, mucho —dijo ella y terminó su copa.

—¿Y no me vas a contar nada?

—¿De qué?

—¡De Perón, nena! —dijo Tito, alegre.

—Es un... —Sofía se frenó, dejó la copa en el suelo—. ¿Cómo sabés que lo vi?

—Soy viejo y cafishio, pero no boludo —dijo Tito y se sirvió otra copa—. Era cantado que iba a ir.

—Está triste pero entero, porque es fuerte —dijo Sofía, y se paró para irse. “Qué cansada estoy”, pensó, “me estoy quedando dormida”.

—Claro, si vos fueras mi mujer y te murieras, yo estaría triste.
¿Más vino?

—No —dijo Sofía y miró la mesa con la botella. Le pareció extraña su forma, como si la luz saliera desde adentro y el contorno se esfumara. Debía ser el efecto de la lámpara cerca del vidrio. Y el cansancio.

—¿Y qué te dio Perón? —dijo Tito, terminó su segunda copa y la dejó en la mesa.

—Un abrazo —dijo Sofía. Rio, sorprendida de su propia respuesta. Trató de recomponerse. “Si no me voy ya, me duermo acá parada”, pensó—. Me prometió hacer más... por el partido, allá... en Buenos Aires —sintió una ráfaga de sueño tomándole el cuerpo, Tito habló y Sofía no escuchó bien lo que él había dicho—. ¿Qué? —dijo ella.

—Te preguntaba si Perón te dio algo más —dijo Tito.

Sofía se apoyó en la mesa, caminó unos pasos y se recostó en la cama. “Me duermo”, pensó. “Me apago”. La luz que venía desde la lámpara en el techo le molestaba en los ojos. Tito estaba mirándola desde arriba.

—Qué putita sos —dijo él junto a su cara y Sofía sintió la saliva que le salpicaba la mejilla. Quiso limpiarse y decir algo, pero la boca no le respondió, su voluntad y su cuerpo se habían divorciado. Tito le metió la mano en los bolsillos, encontró el prendedor que le había regalado Perón y lo sacó—. Te dan algo y no sos capaz de compartirlo conmigo, que te llevé a donde estás.

—¿Eh? —dijo Sofía. Le pareció que tenía fiebre.

—Yo te hice. Fui el que vio de lo que eras capaz. Vos querés llevarte todo, ni un poco me ibas a dejar. Te hacías la especial y al final sos igual que mis putas de Lobos.

—Tito... no sé de qué hablás... —murmuró Sofía, pero no pudo asegurar si había llegado a decirlo o si sólo lo había pensado; se arrastró en la cama hacia atrás, para apoyar la cabeza sobre la almohada, empezó a sentir los antebrazos y las piernas rígidos, pesados como plomo.

—Yo las fabrico —continuó Tito, parecía hablar con una audiencia invisible—, las convierto en un éxito y siempre me pasa lo mismo, viene uno con más plata y se las lleva. Un diputado, un oligarca, un empresario. Se olvidan de mí. Como si no me debieran nada y hubieran hecho todo ellas solas. El platudo las deja y vuelven, obvio. Vos no vas a volver, Sofía, porque no te voy a dejar ir.

“El vino”, pensó Sofía. Tito entró al baño, Sofía quiso hablar pero no podía, las palabras se formaban en su cerebro pero no tenían fuerza que las impulsara a salir. Tito volvió con algo en la mano, Sofía escuchó un ruido de plástico y le pareció que lo que Tito abría era una jeringa pero no estaba segura, ahora veía borroso. “No me estoy quedando dormida, me estoy muriendo”.

—¿Qué hacías vos antes de que yo te diera lugar, eh? —dijo Tito—. Coser ropita y cambiarle los pañales a tu papá. Ahora se la chupás al príncipe de Perón y te creés reina.

Tito armó la jeringa y la hizo absorber aire. Sofía creyó escuchar un ruido. Sí, eran golpes en la puerta, sonaban apagados, parecían venir de una habitación en un piso más alto, pero supo que era ahí porque Tito gritó “¿quién es?” y miró a un costado. “Me duele la cabeza”, pensó Sofía. “La luz me molesta”. No quería cerrar los ojos pero se le cerraban solos, pesados. Tito caminó a la puerta y la bajaron de una patada. Sofía abrió los ojos con un esfuerzo titánico, vio a Enrique que tenía un arma y le apuntaba a Tito, que gritaba

algo que Sofía no entendía, sí vio que Tito hizo el movimiento de bajar los brazos pero Enrique no bajó el arma y le disparó una, dos, tres, cuatro veces y cada fogonazo que salía del revólver era un ruido chiquito en el cerebro de Sofía y una chispa blanca que salía del caño y empujaba a Tito como una mano hasta que Sofía dejó de verlo, porque desapareció por el balcón.

Sofía se dormía, se hundía hacia adentro, flotaba y caía en un pozo dentro de sí misma. Como cuando estaba en el cajón, pero sin voluntad. “Me muero”, pensó. “Papá. Perón”. Enrique corrió a Sofía y la levantó, ella ya veía todo negro pero llegó a escucharlo, que angustiado le rogaba que aguantara, que se quedara con él, que todo iba a estar bien.

XXIII

“Mi cabeza”, pensó Sofía. Duele. Volvía del sueño y sentía el pulso que hacía palpar el cerebro, como si la sangre, bombeando, quisiera expandirse a una zona más allá del cuerpo, abrirlo y salir. “Duele mucho. ¿Y? Debemos apoyar a Perón. El capitalismo foráneo. Hay algo extraño en todo esto. Hay algo extraño en mí. Hay ruidos, afuera. Adentro, una multitud que clama por mi nombre. Jirones de mi nombre. Puf, qué cansancio. El sonido del cuerpo: pum, pum. Todo está oscuro pero hay luces. Relámpagos. Algo extraño, sin duda. Viktor y Perón se dan la mano y no. Viktor no es Perón: yo se lo dije. Yo sí soy Evita. Sofita. Así firmo. Soy la mujer que llora cuando la mira. El hombre del autógrafo. ¿Cuál? ¿El chofer o el del hotel? Hay algo extraño en todo esto. Estoy delirando”, pensó Sofía.

Volvió centímetro a centímetro de esa zona pegajosa que es el despertar de un sueño inducido por químicos, en un cuerpo que ya estaba terriblemente cansado. No reconoció el cuarto del hotel. Sí reconoció a Enrique, sentado en una silla, frente a la cama, mirándola preocupado. Fumaba y su cara parecía escondida en una nube de humo. “Como Tito, anoche. ¿Anoche? ¿Cuándo? No sé, no estoy segura del tiempo. Pero Tito no me da confianza y Enrique sí”. Enrique sonrió cuando la vio despierta.

—¿Qué pasó? —preguntó Sofía, trató de levantarse un poco de la cama, pero gritó por un dolor de cabeza súbito y punzante que la tensó hasta el cuello.

—Tranquila —dijo Enrique, se sentó junto a ella, le acomodó la almohada—. Quedate quieta. Descansá.

Enrique le agarró la mano. Seguía mirándola. De nuevo, el plomo en los párpados. Sueño. Ganas de dormir. No: la palabra correcta era apagarse. Volver. Se durmió.

Abrió los ojos y estaba más fresca. Enrique seguía sentado a su lado. ¿Amanecía? Sí. Enrique hablaba con otro hombre.

—¿Qué pasó? —preguntó Sofía otra vez. Su propia voz le pareció extraña, cavernosa. Estaba mejor que hacía un rato antes, lo notaba en su cuerpo. Tenía el miedo de la ignorancia, de haberse desconectado del tiempo y del espacio por una cantidad de horas que le parecían eternas.

—Tranquila —dijo Enrique. Sofía pensó que él era el único que podía decirle eso sin hacerle sentir que la trataban como a una estúpida. Con Enrique eso no le pasaba. El otro hombre se acercó, estiró su mano a la cara de Sofía y ella lo rechazó con violencia—. Es el doctor, dejalo —explicó Enrique—. Lo traje yo. No pasa nada.

El doctor miró el color bajo los ojos de Sofía.

—Está mejor —le dijo a Enrique—. Que descanse el resto del día. Mañana, si se siente bien, puede volver a su actividad normal.

—¿Qué pasó? —preguntó Sofía—. ¿Qué me hicieron?

—Nada —dijo Enrique, y se volvió al doctor—. Gracias, cualquier cosa lo llamo.

No, la habitación no era del hotel en el que estaba... ¿Hasta hacía un rato? Tito y el dinero, el vino, todo, hasta la jeringa —si es que había sido una jeringa— volvía a proyectarse en su imaginación, como una película que no había terminado de ver y que quisiera recordar para deducir la continuidad de la trama. Enrique acompañó al doctor a la puerta, cruzó unas palabras con él y lo despidió. Volvió al lado de Sofía, le acarició el pelo y le alcanzó un vaso de agua que tenía en la mesa de luz.

—Tomá esto —dijo Enrique. Sofía obedeció. Todavía le dolía un poco la cabeza, y también la espalda. Enrique se sentó a su lado. Ella lo miraba ansiosa—. Teníamos razón, Tito era parte del grupo que hizo el atentado. Viktor también, por eso se fue antes, sabía que los estábamos por descubrir. Anoche Tito te metió algo en el vino para dormirte y...

Enrique frenó, bajó la vista.

—¿Matarme? —dijo Sofía.

Enrique le sacó el vaso de la mano y lo devolvió a la mesa de luz.

—¿Cuánto estuve así?

—Un día entero —dijo Enrique—. Él ya lo había hecho con otras. Hubo mujeres en Lobos que desaparecieron cuando no querían trabajar con él. Una vez dormida, te inyecta una burbuja de aire. En media hora tenés un paro cardíaco y listo. Parece muerte natural y

se termina. Nadie investiga mucho, tratándose de lo que parece ser una prostituta borracha.

Enrique le agarró la mano, ella se dejó, suspiró y se acomodó en la cama. Se sentía nauseabunda, con una suciedad interna idéntica a la que deja una borrachera fortísima con bebida barata. Tosió, le pareció que iba a vomitar.

—Te metió analgésico para caballos de carrera —dijo Enrique—. Te vas a sentir mal un rato. Para los humanos es como un veneno.

—¿Y qué pasó cuando me desmayé?

—Un doctor te hizo un lavaje y te traje para acá, para salir de la zona, por si había más gorilas que quisieran lastimarte. Le di toda la plata al partido. La tuya también, para que te la guarden. Hablé por teléfono con el General —dijo Enrique y, por un segundo, a Sofía se le pasaron todos los dolores y miedos—. Dice que si querés se suspende todo, que lo importante es que vos estés bien.

Enrique le acarició el pelo. Le acomodó la sábana en el hombro.

—No —dijo ella—. Vamos hasta el final.

Sofía se sentó en la cama, miró la habitación.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Enrique sonrió. “Vení”, le dijo y le dio el brazo. Sofía se paró, y se apoyó en él para salir de la cama. Fueron hasta la ventana y él abrió la cortina. Sofía, apoyándose primero en Enrique y después en el marco, reconoció afuera el Obelisco y la 9 de Julio. “Las luces del centro”, pensó. Todo estaba quieto y vacío, tal como parecía estar el mundo desde el sábado 25 de julio a las 20:25. Sintió la mano de Enrique que la tomaba por la cintura. Ella giró y lo tomó de la cara. Le dio un beso profundo, largo. Trató de sacarle el saco.

—Ahora no, andá a descansar —dijo Enrique.

—Estoy muy bien. ¿Tengo que descansar todo el día? —preguntó ella. Él asintió—. No quiero. Andá a decirles a tus muchachos que no molesten.

Enrique salió y pidió a los hombres de luto que no los interrumpieran. Cuando volvió, Sofía había cerrado todas las cortinas y lo esperaba desnuda en la cama.

XXIV

A la mañana siguiente Sofía despertó y, otra vez, Enrique fumaba a su lado. Pero esta vez ella se sentía perfecta, renovada. En el desayuno comió con ganas; Enrique tomó una taza de café negro.

—Siento que estamos de vacaciones —dijo Sofía.

—Si quieres, cuando todo termine nos vamos —dijo él y ella lo miró sonriendo—. Podemos llevar a tu padre, también.

—Hablando de eso, ¿hay teléfono? —dijo Sofía. Enrique señaló el aparato junto a la mesa—. ¿Y a dónde me vas a llevar? —Sofía empezó a untar su tercera tostada.

—Donde quieras.

Golpearon la puerta, Enrique abrió y asomó la cabeza. Sofía rio, él estaba en calzoncillos. Enrique cruzó unas palabras con alguien y volvió a la cama. Le dijo que ya estaban para empezar. “Cuando pueda te

bordo el escudo peronista en los calzones”, dijo ella. Enrique la besó. Mientras Sofía levantaba la bandeja del desayuno y la llevaba a la mesa, él se cambió. “Estudiá”, dijo Enrique, “en una hora vengo a buscarte”. Cuando se iba, Sofía lo agarró de la corbata y lo besó en los labios. Él se acomodó el saco riendo y salió de la habitación.

Sofía se cambió y repasó las transcripciones de los discursos. Le parecía que hacía años que no lo hacía, y que a partir de ahora sería diferente. Estaba en un nuevo nivel. Sola. Acompañada por Enrique, por supuesto, pero ya no dependía de nadie. Ya Perón la había premiado, ya estaba en Buenos Aires, ya se había liberado de los que la traicionaban. No tenía idea ni dónde, ni para quién o quienes sería la función de ese día. Perón se la había pedido y con eso le bastaba. Confiaba en estos hombres.

Practicó posturas y gestos en el espejo del hotel, improvisó discursos basándose en los que ya conocía. Se sirvió un té, fue al teléfono y marcó el número de su casa. Nadie atendió. Volvió a las transcripciones. Ensayó de pie, le pareció mejor cuidar la energía y se sentó. Inquieta por no haber sido atendida, agarró el teléfono y marcó de nuevo. Dejó que el tono sonara diez veces: los contó. En el undécimo, golpearon la puerta. Sofía se consoló diciéndose que más tarde volvería a intentarlo y abrió. Cinco mujeres entraron en fila con vestidos y adornos, hablando entre ellas. Era como en Exaltación de la Cruz, pero mejorado. Todo era más brillante, más colorido, más caro y más concentrado, porque éstas no se detuvieron a ver a Sofía y llorar: como si fuera una muñeca, la agarraron y le hicieron pruebas, la midieron, le ponían un vestido y se lo sacaban, una de ellas cosía. Lo otro diferente era que la escuchaban más, le preguntaban y pedían su aprobación; Sofía hablaba con las cinco al mismo

tiempo, decidiendo sobre todo lo relacionado a su vestuario. Sonó el teléfono y Sofía, que estaba cerca, atendió, cuando una mujer le ponía un alfiler para marcar la pollera que tenía puesta.

—¿Papá? —dijo Sofía.

—No, soy yo —dijo Enrique—. ¿Cómo va todo por ahí?

—Muy bien.

—En quince minutos voy a buscarte.

Sofía cortó y repitió lo que había dicho Enrique: “en quince minutos vienen a buscarme. Apúrense, chicas”, agregó. La habitación se volvió ruidosa como un gallinero invadido por un zorro, “no hay tiempo, no llegamos, estoy hecha un desastre”, decía Sofía. “Los hombres de la Cámara de Comercio son tan exigentes”, chilló una, “¿así que voy a la Cámara de Comercio?”. “Sí, ¿no sabías?”. “Nadie dice nada. ¿Y vos cómo te llamás?”. Irma y Beatriz y Liliana le decían sus nombres a Sofía, que repasaba mentalmente el discurso pero un poco, porque había decidido que quería improvisar. “Mejor hablo yo, no Evita”, pensó en paralelo mental al ruido de afuera. “Yo estuve en el Ministerio, tendrías que hacer tu número”, gritó una, seguían cosiendo y entonces Sofía gritó: Irma, que le cosía el vestido que tenía puesto, la había pinchado con un alfiler.

—Disculpe —dijo Irma. Una gotita de sangre brotó de la pierna de Sofía, que miraba a Irma con furia—, necesito que se quede quieta...

El silencio que se hizo cuando Sofía le pegó la cachetada a Irma fue tan pesado que, por contraste, se dieron cuenta del ruido que estaban haciendo. Irma se quedó dura, tomándose la mejilla. Sofía respiraba con fuerza, parecía un toro. “Tarada”, le gritó a Irma. Una de las mujeres se acercó a Irma y le susurró algo al oído, la tomó del brazo y la sacó de la habitación. Cuando cerraron la puerta, las

otras volvieron a trabajar en silencio. Sofía se quedó con los brazos levantados.

—Limpien mi sangre y terminen conmigo, por favor —dijo—. Como sea.

Diez minutos más tarde, Enrique y Sofía subían a un auto. Había poca gente en la calle, parecía que todos estaban en el Ministerio de Trabajo, intentando ver el cuerpo de Evita. El auto bajó por la avenida Rivera, hasta el barrio de Colegiales. En el asiento de atrás, él le dio la mano. Le explicó ante quiénes iba a actuar, eran empresarios que habían apoyado al peronismo en sus comienzos y que habían sido retribuidos con la justicia que correspondía a su lealtad. Hoy les darían este espectáculo en homenaje, y a su vez se les pedirían nuevas contribuciones para el monumento.

—¿Pero todavía no se juntó la plata para el monumento?
—preguntó Sofía.

—Son proyectos caros, linda —dijo Enrique y le sonrió.

El coche frenó en un antiguo palacio residencial. Enrique bajó del auto y le abrió la puerta. No había una multitud esperándola, y eso a Sofía le pareció extraño. Entraron al palacio, que tenía un piso de damero y techos altísimos. De las paredes colgaban cuadros, Sofía desconocía los nombres de los pintores, aunque había visto imágenes parecidas en las secciones de cultura de diarios y revistas, cuando buscaba fotos para recortar de Evita. Un mayordomo con moño y librea, alto y esforzado en el arte de pararse derecho, les pidió el abrigo. También los esperaban dos hombres de luto, de los que Sofía antes

veía más seguido. Pensó que no sabía los nombres de ninguno, salvo el de Darío. Le hablaron a Enrique al oído. El mayordomo los acompañó a una salita, contigua al salón principal. Una vez adentro, Sofía y Enrique se sentaron. Enrique le sonreía, mientras se prendía un cigarrillo. Le dijo que iba a entrar con la gente, a socializar un poco y ver cómo andaba todo, y que después la anunciaría un locutor. Señaló una puerta espejada, le dijo que daba al salón y que entrara por allí. Enrique la besó en la frente y salió.

Sofía miró las estatuas en miniatura y los cuadros de la habitación. Igual que con los de la entrada, no sabía de quiénes eran, pero le pareció que valían mucho. “Cuando esto termine, puedo estudiar más”, pensó. Estaba nerviosa. Hoy era distinto. “Es como pasar de ser extra en un teatro municipal a ser protagonista de una función en el Colón”, pensó. Ansiosa, Sofía abrió la puerta espejada y se asomó. La vista daba al salón principal, iluminado por tres largas arañas de vidrio que colgaban del techo, la cúpula tenía una pintura con motivos de ángeles. Espió con atención, calculó que había unas veinte mesas, con seis personas cada una, todas vestidas con elegancia. Le pareció raro ese tipo de acto en el medio del funeral, no tenía nada de tristeza. Dos hombres pasaron con una copa y un cigarro, a Sofía le pareció que hablaban en inglés. No vio banderas, ni imágenes de Perón ni de Eva. Incluso había una pequeña orquesta con piano, bajo, guitarra, trompeta y batería. Enrique hablaba con una persona y otra, o con los hombres de luto. Un hombre se acercó al micrófono, con voz imponente —evidentemente era un locutor— les daba a todos la bienvenida a esta “Gala nacionalista”. “¿Gala nacionalista?”, se preguntó Sofía. Pero Enrique le había dicho que no importaba el nombre. “Estoy nerviosa”, pensó. Le pareció reconocer la voz del locutor, de alguno

de los programas de radio que escuchaba en Lobos. Recordó que no había podido comunicarse con su padre ni lo había vuelto a intentar.

Sofía se miró en el vidrio espejado de la puerta. Cerró los ojos y respiró profundo. Desde adentro del salón, dos mozos abrieron las puertas, una cada uno, y Sofía quedó expuesta. La orquesta empezó a tocar la *Marcha peronista* en clave de música clásica. Los invitados se pusieron de pie y la aplaudieron con respeto, sin gritos ni escándalos. Ella saludaba con la mano derecha. Trató de distinguir entre las caras a alguien conocido, pero no pudo. Enrique, en una mesa al fondo, aplaudía. El salón era de un lujo desconocido para ella, sólo había visto cosas parecidas en revistas y películas. Sofía caminó, atravesando el piso damero hacia el micrófono que le cedió el locutor. Tenía el signo de LRA, y brillaba, como nuevo. Con esa percepción aumentada que genera el pánico escénico, vio que dos mozos, al fondo del salón, donde nadie los veía porque estaban a espaldas del público, discutían. Otro mozo, cerca de la mesa más larga, miraba a Sofía preocupado, como si la conociera.

Sofía agarró el micrófono y la orquesta cerró con un redoble, los invitados se sentaron y comentaban su parecido cuando se produjo una enorme explosión, que aunque fue en la esquina opuesta del salón a donde ella estaba, empujó a Sofía al piso. Vio cuerpos volando y doblados, como si la mano de un gigante los hubiera revoleado, y oyó los gritos de miedo que llegaron a terminar algunos y otros no. La bomba sacudió las arañas de vidrio que estallaron en millares de pedazos, hubo más gritos y empezaron a sonar disparos. Sofía, en el suelo y aturdida, vio el fuego levantándose, estaba entre cuerpos que sangraban, más adelante algunas personas caían ante los disparos que venían del fondo, varios mozos usaban revólveres

y ametralladoras. El polvo que había sacudido la explosión flotaba en el aire y se cortaba con el silbido de las balas. Había llantos, algunos buscaban a sus amigos o partes de su cuerpo. Los hombres de luto que no habían muerto o estaban mutilados sacaron sus armas y atacaron. Enrique, lleno de polvo y sangre, apareció junto a Sofía, la agarró del brazo, la levantó y corrió con ella hacia la salida. Le gritó algo que ella no escuchó porque seguía habiendo tiros, más hombres de luto entraron con sus armas en alto y le disparaban a los mozos, otro grupo cubrió a Enrique y Sofía, que corrió como pudo tapándose los oídos, que le dolían. Cayeron algunos hombres de luto pero lograron llevarlos hasta la salida, los metieron en un auto y arrancaron. Sofía escuchó las balas pegando en la carrocería y el vidrio de una de las ventanillas reventó.

Salieron de la batalla y doblaron la calle, seguían escuchándose gritos y disparos. Sofía se sacó las manos de los oídos y se las miró: sangraban.

XXV

Enrique le dijo al hombre de luto que manejaba que salieran de la capital y fueran hasta el Policlínico de Avellaneda.

—Estoy bien —decía Sofía, para tranquilizarlo.

No tenía claro si la sangre en sus manos era de ella o si se había manchado con la de otro. Las piernas le dolían, y también le sangraban, porque se había clavado algunas esquiras de cristal de las arañas.

—No importa, vamos para allá —repitió Enrique—. Es más seguro.

Dieron vueltas para evitar el centro, repleto de gente y cortado por el velorio de Evita. Cuando llegaron al Policlínico de Avellaneda, Enrique bajó corriendo y buscó ayuda. Metieron a Sofía en una sala de guardia y enseguida la atendieron dos médicos, que le sacaron

esquirlas de la pierna y le dieron unos puntos en un corte más grande. Le lavaron algunas partes del cuerpo con agua oxigenada, para sacarle la sangre seca de ella, y también de otros. Por lo demás, sólo necesitó un tranquilizante. Durmió una media hora, hasta que volvió el médico. Estaba con Enrique, que tenía una mano vendada.

—Tuviste suerte —dijo el doctor—. ¿Sabías que acá fue donde le hicieron la última operación a Eva?

—¿Cómo fue? —preguntó Sofía.

El doctor esbozó una sonrisa que tenía un poco de tristeza.

—Duro. Era una leona muriéndose. Su espíritu seguía ahí, pero el cuerpo no le respondía. Estaba flaquita, era un poco impresionante —el médico le dio un blíster y miró a Enrique—. Le dejo unos analgésicos, por si duelen los puntos. El resto está impecable, la chica es irrompible —se despidió de los dos y salió. Enrique acercó una banqueta a la cama.

—¿Cómo estás, mi amor?

Sofía lloró.

—Me asusté —dijo, entre lágrimas. Enrique le tomó la mano con su mano sana y ella miró la que tenía vendada—. ¿Vos cómo estás?

—Bien. Sólo un rasguño.

—¿Y la gente?

—Muchos no tuvieron suerte —dijo Enrique—. Pero tengo una buena noticia. Es sobre el General.

—¿Va a venir? —Sofía se limpió las lágrimas de las mejillas con el antebrazo.

—Le gustaría, pero no puede. Tiene que estar junto a Eva hasta el final —Sofía asentía—. Pero quiere que hagas algo por él. Decidió que el domingo termina el funeral y quiere que sea como vos y todos

los peronistas auténticos se lo merecen —se acercó a Sofía y bajó un poco la voz—. Van a llevar a Eva a la CGT para dejarla ahí hasta que construyamos el monumento. El domingo a la tarde queremos hacer un último acto en su memoria, con vos. Va a ser grande.

—¿Muy grande?

—En la cancha de Racing. Esperamos más de ochenta mil personas —Sofía suspiró, apretó la mano de Enrique—. Vos tenés que ocuparte de seguir haciendo tu maravilla. Vamos a encargarnos de la seguridad, te prometo que nunca más va a pasar lo de hoy, no voy a permitirlo —Enrique mordió rabia e impotencia y golpeó la camilla frente a la que estaba Sofía, ella lo agarró de las manos y lo trajo hacia ella. Le acarició el pelo sobre la frente. Lo abrazó y sintió que Enrique la apretaba—. Si te hubiera pasado algo, no me lo perdonaría jamás.

—Estoy bien gracias a que me rescataste. Por supuesto que voy a hacer lo del domingo. Pero no por Perón, ni por Evita. Lo voy a hacer por vos.

Enrique la besó.

—Salgamos de acá —dijo—. Te llevo a un hotel cerca de la cancha y descansás ahí. A la tarde empezamos a ensayar y preparamos todo. Tenemos sólo un día.

Sofía dijo que estaba bien, que no se preocupara. No necesitaba ensayar, de hecho. Las últimas veces, los discursos habían sido improvisaciones sobre la base de los que ya conocía de memoria. Le pidió a Enrique que le prometiera que él iba a estar cerca de ella. Él sonrió y le dijo que sí, que iba a estar cerca.

Enrique llevó a Sofía al hotel Ciervo, a unas veinte cuadras de la cancha de Racing. Sofía llamó a su casa en Lobos, y otra vez no pudo hablar con su padre, porque nadie atendía. Se reunió con las mujeres que la habían preparado para organizar el último gran acto. Le dijo a la que la ayudaba a repasar los discursos que no la necesitaba más porque iba a improvisar. Irma, la mujer a la que le había pegado la cachetada, ya no era parte del equipo. Enrique fue a su habitación y pasaron la noche juntos.

A la mañana siguiente, Sofía leyó la fecha del diario: 9 de agosto de 1952. “Qué rápido está pasando todo”, pensó. Desayunaron y, antes de salir hacia el estadio, Sofía se puso la lapicera que le había regalado Enrique en el bolsillo del abrigo. “Nunca se sabe cuándo me pedirán que firme”, pensó. Ya en el auto, Enrique sacó una hoja del bolsillo y se la mostró a Sofía.

—Ésta es la agenda, vamos a repasarla. Hoy vamos a Racing, para que conozcas. Vas a tener un camarín en el vestuario. Después volvés al hotel.

—No quiero estar adentro todo el día —dijo Sofía—. Me gustaría pasear, tengo ganas de ir a la ciudad, no volví nunca desde que me fui.

—Es peligroso.

—Un poco, mi amor... —dijo Sofía, con tono infantil—, por favor.

—¿Y por qué no lo hacemos el lunes, cuando ya terminamos?

—El lunes quiero volver a Lobos, así estoy con papá. No me atendieron las últimas veces que llamé, y con lo que pasó no pude intentarlo de nuevo.

—Hoy mismo me ocupo de que uno de los muchachos llame. Seguro que allá está todo bien. Y lo otro, te doy un auto con chofer,

para que te cuide, ¿está bien? —Sofía lo besó en la mejilla—. Pero antes de que anochezca te quiero en el hotel. Los gorilas salen en la noche y son peligrosos.

—¡Sí, señor! —dijo Sofía, burlándose—. ¿Mañana puedo ir a ver a Eva?

—Imposible.

—¡Pero nunca más voy a poder!

—Una vez que esté a cubierto en la CGT, me ocupo de que la visites un día. Sos la que más derecho tiene. Pero mañana es muy peligroso.

—Está bien —dijo Sofía. Siguieron repasando. Al otro día, ella esperaría en el hotel mientras Enrique iba al último responso de Evita y acompañaba el cuerpo. Eso sería a las 12:00 del mediodía. A las 16:00 vendría a buscarla un auto y la llevaría al estadio de Racing. El acto estaba convocado para las 18:00, pero dos horas antes ya abrirían las puertas del estadio. Cerca de las 20:00, Sofía comenzaría su representación, para finalizarla 20:25, en conmemoración al horario del fallecimiento de Evita, con las campanadas de toda la ciudad saludando su paso a la eternidad. Todo esto lo conversaron en el auto, hasta que Sofía distinguió, adelante, una gigantesca construcción: el estadio de Racing.

—Se llama “Juan Domingo Perón”, ¿sabías? —dijo Enrique. Sofía negó—. Él los ayudó a construirlo, porque no tenían dónde jugar. Cereijo, un funcionario cercano al General, es hincha fanático y les consiguió la guita. A unas cuadras está el de Independiente —dijo Enrique y señaló hacia adelante, donde se veía la construcción—. “A los enemigos hay que tenerlos cerca”, dice Perón. Racing le hizo caso.

Dos hombres de luto custodiaban una enorme puerta celeste con el número 11, que en la parte superior decía “Entrada socios”. La abrieron cuando vieron llegar el coche. Adentro había más hombres de luto, algunos sólo con la corbata negra pero siempre con la cinta. Todos los saludaron al entrar. Enrique y Sofía bajaron del auto y un hombre viejito, canoso y doblado, que le llegaba a Sofía a los hombros, los guio con amabilidad por las columnas dentro del estadio hasta que vieron, desde la platea, el césped, de un hermoso color verde claro y cortado muy prolijo. Adentro de la cancha había un centenar de obreros llevando y trayendo largos fierros y un escenario casi terminado, con dos gigantescos bustos de Perón y Evita de cada lado.

—Me gustaría ver el camarín de la señora, Adolfo —dijo Enrique al anciano de luto. Salieron de la platea y bajaron por un ascensor hasta el subsuelo. Adolfo no paraba de hablar con Enrique sobre los detalles de la organización. Cuando llegaron al camarín, Sofía vio que lo habían acondicionado como una habitación de lujo. Salieron del vestuario y bajaron dos pisos por una escalera, hasta el primer subsuelo del garaje. Estaba lleno de autos. “Son todos de los muchachos”, le dijo Enrique a Sofía. Sofía se quedó rezagada, dio unos pasos hasta una puerta negra de chapa que decía “2do Subsuelo”, escuchó ruidos y se acercó. Cuando agarró el picaporte, apareció la mano de Enrique que la tomó del brazo.

—Ahí no, mi amor —dijo—. ¿Escuchás? Están armando las cosas para mañana, si te ven te van a querer saludar y se demora el trabajo.

Salieron del garaje. Sofía, Enrique y sus custodios atravesaron corredores y pasillos hasta que salieron directo al campo de juego.

Había unos soportes clavados contra la pared del fondo del escenario, Sofía le preguntó a Enrique qué eran.

—Vamos a poner antorchas —dijo él—. Treinta y tres, una por cada año de vida de Eva.

—Qué lindo —dijo Sofía.

—Ese pibe —dijo Enrique y señaló a un policía muy joven— va a estar cuidando el escenario. Es de la Federal, y muy peronista. Se ofreció a estar las veinticuatro horas adentro del estadio.

El policía miraba los obreros que trabajaban armando la estructura. Sofía iba a acercarse a él, pero se detuvo, porque un hombre de luto vino corriendo. Parecía preocupado, llamó a Enrique y le pidió un minuto. Él se acercó y el hombre de luto le habló. Enrique volvió a Sofía.

—Tengo que irme —dijo él y llamó a Darío, que estaba con ellos. Darío se acercó—. Llévala donde ella quiera y cuidala. Es tu responsabilidad.

—Sí, señor —dijo Darío.

—A las 7:00 la quiero de vuelta en el hotel.

—A las 8:00 —dijo Sofía.

Enrique miró a los custodios, sonriendo.

—Lo que diga la señora —la besó y se fue con un grupo de hombres de luto.

XXVI

Unos minutos después, Sofía estaba en el coche con Darío.

—¿Dónde quiere ir, señora? —preguntó él.

—A la capital, al centro —dijo Sofía.

—Va a estar difícil, por el tema del funeral.

—No importa. Vamos despacio.

Sofía miraba feliz y ansiosa por la ventanilla, como si estuviese por comenzar una película cuyo estreno había esperado largo tiempo. Darío salió de Avellaneda, por la autopista, y bajó en Constitución. Entonces Sofía pudo ver, y sentir, de una manera más cercana, el impacto de la muerte de Evita. Los altares callejeros eran muchísimos más, en escalones o en cualquier hueco que soportase una vela y una foto de ella rubia, pelo suelto o atado, morocha, con rodete, con el General, con sombrero, saludando desde un tren, de perfil y seria, de frente

y sonriendo, nítida o borrosa, pero siempre ella, multiplicada al infinito para sentir que no se había ido, como si exhibir todas las imágenes que certificaban su paso en la Tierra pudiera traerla de vuelta, como si recordarla con toda la intensidad humana posible fuera un tributo para que el Altísimo, conmovido y dadivoso, dispensara el milagro lógico de que esa mujer, en apariencia dormida en el ataúd, recuperase la vida a fuerza de evocarla. No había casi nadie en las calles, y los que estaban parecían deambular, aplastados por la tristeza si eran peronistas y camuflados en el apuro si eran gorilas, quizá queriendo festejar pero sabiendo que no debían hacerlo en público. A Sofía le pareció que la angustia era una nube que aplastaba Buenos Aires. De pronto, sintió ganas de llorar. El auto iba por la 9 de Julio, llegando a Avenida de Mayo.

—Vaya hasta avenida Rivera, y baje por ahí —dijo Sofía.

—¿Conoce la ciudad? —dijo Darío, sorprendido.

—Sí, viví acá hasta los dieciocho años.

—¿Segura que no quiere ver por acá? —“Por acá” era la gente triste, la Plaza de Mayo, los faroles enlutados.

—Segura. Ya vi todo.

Darío bajó el auto desde la 9 de Julio hasta avenida Rivera y dobló. Sofía apoyó la espalda en el asiento. El auto la arrullaba. Quería que todo eso terminara rápido. Quería volver con su padre. Quería estar con Enrique, pero de otra manera. Pensó que había tenido suerte de conocerlo, de ser apoyada y rescatada de lo que podría haber sido el final de su vida. Abrió los ojos, la avenida seguía casi vacía y las personas igual: también parecían vacías. Había visto fotos del crac del 29 en Estados Unidos, las caras derrotadas y los cuerpos rotos de quienes habían perdido su trabajo o su fortuna, y estaban inmersos

en una situación que prometía ser eterna; así le pareció a Sofía que vivía la gente la muerte de Eva.

—Yo vivía por esta zona —dijo Sofía, cuando se acercaron a Villa Crespo—. Siga hasta Canning, por favor.

Darío hizo lo que ella le había pedido. En el centro del cruce de las avenidas Rivera y Canning había una garita para control del tráfico vacía, sin policía. Sofía sabía que la mayoría de los agentes estaban en el funeral de Eva. Darío detuvo el auto y Sofía bajó.

—¿Qué hace?

—Quiero caminar sola —dijo ella—. Es el barrio de la infancia.

—Tengo que acompañarla.

—No, quédese. Nos vemos acá en una hora. Vaya a tomar un café, haga lo que quiera.

—Tengo que acompañarla. Además, no hay cafés abiertos, usted lo sabe.

—Yo le hice un favor —dijo ella, seria—. Ahora necesito uno de su parte. Déjeme un poco sola, ¿sí?

Darío resopló, el comentario de Sofía lo había tocado.

—La espero acá. En una hora, ni un minuto más —dijo Darío y volvió al auto. Sofía caminó por avenida Rivera hacia Aráoz. Ante la contemplación de las fachadas, sintió esa mezcla de regreso en el tiempo y lejanía que genera visitar lugares donde se vivió hace años. Algunos frentes estaban pintados de un color nuevo. Llegó a la esquina de Julián Álvarez, donde todavía estaba la sucursal del Banco Nación. Dobló hacia Lerma. Una mujer que debía tener su edad caminaba hacia su lado, tenía un vestido azul y un abrigo. Sofía la reconoció. “Adela”, pensó. Una vecina de los años de infancia. Adela levantó la mirada de una manera mecánica, como se mira a veces

cuando se pasa junto a una persona cualquiera. Sofía supo que ella no la había reconocido, y no habló. No quería. No quería hablar con nadie. Quería estar, caminar, liberarse un rato de la presión de exponerse, de saludar e imitar. Adela pasó de largo a su lado, en silencio.

Sofía fue directo hacia la que había sido su casa, en Julián Álvarez 1058. Miró la fachada, la puerta de entrada de chapa también blanca, gastada. Una ventana-balcón con macetas que daba a la calle y detrás una persiana metálica, también blanca. Adentro, se escuchaba música. Era un tango. La ventana se abrió y Sofía vio aparecer a una mujer de unos sesenta años que tosía con fuerza. Era canosa pero se había teñido de negro. Tenía los ojos oscuros y una mirada liviana y tranquila, llevaba anteojos de marco grueso, silbaba y en la mano tenía una pava, con la que se puso a regar una planta.

—A ver, chiquita —le dijo a un potus—, que el frío te va a secar. Igual no te puedo dar mucho, no seas angurrienta.

La mujer echó agua y Sofía pudo ver, por el humo que echaba, que la pava estaba cargada con agua caliente. Reconoció a la mujer de cuando le habían vendido la casa, hacía ya diez años. Era viuda, su marido le había dejado una fortuna, y había comprado el lugar para ella sola. La mujer bostezó, vio a Sofía y pegó un respingo.

—¡Nena, qué susto! —gritó con una voz exageradamente afectada—. Estoy chiflada, sí. Pero el agua caliente les hace bien, ¿sabías? Eso sí, nunca tiene que estar hirviendo, para no quemarlas, pobrecitas. ¿Y a vos qué te pasa? ¿Estás bien? —Sofía sonrió—. Tenés carita de cansada. ¿Qué hacés mirando mi casa, se puede saber?

—Nada —dijo Sofía. La mujer se acomodó los anteojos y examinó a Sofía.

—Yo te conozco.

—Sí —dijo Sofía.

—¡Sos Evita! —gritó la mujer y rio de su propia ocurrencia. No, es un chiste. Ya sé, sos la hija de Lorenzo, me acuerdo patente. ¿Querés pasar? ¡Esperame que te abro! —chilló la mujer antes de esperar respuesta a su pregunta.

Desapareció de la ventana y unos segundos después Sofía escuchó que abría la puerta. La mujer la abrazó y la invitó a pasar. Cuando entró a su antigua casa, Sofía experimentó, más que antes, esa sensación extraña de volver a lugares del pasado que ya sentimos ajenos, como recordar un sueño que una vez fue nítido y con el tiempo se fue esfumando en sus detalles concretos, pero no en la impresión que nos dejó. Sofía miró el piso del zaguán, recordaba bien esos dibujos de los azulejos porque los usaba para jugar, le gustaba saltarlos de a dos; y en las insoportablemente calurosas tardes de verano, cuando todos dormían la siesta, se tiraba de espaldas y se dejaba atrapar por el frío de ese piso. No pudo frenar a mirarlo más en detalle, ya la señora la metía en el *living*.

—¿Cómo era tu nombre, nena? —dijo la mujer—. Esperá... ¡Sandra!

—Sofía. ¿Y usted?

—Yo soy Hortensia. Mis amigos, los pocos que me quedan vivos, me dicen Chicha. Por qué carancho Hortensia se transformó en Chicha, nunca me explicaron, pero bueno...

Hortensia le hizo una seña para que se sentara, abrió un viejo armario, sacó dos copitas y trajo una ginebra.

—Preferiría tomar algo caliente —dijo Sofía.

—¡Esto es muy caliente! —dijo Hortensia. Sirvió las dos copitas silbando un tango que Sofía no reconoció, levantó una, dijo “salud” y se tomó de un trago la suya. Sofía la imitó—. Ahora sí te hago un cafecito, ¿querés?

—No tengo tiempo, en verdad.

—¡Siempre hay tiempo para un cafecito! Además, ¿qué tenés que hacer? ¿Ir al velorio de la rubia? ¡Me tienen harta con el velorio! Estoy contenta porque mañana termina.

Hortensia se fue a la cocina. Sofía se paró y caminó por el *living*. La antigua imagen que tenía del lugar y esta nueva se fundieron en su imaginación. En una mesita con carpeta había un teléfono blanco, igual a los que usaban las heroínas de las películas argentinas. Sintió frío y el calor de ginebra expandiéndose en su interior. No vio una sola foto de Perón o Evita, un solo signo de adhesión al movimiento y eso le gustó; era una manera de descansar, de relajarse en una burbuja momentánea. Para signo del partido, ya estaba ella. Sí había una foto de Hortensia con un hombre y dos niños, en blanco y negro, un retrato sacado en una casa de fotos. Lo supo porque abajo estaba su firma, Apolo. Una alfombra roja cubría todo el piso. Recordaba que Hortensia había comprado la casa con el mobiliario, pero evidentemente ella lo había vendido o tirado. En una esquina estaba la radio. Muebles en que debía guardar vajilla y mantelería. Había también una televisión. Era la primera vez que Sofía veía una en la realidad, y no en las fotos de las publicidades de las revistas. En Lobos, sólo una persona tenía televisor.

—¿Te gusta mi aparatito? —dijo Hortensia. Apoyó una bandeja con dos cafés y una azucarera en la mesa—. Lo primero que pasaron

fue el discurso de Eva, el 17 de octubre del año pasado. El día que dijo que si se moría la iban a levantar, qué sé yo...

—“Y aunque deje en el camino jirones de mi vida” —dijo Sofía—, “yo sé que ustedes levantarán mi nombre y lo llevarán como bandera a la victoria”.

—Epa —dijo Hortensia—. Hasta igualita en la voz, te sale.

—No había visto ninguna tele.

—¡Es el futuro! Lo único que hay ahora es el velobodrio, pero ya habrá más y mejores cosas, seguro.

—¿El qué?

—El velobodrio, una palabra que inventó mi amiga Lidia. El velorio que es un bodrio, lo único que pasan. En la radio es igual, hay música de muerte todo el día. Dan ganas de suicidarse.

—¿Puedo ver un poco?

Hortensia se acercó al televisor, giró una perilla y del vidrio se hizo la luz, una imagen y Perón, estrechando la mano de un hombre. Un locutor que decía lo mismo: “El Excelentísimo General saluda a los enviados del país vecino de Uruguay”.

—Pobre Juancito —dijo Hortensia—. Para mí es un tarado, pero me da pena —Sofía se quedó mirando la televisión. Pensó que le hubiera venido bien tener una para ver a Evita y así poder imitarla mejor—. Disculpame —dijo Hortensia, seria—. ¿Vos sos peronista?

—Estem... Un poco.

—Yo no, pero me da pena, porque está triste. Mirá qué cara de desgraciado tiene. Aunque ya me gustaría que termine el luto. ¿Viste la cantidad de gente que va? Parece que están todos anémicos. Ya se murieron veinte en avalanchas. Vení, sentémonos que se nos enfría el cafecito.

Sofía contemplaba la magia de ese aparato iluminado desde adentro, donde las figuras se movían. Pensó que era un pequeño cine en casa. Vio las caras desahuciadas de los deudos, con una angustia que parecía más grande en esas imágenes que estaban animadas, y no fijas como en las fotos. Perón saludaba a todos. Tenía la congaja que ella le había sentido en su encuentro, pensó en él con amor, pensó que lo que harían al otro día en Racing sería maravilloso, ojalá él pudiera ir. Se sentó y se dedicó a Hortensia.

—¿Y cómo se sintió acá, en la casa?

—Bien —Hortensia sopló el café y tomó un sorbo—, es un barrio muy tranquilo.

—Sí —dijo Sofía y pensó que Lobos era todavía más tranquilo, casi un desierto al lado de lo que era esta calle. Aunque en esos días de luto todo Buenos Aires, todo el país recorrido parecía un desierto donde los pocos que pasaban semejaban a peregrinos extraviados, empujados por el dolor. Conversaron relajadas, más bien habló Hortensia, de su día a día con las plantas, con sus recorridos por dos o tres negocios de la zona. En el patio había pajaritos y ella les tiraba migas de pan a la mañana. Sonó el teléfono, con una campanilla fina y casi graciosa. Hortensia se levantó y atendió, cruzó unas palabras con quien la había llamado y volvió a sentarse con Sofía.

—Es una amiga —explicó—. Nos juntamos estos días a escuchar un disco o jugar a las cartas. Todo con cuidado, porque si ven dos personas juntas y no están llorando te acusan de traidor y vas preso.

“Papá”, pensó Sofía.

—Disculpe, ¿me permitiría usar el teléfono?

—Claro, nena. Total, no me llama nadie. No tengo novio. ¿Vos tenés novio?

—Me parece que sí.

—¿Te parece? ¡Que se defina rápido el muchacho! —dijo Hortensia y sonrió—. Decile que yo digo eso, porque sos linda y debés tener mil pretendientes.

Sofía fue al teléfono y marcó el número de su casa. Nadie atendió. En la impaciencia, advirtió que estaba enrollando su dedo en el cable. Pensó que era hora de probar otra cosa. Marcó el número del doctor Tagliaferri, lo sabía de memoria por las muchas veces que lo había llamado para combinar un turno, o para que auxiliara a Lorenzo.

—Hola —dijeron del otro lado, Sofía reconoció la voz del doctor Tagliaferri. Lo escuchó raro, ido. Sería la distancia.

—¿Doctor? Hola, soy Sofía.

—Gracias a Dios —dijo el doctor y echó un gran suspiro, pareció aliviarse de una carga que lo aquejaba—. ¿Estás bien?

—¿Qué pasó?

—Probé llamándote a hoteles de gremios, a la Central del Partido, pero nadie sabía decirme dónde estabas. Me parece que no querían que habláramos.

—¿Qué pasó?

—¿Estás sola?

—No.

—¿Podés hablar?

—Un poco. Sí.

—Va a ser mejor que vengas a Lobos.

—Imposible. Estoy en la capital. ¿Qué pasó?

—Sofía, tu papá está muerto. Esteban también —Sofía se dejó caer en la silla junto al teléfono. Hortensia miraba la tele. Perón

saludaba gente—. Hacía días que no me llamaba y fui a ver cómo estaban. Llegué y encontré la puerta abierta. Estaban los dos en el comedor. Les dispararon a quemarropa.

Sofía se dobló en la silla, resistió el impulso de gritar y soltar el teléfono, porque tenía el deseo de saber qué había pasado. Hortensia soplabla su café. Perón saludaba a una mujer.

—Llamé a la policía. Dice que el arma era de Viktor —continuó Tagliaferri—. Lo buscan por esto, por matar a Tito y hasta al comisario.

—¿Y usted lo vio?

—Sí, vino a verme —dijo Tagliaferri. Hortensia tomaba café, la mujer que saludaba a Perón se había puesto loca de angustia, lloraba y se abrazaba al General—. Me dijo que no tiene nada que ver. Le creí, Sofía. Me dejó el teléfono de donde va a estar, por si vos te contactabas. ¿Confías en él?

—Deme ese teléfono.

Sofía iba a pedirle papel a Hortensia, pero le daba vergüenza que ella viera su angustia, las lágrimas que ya le caían. Buscó en el bolsillo la lapicera que le había regalado Enrique y le quitó el capuchón con la boca, porque en la otra mano tenía el teléfono. Temblaba y el capuchón se le cayó. Ya lo levantaría, ahora había que anotar bien el número. Tagliaferri dictó el teléfono despacio y Sofía se lo escribió en la mano. La pluma le raspaba la palma.

—Los forenses que recibieron los cuerpos acá en Lobos son amigos míos —dijo Tagliaferri—. Me contaron que al otro día fue gente del partido y se los llevó, decían que iban a ocuparse ellos del entierro. Disculpame, no pude hacer nada.

—Está bien. Gracias, doctor.

—¿Vos dónde...? —empezó a decir Tagliaferri, pero Sofía cortó y pensó que debía volver para ver a Enrique. Si alguien podía ayudarla, era él. Claramente, los gorilas habían vuelto a atacar con un acto mucho más salvaje y siniestro para quitarle a Sofía las ganas de subir al escenario la noche siguiente.

—¿Estás bien? —preguntó Hortensia.

—Sí —dijo Sofía y rompió a llorar. Hortensia la abrazó. Sofía, sentada, la tomó de la cintura.

—Chiquitita, ¿qué pasó?

Hortensia la acariciaba, Sofía seguía llorando con espasmos. Detuvo el llanto de golpe y se paró como impulsada por un resorte. Se guardó la lapicera en el bolsillo.

—Tengo que irme ya.

—Esperá, descansá un poco.

Sofía salió del *living*, pasó por el zaguán y abrió la puerta de calle. El frío le pegó en la cara, cerró la puerta y empezó a caminar a la esquina, cada vez más rápido. Las lágrimas volvían a caer, con más fuerza. Cuando llegó a la avenida Rivera, aceleró hasta correr. Corría y lloraba y gritaba, sola, como si escapara de una maldición, como si la persiguieran para matarla. Unos metros antes de llegar al auto de Darío, donde él la esperaba leyendo un diario, Sofía se cruzó con dos mujeres un poco más grandes que ella. Se echó sobre una de ellas, que la abrazó.

—Querida, tranquila —le dijo la otra mujer—. Todas estamos muy mal por Evita.

La que la había abrazado le acariciaba la espalda, dijo que Evita ya no sufría y que había que pensar en eso. Sofía lloraba a gritos. Darío salió del auto y se acercó a ellas.

Hortensia apagó la tele pensando en lo loca que estaba la chica que la había visitado. Cuando metió las tazas en la bandeja para llevarlas a la cocina, vio un resplandor bajo la mesita del teléfono. Se agachó y lo levantó. Era el capuchón de una lapicera, en el que reconoció el escudito del Partido Justicialista.

—Qué espanto —susurró.

Fue a la cocina, lavó, secó y guardó las tazas y la cafetera. Bostezó, pensó que ella era muy activa pero el velorio constante le daba fiaca, ganas de quedarse en la cama todo el día. Antes de irse a dormir la siesta, levantó la tapa del cesto y tiró el capuchón peronista a la basura.

XXVII

Sofía y Darío hicieron la vuelta a Avellaneda en silencio. Él, de vez en cuando, la espiaba por el espejo retrovisor. Ella miraba por la ventanilla hacia la nada, con la mirada perdida. Cuando estaban por llegar al hotel, Sofía le dijo:

—Vamos a Racing, necesito ver a Enrique —Darío la miró por el espejo. No podía hacer eso, ella lo sabía—. Por favor —suplicó Sofía al borde de las lágrimas.

Ya había llorado mucho. Después de abrazarse con las mujeres, se había ido con Darío y le había contado la verdad de su angustia.

—Bueno —dijo él en el auto—, vamos al estadio.

A modo de agradecimiento, Sofía le sonrió. No podía más que eso, tenía un fuerte dolor en los antebrazos y el pecho, sentía que contenía tal cantidad de angustia que si la liberaba la tendría llorando

por horas, y no le dejaría nada de la energía necesaria para el acto del día siguiente. A pesar de que la noticia era tremenda, nunca dudó de que fuera a hacerlo. También sentía un vacío, porque todo esto lo estaba haciendo por el movimiento al que se había entregado, pero también por su padre, para darle el mejor tratamiento y un buen lugar los últimos años de su vida. El segundo motivo había caducado, ahora todo sería por Perón y por la memoria de Evita. Y por Enrique, como le había dicho a él. “Sí, pero cómo me duele”, gritaba en su interior, sintiendo que volvía a ser niña, que quería esconderse, llorar debajo de su cama y que vinieran a decirle que todo estaría bien, que papá sólo estaba de viaje. Pensó que no había sido tan buena la idea de ir a la casa de su infancia, para enterarse allí, por teléfono, de que su padre había muerto. Sintió culpa por no haber intentado llamar más seguido, por no escaparse unas horas del circo del que era parte, y visitarlo un rato en Lobos. Ya no lo vería nunca. ¿Y el cuerpo? Todas éstas eran preguntas que escuchaba en simultáneo en su mente, con la práctica que le había dado escucharse a sí misma en las horas de imitar a Evita muerta.

Sofía respiró profundo. Las últimas semanas se había demostrado a sí misma un autocontrol y una valentía inéditos. No iba a claudicar. Recordó que en la última conversación con su padre él le había demostrado el orgullo que sentía por ella debido a lo que estaba haciendo. Eso le daba fuerzas y la mantenía con el ánimo para el último paso que se acercaba. Sólo unas horas más y ya todo terminaría. No tendría sentido seguir haciendo el simulacro una vez que Eva fuera depositada en la CGT. ¿Habrían hecho los moldes para los bustos? Sería divertido verlos.

Unas cuadras antes del estadio, algo bajo el auto estalló y se hundió la parte delantera izquierda. No fue un sonido grande, pero Sofía estaba hipersensible a los ruidos tras la explosión del día anterior. Eso y la angustia que cargaba le hicieron pegar un fuerte grito.

—Tranquila —dijo Darío—, debe ser una rueda.

Estaban a unas cuadras del estadio. Darío bajó y chequeó la rueda. Sofía también bajó y se quedó mirando la gran mole de cemento a unos metros: Racing Club. Los negocios estaban cerrados. Más allá, hacia adelante, estaba la cancha de Independiente, los llamados Diablos de Avellaneda.

—Voy yendo, Darío —dijo Sofía y empezó a caminar al estadio.

—Señora, espere, tengo que acompañarla.

—¿Vas a dejar el auto solo?

Darío volvió a mirar la rueda. El neumático había reventado y estaba abierto.

—Son dos cuadras. Necesito ver a Enrique rápido. Le digo a él que me lleve al hotel.

—Avísele que me quedé cambiando la rueda y vengan, así los llevo.

Sofía se acercó a Darío y lo besó en la mejilla. “Gracias”, dijo ella. “Todo va a estar bien”, le dijo él, “lo siento mucho por su padre, seguramente fue un gran hombre”. A Sofía se le humedecieron los ojos. “Como a Perón cuando hablaba de Eva”, pensó. “No vamos a llorar más”, pensó también.

—Sería bueno —dijo él— que Enrique no supiera que la dejé allá sola con la mujer...

—No se preocupe. Diré que me acompañó a un bar y desde ahí llamé. Nos vemos después, Darío.

Sofía caminó al estadio, cuando estaba a menos de una cuadra, desde la esquina, vio a un hombre de luto entrando en la puerta 11. Le gritó para que la esperase, pero él no la había escuchado. No vio ningún otro hombre de luto, custodiando ninguna puerta. “Todos los peronistas deben estar ya en la CGT, haciendo fila para ver a Eva por última vez”, pensó. “Yo quisiera, pero éste es mi deber”.

Entró, hizo el mismo camino que unas horas atrás, se asomó al estadio y en el escenario vio al policía joven, solo, iba a llamarlo pero vio que el hombre de luto que había entrado antes abrió una puerta que daba a las escaleras interiores. Sofía lo siguió y recordó la última puerta, la que daba al segundo subsuelo y en la que Enrique le había sugerido no entrar para no distraer a los muchachos. Si Enrique estaba en algún lado debía ser ahí, o al menos estarían los hombres de luto que sabrían dónde encontrarlo. Si todavía él temía que su presencia desconcentrara a los muchachos porque iban a querer saludarla, eso no sería problema, porque ella no estaba de ánimos y no les robaría ni un minuto. Tenía miedo de que notaran su tristeza y le preguntaran qué había pasado, pero no tenía ganas de responder, de contarle a quien se le cruzase que su padre había muerto. Era mejor espiar un poco hasta encontrar a Enrique. Escuchaba los pasos del hombre de luto que bajaba y lo siguió sin que se diera cuenta. El hombre de luto llegó al primer subsuelo, subió a un auto y salió por la rampa hacia afuera. Sofía lo vio hacer y esperó unos segundos, se acercó a la puerta que daba al segundo subsuelo. Esta vez, a diferencia de la mañana, no escuchó ruidos. La abrió y vio una escalera que bajaba hasta el garaje, adentro parecía estar oscuro, salvo por el reflejo de una luz muy tenue. Bajó despacio. Por lo poco que podía ver, notó que la escalera en la que estaba era

idéntica a las anteriores, pero le faltaban las barandas y pintura a la pared, como si en el apuro por inaugurar el estadio hubieran dejado los lugares menos visibles, o que tendrían poco uso, sin terminar. En la penumbra, escuchó una gota que parecía caer sobre un charco y un zumbido molesto, como de aparato eléctrico. Cuando terminó el descenso, se asomó al segundo subsuelo y entró.

Vio al fondo que la rampa de entrada y salida del garaje había sido cubierta por grandes paneles. Una docena de postes con lámparas en la parte superior, que no eran de la construcción original, iluminaban una parte sectorizada del espacio en el que había mesas largas con cosas, sillas y un enorme pizarrón. Vio una heladera Siam, ése era el murmullo eléctrico. A su derecha había una puerta con un cartel que decía “Basura”. Sofía abrió, era un espacio de cuatro por cuatro, con un *container* y la enorme boca del ducto encima. Era como el incinerador de algunos edificios, seguramente echaban la basura por ahí hasta abajo, para recogerla completa, y después la sacaban en un camión. El olor le produjo náuseas y cerró la puerta. Caminó hacia el sector iluminado, al fondo. Allí vio unas cajas largas, de madera, distinguió en ellas manijas que brillaban. “Serán partes de autos”, pensó. Vio un armario chiquito. Quedó frente al dorso de un panel sostenido por soportes y con ruedas, claramente era un pizarrón. Dio la vuelta para mirarlo de frente y se alegró: en él había, clavadas, fotos de Evita. Cientos. Las primeras eran de su mejor época, vital y llena de energía, en innumerables actos. Sofía caminó disfrutando cada una, y a medida que se acercaba al final del pizarrón iban apareciendo imágenes de otras épocas. Era una línea de tiempo hecha con imágenes, parecido a lo que había hecho ella sin querer con su carpeta. Pero esto era muy profesional. Las últimas

imágenes eran recientes, de Evita dentro del cajón. Dejó de sonreír cuando se dio cuenta de que algunas de esas fotos no eran de Eva, sino de ella, de Sofía, en los últimos días: con el niño, con las mujeres que la preparaban; muchas en el ataúd, simulando la muerte, en los galpones y salones de actos. Fotos de ella durmiendo, también. Se acercó a una y la examinó, por la ropa que tenía puesta en la toma reconoció que eran de cuando Tito la había dormido. Descubrió también, porque ya estaba más cerca e iluminada y podía entender, que aquello que brillaba no eran manijas de autos, sino ataúdes. Sintió un vértigo subiéndole del estómago, como si la percepción se hubiera adelantado y hubiera comprendido todo lo que esto implicaba y, ante la imposibilidad de correr, porque la razón seguía pidiendo que se quedara para entender, el miedo se expresó en una convulsión y ganas de vomitar al costado de la larga mesa donde buscaba recomponerse. Mesa sobre la cual también había fotos de Evita, de los distintos actos donde la había representado. Y el molde de una cara. Su cara. Sofía escuchó mil ideas en simultáneo en su interior, una multitud gritando posibilidades. “Corré, salvate, ¿de qué? No estaba claro. ¿No? No, pero no me gusta nada”.

Respiró profundo. La gota seguía cayendo y ahora la veía contra la pared del fondo, un caño corría y atravesaba la pared, una pérdida dejaba caer minúsculas cantidades de agua sobre un charco que todavía era pequeño pero que prometía crecer. Se acercó otra vez a la pizarra. Había cientos de fotos suyas dentro del cajón, en todos los ángulos y todos los escenarios donde la había representado en la primera semana. Recordó que algunas personas le tomaban fotografías con una actitud escéptica, no tenían ni la emoción del deudo que quiere llevarse un recuerdo, ni el desgano del periodista a quien

no le importa lo que pasa pero que necesita una buena imagen para la tapa de la edición matutina. Ésos le habían llamado la atención. Éstas eran las fotos de ellos, los que espían.

Se alejó de la pizarra y fue a otra mesa, más larga y de una madera diferente, más gruesa, sólida. Tenía manchas blancas, polvillo, herramientas que le parecieron de carpintería y una pila de objetos blancos. Tomó uno y lo miró. Al igual que el resto, era una máscara de su cara dormida, sacada del molde en yeso, modificada para que se pareciera más a la Evita que dormía dentro del cajón, pero sin la delgadez mortuoria y repulsiva que tenía en los últimos meses. Una mezcla de lo mejor de cada una, con una expresión de reposo y paz en la muerte. La cara de Eva no tenía eso, en su descanso final se notaba la tensión impresa por los meses de dolor que le había infligido el cáncer. Debía haber doscientos moldes en esa mesa. Sofía siguió caminando, a unos pasos había cuatro mesas largas y altas con ataúdes que tenían una ranura en la parte superior de la tapa y, encastrada en ese hueco, una copia de la cara de Sofía en yeso. Había más de una docena y un papel escrito a mano con instrucciones para armarlos. “Montaje final”, decía la hoja. Había también lijás, máquinas que Sofía ignoraba cómo nombrar, suponía que para cortar maderas o cosas así. Todo un taller.

Quiso pensar algo bueno. Quiso pensar en una escuela de arte peronista en el interior del Racing Club, en esculturas que serían exhibidas en cien puntos diferentes para mantener encendida la llama del recuerdo. Separados del resto, había un ataúd diferente, de metal, y otro que parecía estar lleno de algo, porque la tapa estaba un poco levantada. Lo abrió: estaba repleto de dinero. Fue hasta la última mesa, sobre ella había un gran mapa de Buenos Aires en el

que habían marcado lo que sería la ruta del cuerpo de Eva desde el Ministerio al Congreso el día siguiente. Tres carpetas, una de las cuales tenía escrito en la tapa “Operativo Muñeca”. La abrió y el terror se le disparó en el cuerpo cuando vio adentro fotos de su padre, de Esteban, de Viktor y del doctor Tagliaferri; más fotos de ella en sus representaciones y recortes de los diarios donde había salido. También una agenda del día siguiente, para el acto en Racing. La última línea la hizo soltar la carpeta: “Una vez extinta la réplica, llamar al doctor para que inicie embalsamado urgente”.

Y anotado a mano, debajo y bien grande:

“NO OLVIDAR SACARLE EL PRENDEDOR”.

El documento estaba firmado por Enrique.

Sofía escuchó ruidos y en un acto reflejo, se agachó. Todo continuó en silencio, excepto por la gota, que seguía cayendo. Otra vez, ruido: una tos. Después un sonido incoherente, un hilo de voz fina y gastada, a la que le costó pronunciar una única palabra que Sofía sólo pudo comprender la tercera vez que la repitió.

—Ayuda.

Sofía caminó unos pasos hacia el lugar de donde salía la voz. Contra la pared, al fondo y escondido, había un hombre, maniatado por la espalda a una silla. Tenía un traje blanco manchado de tierra y sangre, llevaba la camisa desabrochada y le colgaba un moño roto. Reconoció el uniforme de los mozos del palacio, en el evento donde había explotado la bomba el día anterior. Por la sangre en el pecho, Sofía supo que lo habían torturado. Tenía la cara desfigurada y le costaba hablar, por la hinchazón de los labios a punto de reventarse.

—Agua... —murmuró.

Sofía fue a la mesa con los documentos, tiró las cosas de un lapicero, y lo llenó con agua del charco que se había formado por la gotera. No le parecía lo mejor, pero era lo único. Cuando se lo puso en la boca al hombre, él abrió los labios y se quejó con dolor, porque le sangraban. Lamió como un perro, rápido y desesperado. Después escupió, con la mirada en el suelo, dijo:

—Váyase.

—¿Quién sos? ¿Qué es todo esto?

El hombre la miró. Tenía la cara muy hinchada.

—Esto es la muerte de Perón —dijo el hombre—, váyase antes de que vuelvan.

Sofía intentó desatar al hombre. No pudo, había que cortar la soga.

—Deje, no podríamos salir. Me van a matar, ya está... —dijo el hombre y se calló, movió la cabeza negando, parecía un loco—. ¡Perdónenos por todo, señorita! —dijo y a Sofía le pareció que él lloraba, pero entre la oscuridad en la que estaban y la cara hinchada del hombre, no podía verlo bien.

—¿Perdón por qué? ¿Nosotros quiénes?

—En la basílica queríamos dispararle a Enrique. La bomba también era para él. No sabíamos que usted iba a estar. Pero no podíamos desperdiciar la oportunidad.

—No entiendo nada —dijo Sofía.

—Enrique es el cabecilla de los traidores de Perón —dijo el hombre, la miraba enojado, como si ella tuviera la culpa de no haberlo sabido—. El General no sabe lo que está pasando detrás de él. Los del palacio eran todos oligarcas que quieren aprovechar la muerte de Eva y financiar el golpe que está armando Enrique con una facción... —el hombre tosió, escupió sangre—. Te llevó para

mostrarte, para que vean que te parecés, porque sos parte del proyecto, y para reírse un rato de vos, Sofía.

—Usted necesita ayuda.

El hombre rio y se quejó, porque la sonrisa hizo que le doliera la cara.

—Vos nos ayudaste. No sabíamos cómo llamar a nuestro grupo y apareciste. Te seguimos a todas partes, mientras tratábamos de frenar a Enrique. En los últimos días, decidimos llamarnos Sofía Capitana.

El hombre tosió y escupió sangre. Sofía se corrió unos pasos.

—¿Y a vos por qué te hicieron esto?

—Quieren que delate a mis compañeros.

Afuera del garaje se escucharon ruidos. El hombre pareció reco-brar ánimos por un segundo y habló rápido:

—Llamá al taller Los Ángeles, en Banfield. El teléfono está en la guía. Dejalo sonar dos veces, cortá y llamá al minuto. Preguntá por Aníbal, decile que hablaste con Fabricio, contale quién sos y avisa-le que mañana en el acto pueden terminar con Enrique y todos los hijos de puta —el hombre tosió, los pasos y los murmullos se escuchaban más cerca, había gente bajando las escaleras—. Andate —Sofía se quedó mirando a Fabricio, soltó el lapicero en que le había dado agua—. ¡Andate!

Fabricio se le echó encima como si quisiera morderla, perdió el equilibrio y cayó, atado a la silla. Sofía corrió a la otra punta del garaje y quedó iluminada bajo los focos, junto a las mesas. No tenía por dónde salir, la rampa estaba tapada y la única puerta de salida era aquella por la que se acercaban los ruidos. Sobre una mesa junto a ella había un ataúd de metal negro, diferente a los otros, abrió la pesada tapa, subió a la mesa y se metió en él, cerró la tapa y quedó

en la oscuridad total, y ya completamente quieta, como sabía hacerlo por haberlo practicado, reconoció la voz de Enrique llegándole opaca a través del metal, pero nítida y clara porque hablaba a los gritos y parecía furioso.

XXVIII

—¡Pantanali, no me joda! —gritó Enrique. Caminaba rápido y un grupo de veinte hombres de luto lo seguía. Muchos de ellos tenían bolsitas con paquetes—. Está todo en orden, ya le dije.

—Pero en la cúpula de la facción tenemos algunas inquietudes —dijo Pantanali.

Habían llegado a la mesa más larga del garaje. Los hombres de luto se quitaron el saco, lo pusieron en los respaldos de las sillas y se sentaron. Hacían ruido, acomodándose. Enrique apagó el cigarrillo en el suelo, sonrió y miró a Pantanali.

—Vayan a un psicoanalista, para que se las saque —dijo, agarró la bolsa que traía, sacó un paquete y se lo dio a un hombre luto. Éste abrió el papel y lo puso en la mesa, eran fetas de jamón crudo y queso. Todo el equipo hacía lo mismo: se sentaba y abría sus

paquetes con fiambres, se repartían vasos y platos y servilletas y cuchillos. Cuando Enrique se quitó su saco y giró para dejarlo en el respaldo de la silla, Pantanali le vio el arma en el cinturón—. Vamos a hacer un repaso, quédese y cualquier cosa me pregunta —dijo Enrique—. Pero no cambiaremos nada, si no es necesario. Bastante me costó llegar acá.

—Nos costó —dijo Pantanali, seco.

—El que puso el cuerpo fui yo, mi amigo —dijo Enrique, le palmeó el hombro y dejó ahí su mano. Fue apretándola a medida que habló—. El que pasó mil horas con el culo sentado en el auto, fui yo. El que casi muere disparado y bombardeado, fui yo. El que convenció a la insoportable muñequita parlante para que mañana haga la gran representación, fui yo. El que se cargó a su cashio, también. ¿Sigo?

—No es desconfianza —aclaró Pantanali. Se corrió para liberarse de la mano de Enrique—, pero tenemos miedo de que Perón se entere.

—Perón no entiende. Se lo digo de primera mano, porque lo vi el día que vino a ver a Sofía. Dígale a los suyos que está todo en orden —un hombre de luto le alcanzó a un sándwich a Enrique, éste lo agarró y lo mordió. Masticando, miró a Pantanali y se lo ofreció—. ¿Quiere?

—Gracias, ya almorcé —dijo Pantanali. Se desabrochó el saco y se sentó—. Me quedo para el repaso.

Algunos hombres de luto fueron a la heladera Siam y volvieron con botellas de cerveza, las destaparon y se llenaron los vasos.

—Por última vez, tranquilo —dijo Enrique. Devoraba su sándwich, rápido—. Ustedes son los políticos que se juntaron con la idea. Una idea que está bien, porque bajar al General es necesario. Pero yo soy el que está en el campo y ejecutivo —Enrique aplaudió,

llamando al orden—. ¡Vamos, gente! A repasar para mañana. ¿Estamos listos?

Los hombres de luto asintieron, y siguieron masticando. Algunos se habían arremangado las camisas. Enrique dejó su sándwich medio mordido en la mesa, agarró el plano de Buenos Aires que estaba sobre la mesa, ahora lleno de miguitas, lo sacudió y lo clavó en la pizarra.

—Me dejan hablar hasta que termine, para evitar preguntas pelotudas que desconcentran —se limpió la boca con la mano, carraspeó—. La idea es salir a las 10:00 del Ministerio, desde acá —puso el dedo en el plano y fue haciendo el movimiento a medida que nombró los lugares—, vamos a bajar por Rivadavia hasta Congreso, velarla una hora o dos y volver hasta la CGT, donde va a quedar el paquete. ¿Qué horario manejan para que termine? —preguntó a Pantanali.

—A las 12:00 —dijo él—. Calculen que entre demoras por imprevistos, o lentitud por la cantidad de gente, será cerca de la 1:00.

—Bien, yo voy a ir hasta que salga del Congreso y me vengo para acá. Ustedes tres —dijo Enrique y señaló a unos hombres de luto mientras caminaba hacia donde estaban los ataúdes— se quedan hasta que Evita entra a la CGT. Después, dos se vienen para acá y uno queda allá, por cualquier cosa. El acto en Racing está programado para las 6:00. Vamos a abrir las puertas 12 y 13 para que entre la gente, ninguna otra, porque si no es un quilombo. Ponemos cuatro ataúdes para los que quieran meter guita, háganles ranuras y un cartelito lindo que avise que es para el monumento, con una fotito de Eva.

—¿Y ese que parece un auto? —preguntó un hombre de luto, mirando el ataúd de metal donde estaba metida Sofía.

—Este chiche —dijo Enrique y lo tocó— es una réplica del que van a usar para Evita. Acá va la nuestra.

—¿A qué hora terminamos? —preguntó Pantanali.

—La piba va a hablar media hora, hasta 20:25 —dijo Enrique. Volvió a la mesa, agarró su sándwich y le dio un mordisco—. La hora en que supuestamente murió Eva.

—¿Supuestamente? —preguntó un hombre de luto, masticando su segundo sándwich.

—Eva murió 20:23 —explicó Pantanali—. El Ministerio dijo y veinticinco porque es más fácil de recordar.

—¡Qué hijos de puta! —dijo otro—. Y encima la quieren embalsamar, como si fuera un animal.

—Hablemos de cómo seguimos después del acto, por favor —rogó Pantanali.

—Acá el amigo —Enrique señaló a uno de los hombres de luto que levantó la mano con su copa de vino servida—, le va a poner una inyección a Sofía con una burbuja de aire, apenas ella termine el discurso. No deja secuelas, como usted quería, para no marcar el cuerpo ni dañarlo. Es lo que yo le había enseñado a Tito. Por suerte no llegó a hacerlo, si no hoy no tendríamos este negocio entre manos. Yo me ocupo de ponerla en ese ataúd —Enrique señaló el ataúd metálico—, y con una *pick-up* nuestra lo llevamos a la CGT, donde usted nos va a estar esperando. Le llevo el cuerpo y la plata que hayamos recaudado, todo junto.

—Apúrese —dijo Pantanali—, el doctor tiene que hacerle unas cosas rápido, porque si no se descompone.

—Yo llego en punto con la muerta, y ustedes le hacen lo que quieren —dijo Enrique. Dejó el sándwich y se encendió un

cigarrillo—. Me preocupa un poco el gallego, el embalsamador oficial. Dicen que es amigo de lo correcto.

—Mañana cuando usted llegue no va a estar, lo vamos a solicitar para algo —dijo Pantanali—. El lunes va a tener un accidente.

—¡Me encantan los accidentes! —dijo Enrique, los hombres de luto rieron.

—¿Se encargó de la familia? —preguntó Pantanali.

—Ya borramos al padre y toda la documentación que certifica su existencia. El enfermero fue un costo lateral, pobrecito. Nos queda el ruso borracho, es un eslabón suelto, pero es menor, no me preocupa. Para el resto del mundo, Sofía no existió nunca.

—Igual es importante terminar con todo. Búsquelo.

—Sí, amigo. Cállese un poco, cómase un sándwich y dígame cómo está la parte que le corresponde a usted.

—Todo en orden. Usted nos da a Sofía y se lleva el cuerpo de Eva a Ezeiza, donde va a tener un avión esperándolo. A partir de allí nos encargamos nosotros. Queme todos los papeles cuando termine, por favor —Pantanali miró a los hombres de luto. Se paró—. Muchachos, el partido está agradecido por sus servicios. Prefiero no decir más de lo que sucederá con el cuerpo de nuestra Jefa, delante de ustedes, para no comprometerlos con la justicia si algo sale mal.

—Siempre y cuando le den cristiana sepultura a Eva... —dijo uno. El resto apoyó, masticando, el comentario de su compañero.

—Claro, por eso es que hacemos todo esto —dijo Pantanali—. ¡No vamos a permitir que a la Señora la mutilen y la exhiban como a un títere! Cuando sea enterrada, les prometo informarles del lugar, y si ya tenemos control del gobierno hacemos un viaje para verla y repatriarla.

—¡Viva Evita! —gritó uno de los hombres de luto. El resto aplaudió. Pantanali se paró y salió hacia la puerta.

—Lo acompaño —dijo Enrique, caminaron unos pasos juntos—. A mí más que una excursión para ver la tumba —le susurró a Pantanali—, me interesa el tema de la guita. Cada vez que nos cruzamos, me evita hablar del asunto, “compañero”.

—Porque no podía hacerlo delante de todos, por si alguno de los suyos es un gorila encubierto —dijo Pantanali.

—Respondo de mis muchachos con mi propia vida —dijo Enrique.

Subieron unos escalones. Cuando salieron de la vista de los hombres de luto, Pantanali frenó y habló:

—Mañana reparta todo lo que deje la gente con ellos, así les damos algo. Cuando me traiga el cuerpo, usted tendrá su segundo cheque, no se haga problema. Le pido la misma confianza que me pidió usted a mí.

—No me hago ningún problema —dijo Enrique—, pero si eso no es así como me decís, los busco y los embalsamo a ustedes —Enrique le guiñó el ojo—. Chau, Pantanali. Pida ayuda a alguno de los muchachos que están arriba para salir, que Racing parece un laberinto.

Pantanali salió del subsuelo, Enrique volvió a la mesa con sus muchachos.

—¡Abran un par de sidras, che, que mañana no vamos a poder! —dijo Enrique.

Varios hombres de luto fueron a la heladera Siam y sacaron sidras con la etiqueta de Perón y Evita, un regalo del gobierno para su gente en la Navidad del año anterior. Hubo ruido de tapones de

botellas saltando, risas, las copas que se llenaban y brindaban. Enrique levantó la suya.

—Compañeros —dijo—, mañana se termina un largo camino juntos. Sepan que hicimos lo más digno que puede hacer un peronista auténtico: apoyar a Eva, el auténtico corazón del movimiento, y evitarle la humillación anticristiana que significaba su embalsamado. Ya lo dice la Biblia, “del polvo somos y al polvo volvemos”, así que estamos cumpliendo con un mandato divino. La historia estará con nosotros. ¡Viva Eva! —“¡Viva!” gritaron todos juntos y tomaron, Enrique se quedó mirando la botella.

—Era linda Eva —dijo uno.

—Sí, yo la vi una vez. Parecía un ángel —agregó otro.

—Qué pena me daba cuando estaba flaquita —dijo otro que se servía su segunda copa.

—La verdad que la pibita es igual. ¿Cómo se enteró de ella, jefe? —preguntó uno de los hombres de luto a Enrique.

—Por Pantanali —dijo Enrique—. La encontró él, en un sótano. Lo que estaba haciendo empezó a crecer y unos días después me contactó para que lo ayudara. Le pagué a unos tipos para que la maltrataran en un bar y me presenté como un héroe. Se la compramos a Tito, el que la manejaba. Pero ese día se levantó del cajón y empezó a hablar. Era una cosa maravillosa, nos pareció mejor tenerla viva y usarla un poco más.

—Jefe, hablando de usarla —dijo un hombre de luto en tono pícaro—, acá si nos permite, los muchachos queríamos...

—¿Qué pasa? —dijo Enrique. Tomó la sidra. Sonreía. El que estaba junto al que venía hablando le golpeó el codo y también sonrió. El que había empezado a hablar continuó.

—Que todos estos días, queríamos preguntarle por ella. ¿Cómo es en la cama?

—¡Son una manga de minitas chusmas! —gritó Enrique, los hombres de luto estallaron en carcajadas y se aflojaron, viendo que el jefe se había tomado el comentario a bien.

—¡Dele, comparta! —gritó otro, al fondo. Se sirvieron más vasos, algunos tomaban del pico.

—¿La verdad? —dijo Enrique—. ¿Quieren la verdad?

—¡La verdad desnuda! —gritó uno.

—Bueno, manga de pajeros. Lamento desilusionarlos, pero esta piba es pésima en la cama —dijo Enrique—. Toda tensa. Me parece que era virgen. O estaba nerviosa, qué sé yo. La habían querido matar un par de veces, eso debe generar tensión en la conchita, ¿no?

Los hombres de gris se rieron y tomaron. Unos se armaban un tercer sándwich, otros comían fiambre directamente del paquete, sin pan.

—Pero... —dijo Enrique y se quedó pensativo. Caminó unos pasos, se apoyó en un ataúd—. ¿Saben qué? En un momento de la noche, cuando estaba arriba de ella, medio aburrido... porque encima la tarada creía que estábamos en una radionovela, ¿vieron? Se enamoró un poquito. Bueno, arriba de ella, haciendo mi trabajo, cerré los ojos... y me imaginé que estaba con Evita. Eso me calentó, me puse loco.

—¡Muy bueno! —gritó uno.

—Me olvidé de que estaba con una rubia desconocida y me imaginé que estaba con la mujer de Perón, dándole bien fuerte, a lo bestia.

—¡Bien a lo gorila! —gritó otro, rieron todos.

—Y cuando tengamos el cuerpo no sean tan chanchos de tocarlo, que yo digo que me imaginé eso cuando estaba viva, ¿eh? Bueno, basta de chismes y a laburar. ¡Salud, por mañana, que será nuestro día histórico! —dijo Enrique.

“Salud”, gritaron todos. Brindaron. Cuando tomaban la sidra, escucharon un sonido extraño. Una risa opaca, apagada. Enrique miró hacia el fondo. Los hombres de luto también.

—Es el gorila atado —susurró uno—. Le dimos un rato largo, pero no hablé.

Enrique terminó su copa de un trago, la dejó en la mesa y caminó hasta donde estaba Fabricio, todavía con la cara en el barro, contra el piso. Los hombres de luto fueron detrás de él.

—¿Día histórico? —susurró Fabricio, con los labios rotos. Reía—. Histórico va a ser cuando los fusilen, estúpidos.

Enrique se acercó y le levantó la cara.

—Por última vez —dijo Enrique—. Decinos quiénes son tus compañeros.

Fabricio rio. Con un movimiento rápido, Enrique sacó su arma de la cintura y le disparó en el muslo. Fabricio gritó y el espasmo que le produjo el dolor le contrajo la columna, como a un gato asustado. Respiraba rápido, profundo, de su frente caían gruesas gotas de sudor sobre la sangre ya seca. Enrique le apoyó el pie sobre la cabeza y apuntó.

—¿Qué hacías en el piso? —preguntó Enrique—. ¿Querías tomar agüita?

—Esperá... —susurró Fabricio, con un hilo de voz. Se mordió los labios.

—No espero nada —dijo Enrique y cargó el tambor del arma. Fabricio empezó a balbucear en voz baja. Los hombres de luto se acercaron, Enrique acercó su oído a Fabricio—. Más fuerte, no me hagas agacharme.

Un hombre entró corriendo al garaje, Enrique le apuntó y los hombres de luto sacaron sus armas. Era Darío.

—Señor... —Darío frenó su carrera, miró a Enrique pisando a Fabricio.

—¿Qué pasó? —preguntó Enrique.

—No encuentro a la Muñeca —susurró Darío, temeroso.

—¿No estaba con vos?

—Sí, pero volvimos —dijo Darío, seguía mirando el pie de Enrique sobre Fabricio—, ella me dijo que venía a verlo a usted.

—¡Tarado! Te pedí que te quedaras con ella todo el tiempo.

Entonces se escuchó lo que Fabricio decía. “Un grito de gora-zón, Viva... Perón”. Estaba cantando la *Marcha peronista* y levantó la voz con su último aliento, con el último resquicio de energía que parecía quedarle, mientras Enrique le hundía el cráneo con el zapato. Fabricio cerró los ojos y cantó más fuerte, Enrique le reventó la sien de un disparo y la *Marcha* se interrumpió.

—Si Sofía no aparece, terminás así —le dijo Enrique a Darío—. ¡Todos a buscar a la Muñeca, vamos! —gritó.

Los hombres de luto volvieron a la mesa, buscaron sus sacos y salieron corriendo del garaje.

Cuando no hubo ningún ruido excepto la gotera, lejana y borrosa a través del metal, Sofía levantó la tapa del ataúd y se levantó. Respiró una bocanada de aire que le pareció fresco y nuevo, a pesar de la humedad que inundaba el aire en el garaje. Bajó y tropezó, se

sintió débil. Temblaba. Fue a Fabricio, tenía los ojos abiertos bajo un charco de sangre negra, que todavía seguía saliendo despacio de su cabeza. Subió al primer subsuelo por la escalera y bordeó la parte interna del estadio hasta la puerta 13, abrió la traba y salió. Fue fácil, era de noche y no había hombres de luto, estaban todos del otro lado del estadio, dedicados a la tarea de encontrarla.

Corrió por la calle Cordero tres cuadras. Podía ver, a unos pocos metros adelante, la cancha de Independiente. Llegó a un bar, en la puerta habían pegado una estampita de Evita con una falsa espiga de maíz. Se sacó el abrigo, se envolvió el puño con él y rompió el vidrio. Entró por la abertura que había dejado, se agachó bajo el mostrador y se quedó unos minutos así, respirando agitada, tratando de no moverse. Desenrolló el abrigo y se cortó la palma de la mano con una astilla de vidrio. Fue a la cocina, abrió la canilla sobre la bacha y puso debajo la mano herida, pero apenas vio que la tinta de los números que había anotado se diluía, la sacó. Salpicando el suelo y el mostrador, fue al teléfono sobre la barra, junto a la caja registradora. Rogando que la atendieran y haciendo fuerza para no llorar, para que se le entendiera cuando hablara, marcó el número borroso que tenía anotado en su mano.

XXIX

Apenas terminó de hablar por teléfono, Sofía sacó el mantel de una mesa y lo puso sobre el hueco que había quedado en la puerta al romper el vidrio. El mantel quedó flameando como la bandera de un ejército derrotado en el centro de un campo de batalla. La ciudad parecía desierta, pero seguramente cuando alguien viera eso, daría aviso a la policía. Si los hombres de luto no pasaban antes. Sostuvo las puntas del mantel con unos broches que encontró cerca de la caja y apoyó una mesa y algunas sillas contra la puerta para apretarla y cerrar el paso. Era una barricada poco infalible, lo sabía. Logró impedir un poco el paso del frío. Anochecía. Miró el reloj sobre la pared, con un logo de Coca-Cola. 6:30 de la tarde. Limpió las esquirlas del abrigo y volvió a ponérselo. Agarró un enorme cuchillo de la cocina y se apoyó contra la barra, en la oscuridad, de cara a la puerta.

Las ventanas tenían pintadas la leyenda “Café La Academia”, que ella leía al reverso porque las miraba desde adentro.

Sí, el mantel era la defensa menos sólida del mundo. Pero no iba a entregarse fácil. Sintió que no tenía chance, los hombres de luto la encontrarían. ¿Y entonces? ¿Qué iba a hacer? ¿Acuchillarlos? Eran todos más grandes y más fuertes que ella. Sin contar con que tenían armas. A uno, quizá, podría herir. Pero les alcanzaría con la fuerza de una mano sola para frenarla. Sintió el mango del cuchillo empezando a humedecerse con la transpiración. Se miró la mano, ahora sí se había borrado el número. No importaba, el llamado estaba hecho. Sintió sed. Estaba en un bar y tenía todo a su disposición, pero no quería moverse para no hacer ruido. Le parecía que el sonido de una chapita saltando llamaría la atención de todos los vecinos. “Me estoy volviendo loca”, pensó. Pasaron dos horas y ella no se movió. Sí escuchaba las voces, la multitud en su interior, la muchedumbre más reconocida por el ejercicio de jugar a Evita. “Bendita decisión la de haber aceptado”, pensó. “Bendita no: maldita. No mires el reloj”. Miró el reloj, había pasado una hora. Una hora quieta escuchando el silencio afuera y el ruido adentro. En la calle, un auto, cada tanto, que no se detenía a mirar ese frente extraño de un bar, con un mantel colgando. Así de ciegos ponía a la gente la desgracia de la muerte de Eva. Sofía transpiraba. “No te muevas. No salgas de la trinchera”. Se acordó de las historias que Viktor le había contado, durante la resistencia del ejército ucraniano. Más horas. No mires el reloj. No lo mires. Si no pasa algo, tendré que salir. Van a encontrarme. Las 9:00 de la noche. Sofía se paró y fue a la heladera, sacó la primera botella que encontró, un agua tónica. Buscó un destapador junto a la caja registradora. Pfffsst, la chapita saltó y antes de que rodara en el piso

Sofía ya se había llevado el pico a la boca y tomaba con ganas, como si fuera la última bebida de su vida. “Fernet”, pensó. “Es un bar, seguro que hay en algún lado. Es que vos nunca tomás en los bares”, dijo una voz. Era ella. Sin soltar la botella de la que tomaba, buscó entre las bebidas alcohólicas, cuando vio la luz de un vehículo que se detenía afuera. Apagaron las luces y el motor, abrieron la puerta y ahora se acercaban. Sofía se agazapó tras el mostrador, en la penumbra vio una mano que corrió el mantel que tapaba la puerta y enseguida le tiró la botella de gaseosa a la silueta. El hombre —era voz de hombre— gritó de dolor. Sofía agarró el cuchillo y lo levantó, dispuesta a la pelea.

—¡No voy a volver! —gritó—. ¡Me van a tener que matar! ¡Hijos de puta!

Viktor arrancó el mantel y se agarró la cabeza, dolorido por el golpe de la botella contra su frente. Sofía sonrió y enseguida, como si esa risa hubiera sido una llave o una autorización, soltó el cuchillo, empezó a llorar sin control y cayó al piso. Viktor corrió hacia ella y la levantó, la sentó en una mesa, la calmaba pidiéndole que hiciera silencio.

—Perdoname —murmuró Sofía. Sentía que toda su tensión de las últimas horas se aflojaba y también sus ganas de morirse, de terminar con todo, la angustia—. Papi se murió —dijo—, lo mataron.

—Ya sé —dijo Viktor.

A Sofía la cabeza le daba vueltas, el corazón le latía con fuerza. Quería vomitar y no. Quería gritar y llorar. Quería abrazar a Viktor y lo abrazó.

—Tranquila, vení —dijo él.

Viktor dejó el bolso que traía en la mesa y lo abrió, sacó una linterna, agarró de la mano a Sofía y la llevó a la cocina. Dejó la linterna contra el suelo para que, pegando contra la pared, iluminara sin tener que prender la luz. Sentó a Sofía en una banqueta. Fue a la heladera y sacó una Paso de los Toros. La destapó con los dientes y se la alcanzó.

—Perdón que te hice venir —dijo ella.

—Tardé porque di muchas vueltas para llegar sin que nadie me viera. Explicame qué pasó —dijo él.

—Pasó que me equivoqué.

Viktor se sentó en otra banqueta y Sofía le contó todo sobre los últimos días y lo que había descubierto. En el medio de su relato, Viktor vio que ella tenía la mano manchada con sangre, agarró el repasador que le parecía más limpio, lo humedeció y se lo pasó. Sofía sintió que Viktor no la miraba con aires de superioridad, ni con ganas de decirle “yo te dije”; la escuchó atento, tratando de captar cada detalle para saber qué decisiones tomar.

—Tenías razón —dijo Sofía.

—Ya está —dijo Viktor.

—¿Y vos qué hiciste? —preguntó Sofía.

—Fui a ver a un conocido que me debía unos favores, me dio un auto y me metí en Lobos —dijo Viktor—. Cuando llegué pasé por tu casa, quería saber si habías llamado. Vi policías en la puerta y seguí de largo. Fui a ver al doctor y le dejé el teléfono. Estuve en el aguantadero de Tito. Siento mucho lo de tu padre, Sofía —ella tomaba la Paso de los Toros del pico y lloraba—. Iba a dejar todo definitivamente mañana temprano, si no me llamabas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sofía.

—¿Llamaste a donde te dijo Fabricio?

Sofía negó con la cabeza.

—Si existen, vamos a necesitar a esa gente.

Viktor le contó sus ideas, basadas en lo que había visto del funcionamiento de los hombres de Enrique y lo que Sofía le había contado. Había una guía del año 1950 bajo la barra, Sofía buscó “taller de Los Ángeles”, en Banfield. Llamó, hizo sonar dos veces la campana y cortó. Volvió a llamar al minuto, enseguida la atendió una voz áspera y sin signos de haber sido despertado, sino de haber sido interrumpido en plena actividad, que dijo:

—Hola.

—Quiero hablar con Aníbal —dijo Sofía.

—Yo soy Aníbal.

—Soy Sofía. Fabricio está muerto —dijo ella—. Sé que los ataques no fueron para mí. Mañana van a matarme, pero podemos terminar con ellos. Necesito ayuda.

—Usted dirá, señora —dijo la voz al otro lado.

—Junte a sus hombres y espere. En una hora lo van a llamar de parte mía.

Viktor y Sofía salieron del bar y caminaron hasta el estadio. En la puerta 10 había un hombre de luto, fumando. Borearon el estadio hasta la puerta 20, que tenía un pequeño candado. Viktor sacó un arma de su bolso y lo rompió de un culetazo. Adentro estaba oscuro, Sofía se guio con la poca luz que le daba la noche para llegar al escenario por la parte de atrás. Se veía el césped, azul por la luna y con puntos brillantes por el rocío de la noche, cerca de escarcharse por el frío. Detrás de una cortina estaban los equipos de audio y el micrófono radial con el logo de LRA 1, que usaba Sofía en sus

presentaciones. Viktor se acercaba a la consola de sonido cuando vieron un rayo de luz, una linterna los iluminó y vieron que el joven policía que custodiaba el escenario les apuntaba con su arma.

—¡Quietos!

El grito retumbó en toda la cancha. Viktor se congeló. Sofía estaba detrás de él y el policía apenas veía su relieve.

—¡Tranquilo, compañero! —gritó ella y su voz fue tan idéntica a la de Evita que Viktor se asustó. Pero vio la cara del chico traspasada por el miedo, como si hubiera aparecido un fantasma—. Cállese, carajo. Soy yo. Soy la Señora. Soy Eva.

Viktor advirtió el leve temblor en las manos del policía, una sosteniendo el arma y la otra la linterna. Faltaba un leve empujón a su razón para convencerlo, Sofía salió de atrás de Viktor y caminó hacia el policía.

—Me están jodiendo —murmuró el chico—. Voy a llamar al comisario. Quédese quieta, señora. Por favor, no me haga disparar.

—Compañero —dijo Viktor con calma pero sin perder de vista la temblorosa mano del policía que sostenía el arma, para tirársele encima en cuanto advirtiera que podía disparar—. Escúchela, es la verdad. No cometa una locura.

—¡Vos callate! —le dijo Sofía a Viktor con un tono imperativo y descalificador—, el compañero puede pensar solo.

—¿Qué está pasando, mierda? —dijo el policía.

Sofía le agarró la mano donde tenía la linterna y la dirigió hacia su cara.

—Míreme bien, compañero. Soy yo. Ahora haga lo que le digo, o el problema lo va a tener con el General, no con el comisario —el chico tragó saliva. Sofía le sostuvo la mirada—. ¿Sos peronista vos?

El policía asintió. Todavía tenía el ceño fruncido, una parte suya no terminaba de creer y pensaba de manera autónoma cómo resolver el acertijo que se le presentaba.

—Pero... —balbuceó y bajó el arma.

—¿Cómo te llamás?

—Martín.

—Simulé mi muerte por el bien del peronismo, Martín —dijo Sofía. Viktor seguía con admiración las palabras que ella pronunciaba y los gestos de Martín, maravillado ante el milagro que se le había presentado—. Vinimos a verlo a usted, porque me lo recomendaron directamente del partido —continuó Sofía—. Apague la luz, por favor.

—¿Y lo del cáncer? ¿La chica que va a actuar mañana? —preguntó Martín.

—Todas mentiras para salvar a la patria, a Perón y a mi persona —dijo Sofía—. Porque los gorilas estaban a punto de asesinarme y ahora que creen que estoy muerta, seré su peor amenaza. La chiquita es parte del partido, pero no es Eva. Eva hay sólo una, y soy yo.

—¡Yo sabía que era mentira! —soltó Martín—. Siempre lo supe.

Martín apagó la linterna, la noche les daba un poco de luz por la luna y el cielo abierto. Las sombras de los tres se reflejaban en el escenario.

—Compañero —dijo Sofía—, mañana daré un último discurso aquí y me iré del país. Siguen queriendo matarme, pero podemos terminar con todos los gorilas y así podré volver. Necesitamos su ayuda.

—Lo que quiera, Señora.

—El compañero aquí presente —Sofía señaló a Viktor, que ya estaba relajado y disimulaba la sonrisa ante la ingenuidad de Martín— queda con usted. Necesita acceso al escenario y a otros lugares del estadio, sin que nadie sepa. Dele todo lo que necesite.

—Claro, Señora.

—Y ni una palabra de esto a nadie.

—Pierda cuidado —murmuró Martín—. Siempre fue suyo mi corazón, Señora. Lo sacrificaré por usted una y mil veces, si es necesario.

El tono de Martín irradiaba amor y calidez sinceros, Sofía sentía un poco de culpa. Se acercó a él, lo agarró de la cara y lo besó despacio, en la mejilla.

—Tengo que irme —dijo Sofía—. Cuando la victoria sea nuestra, el partido le dará una recompensa digna de su lealtad.

—Ayudarla es mi recompensa —dijo Martín—. Viva Perón.

—Viva usted, compañero —dijo ella—. Mañana, no crea nada de lo que escuche. Crea sólo en mí.

—Así será, Señora.

—¿Cómo va a ser la seguridad mañana? —preguntó Viktor.

—Habrá dos policías por cada puerta —Martín hablaba en tono de informe policial, como si hubiera empezado una representación y debiera parecer más serio—. Seremos pocos agentes, porque la mayoría está destinada al servicio final de mañana en el Congreso. Yo estaré en el escenario.

—Señora, necesito un minuto con usted —dijo Viktor.

Sofía y Viktor se fueron a un costado.

—Yo me ocupo de esto y de hablar con los del movimiento —dijo él—. Cuando mañana veas que empiezan los problemas, andá al garaje a buscarnos. Tenés que irte ya, tiene que parecer...

—No te hagas problema —dijo Sofía—, en estos días aprendí a actuar bien.

—Sí —dijo Viktor—, hasta yo vi a Eva resucitada.

Sofía sonrió y miró a Martín, que los esperaba.

—Tratalo bien al pibe, que es bueno —dijo ella, abrazó a Viktor, saludó con la mano a Martín y bajó del escenario. Salió por la puerta por la que había entrado la primera vez que había visitado el estadio. Se asomó para confirmar que no hubiera nadie. En la oscuridad casi total, caminó hasta la esquina. Vio en otra puerta, unos metros adelante, al hombre de luto que fumaba en la puerta 10.

Sofía se apoyó contra un árbol y se relajó. Cerró los ojos. Puso cara de angustia exagerada, pensó en todo lo que la había asustado en los últimos días, en su padre levantándola cuando ella era chica y ella levantándolo a él cuando quedó inválido y el llanto, suave primero y furioso después, se levantó de su estómago y su pecho hasta su cara y sus ojos, hasta que empezó a llorar con espasmos, con mocos y lágrimas, y cuando sintió que había sido invocado con éxito y podría quedarse, gritó y empezó a correr hacia al hombre de luto. Corría, lloraba y gritaba como una loca desencajada, como si la persiguiera el demonio. Simuló un tropiezo sobre el empedrado, la caída fue perfecta para no lastimarse, el hombre de luto ya la había escuchado y corría hacia ella. Cuando llegó, la cara de Sofía era una masa contraída por la angustia, las lágrimas y los mocos, pero en realidad una zona en su interior comandaba la actuación, como si ella fuera en verdad dos: una titiritera que daba las órdenes y el títere que había aprendido a obedecer.

—¡Señora! —dijo el hombre de luto, se agachó para ayudarla a levantarse, le dio un pañuelo, más hombres de luto que habían

escuchado los ruidos ya llegaban—. ¡Por fin la encontramos! ¿Está bien? ¿Qué pasó?

—Se murió mi papá —susurró—. Se murió mi...

No habló más. Gritó como una enferma, desgarrada por el dolor. Los hombres de luto la levantaron, Sofía se apoyó en ellos para caminar. Todos le ofrecían sus pañuelos.

XXX

Sonó el teléfono blanco y Sofía abrió los ojos. Se incorporó en la cama, atendió. Estaba en la *suite* nupcial. Había una barra con bebidas, una radio y un tocadiscos.

—En nombre del hotel Libertador —dijo una voz cálida, del otro lado— le deseamos buenos días, señora.

—Gracias —dijo Sofía, estirándose—. Traíganme el desayuno, por favor.

La noche anterior, entre dos hombres de luto la habían cargado y la habían llevado hasta el auto. Uno se sentó al volante y a ella la sentaron atrás, en el medio, un hombre a cada lado. Sofía supo que

no era para cuidarla, sino para evitar que se les volviera a escapar. Apoyó la cabeza en el hombro de uno de ellos y se lo llenó de moco y lágrimas. Por la velocidad con que la llevaron, Sofía intuyó que Enrique debía de estar bastante alarmado. Al llegar, el hombre de luto que manejaba bajó y corrió al hotel. Los que tenía a los costados no se movieron. Sofía sintió que la miraban como a un bicho raro al que había que temer. Había salido todo bien, hasta ahora. Ella trataba de sostener la angustia que se había generado, para seguir llorando si era necesario. Del hotel salió Enrique, acompañado por otros hombres de luto, entre los que estaba Darío.

—¿Qué pasó? —le dijo a Sofía, desde la ventanilla. Su tono era de rabia, pero trataba de disimularlo—. ¿Dónde estabas?

Los hombres de luto bajaron del auto. Enrique les hizo una seña para que se alejaran, subió al auto con ella y cerró la puerta.

—Papi —dijo Sofía y la boca se le contrajo con la angustia—, papi se murió... Iba a buscarte cuando dejé a Darío cambiando la rueda, y me angustié mucho. Me volví loca, no sé qué me pasó... Él no tiene la culpa, mi amor. Fui yo que...

Sofía lo abrazó y se deshizo en llanto sobre su hombro.

—Se murió mi papi... —gritaba.

—Lo siento, chiquita —dijo Enrique. Miró a Darío, que bajó la vista—. Qué susto me diste.

Enrique bajó con ella, dijo a todos que se fueran y llevó a Sofía a su habitación. Una vez dentro, la sentó en la cama.

—Contame de nuevo cómo te enteraste —pidió Enrique.

—Fuimos a un bar con Darío. Había un teléfono y llamé, ¿viste que yo quería hablar con él hace rato y no lo encontraba? Bueno, ahora no me atendían. Se me ocurrió llamar al doctor, y él me dijo que...

Otra vez Sofía explotó en llanto como un bebé con hambre, el sonido era insoportable. Era la mejor estrategia para no seguir hablando.

—Si querés, dejamos todo y te vas para Lobos —dijo Enrique.

—¡No! —dijo ella, secándose las lágrimas con la manga del abrigo. Pensó que el gran actor de la novela era él, no ella—. Papi quería lo mejor para el General, y estaba orgulloso de mí. Terminemos y me llevás vos. Vamos juntos.

—Está bien.

—Y después nos vamos de viaje, como me prometiste —dijo Sofía—. Lejos.

Enrique volvió a abrazarla. Se paró y fue hasta la mesa, sobre la que había unos papeles.

—Yo sé que es tarde y estás cansada y lo de tu papá...

—Hagámoslo —dijo ella—, repasemos y vos andá si tenés que irte. Te necesitan para lo de mañana, ¿no?

Enrique asintió, sonriendo. Era la 1:00 de la madrugada del domingo 9 de agosto y faltaban un par de horas para que comenzara el traslado de Eva al Congreso. El repaso fue breve: Sofía iba a quedarse en la habitación hasta que él viniera a buscarla, cerca de las 16:00. Irían al estadio, donde se había citado a la gente para las 18:00 y su discurso sería a las 20:00, hasta que sonara la campana evocando la hora de Eva. Ella simuló sorpresa a cada detalle, porque ya conocía toda la agenda, la había escuchado desde adentro del ataúd.

—Aprovechá para descansar —dijo él, con una estima fingida a la perfección—. Mañana es tu día.

—Voy a descansar y estudiar mucho, para ser mejor Evita que ella misma.

—Dejo un hombre en la puerta, para lo que necesites.

“Un hombre en la puerta para que no me escape”, pensó Sofía.

—Gracias —dijo ella—. Ya me voy a dormir. Mañana escucho el funeral por la radio y estudio. No voy a necesitar nada. Sólo a vos.

Enrique se acercó y la besó.

—Mañana termina todo, mi amor.

—Sí —dijo Sofía—. Todo.

Enrique se puso el traje, el sombrero y salió rápido.

—Pediles abajo que me llamen a las 10:00 —dijo Sofía.

Ahora tenía la bandeja del desayuno. Era el más suculento de todos los que había comido desde que había dejado Lobos. “La bandeja sola debe costar el dinero que yo gano en un año”, pensó. Abrió la carpeta con los discursos de Eva, para simular que estudiaba si llegaba a entrar alguien. Pero todos, menos el hombre de luto que Enrique le había dejado en la puerta, estaban en el Ministerio de Trabajo y Previsión, y acompañarían el cajón por su largo cortejo. Sofía distribuyó las cosas de la bandeja del desayuno por la mesa. Encendió la radio y movió el dial hasta que apareció la única emisora, donde un locutor con voz de ultratumba relataba el velorio de Evita. Bajó el volumen y volvió a la mesa. Era un gesto para que la sintieran comprometida con la causa, para que cuando Enrique preguntara a su espía qué había estado haciendo ella durante el día le respondiera: “escuchando el funeral”. Se dedicó a escribir ideas para el discurso de esa noche. Lo hizo hasta el mediodía, cuando el locutor anunció cómo sacaban a Evita del Ministerio y la infinita marea humana la

acompañaba por la avenida Rivadavia camino al Congreso. Pidió un almuerzo liviano y se recostó.

En la cama, de sábanas blancas y con un camisón del mismo color, Sofía se sintió tranquila por un momento. “Si algo sale mal, me matan”, pensó de pronto. “Pero hay que simular calma”, se dijo. Otra vez las voces. “Basta de diálogo infinito. No hay que escuchar a la multitud interior: hoy mando yo”, dijo. “Va a salir todo bien”. Era fácil escucharse a sí misma porque, salvo la radio, el silencio alrededor y en la calle era total. El país estaba acompañando a Eva. Ella tenía que confiar en Viktor y los amigos de Fabricio. Se levantó y rompió en pedazos las hojas donde había apuntado las ideas para el discurso. Dio vueltas en la cama, no podía dormir. Cerca de las 3:00, abrió la puerta, le pidió al guardia que trajera a las mujeres que debían prepararla y pidió que Irma, aquella a la cual le había pegado la cachetada, estuviera con ellas.

—Pero la echamos y hay que buscarla —dijo el hombre de luto.

—Entonces haga su trabajo —dijo Sofía—. Encuéntrala.

Quince minutos después golpearon la puerta, eran las mujeres e Irma estaba con ellas. Vistieron, peinaron y maquillaron a Sofía en silencio. Cuando terminaron, Sofía les pidió a todas que se retirasen.

—Irma —dijo Sofía, cuando las mujeres salían—. Usted quédese, por favor.

Las mujeres la miraron, salieron y cerraron la puerta.

—Señora —susurró Irma, con la mirada hacia el piso—, sé que le hice mal...

—Quiero darte esto —dijo Sofía.

La chica levantó los ojos y vio que Sofía le estiraba el disco con las grabaciones de Evita, el que ella usaba para ensayar los discursos.

—Te vi cómo lo mirabas —dijo Sofía—. Llévalo. Yo no lo voy a usar más.

Irma agarró el disco, miró apenas a Sofía y volvió a bajar la mirada.

—Gracias —dijo y enrojeció.

—¿Qué pasa? —preguntó Sofía.

Irma, llena de vergüenza, agregó:

—Es que no tengo donde escucharlo, señora.

Sofía miró la habitación y señaló el Wincofón sobre la mesa. Era un último modelo, mucho mejor que el que ella tenía en Lobos. Pertenecía al hotel y tenía su logo, una “HL” de color oro.

—Entonces, eso también es para vos —dijo Sofía.

Irma se puso feliz, miró a Sofía que le asintió, como diciendo “sí, es tuyo”. Irma apoyó el disco sobre el aparato, lo desenchufó y lo levantó. Cuando se iba, giró para mirarla y dijo con orgullo:

—Hoy voy a estar en primera fila, señora.

—Entonces nos vemos en un rato —dijo Sofía y le abrió la puerta. Cuando Irma salió con el aparato en la mano, uno de los hombres de luto se le fue encima y la asustó.

—¿Qué hacés? —dijo el hombre de luto—. ¡Devolvé eso!

—¡Tranquilo, mierda! —le dijo Sofía, al hombre de luto, que se congeló—. No sea imbécil, es un regalo mío para la señorita.

El hombre de luto se quedó perplejo, mirando a Sofía, al disco, a Irma.

—Pero es del hotel —dijo el hombre de luto.

—Y usted es mío —dijo Sofía—. Haga lo que le digo, si quiere seguir trabajando.

Sofía le dijo a Irma que podía irse. Ella caminó por el pasillo alombrado del hotel y salió. Sofía cerró la puerta con fuerza. Al rato, llegó Enrique.

—¿Cómo estuvo todo? —preguntó ella.

—Muchísima gente, ni te imaginás —dijo él—. Unos venían directo de la CGT a hacer fila a Racing. ¿Estás lista?

Sofía se levantó de la silla y agarró la cartera.

—Más que nunca.

Enrique la besó. Sofía se puso el abrigo que había traído de Lobos. Él le preguntó por qué iba a usar ése, tan feo y viejo. Sofía dijo: “porque quiero hacer una versión más austera”. “¿El prendedor?”, preguntó él. “Acá en el bolsillo”, dijo Sofía. Lo sacó y se lo mostró a Enrique, sonriendo. “Para que no te olvides de sacármelo”, pensó.

Cuando bajaron por el ascensor, Enrique preguntó si había tenido problemas con el hombre que le había dejado en la puerta.

—No, mi amor —dijo Sofía—. Es un santo.

XXXI

Cuando el auto llegó a Racing una larga fila de gente ya se agolpaba ante las puertas del estadio. Sofía bajó y muchos la saludaron a gritos, emocionados, le decían que la estaban esperando, que no habían ido a la CGT para estar cerca de ella, “porque usted es Evita viva”. Los hombres de luto corrían a la gente para dejar pasar a Sofía y a Enrique.

Entraron y bajaron a los vestuarios. Sofía había llevado la carpeta con los discursos y se puso a repasar, Enrique fue a ver que todo estuviera en orden. El mismo hombre que había custodiado su puerta en el hotel se quedó en la del vestuario. Pasadas las 5:00 empezó a irse la luz y encendieron las lámparas del estadio. Era uno de los días más fríos del año, pero Sofía escuchaba, aun desde ahí abajo, a la multitud que iba llegando. Un hombre de luto entró para dejarle un café.

—¿Cuánta gente hay? —preguntó Sofía.

—Calculamos que noventa mil —dijo él—. En media hora empieza el acto, así que en un rato vengo a buscarla, para que espere-
mos atrás del escenario.

Sofía asintió y agradeció. Tomó su café despacio, saboreándolo.

La Policía Federal hizo un perímetro de diez cuadras alrededor de la cancha, por eso la gente puede caminar por las calles empedradas. Hay clima de procesión. Entre la multitud, quince hombres con sobretodos negros y vestidos de luto, igual que los hombres de Enrique, se dirigen al estadio. Del grupo destaca uno, grandote y corpulento: Viktor. Hay uno canoso, de ojos grises y facciones que recuerdan a un animal salvaje. Se llama Aníbal. Tiene casi cincuenta años y se le nota el temple, forjado en años de trabajo duro en su taller mecánico. Ahora comanda una organización clandestina que hasta hace unos días no tenía nombre y hoy se llama Sofía Capitana. En sus diálogos con Viktor vaticinó que el futuro del peronismo será armado, o no será nada. Los otros miembros del grupo oscilan entre los veinte y cuarenta años. Todos se parecen en la mirada a su jefe: concentración absoluta, como si fueran a disparar o ser disparados en cualquier momento. De hecho, tienen armas bajo los abrigos. No parecen afligidos, como la mayoría, pero como la gente está encerrada en su angustia nadie repara en ellos.

A metros de la puerta 13, Viktor hizo un gesto y lenta, sutilmente, salieron de la multitud hacia el costado de la cancha. Se cruzaron con gente que lloraba, sentada en el umbral de la vereda. Y más policías. Cientos. Viktor saludó a uno de ellos. Era Martín, que les corrió

una valla para que pasaran. “Tengo que entrar”, dijo Martín a Viktor, “me voy al escenario”. Los hombres con sobretodo siguieron caminando, a medida que avanzaban, la cantidad de gente y policías era cada vez menor. Rodearon todo el estadio hasta una puerta celeste, mucho más pequeña que las oficiales por donde la gente ingresaba al estadio. Allí un policía fumaba relajado.

—Disculpe —dijo Viktor—, mis compañeros están buscando el baño.

Aquellos a quienes había llamado “compañeros” se pusieron frente a Viktor y el policía, formando un muro. El policía sintió que algo raro pasaba, se movió para sacar su arma pero no llegó a hacerlo ni a gritar, Viktor le tapó la boca con su mano gigante y le mostró su arma con la otra. Uno de los hombres abrió la puerta y todos entraron. Cerraron. Nadie escuchó el disparo contra el policía. Su cigarrillo a medio fumar, pisoteado pero todavía encendido, había quedado afuera.

—Es la hora —dijo Enrique, con gran cansancio, pero también felicidad. Sofía se paró y agarró su abrigo. Enrique la ayudó a ponérselo y, tomándola de la solapa, la besó.

—Es tu hora, Evita —dijo.

—Me llamo Sofía —contestó ella—. Pero sí, es mi hora.

Salieron del vestuario. En el pasillo los esperaban unas veinte personas, entre policías y hombres de luto. Caminaron hacia la cancha. Ella volvió a escuchar las frases de siempre: “es igual”, “qué perfecta”, “vivo retrato de la Señora”. Sofía tenía las manos en

los bolsillos. En el derecho tenía el prendedor y la lapicera, sin el capuchón. “Tendría que haberle dado todo a Viktor”, pensó, “si fallamos, al menos él podría venderlo”. Recordó a su padre, a Esteban, escuchaba más y más gente, una multitud tranquila, pero cada murmullo sumaba a un ruido que le generaba vértigo, intuía un mar de gente en la cancha. Sofía y el séquito frenaron detrás del escenario.

Escuchó la voz del presentador del evento, un reconocido locutor peronista, agradeciendo la presencia de todos. Invitó a un minuto de silencio inicial para recordar a nuestra querida Eva Perón, Jefa Espiritual de la Nación.

—Éste ya está —dijo un hombre de luto en mangas de camisa, transpirado y con un cigarrillo a medio terminar en la boca. Tocó un ataúd vacío. A su lado tenía fajos de billetes, atados con gomitas—. Lleven otro ya, que si la gente no tiene dónde dejar la guita no pone nada. ¡Vamos, rápido!

El garaje del segundo subsuelo estaba lleno de hombres de luto desmantelando lo que había sido su cuartel en las últimas cuarenta y ocho horas. Dos de ellos buscaron un ataúd y salieron por la escalera. Arriba, en el estadio, había pasado el minuto de silencio y cantaban el himno. El sonido se oía apenas, como si la cancha no estuviera unos metros sobre ellos, sino mucho más lejos.

—Apúrense que en un rato traen a la Muñeca —dijo uno de los hombres.

—Che, el anarquista está echando mal olor —dijo otro que apilaba fajos dentro de un ataúd. Miró el cadáver de Fabricio, a unos

metros. Tenía varias moscas rondándole—. Habría que tirarle un saco encima, no sé, algo.

—¡Tírale el tuyo, piola! —gritó uno y todos rieron.

—Ataúdes sobran —gritó otro, jocoso, que encastraba el molde en yeso de la cara de Sofía en un cajón.

—No son ataúdes, son alcancías —dijo otro, que apagaba su cigarrillo—. Prefiero meter guita antes que un muerto. Más si es un gorila.

—Aguantá, que en un rato nos vamos —gritó uno—. Que se lo coman las ratas.

—¿Así que el fiambre se pudre? —dijo el que había apilado los papeles y ahora los rompía. A su lado tenía una botella de alcohol y fósforos. Miró el escritorio, confirmó que lo había vaciado—. ¡Muchachos! ¿Falta algo para mí? ¿Una hojita suelta? ¿Alguien quiere quemar su libreta de casamiento? ¿Algo? —dijo y miró a todos alrededor, sus compañeros rieron, miraron apenas por sobre lo que estaban haciendo y negaron.

—Es una tortura, me cansé —dijo el que había acomodado los fajos de billetes. Fue al armario y sacó una tela que parecía haber sido usada para pintar, porque estaba toda manchada de blanco. Cuando la estiró para tirarla sobre Fabricio escuchó un silbido y vio el agujero en la tela, le ardió el estómago con un chasquido y allá, en la puerta frente a él, unos diez hombres de luto les disparaban. Eran Viktor y los Sofía Capitana, pero los de luto no sabían, murieron creyendo que habían sido traicionados por su propia gente, y el himno cantado por las noventa mil personas a viva voz, emocionadas, permitía que el sonido de las balas desparramándose en el subsuelo pasara desapercibido. Quizá algún hombre de luto reconoció a Viktor de los

días del simulacro de Sofía, todos cayeron sobre lo que estaban manipulando (dinero, ataúdes, papeles y fósforos) y lo mancharon con sangre. Ninguno llegó a sacar su arma.

En esta noche, la más fría del año, la multitud compartía un sabor de tristeza que los unía, que ya podían sentir en la despedida formal que había tenido lugar esa mañana, con el último responso a Eva. Y ahora, el homenaje último, el cierre, antes de que Argentina volviera a la normalidad de la que el duelo la había sacado, aunque todos supieran que su corazón se había rajado en un lugar imposible de arreglar y que la vuelta a la rutina era sólo en actos, porque durante un tiempo tendrían en su cotidianidad la sensación de una parte ausente, embargada en el recuerdo de la amada. Algo así dijo en su discurso el locutor que presentaba el acto, después del himno. Sofía escuchaba de pie, rodeada de hombres de luto y policías. Veía el color entre naranja y amarillo que irradiaban las treinta y tres antorchas sobre el escenario. Enrique miraba a Sofía con adoración, ella le sonrió y admiró la capacidad que los dos tenían para la mentira.

—Señores —dijo el presentador, sobre el escenario—. Bienvenidos al último acto en nombre de nuestra amada, amadísima Eva Perón. Nos aprieta el corazón la congoja, mas también queríamos recordar a quien tanto nos ha dado con esas mismas emociones que ella supo generarnos: júbilo, regocijo, gozo y alegría de un encuentro entre compañeros y hermanos descamisados de toda la nación.

Los hombres fueron a Fabricio, atado y en el piso. La sangre estaba seca y el cuerpo duro y rígido, blanco. Aníbal se agachó y le cerró los ojos.

Viktor fue al teléfono. Marcó un número, dejó que la llamada sonara dos veces y cortó. Rompieron los paneles que tapaban la rampa y unos minutos después, una ambulancia de la Fundación “Eva Perón” entró al segundo subsuelo del garaje, conducida por otro de los Sofía Capitana. La habían robado el día anterior y estaban a la espera del llamado para traerla, en un aguantadero cercano. El que la había manejado bajó, se sacó su delantal blanco y se lo dio a Viktor. Al ucraniano le quedaba corto y hasta tuvieron tiempo de reírse. Volvieron a cubrir con los paneles la entrada de la rampa al garaje, para estar más protegidos. Los Sofía Capitana abrieron un ataúd y pusieron a Fabricio dentro.

—Lo vamos a tener que dejar acá —dijo Aníbal, y miró a Viktor—. No quiero que termine tirado en la basura. ¿Usted se puede ocupar?

Aníbal levantó una botella de alcohol que estaba en la mesa. Viktor asintió.

En la cancha, la gente aplaudía al locutor, que ya anunciaba el número final. Los Sofía Capitana se despidieron de Viktor, subieron al primer subsuelo y se atrincheraron. Viktor guardó todo el dinero en dos ataúdes y los metió en la ambulancia.

Noventa mil personas aplaudían. Ciento ochenta mil manos. “A continuación, unas palabras de...”. El locutor dijo un nombre

pero Sofía no escuchó bien, porque el miedo la embargó. Era una locura. Todo. Allá, en el escenario, como si estuviera a kilómetros de distancia, un hombre proclamaba las virtudes de la ausente, su santidad o cosas así, una parva de cualidades celestiales que hacían de Evita todo, menos humana, y que en el día de hoy hemos visto otra manifestación cabal de que el peronismo es la fuerza viva más importante que ha pisado la faz de esta nación, que el estoico amor del General por su esposa y por su pueblo bla bla bla... el mandatario demostró en los últimos catorce días una muestra de...

A Sofía, metida en el fondo de su miedo, todo le pareció absurdo, lejano. Irreal. Pero la gente aplaudía. Otra persona habló de Eva como si tuviera cualidades divinas. “Pero al final se murió”, pensó Sofía, como si hubiera hecho un descubrimiento. “Así que era tan humana como yo”.

—Señora, ¿todo en orden? —dijo alguien a Sofía. Era Martín.

—¿Qué hacés acá, pibe? Rajá a donde tenés que estar —gritó Enrique, furioso—. ¿Y ustedes, boludos —dijo mirando a los hombres de luto—, cómo lo dejan pasar?

—Señor, soy policía —dijo Martín.

—Y yo soy Dios —dijo Enrique—. Tomátelas.

Martín salió. Sofía le puso una mano en el pecho a Enrique, para que se calmara. Y como si se hubiera tratado de una hoja que un viento leve hubiera arrastrado, el miedo de Sofía desapareció. Porque la noche anterior Viktor había convenido con Martín que si los “Sofía Capitana” lograban entrar, un grupo de ellos iba a instalarse en la primera fila de la multitud y otro en el primer subsuelo del garaje, para protegerla de cerca y apoyar su escape, y Martín, que podía acceder a todos los sectores del escenario, le avisaría a Sofía

con una señal que ellos lo habían conseguido. Y la señal era ésta: iba a pasar a su lado y preguntarle si estaba todo bien. Sofía sintió que había algo más grande a lo que se estaban encomendando. Ya no era miedo de morir, era miedo de no poder cumplir esta tarea, su verdadera misión: decir la verdad.

Aliviada y con la fuerza que da una certeza inexplicable con palabras, escuchó al presentador que decía: “vamos a ver el milagro en escena, compañeros”. No era una fiesta, sino un homenaje, pero la multitud clamó. Se apagaron las luces del estadio y quedaron las treinta y tres antorchas. Sofía miró a Enrique. Se acercó y le dio un largo beso en la boca. Los hombres de luto bajaron la mirada.

Sofía se agarró de la baranda de acero y subió los peldaños de la escalera tras el escenario. Sus pasos, como la noche anterior, se escucharon nítidos sobre la madera. Sólo que ahora tenía enfrente noventa mil personas y el micrófono estaba en el centro. Vio por primera vez la magnitud de la escenografía que habían instalado ya terminada, eran largas paredes con los bustos en relieve de Perón y Evita, una estructura faraónica igual a los actos más recordados del Partido Justicialista. Se paró frente al micrófono. La multitud terminó de aplaudir y el aire se cubrió de silencio, ese que está cargado de electricidad, del magnetismo que flota cuando se espera la llegada de una palabra largo tiempo anhelada.

Sofía, quieta, cerró los ojos. Sintió, en su espalda, el calor de las treinta y tres antorchas.

XXXII

De una torre en el centro de la cancha, se encendió una luz que apuntó a la cara de Sofía. Un color blanco furioso atravesaba sus párpados. Abrió los ojos y quedó cegada por ese haz que la azotaba. Pero no bajó la vista, miró la luz de frente y se adaptó a la claridad. Recorrió el estadio con la mirada. Sentía la demanda, la dulce ansiedad de esta gente por escucharla, esperando sus palabras como si ella fuera una profeta. Debajo, agarrados contra las vallas que separaban el escenario del estadio, había madres con sus niños, emocionadas. No encontró, ni quiso buscar, a los Sofía Capitana. Miró a su izquierda: dentro del escenario, pero fuera de la vista del público, un hombre manejaba la consola para el micrófono. Tenía auriculares y la miraba feliz. Detrás de él estaba Martín, el joven policía. El viento hacía flamear las antorchas, que parecían banderas de fuego.

“¡Viva Evita!”, gritó un hombre en el público y en su grito se notó que contenía el llanto. Nadie se animó a pedirle silencio. Otras voces repitieron lo mismo. Antes de diez segundos la masa humana coreaba: “E-vi-ta”. Sofía veía las manos y los cuerpos moviéndose, acomodándose en el poco espacio libre que había. “E-vi-ta, E-vi-ta, E-vi-ta”. Sofía levantó el puño y el canto cesó. Miró a Enrique y a los hombres de luto, podía ver sus caras allá, debajo de la escalera que daba al escenario. Estaban con el presentador, y con ellos también estaba ahora Pantanali, todos escondidos como ratas. Mirando a Enrique, Sofía se sacó el sombrero y lo tiró al piso. Volvió a mirar a la multitud, se deshizo el rodete, se soltó el pelo y se lo sacudió para liberarlo. La gente murmuró.

—¡Compañeros! —gritó Sofía frente al micrófono—. Han sido días de dolor y tristeza. Todavía lo son, en especial para mí. No sólo por Evita. Ayer han matado a mi padre.

La gente murmuró con más fuerza, Enrique y los hombres de luto se miraron, preocupados, porque Sofía no sólo había dicho algo personal, sino que no había impostado la voz para simular la de Evita: ésta era su voz.

—Amigos —continuó Sofía, la gente hizo silencio—. No soy Evita. Nunca podría serlo y nunca lo quise, porque sería irrespetuoso, además de imposible. Ella es la luz más grande que ha iluminado esta patria y yo soy como ella decía ser en relación a nuestro querido General: soy pequeñita. Eva es el sol y yo apenas una estrella fugaz, que hoy termina su camino. Hoy, compañeros, estamos juntos para recordarla, para levantar al cielo sobre nosotros, en este estadio magnífico que lleva el nombre de nuestro líder, una última plegaria para nuestro ángel.

La gente se había quedado dura y muda, mirándola con asombro e inquietud. Los hombres de luto se movían, Pantanali le decía algo a Enrique. Sofía levantó los brazos y miró a la gente.

—Compañeros —dijo—, sabemos que si algo Evita detestaba, por sobre todas las cosas, era la mentira. Así que no quiero mentirles. No sigamos jugando a su resurrección, debemos aceptar su partida, como pueblo maduro que somos. No puedo simular que soy su doble. No debo, compañeros. Ya no quiero disfrutar un aplauso que no es para mí. Ni ustedes pueden, ni merecen, seguir sintiéndola viva, porque lo que el corazón necesita para crecer es abrazar y asumir la pérdida.

El silencio era absoluto, salvo por el crepitar de las antorchas y una ráfaga de viento, que de vez en cuando se levantaba y hacía ondear el fuego. Muchos habían bajado la vista, otros habían empezado a llorar de una manera silenciosa.

—Amigos, hermanos, compañeros... No sé cómo llamarlos. ¿Qué importa? El último acto de Evita fue convertirnos en una fraternidad, porque el dolor de su muerte nos hizo vibrar a todos. Sean sinceros conmigo, ¿alguna vez, en toda su vida, sintieron el lazo que nos unió en estos días? Yo nunca lo había hecho. Entonces, si abrazamos la verdad, ella va a unirnos todavía más.

Sofía escuchó movimiento detrás de ella. Miró a su derecha, Enrique ya no estaba en el grupo, Pantanali le decía algo a los hombres de luto y a los policías. Subieron los escalones suficientes para estar más cerca del escenario sin ser vistos por el público. Sofía escuchó llantos entre la gente. Miró a la izquierda: Enrique había pasado por detrás del escenario y estaba en la consola, cruzaba unas palabras

con el técnico y con Martín. Se quedó detrás de ellos, mirando a Sofía. Ella volvió al micrófono.

—Porque la verdad, compañeros, como dice el General, es la única realidad. Y yo quiero que ustedes conozcan la realidad.

Se escuchó una campanada lejana. Sofía cerró los ojos y dejó el puño en alto. Eran las 20:25. Lentamente, llegando en el aire, más campanarios se iban sumando y con diferencia de segundos empezaban sus doce golpes, hasta que todas las campanas de Buenos Aires repiquetearon al mismo tiempo, y las noventa mil personas miraron a Sofía. Ella abrió los ojos y señaló al cielo.

—¡Ésta es la primera gran mentira que nos contaron! —gritó—. Evita murió dos minutos antes, compañeros, pero nos dijeron 20:25 porque es más fácil de recordar, y cuanto más se recuerda un dolor, más manipulables somos.

Hubo murmullos en el público. Enrique le indicó al sonidista, con un gesto, que cortara el audio. El hombre se sacó los auriculares para hablar, Martín sacó su arma y le apuntó a Enrique, le dijo al sonidista que no tocara nada.

—¡Todo esto es una farsa! ¡Yo soy una farsa, compañeros! —gritó Sofía, rápidamente, porque los hombres de luto se movían inquietos como cucarachas nerviosas, unos ya subían por la escalera, otros salieron a buscar a Enrique al otro lado del escenario—. ¡Los organizadores de este evento están armando una facción disidente dentro del partido para derrocar al General! ¡Y se están robando el dinero que ustedes brindaron a la causa creyendo que apoyaban al monumento!

Los murmullos del público se convirtieron en gritos y abucheos, Pantanali se había ido, un hombre de luto subió al escenario,

y apenas se asomó vio del otro lado que Martín le apuntaba a Enrique y se congeló.

—¡Y estos muñecos! —gritó Sofía, señalando al hombre de luto que había subido y ahora estaba quieto bajo las luces—. ¡Quieren matarme para cambiarme con el cuerpo de Eva! ¡Quieren darles a ustedes una cualquiera en lugar de la reina que los amó! —la gente se acercó al escenario, algunos empezaron a treparse en la columna que remataba en el busto de Eva. En la que soportaba el busto de Perón, otro grupo arrancaba la bandera—. ¡Hay que frenarlos, ya mismo! —gritó Sofía, cada vez con más ardor—. ¡No dejen que los engañen! ¡Recuperen su dinero y destruyan esta infamia! ¡Que el alma de Evita no se vaya del mundo con esta mancha! ¡Porque el verdadero y único homenaje es, y será siempre, el amor de su pueblo!

La muchedumbre aclamó a Sofía, el escenario tembló porque lo sacudía la gente desde abajo, una antorcha cayó en el escenario y Enrique aprovechó para girar y golpear a Martín. Los hombres de luto sacaron sus armas y apuntaron a Sofía pero cayeron abatidos por un grupo de hombres que, en la primera fila, y vestidos igual que ellos, les dispararon: los Sofía Capitana. “¡Viva Perón, carajo!”, gritó uno. Sofía se agachó entre los disparos, otro hombre de luto le apuntó y uno del público que ya había escalado hasta el escenario se le tiró encima y recibió el disparo por ella. Cayeron más antorchas, pero el escenario dejó de moverse y se estabilizó por el peso de la gente que había subido, era un ejército tomando posesión de un castillo conquistado. Un grupo de hombres de luto corrió hacia Enrique, pero él saltó desde donde estaba.

Los Sofía Capitana rodearon a Sofía y bajaron del escenario con ella mientras el caos se esparcía aquí y allá en gritos e insultos. Unos

habían agarrado antorchas y juraban quemar el mundo, otros gritaban que querían su dinero. Algunas mujeres pedían por sus hijos, perdidos en la revuelta. El haz de luz que había iluminado a Sofía en su discurso se cortó: la gente también había conquistado esa torre y la volteaba. Cada hombre de luto que el público encontraba era atacado a golpes, ellos se defendían a tiros. El escenario ya estaba tomado entero y volvía a moverse, cayeron todas las antorchas, cayeron los bustos de Eva y Perón y la estructura se dio vuelta como un barco en medio de una tormenta. Sofía corría por los pasillos hasta el vestuario, rodeada por los Sofía Capitana, que cruzaban tiros con los hombres de luto. Ellos disparaban a quemarropa para acertarles y evitar el escape de Sofía, en el medio de sus balas caía gente inocente del público, que era pisoteada, porque la multitud en estampida se expandía y manaba hacia todos los sectores del estadio como un chorro de agua imparable. Muchos, apoyando a Sofía, les saltaban encima a los hombres de luto, ellos se defendían entre sí y fusilaban a los que se interponían en su camino.

Sofía y los que la custodiaban corrieron hasta el primer subsuelo, unos se quedaron en la puerta y evitaron que la gente bajara, para que ella se metiera sola en el segundo nivel, donde había quedado Viktor. Un balazo pegó en la pared, otro bajó a uno de los hombres de Sofía: los hombres de luto volvían, recargados. Los Sofía Capitana caían pero un auto se fue encima de los hombres de luto y los revoleó. El conductor bajó y con sus compañeros de armas se atrincheraron tras el auto. Arriba, los gritos de la multitud enloquecida seguían. Sofía bajó al segundo nivel. Viktor echaba el alcohol sobre el cajón donde habían puesto a Fabricio.

—¿Qué hacés? —preguntó ella.

—Se lo prometí a los muchachos —dijo Viktor—. ¿Estás bien?

—Sí, vamos —dijo ella.

Viktor corrió a la ambulancia. Escucharon un ruido fuerte, metálico. No había nadie. Viktor dijo que debía ser la gente rompiendo las puertas, los Sofía Capitana eran fuertes pero pocos en número, tenían que irse ya. Sofía vio los cuerpos de los hombres de luto, desparramados encima de las mesas y en el piso. No le importó ninguno. “Sacate eso y ponete este delantal que te traje”, dijo Viktor. Sofía estaba quieta, frente a un ataúd con su molde de yeso. “¿De dónde sacaste alcohol?”, preguntó ella. Viktor señaló la mesa donde los hombres de gris contaban la plata, los billetes estaban manchados con sangre y había una docena de botellas de alcohol. Sofía arrastró un ataúd y lo apiló sobre otro, tiró junto a ellos los moldes de su cara que no habían sido encastrados. Arriba se escuchaban los tiros. “Ayúdame”, gritó Sofía. Viktor apiló casi sin esfuerzo la docena de ataúdes que tenían la cara de Sofía, ella tiró las fotos de su familia y todos los papeles del Operativo Muñeca dentro de uno de ellos. Con una botella de alcohol en cada mano, roció todo. “Apurate”, dijo Viktor. Sofía le tiró un fósforo a las cosas y el fuego se levantó instantáneo, se expandió sobre las superficies que había rociado y empezó a crecer.

Viktor cayó de un tiro, Sofía miró: Enrique salía del cuarto de la basura con el arma en la mano, caminaba rengo y le apuntaba a Sofía. “Pendeja hija de puta”, dijo él y se acercó a la ambulancia. Sofía empezó a correr y Enrique disparó al aire, ella frenó y levantó las manos. La hoguera crecía. “¿Qué hiciste, tarada?”, gritó Enrique y le disparó a Sofía, que pegó un grito de dolor y cayó al suelo. Él se acercó agarrándose la pierna, que se había lastimado en la caída por

el ducto. Gruñía. Llegó a Sofía, la giró en el piso para dejarla boca arriba y le puso el pie en el hombro en el que ella había recibido el disparo. Sofía gritó. Podía oler a Enrique:apestaba a basura. Afuera, los gritos parecían los de un manicomio. La madera de los cajones crepitaba. Enrique le apuntó a Sofía a la cara y cargó el tambor del arma. “Tendría que haberte pegado un tiro después de haberte cogido”, dijo él y pisó el hombro de Sofía. Ella gritó y el dolor le hizo saltar las lágrimas. Advirtió que unos metros más allá, junto a la ambulancia y pronto a ser alcanzado por el fuego, Viktor se movía. Enrique agarró a Sofía del pelo, la levantó, ella gritó por el dolor en el cuero cabelludo y él la tiró sobre la mesa donde habían fabricado los moldes. Sofía se golpeó la frente, empezó a marearse y vio rojo: era sangre, que le bajaba de la herida que se había hecho. Enrique se acercó otra vez, ella trató de patearlo; él le agarró el pie y le pegó una trompada. Sofía cayó sobre la mesa y quedó boca arriba, respirando con dificultad por el dolor, el llanto, la sangre y el humo que tomaba el lugar. Enrique le metió la mano en un bolsillo y buscó rápido, desesperado. “¿Dónde está el prendedor?”, gritó. Sofía no habló. Los disparos del primer piso se habían apagado, pero había más y más gritos, ya no importaba quién ganara la batalla porque la multitud descontrolada y furiosa estaba apropiándose del estadio, como salvajes. Por la cercanía del ruido, se escuchaba que pronto entrarían por la rampa. Todo se veía naranja, las llamas sobre los restos del Operativo Muñeca buscaban el techo, los moldes de yeso con la cara de Sofía se derretían. Enrique puso a Sofía de costado, moviéndola como una cosa. Le metió la mano en el otro bolsillo del abrigo, sacó la lapicera sin capuchón y la dejó en la mesa, volvió a meter la mano en ella, a moverla y entonces sacó el prendedor y lo

levantó, los brillantes y las piedras relucieron contra la luz del fuego. Le puso a Sofía el arma en el pecho y le sonrió, hubo un brillo fugaz entre ellos y Enrique gritó como un animal herido de muerte: Sofía había agarrado la lapicera y con un movimiento rápido se la hundió en el ojo derecho. Enrique siguió gritando y se contrajo en un espasmo que le hizo disparar, Sofía giró en la mesa, recibió el tiro en la espalda y cayó al piso. “Hija de puta”, gritaba Enrique, con una voz tensada por el desgarró que le apretaba la cara, trataba de sacarse la lapicera del ojo cuando Viktor le rompió un ataúd en la espalda; el golpe expulsó la lapicera de la cuenca ocular y salió con el ojo enganchado a la pluma, una pelota viscosa, blanca y roja que cayó al suelo junto con Enrique, quien intentó levantarse, pero Viktor volvió a pegarle con una tabla, restos que le habían quedado en las manos tras el primer golpe. La cara de Enrique se rompió contra el piso pero no se quedó quieto, empezó a reptar haciendo un sonido gutural, mezcla de insultos y llanto. Viktor levantó a Sofía del piso y ella gritó, las balas en el cuerpo le dolían. La metió en la parte de atrás de la ambulancia, entre los ataúdes con dinero, y tapó todo con una sábana. Los paneles que cubrían la rampa del garaje se abrieron, la gente tuvo el impulso de entrar pero se frenó ante la magnitud del fuego. La carrocería de la ambulancia hervía y Viktor arrancó tocando bocina, la gente se corrió para dejarlo pasar; cuando Viktor dobló la curva del segundo subsuelo camino al primero, lo último que vio por el espejo fue la multitud yendo hacia Enrique, que se arrastraba y se defendía con las manos, como una araña en peligro.

La ambulancia subió al primer subsuelo y de allí a planta baja, Viktor encendió la sirena y tocó bocina, gritando por la ventanilla que llevaba heridos y que le dejaran lugar. En la vereda del estadio,

la policía le hizo un cordón para salir; ya en la avenida se cruzó con patrulleros, autobombas y más ambulancias como la que él manejaba, que iban a toda velocidad hacia Racing. Viktor manejó hasta el estadio de Independiente, miró por el espejo para confirmar que nadie lo siguiera y aceleró a fondo sobre la ruta vacía.

XXXIII

—Fue el último día del velorio de Evita, hace dos meses —dijo el hombre tras la barra de la parrilla Chacho, en el corazón de La Pampa, mientras secaba los vasos. Y agregó con orgullo—: yo estuve ahí.

Tenía cerca de sesenta años y la piel curtida. En su cara se leía una mezcla de ciudad y campo; rasgos mestizos, como de otra época, convivían con una barbilla dura y una mirada tranquila y al mismo tiempo penetrante.

El comedor estaba lleno y las personas terminaban su almuerzo, porque era la 1:00 del mediodía pasadas y a esa hora, en Santa Rosa, es casi tarde: había que irse a dormir la siesta. El sol de octubre no era como el del verano, pero en esta zona se hacía sentir; la primavera había llegado, y aunque la llanura era igual de seca y desolada,

flotaba en el aire la vitalidad de la nueva estación, como un perfume que se hubiera liberado sobre la tierra. Aunque no hacía tanto calor, el problema era que no corría aire, por eso el viejo ventilador de techo giraba, pero apenas en su menor velocidad, con esa sensación hipnótica que dan los ventiladores en primera velocidad, como si no tuvieran ganas de hacer su trabajo y los hubieran obligado a moverse. El lugar, decían, había sido una de las primeras pulperías. El dueño anterior lo había reformado manteniendo detalles originales de construcción, con una madera que parecía, más que antigua, milenaria, junto a signos de lo gaucho y campestre adornando las paredes. Uno de los sectores del comedor era al aire libre y tenía techo de paja.

—¿En serio estuvo? —preguntó el hombre grande, acodado en la barra. Tenía la barba abundante pero prolija y buen porte, como si hubiera sido fisicoculturista en una época de su juventud, y aunque hoy entrenase menos, el cuerpo mostrase restos de esa gloria muscular. Había terminado de comer su enorme milanesa napolitana y se pasaba un escarbadiantes—. Cuénteme qué pasó, entonces.

—Basta, che. Tenemos que irnos —dijo la mujer a su lado. Le habló como si fuera un chico. Ella también había terminado de comer. En su caso, una ensalada mixta. Usaba el pelo corto y oscuro. Sus facciones eran suaves, hermosas.

El hombre tras la barra terminó de secar los vasos y los guardó. Y arrancó a contar. Porque el tema que habían rozado durante el almuerzo era el peronismo y sus extraños últimos eventos. De hecho, junto a las herraduras, monturas de caballo y grabados de Molina Campos, había un cuadro con la foto de Evita y Perón tomada en la Residencia Presidencial, felices con el caniche blanco y peludito sobre las piernas de ella. El grandote —que ya había dejado el

escarbadientes y había bostezado— había preguntado si sabía de lo ocurrido en Racing y el hombre de la barra, que también era el dueño, le había dicho que por supuesto, que no sólo sabía, sino que para él estaba todo claro. Y que había estado ahí.

—Yo viajé a Buenos Aires porque quería verla —dijo, levantó los platos del hombre y de la mujer y los dejó sobre la heladera mostrador. Empezó a pasar sobre la barra el mismo trapo que había usado para secar los vasos—, me enteré que iba a haber una cosa en Racing, un evento homenaje, algo así. Yo fui, total, ya estaba ahí. Sabía que todo el tiempo el velorio había estado imposible de gente. Pero no sabe lo que fue esto, no cabía un alma.

—No me diga —dijo el grandote. La mujer lo miraba.

—Le juro —dijo el hombre—, ni la Plaza del 17 de octubre debía estar tan abarrotada de peronistas. Habló uno y otro y dijeron cosas lindas sobre la Eva. Que era una diosa, y una reina. Qué sé yo. Después salió la tilinga.

—¿La tilinga? —preguntó la mujer.

—Sí, señora, así le decían. Pero, yo que la vi, le aseguro que de tilinga no tenía nada.

—Ah —dijo la mujer. Ahora el grandote la miraba a ella.

—Porque se plantó como una peronista de ley, le digo. Sí, señora. Con unos ovarios que le debe haber enviado el espíritu de la Eva desde el más allá. Ahí nomás contó todo lo que le habían hecho. Que querían matarla, que le estaban robando a la gente. ¡Y se armó un quilombo! ¡Mamita! Fuego, piñas, tiros, qué sé yo cuánta cosa. A los tres días, el mismo tiempo que tardó en resucitar Cristo, empezó a aparecer la plata en las casas de la gente. Unos diputados querían

pedir que declaren a Evita santa, ¿sabe? Parece que unos gremios van a pedir por ella, también.

—¿Y ella cómo se llamaba? —preguntó la mujer.

—Sonia —dijo el hombre, dobló el repasador y lo dejó en la barra, se quedó pensando unos segundos—. O Soraya, no me acuerdo. Era de un pueblito, la obligaron a hacer de Evita. Antes la obligaban a trabajar como prostituta, parece. Pobre chica —el hombre se acercó a la pareja, bajó la voz y habló con la confianza que le daba el haberlos atendido los últimos cinco días, sentía que ya eran íntimos—. Dicen, también, que fue novia de Perón.

—Qué yegua —dijo el grandote.

—¿Fue novia de Perón antes o después de lo de Racing? —preguntó la mujer.

—Antes y después. Parece. Dicen que Evita lo dejaba acostarse con ella, porque ya estaba enfermita, pobrecita, y no podía darle... alegrías al General, no sé si me explico.

—Clarísimo —dijo la mujer. Miró al hombre, seria—. ¿Vamos, mi amor?

El grandote pagó y le agradeció al dueño la abundancia de las porciones especiales para “compañeros” que les había servido los últimos días.

—¿Así que ya se van? —dijo el dueño—. Bueno, ha sido un gusto.

El grandote y la mujer se dieron la mano con el hombre tras la barra. Él le dijo a ella:

—¿Le puedo hacer un comentario, señorita?

Ella se quedó quieta y miró al grandote, preocupada.

—Se lo digo porque ya entramos en confianza, y sé que son peronistas —dijo el dueño. Sonrió—. Usted se parece un poquito a Eva.

—Me lo han dicho —dijo ella.

Ya al aire libre, en la puerta de la parrilla, el grandote se des-perezó y tomó una bocanada de aire fresco frente a la llanura que se extendía. Agarró su paquete de cigarrillos y vio que estaba vacío.

—Así que también fui puta, y me acosté con Perón —dijo Sofía.

—Yo siempre lo supe —dijo Viktor—, te gustan los viejos.

Ella lo golpeó en el hombro y rieron. Cruzaron y se metieron en su nuevo auto, un Ford amarillo y blanco.

La noche del último acto, después de salir del estadio y manejar unas horas, Viktor llamó al doctor Tagliaferri. Se encontraron en el aguantadero de Viktor en Lobos, Tagliaferri sacó las balas del cuerpo de Sofía y de Viktor. Ella necesitaba reposo, la primera semana la pasó en cama y fue cuidada por los dos. Viktor también lo hubiera necesitado, pero se ocupó de lo más urgente: contactó a sobrevivientes de Sofía Capitana; junto con su ayuda devolvieron la ambulancia a la fundación y dinero a municipios manejados por peronistas que sabían que eran honestos. También le enviaron fajos con billetes a Martín, el joven policía que permitió que Sofía hablara, y otro al bar al que ella le había roto la puerta, donde se había metido tras haber descubierto el Operativo Muñeca. Viktor desmanteló la *pick-up* y compró un auto. El doctor le consiguió anfetaminas, con las que bajó de peso drásticamente en tres semanas.

Eso, y la barba larga, le permitieron mayor libertad de movimiento. Cuando Sofía se recuperó, se cortó el pelo y se tiñó. Salieron de Buenos Aires, con la idea de instalarse en Chile. Sofía le dejó su casa al doctor Tagliaferri, para que la convirtiera en la clínica que él quería.

Perón ofreció disculpas por lo que había pasado, desmanteló su aparato de seguridad e inició investigaciones. En sus declaraciones, Pantanali decía estar “consternado por las acusaciones infundadas que se le hacían”. Al mismo tiempo que Viktor y Sofía hacían lo necesario para desaparecer, cambiándose el físico todo lo que podían y comprando documentos falsos, se levantó un mito sobre ella y lo sucedido en Racing. El dueño de la parrilla no era el primero de los que ya se habían cruzado y “juraba” haber estado, y aportaba un nuevo dato a la leyenda: que Sofía era en verdad Eva —con lo cual Martín, el joven policía, debía estar contento—, que Perón sabía todo y que lo había ocultado; que Enrique era amante de Perón y que quería regalarle el cuerpo de Sofía; que los Sofía Capitana eran del FBI, junto a otra larga y abundante colección de datos ficticios —o reales, pero torcidos hasta lo absurdo— que alimentaban la confusión y la fantasía. Lo único real era el agradecimiento que la gente profesaba a Sofía, cada día había una nueva noticia sobre lo que ella “milagrosamente” había realizado, sumada a la admiración que le tenían por haberse atrevido a decir lo que dijo. Todo se había quemado y ella había desaparecido y parecía que la verdad, fuera cual fuera, no importaba, importaban más los actos, y el de devolver el dinero a mucha de la gente estafada hizo que su leyenda creciera sin parar.

Sofía y Viktor habían dejado el Ford frente a la parrilla, el sol le había pegado mientras almorzaban y hacía calor dentro del auto. En el horizonte, un micro se acercó por la ruta. Viktor sacó un mapa de la guantera y lo estudió. Si bien la idea inicial era llegar a Chile, cuando vieron que la misma leyenda ficticia que iba tejiéndose alrededor de lo sucedido los ayudaba a desaparecer, tomaron una actitud más tranquila, porque Sofía quería recorrer un poco antes de instalarse en otro lado.

El micro frenó ante la parrilla. Era naranja y blanco, iba repleto y bajó un grupo de todas las edades, felices y cantando. Un chico de unos veinte años se quedó afuera y se encendió un cigarrillo. Viktor, enfrente, bajó la ventanilla y le gritó, para que cruzara. El joven, amable, se acercó.

—¿Me convidás uno? —preguntó Viktor—. Te lo compro.

—No pasa nada, compañero —dijo el chico, sacó un cigarrillo de su paquete y se lo dio a Viktor—. ¿La señorita quiere?

—No, gracias —dijo Sofía—. ¿De dónde son?

—Centro de Unidades Básicas de La Pampa, señorita —dijo el chico—. Vamos para Buenos Aires, a festejar el 17 con el General —el joven lo contaba excitado, reía y pitaba su cigarrillo—. Paramos a comer y le metemos derecho, a ver si llegamos para la marcha de hoy.

—Hoy es 15, faltan dos días para el 17 —dijo Viktor.

—¿Ustedes son de acá? —preguntó el chico, Viktor negó—. ¿Escucharon hablar de lo que pasó en Racing?

—Un poco —dijo Sofía.

—Es así —dijo el chico, lleno de confianza—: una vez al año hay reunión general de unidades básicas y van los que pueden, ¿vio?

Porque somos muchos. Pero este año hacemos una extra, para ver si encontramos a Sofía.

—Qué bien —dijo Sofía—. ¿Y saben dónde está?

—No le puedo decir —dijo el chico, exagerando el suspenso.

—No seas gorila —dijo Viktor.

—Parece que en un burdel de Buenos Aires, escondida —dijo el chico. Sofía y Viktor se miraron—. Yo la admiro, si hizo eso. Se mete en lo más feo para pasar desapercibida. Buena idea, ¿no?

—La verdad que sí —dijo Sofía.

—Tenemos un viaje largo, amigo —dijo Viktor—. ¿Me vendés el paquete?

—Tenga —dijo el chico y se lo entregó. Viktor sacó un billete de cien pesos, que era más del quíntuple de lo que valía el atado entero, y se lo estiró. El chico negó con la cabeza.

—Agarralo, dale —dijo Sofía—, y andá a comer que se te hace tarde, nene.

—Bueno, muchas gracias —el chico agarró el billete con una felicidad enorme y se lo metió en el bolsillo—. ¿Seguro no quieren venir con nosotros?

—Vamos para otro lado —dijo Sofía.

El chico agradeció de nuevo y volvió al micro, desde donde varios compañeros y amigos lo llamaban. El chofer y otros pasajeros salieron con paquetes envueltos, unos pedían que ya los abrieran, el chofer les pedía que se apurasen. Subieron cantando la *Marcha peronista* y el micro salió rápido, echando su humo sobre el camino de tierra.

Viktor se puso los anteojos negros, arrancó y fue hacia el lado por el que se había ido el micro. Frenó despacio, giró el auto y

cambió a la dirección opuesta. Sofía bajó la ventanilla y apoyó el codo en la puerta. Todavía escuchaban el canto de la gente, parecían una hinchada que celebra la victoria de su equipo. Sofía agarró el espejo retrovisor y lo movió un poco, vio el micro yéndose y levantando polvo, unos sacudían las banderas colgadas de las ventanillas. Viktor arrancó, Sofía se miró en el espejo y lo volvió a su lugar. La *Marcha peronista* cantada por la gente fue bajando de volumen, hasta que Sofía escuchó únicamente el sonido del auto avanzando por la ruta. Se acomodó en su asiento y miró el horizonte que tenía adelante.

Índice

11 I

21 II

27 III

39 IV

49 V

67 VI

75 VII

83 VIII

97 IX

107 X

117	XI
127	XII
135	XIII
143	XIV
149	XV
163	XVI
169	XVII
181	XVIII
197	XIX
205	XX
211	XXI
219	XXII
225	XXIII
231	XXIV

- 239 XXV
- 247 XXVI
- 259 XXVII
- 271 XXVIII
- 283 XXIX
- 293 XXX
- 301 XXXI
- 311 XXXII
- 321 XXXIII



Evita replicada, de

Carlos La Casa, se terminó de imprimir en enero de 2020, en los Talleres Gráficos Santa Bárbara, S. de R. L. de C. V., ubicados en Pedro Cortés núm. 402-1, colonia Santa Bárbara, C. P. 50050, Toluca, Estado de México. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la tipografía Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Erika Lucero Estrada Ruíz. Formación, portada y supervisión en imprenta: Adriana Juárez Manríquez. Cuidado de la edición: Mariana Aguilar Mejía, Laura Zúñiga Orta y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.

